

CUANDO LA PIEL DICE MAS QUE LAS PALABRAS.

3<sup>a</sup>  
DE LA  
TEMPORADA  
MÁS  
ESPERADA

# CALDEO

MI NOMBRE ES SILENCIO

SAGA MON 3  
CRISTO

Caldeo

mi nombre es silencio

Cristo

Con siempre mi cariño, a las Disney Princesas y Caballeritos del Zodíaco.

Y a las Mosqueteras, por seguir a la par mía.

**ADVERTENCIA:**

Aunque esta novela es la historia de un sexi y rudo chico malo tapizado de tatuajes como protagonista.

Te hará enojar.

Te hará odiarlo.

Te hará amarlo.

Y después emocionar...

Posee lenguaje adulto real. Escenas intensas y de desnudez (Sobre todo él)

Y mucho contenido sensual como sexual.

¡Advertidas!

Obras inéditas, protegidas por la ley vigente de la constitución nacional artículo 17, por derecho de autor bajo escribano público y patentamiento.

Totalmente registrada la saga Mon por su salida en físico como digital y el registro de 18 frases, sea expresiones del protagonista masculino o mi forma narrativa que, son absolutamente mías y se notará, a medida del transcurso de la lectura.

Prohibiendo su reproducción total o parcial, adaptación y distribución de ellas sin mi consentimiento.

Licencias: 1808178062351

Primera edición: Marzo 2019.

Diseño de portada: Sareli García.

Maquetación: Sareli García.

## Prólogo



### *Siete años de edad...*

Acomodo mi oso de peluche Teddy, mi Barbie tropical y al señor Bob Esponja es sus respectivas sillitas y alrededor de la mesa color blanca.

—Ya es hora de tomar el té. —Digo, a mis muñecos.

Me incorporo del piso emocionada y sacudiendo mi lindo vestido rosa que mi abuela me regaló, en busca de mi tetera de juguete que dejé en un estante.

La risa de mamita, se siente desde la ventana de la casita del árbol que estoy y construyó papito para nosotras, en el gran jardín.

Me hace sonreír, porque papito siempre la hace reír.

Hoy hay mucho movimiento en casa, ya que es nuestro séptimo cumpleaños.

Tomando asiento nuevamente en mi lugar, una mano con un libro aparece apoyada en el piso de la entrada, por subir las escaleras de la casita del árbol.

—¡Viniste! —Doy un gritito de alegría, al ver aparecer a mi mejor amigo.

Me levanto para ayudarlo a entrar y lo abrazo feliz.

No le doy tiempo a nada y tomando su mano, lo jalo a la última silla vacía reservada para él.

Me sonrío, dejándose llevar y tomando asiento a mi lado.

Sirvo té invisible a él también y en mi taza de juguete favorita, la de Hello Kitty.

Pero, levanto un dedo.

—Está caliente. —Le advierto, dejando la tacita frente suyo.

Se sonrío más y me señala, el libro de tapa dura que lleva en su otra mano.

Mi mejor amigo no habla mucho, pero le gusta escuchar y leer.

*Sobre todo, que yo le lea.*

Mis papis y sus papis, son como familia.

Y aunque, mi mejor amigo tiene 11 años y es más grande que yo, siempre jugó conmigo y mis hermanas.

—¿Quieres, que te lea Caldeo? —Pregunto, tomando el libro.

Sus ojos color como el hielo que hace mi nana Marcello con las cubiteras del refrigerador, me miran profundo.

Niega, siempre sonriendo y abriendo la tapa de las primeras páginas del libro de cuentos y un pedazo de hoja de cuaderno entre ellas, sobresale.

Me señala.

—¿Para, mi? —Digo y asiente, tomando mi té de mentirita y acomodando mejor, su remera del hombre araña.

Lo saco, con cuidado.

Es un trocito de papel, como los cuadernos de papi del trabajo.

Pero, este es mío.

Y sonrío, muy feliz.

—¿Tú, lo hiciste para mí?

Su cabello negro como el azabache y desordenado, lo acomoda a un lado con su mano, mientras su boca se mueve para mostrarme otra sonrisa, afirmando con la cabeza.

—¡Gracias! —Chillo feliz y abrazándolo con cariño desde mi lugar, pero me pongo de pie de golpe, corriendo mi sillita. —Lo voy a guardar, en mi *tesoro*... —Murmuro de forma importante y caminando a otro estante de la casita del árbol, tirando de mis dos trenzas de los lados y sujetas con moños, que mi mamita hizo por mí, detrás de mis hombros.

Busco mi *tesoro*, que es mi diario íntimo.

Y con la pequeña llave que cuelga de una cadenita que llevo puesta en mi cuello, lo abro tomando nuevamente asiento a su lado.

Con un pequeño clip rojo, lo engancho en una de las páginas.

Lo miro por última vez y lo cierro con su candadito de vuelta.

—Lo voy a llevar siempre, conmigo Caldeo... —Le prometo, levantando mi dedito meñique en el aire.

Mi mejor amigo hace lo mismo y entrelazamos nuestros dedos.

—Amigos, por siempre... —Murmuro y el me lo jura, con su linda sonrisa.

## Prólogo 1.1



### *13 años de edad...*

Amely da una ruidosa chupada a su paleta de fresa en su mano y apoyada sobre la pared, con su otro brazo detrás de su espalda y con un pie en esta, tipo garza en el patio trasero de nuestra academia.

Un gran y prestigioso colegio religioso, estilo barroco parroquial.

Tanto para la enseñanza primaria e inicial, ubicada en la planta baja del gran edificio con un patio de recreos reservados para ellos y el nivel secundario, pisos arribas con su patio correspondiente.

El timbre sonó por segunda vez y anunciando, los últimos 10 minutos del recreo antes del ingreso a clases.

Me mira, desde arriba.

—¿Entonces, vendrás? —Me pregunta, dando otra lamida a su golosina.

Sin levantar mi vista a mi mejor amiga y sentada en el piso cruzada de piernas, no paro de dibujar en mi viejo cuaderno oficio apoyado en ellas y mi lápiz negro.

Sombreado con cuidado para darle realidad, los viejos Abetos que tengo en frente y se ubican fuera de las rejas escolares.

Paso mi dedo con suavidad, para dar un efecto esfumado a una parte del paisaje.

Y sonrío, porque le da realidad con esas sombras.

—Amely Watson, ya te dije que soy pequeña para esa especie de fiestas... —Contesto y sonrío sin mirarla, mientras limpio mi dedo de grafito de lápiz con mi pañuelo.

—¿Quién, lo dice? —Se queja, girando a mi lado.

Sonrío más.

—Mi padre.

Aunque no la veo, sé que rueda sus ojos. —¿Y tu madre? —Me alienta.

—Se ríe, de mi padre... —Prosigo, como si nada.

Resopla pensativa.

De golpe, palmotea feliz por una idea en su cabeza inclinada hacia mí.

—Pide ayuda a tu abuela, ella es divertida... —Me codea elevando y bajando sus cejas de forma divertida. —Ella es genial.

Río a carcajadas.

*Sip.*

Es verdad.

Mi abuelita, es lo más.

Me pongo de pie, sacudiendo mi falda a cuadros verde y gris de mi uniforme, de tierra del piso.

—Si lo es, pero mi abuelita está en unos de sus viajes locos con mi abuelo... —La miro, robando su paleta por una lamida.

—*Woaww...* —Exclama, mientras reclama su golosina por su turno. —¿Dónde? ¡Ella, es tan Cool!

Y río, caminando con ella en dirección a otras amigas en un extremo del gran patio, saltando a la sogá.

—En Sud América con su club de Aladeltismo, en el Uritorco.

—¡Juno, salta! —Me gritan mis amigas en ese momento, invitando a saltar de ella y haciendo rotar la sogá en el aire una y otra vez, cuando paso por su lado.

Con Amely nos miramos y rompemos en risa y tomando impulso al mismo tiempo para saltar ambas en ella, bajo un cantito infantil de nuestras compañeras que alienta a no perder, mientras hace girar sobre nosotras la sogá con cada brinco que damos.

De golpe la sogá de interrumpe, por una sacudida en seco por ser detenida y golpeando mi cara.

Tomo mi mejilla, azotada por ella.

Su ardor me duele y pica mi piel golpeada, bajo las quejas e improperios de mi amiga Amely al culpable.

*Constanza Goti, compañera de nuestro último nivel.*

Bonita como molesta, con su grupo de seguidoras y etiquetadas en el colegio, como las populares.

Su sonrisa de satisfacción, se dibuja en su rostro rubio y pelo prolijamente peinado para atrás, con una cola de caballo.

Inclina su cabeza, con una fingida mueca.

—¿Ohh lastimé, a una de las trillizas de oro? —Se gira a sus amigas y aliadas. —Pateen mi trasero chicas. —Ríe con ellas, para luego volverse a mí. —Lo lamento tanto, Junot...

El patio quedó en un silencio profundo, ante el ataque de Constanza y expectantes a mi reacción.

Lágrimas amenazan mis ojos, me giro sobre mi lugar para correr al baño de mujeres y mojar mi mejilla adolorida, apretando mi cuaderno de dibujo contra mi pecho.

—¿Hey, a dónde vas Juno? —Viene detrás mío y me frena de un brazo, provocando que mi cuaderno caiga y algunas hojas con viejos dibujos, se desprendan de él.

Levanta uno y lo eleva, con su brazo al aire.

—¡Oigan Junot Mon, ama dibujar a los vagabundos y sucios de la calle!

—Qué asco... —Dicen a coro, su séquito tapando sus narices actuando y fingiendo mal olor, bajo la risa de la mayoría del colegio primario.

—¡Dámelo! —Chillo, intentando sacarlo de su mano en alto.

Y se gira sobre ella, con risa perversa para evitarlo.

*¿Por qué, se burla?*

Solo son gente abandonada y muy triste, que necesita de nuestra ayuda para que se puedan recuperar.

Una lágrima recorre mi mejilla, intentando en vano recuperar mi dibujo, porque lo pasa a sus amigas.

Procuró nuevamente, pero ellas son rápidas y vuelve a sus manos otra vez.

—Llamaré, a tus hermanas. —Exclama Amely, corriendo al interior del colegio y tirando su

paleta en la corrida.

—¡Tráelas! Porque ella sola, n... —Grita Constanza a espaldas de mi amiga, de forma burlona, cuando un golpe en seco la interrumpe.

*Por alguien.*

Constanza Goti eleva su vista al piso superior, para luego a la persona que saltó desde ahí a nuestro piso más abajo.

Para ser precisos.

Casi dos pisos, de altura.

Levanto mi cabeza y porque el sol molesta mis vista, utilizo mi cuaderno que levanté del suelo en dirección a mis ojos, para utilizarlo como visera para poder ver mejor.

El sol tras él, se ilumina como un fuerte aura en todo su cuerpo, impidiendo verlo bien.

Solo distingo, su abrigo de colegio en gris y su capucha cubriendo, casi la totalidad de su rostro.

Y su boca.

Perforada con una argolla de plata, a un lado de su labio inferior.

Todo el jodido colegio, observa a Constanza petrificada en su lugar, a mí, y a Caldeo que con gritos de triunfo del nivel secundario pisos más arriba, gritan victoriosos por sobre los muros apoyados, su proeza de salto y sin el menor atisbo de dolor por ello.

Caldeo eleva su rostro hacia ellos y bajo su silencio y mirada profunda con esos ojos grises como el hielo cristalino, provoca que ellos también callen.

Camina a Constanza, con pasos lentos y decididos.

Recordándome a la documental que vi con mi nana Marcello noches atrás, de una pantera en las praderas y al acecho sigiloso, contra un ciervo asustado a su encuentro.

Caldeo, ahora es alto.

Muy alto.

Mi mejor amigo, pronto a cumplir 17 años creció y nos pasa a todos por varias cabezas, inclusive a Cristiano Grands, su mejor amigo que es enorme y el archi enemigo, de una de mis hermanas.

Toma la hoja que todavía tiene entre sus manos mi agresora y niega de forma dura con su rostro aún con capucha, hacia ella por su burla recuperando mi dibujo.

Para luego, con su barbilla decirle en su silencio, que se retire.

Constanza obedece, buscando el consuelo de sus amigas.

Pero, se gira sobre sus hombros.

—Caldeo Nápole, no te entiendo... —Chilla con desaire, tirando su lacio pelo rubio hacia atrás y me regala, su peor mirada de odio mientras se va desconsolada, por sus aliadas que la abrazan.

Mi mejor amigo, hace caso omiso a sus quejas y viene hacia mí, alisando el dibujo que quedó arrugado con sus manos y para ser sincera, bastante roto por la jugarreta de ellas.

Eleva mi barbilla con dos de sus dedos y con su pulgar limpia la única lágrima que en mi mejilla derramé.

Suelto una risita, tomando mi dibujo maltrecho.

—Estoy bien, amigo... —Susurro.

Muerde su labio, haciendo girar la argolla de él con su lengua, provocando que brille por el sol.

Siempre hace eso, cuando está nervioso.

—¡Carajo! Cuando la agarre a la cogotuda esa, juro que no le quedará un mechón de ese

bonito pelo que tiene y tanto pondera... —El gruñido de una de mis hermanas, nos hace pasar de mirarnos a hacerlo a su dirección.

Y río.

—Estoy bien, Hope... —Digo para calmarla, acompañada de mi otra hermana y Amely.

Tira su pelo castaño como el de las tres, para atrás.

Sus lindos ojos azules destellan de la ira, como su carácter explosivo, intentando controlarse.

—No entiendo por qué, te molesta tanto... —Interrumpe Tatum, acomodando sus lentes.  
—...somos tres, pero su odio es solo contigo. —Y me encojo de hombros, porque yo tampoco lo entiendo.

Mira con cariño a Caldeo.

—Gracias, por aparecer... —Le dice y mi mejor amigo solo sonríe apenas, sin dejar de mirarme.

—¡Señor Nápole, que está haciendo aquí! —La voz severa, de una celadora del colegio nos interrumpe. —¿Quiere recibir, otra vez suspensiones? ¡Está prohibido y lo sabe por el reglamento, que el nivel secundario y primario e inicial, interactúen! —Exclama, indignada.

Y vuelvo a sonreír, empujando su espalda con ambas manos, a que vaya en dirección a Miss Houston, a la espera de él con las manos en las caderas.

—No puedes salvarme siempre, Caldeo. —Le digo. —Conseguirás, que te expulsen amigo...  
—Niega, con una sonrisa de lado.

Mis hermanas se agrupan a mí, mientras lo miramos marcharse con la celadora.

Y se gira, para mirarnos por última vez por un hombro.

La capucha gris de su abrigo apenas deja ver su rostro, solo su nariz recta como perfecta y parte de su piel de tono café con leche, podemos apreciar.

—Que mezcla perfecta de color de piel y chico enigmático como sexi... —Suspira Amely, entre nosotras.

—¡Qué asco! —Chilla, Tatum. —¡Es, un viejo! ¡Tiene como 18 años!

—Cumple 17. —La corrijo, acomodando mejor las hojas sueltas de mi cuaderno y sonriendo, mientras toca el timbre anunciando la próxima hora de clases.

## Prólogo 1.2



### *16 años de edad...*

—¡Voy al estanque, mamá! —Grito, abriendo la puerta trasera de la cocina, luego de despojarme a la velocidad de un rayo mi uniforme secundario y tragar de dos bocados el sándwich de queso que me preparó mi nana Marcello como merienda y de dos sorbos, mi vaso con jugo de naranja exprimido, bajo sus protestas de poco correcto de una dama eso.

Aunque, ya no está de tiempo completo con nosotros, porque vive en la ciudad con tío Hollywood.

Se niega a no trabajar y pasa mediodía con nosotros de la semanas, para regentear a la servidumbre que contrató para ayudar a mamá y chequear que todo marcha bien, mientras ellos están el Holding trabajando.

Papá día completo y mamá, hasta el mediodía.

Menos, los fines de semanas.

Papá los hizo no laborales, desde que nacimos.

Esos días son para la familia, siempre nos dice serio.

Muy serio, bajo la risa de mamá.

Creo que antes papá, era un loco obseso de su empresa.

Me encojo de hombros.

*Creo...*

Bajando los únicos tres escalones de la puerta a toda marcha, pero mi super carrera es frenada, por un sonido lastimero que viene de ella con un golpe.

Me giro sobre mis talones y tapo, mi risa con una mano.

Rata, moviendo su colita alegre.

*Otra vez.*

Quedó atrapado en la pequeña puerta vaivén, para perro o gatos normales, para que ingresen al interior de la casa cuando esta, está cerrada.

Pero, Rata no es un perro normal.

El fiel y ya muy viejo amigo de mi padre, es enorme.

Me vuelvo hacia él, subiendo los escalones y empujando con cuidado su voluminoso cuerpo con mis manos, para que retroceda y salga de ella.

—Ya estás grande amigo, para esta abertura. —Le reprocho una vez liberado, acariciando su cara y besando su hocico.

Sus ojitos negros, me miran profundo.

—¿Quieres, venir conmigo? —Le pregunto.

Y mueve su colita como siempre alegre, pero ahora más lento por su avanzada edad.

—Ok. —Digo, caminando a su tiempo y a su lado, por la orilla de la laguna de casa que tanto conocemos ambos por jugar desde niña con mis hermanas y nuestros primos Tomas con Lucas y Caleb.

Nos adentramos, siguiendo la orilla del estaque por el bosque y saco de mi bolsillo trasero de mis pantalones cortos y claros, pedazos de pan para tirar a las garzas y patos salvajes que habitan y nadan en ella.

Recojo mi largo pelo y con un mismo nudo de este, los sostengo sobre mi cabeza.

Mamá me enseñó a hacerlo a mí y mis hermanas, cuando no encuentras con que sujetarlo.

Es la mejor mamá, del mundo.

Dejo que mi zapatilla blanca de un pie, juegue con las hojas secas y caída de los árboles al piso, con mis manos en los bolsillos traseros de mi pantalón, cuando siento el crujir de otras por pisadas detrás mío.

Y no me da tiempo, a nada.

Unos fuertes brazos tatuados, me rodean por la cintura y me elevan por el aire, provocando que grite y ría a carcajadas de alegría.

La risa silenciosa de Caldeo a mis espalda me hace reír más, al hacer que ambos giremos sobre nuestro lugar a 360 grados y terminemos mareados como cayendo, sobre el colchón de hojas formado por varios otoños y volteando su cuerpo sobre el, para amortiguar nuestra caída.

Río más a carcajadas encima de él, elevando mi rostro para nivelar nuestras miradas.

—Eso, dio miedo y risa. —Exclamo.

Y se sonrío, mostrándome su linda y perfecta dentadura blanca, mientras me recorre con su mirada mi rostro.

Aún encima de él, mis ojos vagan a su cuello y chillo de emoción, haciendo que lo gire con una mano.

*Y debo reconocer, de forma bruta.*

Su lindo rostro se hace a un lado y tirando con la otra, la capucha de su sudadera negra para atrás, para despejar su cara.

Y su cara, es iluminada a pleno por el sol y entrecierra sus ojos color hielo por ello, mientras con un movimiento preciso de su mano, corre parte de su pelo negro algo largo que y que casi siempre tapa parte de él y su frente, por la forma desordenada que siempre lo lleva.

—¡Tienes, tatuaje nuevo! —Exclamo, con mis ojos enormes y creo, que se sonrío más por eso.

Asiente, sin moverse bajo mío.

—¿Duele?

Niega.

Elevo un dedo, frente a él.

—¿Puedo?

Sus ojos me sonrían, sin dejar de mirarme mientras dice que sí, con su cabeza.

Arrastro de forma suave y lento mi índice, desde el comienzo de su camiseta blanca que se deja ver por su sudadera a medias abierta, mostrando un nuevo diseño de tattoo, que sigue por su cuello y hasta su barbilla donde termina.

Mi dedo dibuja y acaricia cada línea que forma el diseño de la flor de Loto en color rojo sangre y sus tribales en los lados, con colores fuertes y en la gama de los ocre, con sombreados en negro.

Lo detengo sobre la piel de su garganta y apoyo, mi mano en ella.

—Es hermosa, Caldeo... —Murmuro sincera y aún, horcajadas sobre él.

Siento que traga fuerte saliva por tener mi mano descansando en ella, mientras muere y hace

girar el aro de acero, en su labio inferior con su lengua sin dejar de mirarme.

Sus manos en mi espalda me acarician de forma cariñosa, sobre mi remera sin mangas.

Suelto, una risa.

—Tío Pulgarcito dijo, que te iba a desheredar si continuabas... —Hago una pausa para carraspear mi garganta e imitar su voz gruesa y temible, poniendo cara de mala y elevando mi índice otra vez, pero frente a su nariz. — *"Con esas mierdas de tintas sobre tu piel, muchacho..."* — Lo miro severo, como lo haría su padre.

Y ríe a carcajadas, por mi imitación.

Y yo, río con él.

Porque, Caldeo muy pocas veces hace eso.

*Reír a carcajadas.*

Solo fui afortunada de ello, un par de veces.

Y es el sonido más lindo que he escuchado, cuando lo hace.

Es como que llena el lugar donde está, de colores.

*Lo juro.*

Siempre soy yo, la de reír y él solo me mira profundo y en su silencio, cuando la hago.

Creo que, porque le gustaría hacer eso de reír más seguido.

*Creo...*

—¿Y bien? —Me incorporo, pero sigo sentada sobre él, sacudiendo mis brazos de hojas y tierra seca.

Lo miro, desde arriba.

—¿Tenías algo para decirme, no?

Y su sonrisa, desaparece.

Sus manos sueltan mi cintura, que momentos antes me acariciaban, para cruzarlas y ponerlas detrás de su cabeza.

Él está triste y siento por primera vez, como un pellizco en mi pecho por verlo así.

*Muy fuerte.*

Me inclino a él para girar con una mano su rostro, que se volteó a un lado a mirar a Rata que corre por la orilla de la laguna, ladrando a las garzas y patos.

—¿Caldeo? —Susurro, logrando que obedezca mi mano y se gire hacia mí.

Sus ojos como el agua cristalina antes alegres, ahora me miran de forma triste.

Y suspira.

—¿Qué sucede? —Me inclino más a él, para que focalice en mí. —¿Es por ese viaje que habló tío Pulgarcito, preocupado a papá la otra noche?

Asiente, mirando el cielo.

—¿No quieres ir, verdad?

Niega, sin mirarme.

Me recuesto apoyando mi mejilla en su pecho y con ambas manos.

Sus latidos acelerados, lo siento en la piel de mi rostro.

Cierro mis ojos, para escucharlo y sentirlo mejor.

—Es tu familia. Caldeo... —Susurro sin abrir mis ojos y dejando que cada uno de sus latidos, me colme. —...no te gustaría conocer, a tus verdadero padre? Él te estuvo buscando, todos estos años...

No me responde y muerdo mi labio, por ello.

Sonríe, sobre su sudadera negra.

—Será divertido conocer África, ya lo verás. Será solo, por un par de semanas... —No me deja

terminar hablar, porque se incorpora de golpe, chocando nuestros pechos y quedando enfrentados.

*A centímetros, nuestros rostros.*

Y acunando el mío, con sus manos.

Despeja mechones de mi pelo que cayeron, sobre el con sus dedos con suavidad.

Y vuelve a jugar con el aro de su labio, mientras me niega con su rostro y mirando profundo, con sus ojos los míos.

—¿Qué? —Digo. —¿Más de dos semanas?

Su mirada baja.

*No, no Dios mío.*

Y mis latidos ahora, son los que se acelera.

Mi mejor y único amigo, que me conoce tal como soy de verdad.

*¿Se va, por mucho tiempo?*

Mi corazón sin saber por qué, siento que se rompe en miles de pedacitos.

Lágrimas, asoman por mis ojos.

Lo sé, porque su bonito rostro que me mira fijo, empieza a nublarse por ellas asomándose.

—¿Meses? —Susurro.

*Dime que no Caldeo por favor, ruego para mis adentros...*

Y suspira limpiando mis lágrimas, que empiezan a descender por mis mejillas.

—¿A...añ...año? —Balbuceo.

Me mira a través de sus gruesas y llenas pestañas negras, que contrarrestan sus ojos grises claros.

Y asiente.

Mis manos se hacen como puños sobre su pecho y lo golpeo chillando y negando, con mi cabeza.

Me atrae contra él con fuerza, pero me niego a su abrazo de despedida y lucho, por escapar de su agarre llorando.

Pero, es inútil.

Me envuelve más en sus brazos y enrosca, sus pies a mi alrededor para que no pueda escapar de él, sentados en el suelo.

Forcejeo envuelta en él con todas mis fuerzas, pero un brazo atraviesa mi espalda y obliga a mi rostro a reposar en su pecho.

—¡No te...vayas...Caldeo! —Suplico, contra la tela de su abrigo empujando e intentando separarme de él.

Lucho.

*Lucho, con todas mis fuerzas*

Pero, solo consigo cansarme y que Caldeo bese mi frente, abrazándome más contra su cuerpo.

Me acuna entre sus brazos en silencio, dejando que descargue mi tristeza e ira en silencio y por varios minutos.

—Un año, es mucho tiempo... —Lloro, sintiendo la humedad de la tela que cubre su pecho por tantas lágrimas mías.

Su mano acaricia mi cabello, que se soltó por el forcejeo.

—Eres mi único y verdadero amigo...

Y me aprieta más contra él y sé, que cierra sus ojos, aunque no le veo.

—No te vayas...no te vayas de mi lado, Caldeo... —Suplico y cierro los míos aún, en su pecho bajo el silencio del bosque, los sonidos de las garzas y los árboles, meciéndose entre ellos por la briza cálida de la tarde.

# Capítulo 1



## *Época presente...*

*<< No hables, Caldeo... —Me dice la voz de la mujer, sentada a mi lado.*

*Acaricia mi barbilla con cariño, mientras como el plátano que peló por mí y saboreo, mirando a través de la ventanilla del tren, como el paisaje pasa por mis ojos de forma rápida.*

*Extensiones y extensiones, de solo campo.*

*Abrazo más, mi mono de peluche algo roto, sucio y viejo, sobre mi pecho.*

*Ella dice que mi madre me lo regaló con amor, antes despedirme de nuestro largo viaje.*

*Que le pertenecía, cuando era una niña.*

*No, lo recuerdo.*

*No, la recuerdo.*

*Las campanadas del tren suenan, mientras frena lentamente en una estación.*

*Ella se sonríe y limpia con suavidad, dejos de fruta de mi rostro con su pañuelo.*

*— Hemos llegado, mi pequeño Caldeo...y recuerda príncipe... —Me susurra bajo y tocando con suavidad, la punta de mi nariz con un dedo de forma tierna, solo para que yo escuche dentro del vagón público. —No hables, Caldeo...no hables... >>*

*Con un gruñido infrahumano, me despierto jadeando.*

*<< No hables Caldeo, no hables...>> Repite mi mente.*

*Putita vida.*

*Mi pecho está agitado lleno de sudor, por mi respiración fuerte y entrecortada.*

*Me incorporo, algo confundido y pestañeando varias veces, mirando lo que me rodea.*

*Estoy en mi cama.*

*En mi casa.*

*En mi verdadero hogar...*

*Gruño, pasando mis manos por mis ojos de forma fuerte.*

*Otra vez, esa pesadilla.*

*La jodida pesadilla, que me sigue desde que tengo uso de razón.*

*Tiro las sábanas a un lado, para ponerme de pie y con un resoplido, camino desnudo en dirección al baño por una ducha fría.*

*Mis ojos reposan en el objeto pequeño que ocupa un lugar, en los estantes de arriba de mi mueble de libros de fauna salvaje de mi habitación y desde hace muchos años.*

*La taza de juguete de Hello Kitty, de ella...*

*Camino hacia el y lo levanto, con un dedo.*

*Antes en la casita del árbol lo veía gigante, cuando jugábamos con ella.*

*Ahora de adulto, apenas esa mierda de plástico rosa que cubro con dos dedos, que lo sostiene.*

*Pasando mi otra mano por mi lacio y desordenado pelo negro que tapa parte de mi rostro, miro*

mi reflejo desnudo lleno de tatuajes, de pie y frente al gran espejo de pared, en un extremo de mi habitación con imágenes de grupos de rock, mujeres semi desnudas y de mi banda en el bar *WaySky* de Salvador y con cervezas en manos.

El despertador suena, dos segundos después.

Me desperté, antes.

—¡Caldeo, el desayuno hijo! —La voz de mi madre desde la planta baja, hace girar mi cabeza de la imagen que me devuelve el espejo y hacia la puerta de mi habitación cerrada.

*Jodida universidad.*

Después de las vacaciones de invierno y casi algo más de un año de mi vuelta de África, otra vez a clases.

Bajo mis ojos a la taza de juguete aún, entre mis dedos.

Con mi lengua, juego con el piercing de mi labio inferior.

*Hoy voy a verla, otra vez...*

Y mi mano, se cierra sobre ella.

*Fuerte.*

Sin compasión.

Y el crujir de plástico quebrándose, invade mi silencio.

Dos hilos de sangre, se resbalan de la palma de mi mano a la alfombra del piso de mi habitación y con el, los pedazos de ese juguete roto cayendo a este.

## JUNO

*¡Llego tarde, a mi primera clase!*

*¡Llego tarde, a mi primera clase!*

*¡Llego tarde, a mi primera clase!*

Mi cabeza solo repite, mientras jadeo corriendo por los corredores externos, atestados de estudiantes en el edificio universitario principal del campus y en busca de mi casillero nuevo.

Choco con algunos estudiante en mi carrera y les grito disculpas en el trayecto, acomodando mi mochila que cuelga de un hombro y libros de arte en mi otro brazo y con el nuevo horarios de las materias, de mi segundo trimestre del año en mi boca, cruzando el gran patio.

Mi celular suena, desde el bolsillo trasero de mis jeans.

No pierdo tiempo, en contestar.

Debe ser Amely, por mi demora.

Con suerte, compartiré dos clases semanales con ella.

Yo estudio Bellas Artes y ella Fotografía.

En Historia II e Introducción a la naturaleza, seremos compañeras.

Mis hermanas van a pabellones diferentes del campus, ya que Tatúm estudia medicina.

Tiene cierta pasión por la Pediatría y trabaja de tiempo completo, en el Hospital Oncológico Infantil de nuestros padres como ayudante.

Y la explosiva Hope, Administración de Empresas.

Casi siempre, acompañando a papá al Holding.

Trabajando medio tiempo y ganándose su lugar, como una Junior y un activa más como las 40.000 almas, que trabajan bajo la mirada de mi padre.

*Sip.*

Una, es muy pasional y dulce.

Mi otra hermana, enérgica y de jodido carácter.

¿Y yo?

El término medio, diría mamá.

Será, por que nací entre ellas dos.

Un poco de ambas.

De carácter, pero algo introvertida.

Amo, la naturaleza y dibujar.

Pasar horas pintando sobre un lienzo apoyado en mi caballete de madera y dejar que mi pincel y los colores primarios, hablen y se comuniquen por mí, expresándose.

Somos, tres gotas de agua exactas.

Mismas alturas, mismos cuerpos, mismo largo y tono de cabellos como mamá.

*¿Nuestras diferencias?*

Nuestras formas diferentes de vestir y dos salimos, con los bonitos ojos de papá y otra el lindo tono café de mamá.

Pero, un jodido clon las tres.

—¡Rayos! —Exclamo, al notar que cambió mi casillero la administración y a un nivel alto.

Sumando, que está alejado de mis aulas.

Me pongo de puntas de pie, memorizando la nueva combinación mientras abro la puerta y deposito los libros de mi brazo y saco una manzana del interior de mi mochila para más tarde.

Los parlantes hacen un chirriante y decibélico ruido asesino para cualquier oído humano, provocando que cierre mis ojos, para luego sentir hablar el decano principal con su voz aguda y vieja, dando la bienvenida a este último semestre electivo de clases.

Y la canción de fondo de la radio universitaria, suena después con *AC/DC*.

Ruedo mis ojos por saber "*quién*" ordenó ese tema y apostaría hasta la *Playlist* completa del día y porque no, de la semana.

Para que suene en los corredores, campus y comedor universitario, durante todo el maldito día a su placer.

Cierro la puerta de mi casillero, chequeando la hora y me desespero, porque estoy a minutos de mi primer clase, de Arte visual.

—Oh, por favor...no me hagas, esto... —Ruego a la puerta del casillero, que se vuelva abrir y sin cerrar su cerrojo.

Intento, una segunda vez.

Y la maldita cosa, se niega a quedar cerrada.

Una tercera.

*Nada.*

Miro, para mis lados.

Y ya, casi todos se están yendo y de forma apurada para llegar temprano y buscar buenas ubicaciones de sillas, para sus nuevas clases.

Nadie, va querer ayudarme.

Vuelvo a intentar y para tomar impulso en el golpe, me paro otra vez de punta con mis zapatillas.

Y lo consigo.

Y con ello, un lamento de dolor sale de mí, porque la jodida puerta no cerró, pero volvió con bronca a mi cara.

Pegando su filo, en mi frente.

Y cierro mis ojos, por el impacto y el escozor.

Elevo mi mano a mi frente y esta húmedo y mis dedos, se pegan por algo líquido entre ellos.

Sangre.

Un leve corte en mi frente me gané, por descargar mi frustración contra mi casillero.

Y carcajadas, suenan a mi espalda.

—¿Qué pasa, cachorra? —La voz burlona de Cristiano Grands, invade el pasillo bajo la risa de Caldeo a la cabeza de ellos y de algunos compañeros del equipo básquet de la Universidad con Constanza Goti, colgada con sus brazos de mi ex mejor amigo.

Y un grupo de groupie vestidas como ella de forma deportiva y sexis de animadoras, con los colores verde, blanco y gris de la Universidad.

*Y obviamente.*

Todos, con las respectivas chaquetas de la U también.

—No es de tu incumbencia, Grands... —Digo entre dientes, intentando ignorarlos.

Pero la mirada fuerte, silenciosa y burlona de Caldeo, me hace mirarlo buscando en el interior de mi mochila, por algo con que limpiar la sangre de mi frente.

Y me arrepiento, de ello.

Porque, es penetrante, fría y llena de odio sobre mí.

—Pobrecita, Junot... —Exclama con ironía Constanza, acariciando con su mano y apoyando su rostro, en el fuerte pecho de Caldeo. —Le dieron, el peor casillero del campus...

Y todos ríen, inclusive Caldeo, el amigo que amé como a un hermano.

Seguido, de hacer una mueca con sus labios de brillo rosa y un dedo en ellos, fingiendo pensar.

—¿Quién habrá, conseguido eso? —Y sus ojos celestes y maquillados, viajan a mi ex amigo de forma cómplice.

Caldeo le sonrío y besa sus labios de forma asquerosa y dejando a la vista de todos, sus lenguas entrelazadas en ese beso profundo y mirándome a través de sus gruesas pestañas negras como la noche y sus ojos grises y cristalinos como una tormenta fría y silenciosa de nieve, cuando lo hace.

Y tengo ganas de vomitar, paralizada en mi lugar por ser testigo de ello.

Silbidos victoriosos de todos sus amigos, cortan ese beso versión película porno y de mala calidad ante mis ojos.

—Ya, vámonos... —Bufa aburrido Cristiano Grands, con una mano en el aire y pasando por mi lado. —...las hermanas Mon, apestan... —Gruñe, de mala gana.

Y todos, ríen por su dicho.

No levanto mi mirada del interior de mi mochila, mientras limpio la sangre de mi frente con un pañuelo, rogando que se marchen rápido para poder llorar en paz y no se burlen de eso también.

—¡Adiós, Junot Mon! —Me saludan, de forma burlona todos.

Caldeo choca mi hombro al pasar por mi lado a propósito, haciendo por su impacto que retroceda un paso de mi lugar.

El contacto, no fue fuerte ni me dolió.

Pero, lo siento como si fuera la colisión de dos trenes de frente, en mi interior.

Y La primer lágrima recorre mi mejilla, cuando me giro a mirarlo triste y marcharse con sus amigos.

Fuerte, guapo y casi tan alto como papá, bajo la campera universitaria y sus jeans.

Su espalda ancha de cuerpo tonificado y tatuado hasta los dedos de sus manos, aún abraza a Constanza.

Ahora, soy Junot.

Caldeo Nápole, ya nunca más se refirió a mí, como Juno o mejor amiga.

En una palabra.

*Ya no se refería en mí, en absoluto.*

Vivimos cerca, ya que tío Pulgarcito compró una linda casita cerca de nosotros, desde nuestra infancia.

Y una vez, fuimos los mejores amigos.

Pero después de ese poco más de un año de distanciarnos por su viaje a África, para conocer a su verdadera familia.

Todo, cambió a su regreso.

Se volvió, contra mí.

*¿Su meta?*

Arruinar mi vida desde hace casi los dos años que pasaron de su viaje y en cada oportunidad, hasta ahora.

Humillarme.

Excluirme.

Burlarse.

Y el más doloroso, de todos.

*Odiarme.*

Siendo sus bromas entre otras cosas, más sádicas con el transcurso del tiempo hacia mi persona.

Llegando hasta el punto de esconderme y temer de él, en solo pensar de compartir la misma habitación en la que está él o lugar.

Nunca más, me protegió.

Nunca más, subió a la casita del árbol conmigo.

Nunca más, vino a buscarme como cada tarde en el estanque, como lo hizo cada día de nuestras vidas.

Y debo reconocer que yo, sí.

Hasta que me di cuenta una tarde, después de horas alimentar esa esperanza que abrigaba mi corazón y llorar mucho, sobre el colchón de hojas secas cerca del estanque y abrazada a Rata a mi lado.

*De que nunca más mi mejor amigo, iba a volver a mí...*

—Eso, debe doler mucho. —Una voz, me saca de mis pensamientos.

A mi lado un chico alto, con su pelo castaño semi largo rasurado a medias, todo de oscuro y con sus ojos delineados de negro como sus uñas pintadas en ese tono, me mira compasivamente y apoyado, en los casilleros con un pie cruzado.

Sonrí, pasando por última vez el pañuelo por el corte de mi frente y secando mi lágrima.

—Solo es un rasguño, nada importante en realidad... —Intento otra vez, cerrar mi casillero.

Nada.

Se acerca a mí, de forma amistosa, pero rodando sus ojos.

—No me refería a tu lastimadura, cariño... —Me dice sacando mis libros y la manzana del interior, sin pedirme permiso.

Lo miro raro.

—...esta mierda está rota," *apropósito.*" — Señala mi casillero abriendo el continuo, pero un nivel más bajo con su código.

Abre su puerta y deposita mis cosas ahí.

Sonríe.

—Mi casillero. —Lo cierra. —Lo compartiremos, hasta que administración solucione el tuyo.

—Gracias... —Digo tímida y tirando mi pelo suelto hacia atrás. —Soy...

—Junot Mon. —Dice por mí, rodeando mi hombro con un brazo de forma cariñosa, invitándome a caminar. —Lo gritó a media universidad, el chico lindo de ojos verdes en su burla...

Mi ceño se frunce, por Cristiano Grands.

—Mis amigos, me dicen Juno... —Acoto, dejándome llevar por él, camino a mi primer clase en el corredor casi vacío ya.

—Entonces eres para mí, Juno, corazón. —Dice, el lindo chico gótico. —Soy Demian. —Se presenta mirando mis horarios de clases y lo compara con el suyo. —Soy nuevo. Con mi familia nos mudamos aquí hace un par de meses... —Mira las puertas, buscando la numeración de nuestras clases y sonrío al ver la mía al final. —...pero, me dicen Fresita.

Suelto una risita.

—¿Fresita?

Y él, también lo hace.

—Ahá... —Dice, abriendo la puerta por los dos de mi clase. —...no va en absoluto, con mi atuendo. —Rueda sus ojos, inclinándose a mi altura y mirarme fijo y de forma divertida. —Pero, jodidamente con mi personalidad... —Vuelvo a reír, antes de entrar. —...a propósito, soy gay y es un placer damita, desde ahora ser tu amigo y por lo que veo... —Murmura, elevando los dos horarios de su mano. —...tu nuevo compañero, de Arte. —Finaliza dejando que ingrese primero, seguido de él a nuestra clase de Arte Visual.

## Capítulo 2



Entramos al enorme salón de arte visual, con mi nuevo amigo.

Para mis desgracia, los mejores lugares ya estaban ocupados por otros estudiantes, por llegar más temprano.

Todos los caballetes de dibujos posicionados en forma de semi círculo, rodean el pequeño escenario con una mesa en el medio, donde se exhibirá los objetos a dibujar.

El olor familiar a madera vieja de los caballetes, como el que elijo y mi caja con grafitos de diferentes grosores que saco de mi mochila, inunda mi alma y me llena de dicha, haciendo que olvide el trago amargo que viví en los casilleros, minutos antes.

La nueva maestra entra a clases, cargada con una carpeta enorme con gruesas hojas número 2 en ella.

Su pelo ondulado, esponjoso y de un lindo tono rojizo, se mueve al compás de sus pasos apurados.

No supera, los 35 años.

Deposita su cartera que cuelga de su hombro y carpeta sobre su escritorio, mientras hace una seña a un par de estudiantes delante suyo, que retiren la mesa del centro del pequeño escenario.

—¡Hola, a todos! ¡Soy su nueva profesora de arte visual, mi nombre es Nora Parker y les doy la bienvenida, a mi clase! —Se presenta, con una sonrisa y sin pérdida de tiempo, prosigue. —Son estudiantes avanzados y si perdieron cinco minutos de sus valioso tiempo en sus vacaciones de invierno, en el aburrido programa de esta materia del segundo semestre... —Dice, bajo la risa de todos y tomando asiento, sobre su escritorio y cruzando una pierna, mientras acomoda su larga y linda falda color mora que le llega hasta los talones. —...sabrán que el programa en varias partes, fue modificado.

Con Demian nos miramos y creo, que todos lo hacemos entre sí.

Ya que, nadie ojeó el programa en profundidad, en realidad.

Ríe con mirada divertida hacia nosotros de "*lo sabía*" entregando la gran carpeta con enormes hojas de dibujo en blanco, a un alumno para que nos reparta a todos.

—Haremos dibujos visuales, pero no de naturaleza muerta. —Nos dice y eleva ambas manos al aire, para callar nuestros comentarios llenos de dudas por ello. —¡Chicos! ¡Chicos! Cálmense... —Nos mira a todos. —...he visto el programa anterior de ustedes y han hecho suficiente floreros y compoteras con frutas para mi gusto... —Hace mueca aburrida y todos reímos.

—Por eso... — Se pone de pie y comienza a caminar por el salón, elevando la voz pero de una forma dulce, para que todos podamos escuchar. —...arrancaremos este semestre, pasando al siguiente nivel, mis queridos artistas... —Nos señala. —...la naturaleza en movimiento o como la llaman ahora, "*la de vida*"... —Y abre, ambos brazos al aire como si fuera un gran cartel, cuando lo dice.

Y chillo sobre mi lugar de la emoción, aceptando la hoja blanca de grueso grosor, que mi compañero reparte y la acomodo sobre mi caballete.

Por fin, dibujar cosas con vida y en movimiento.

Estudiantes en niveles y años superiores, me han comentado que se hacen viajes estudiantiles para ello y en varias ocasiones como al zoológico, a una plaza o una catedral importante y obviamente a modelos humanos.

Y todos festejamos con aprobación y nuestra maestra, sonrío complacida.

—Bien. —Dice mirando la hora, de su reloj pulsera. —El modelo a dibujar, vendrá en cualquier momento...

Es sumamente alta, bonita y su estilo *Hippie Chic* como vestimenta, me gusta mucho.

—Si fuera hetero, la invitaría a salir... —Me susurra Fresita, inclinado a mi lado y acomodando mejor su caballete.

Río por lo bajo recogiendo mi pelo sobre mi cabeza de forma desordenada y lo atravieso con un lápiz.

—Es muy bonita. —Le susurro. —¿Pero no la vez, demasiado alta para ti? —Digo, posicionando mis grafitos.

Me inclina su cabeza, de forma aburrida.

—Cariño...en la cama, como todos horizontales. —Me dice con suficiencia entendida y guiñando un ojo.

No lo puedo evitar y río a carcajadas, cuando la puerta de clases se abre.

Me giro para ver al modelo y mi risa cae.

Porque, el modelo en cuestión.

*Y frente, a mí.*

Es el dueño de mis pesadillas y mis miedos más grandes.

Mi ex mejor amigo, de mi infancia.

*Caldeo Nápole.*

Me quedo helada.

Es exactamente, la persona que menos esperada ver en mis clases de dibujo artísticos.

*¿Por qué, está aquí?*

Su mirada fría y gris, recorre a todos los presentes y cuando llega al anteúltimo alumno.

*O sea, yo.*

Sus ojos se encuentran con los míos con sorpresa, seguido de desagrado inmediato.

Y suspiro para mis adentros, resignada.

*Sip.*

Su mirada es inconfundible, de *No.Soporto.La.Vista.De.ti.*

Y su ceño, se frunce.

—Ay, mi Dios... —Exclama Fresita, al ver su mirada de odio y sin disimulo, hacia mí.

La maestra de arte grita emocionada al verlo, lo que provoca que su cabeza con mirada asesina a mí, gire a ella.

Y yo, agradezco eso.

Camina a él que sigue en inmóvil, estático y como siempre con la capucha de su campera universitaria baja hasta sus ojos y cubriendo la totalidad de su rostro y con las manos en los bolsillos de sus jeans claros.

La maestra apoya, una de sus manos en su hombro y nos mira a todos.

—¡Clase! Supongo que ya todos conocen, al capitán de la liga de básquet de la universidad. —Lo guía, al centro de la habitación. —Al alumno Caldeo Nápole, que muy amablemente se

postuló con otros jóvenes a ser modelo, será uno de nuestros en varias sesiones de dibujo corporal humano, para este semestre...

*Ay no...*

Intento tranquilizarme.

Hay mucho público y eso, incluye a la profesora.

Que esté ella, es bueno.

Y debo calmarme, con eso.

Caldeo no se atreverá hacer nada contra mí, con ella como testigo.

—¿No lo sientes? —Me dice Fresita, con un susurro e inclinado para mi lado.

No sé, de que me habla.

Y me limito a acomodar mejor la hoja de dibujo por tercera vez, mis lápices por segunda vez y posicionar mi caballete de una forma que tape, completamente la presencia de Caldeo frente mío.

*Cualquier cosa, para no mirarlo.*

Aunque, tendría que ser lo contrario para una mejor visualización del artista.

—No sé, a que te refieres... —Le digo, sin levantar mi vista de mis cosas.

Demian ríe.

—El orgasmo, cariño. —Codea, mi brazo. —El moreno, te coge con la mirada.

Y calor sube a mi rostro y con el, la vergüenza.

Mis mejillas arden y me vuelvo a mi amigo y lo taladro con la mirada.

—¿Quieres, parar! —Chillo, en voz baja. —Deja de decir eso, Demian... —Intento tranquilizarme, poniendo la mano en el pecho. —No tienes idea, de lo que hablas. Eres el nuevo y no lo conoces Fresita. Pero él es perverso, impone su miedo y respeto a todos...

—Pero, lindo. —Acota.

—Es despreciable... —Le susurro.

—Pero, sexi. —Prosigue.

—Un chico, mala espina...

—A mí, me gustaría que me pinche.

Lo miro.

Se sonrío.

—Cariño...*¡hello!* Soy gay.

Y río negando, cuando elevo apenas mi vista y nuestro ojos, se vuelven a encontrar con Caldeo.

Él aprieta su mandíbula con sus ojos en Demian y su barbilla, se levanta ligeramente y se contrae.

*Oh, Dios.*

Desabotona su campera y se lo quita de forma cortante, bajo el suspiro de todas mis compañeras y de mi nuevo amigo, inclusive.

Sus ojos van de mí, a Demian y viceversa, quedando en su camiseta gris manga largas, para luego sacarla por el cuello y sin algún tipo de pudor frente a toda la clase, quedarse desnudo de la cintura para arriba, mostrando en todo su esplendor esos pectorales tonificados a juego con su vientre que con cada respiración, se dibuja sus abdominales.

Y regalando a los presentes su cuerpo semi desnudo, absolutamente todo tatuado y del verbo mucho.

Lo miro fijo y no lo puedo evitar, como todos.

Cuando sus manos van a la hebilla de su cinturón de cuero en marrón para aflojar y a continuación, el botón y cremallera de sus jeans que se caen levemente de sus caderas, mientras la

maestra le señala una habitación continua, para que termine de alistarse para ser dibujado.

¿Se va a desnudar, frente a todos?

*Nahh...*

Eso es para las clases, de nivel avanzado.

*Creo.*

Sacudo mi cabeza.

Es una clase de arte, no un club nudista.

Tengo que recuperar, mi compostura.

Hubo tantas veces cuando éramos niños juntos y compartiendo momentos en familia con nuestros padres.

En el bote de la laguna en los veranos, navegando los dos o cuando corríamos juntos, por el bosque y fingiendo ambos que ramas secas de los árboles, que eran nuestras espadas láser.

Pensaba que Caldeo, era lo mejor de todo.

Porque era dentro de su siempre silencio, el más dulce, divertido, amable y el chico más hermoso, que jamás había visto nunca.

*Pero ese chico del pasado, se había ido ahora...*

Su pelo negro como el azabache en esa forma desordenada que lo lleva hacia un lado, complementaba su linda piel tono café con leche.

Sus ojos exigían atención como ahora, porque cuando te miraba era imposible no hacer caso a ella.

Fuerte y de hielo gris cristalino.

*Únicos.*

Todas las chicas desde época escolar infante hasta ahora, no podían no amarlo y estar ocupadas, mirándolo para luego caer bajo el encanto y hechizo del silencioso, de Caldeo Nápole.

—*Oh. Señor. De. Los. Cielos...* —Susurra Demian, de golpe.

Su especie de *gemido* me hace elevar apenas mis ojos por sobre el papel de dibujo puesto, en mi caballete curiosa.

En el momento que Caldeo, aparece de la habitación contigua con solo una sábana de lienzo blanco, rodeando apenas su cintura y mostrando, su glorioso cuerpo desnudo.

*Oh, dulce mierda...*

## Capítulo 3



—¡Bien! —Da un aplauso la maestra, para llamar nuestra atención y mirando otra vez su reloj. —Tiene exactamente, una hora para dibujar a mano alzada y en grafito, con intervalos de cada quince minutos de cambio, de postura del modelo. La consigna de hoy, trazos en perspectiva... — Señala a Caldeo que se ubica arriba del pedestal, que hace de mini escenario.

Y suspiro.

Porque, parece un jodido dios griego arriba de el.

La estatua del *rey David* a su lado, un simple mortal.

—Erradiquen sombrados y tramados. Solo quiero guiarme y saber, los que sus ojos ven a través de líneas en enfoques pequeños de su cuerpo... —Finaliza, la profe.

Dos compañeras del lado mío, siento que hablan entre ellas.

—¿Puede ser, más caliente? —Gime cuando mi ex amigo se recuesta, acomodando el pedazo de lienzo solo tapando su "*ahí*" y para mi desgracia, mirando hacia mi lado.

—Me gustaría ser, ese retazo de tela... —Le susurra, la otra.

Y ambas ríen de forma estúpida y yo, blanqueo mis ojos.

La maestra hace la señal de empezar, caminando entre nosotros con sus brazos cruzados sobre su pecho, para observar nuestros inicios de trabajos.

Respiro profundo, tratando de serenarme detrás de la hoja cerrando mis ojos.

*¿Cómo diablos, voy a dibujarlo de una forma tranquila?*

¿Cuando el enorme, intimidante y silencioso rey de este campus, me da miedo y siempre que lo tengo cerca, mi cuerpo empieza a temblar y todos mis sentidos, se ponen en alerta?

Y ahora.

Lo tengo casi en frente y prácticamente desnudo, con su mirada y totalmente se ceño fruncido en mi dirección.

Respiro otra vez, apoyando el grafito entre mis dedos en la hoja.

*Ok.*

¿La maestra dijo, parte específicas, no?

Puedo, con eso.

*Solo mira alguna parte de su cuerpo Junot, traza líneas y espera el segundo movimiento, para focalizar en otra parte y listo.*

Sip.

Será fácil me aliento a mí, misma y detrás de la hoja.

Y en un último aliento, miro por sobre mis hombros a mis compañeros.

Todos, ya comenzaron con su dibujo y están, concentrados en ello.

Incluso, Demian.

—¿Algún problema, cariño? —La voz de la maestra, suena a mi lado al ver mi hoja aún en

blanco.

Sonrío nerviosa y niego, con la cabeza.

—Solo, buscando posición. —Digo, tímida.

Y la maestra ríe bajo, tomando mi caballete entre sus manos.

*No por favor. No por favor, no hagas eso.*

—Tapas tu vista, cariño. —Lo acomoda de lado y me guiña un ojo. —La del artista...

En una palabra, lo posiciona como estaba antes.

*Jesús.*

Eso era, mi escudo.

*Hacia, él...*

Palmea mi hombro, para que comience y le sonrío, abatida.

Si, como no.

*Como si fuera, tan fácil...*

Respiro, otra vez.

*Ya la mierda.*

Voy hacerlo.

Arqueo una ceja, bajo su mirada de muerte.

¿Dios como hago para focalizar en solo una "pequeña" parte de Caldeo, cuando todo él es "grande" y llama mi atención?

Mis ojos lo recorren evitando su mirada en mi persona, que sin disimulo es de muy mala gana.

*Pues, jódete Caldeo Nápole.*

Te voy a dibujar, aunque me lleve la vida en ello y dos minutos antes del final de clases lo finalizo, entrego todo y huyo cual cobarde sin darle tiempo.

Sonrío, como lunática.

*Estupendo plan.*

Como diría, papá.

Soy una puta genia.

Lo miro.

Me mira.

Le entrecierro los ojos, cuando dibujo el primer trazo sobre la hoja y me arquea una ceja por ello, desafiante.

Pero tras el primer trazo, ocurre la magia.

Mi magia.

*La de dibujar...*

Olvidándome del mundo y lo que me rodea.

Solo el grafito y la hoja de papel, gobiernan mi mundo.

Y con suaves trazos, dibujo la longitud de su pierna.

Pequeñas líneas transversales y más fuertes para señalan la musculatura de ella.

Cuando dibujo, siento música en mi corazón.

*Que me inunda y llena mi alma.*

Como una suave melodía, que me embriaga de arte y placer.

Y me llena de felicidad y como tal, así me expreso con cada trazo que doy en el papel concentrada.

La maestra señala, fin del primer dibujo.

Caldeo cambiará, de posición.

*Bien.*

Ahora se dará vuelta hacia los otros alumnos del extremo contrario y que antes le daba la espalda, me consuelo complacida y no tendré sus ojos embrujados, contra mí.

Pero, solo cambia su postura a sentado y tapando su "ahí" mirándome.

Fijo.

*Auch...*

Su sonrisa silenciosa de satisfacción y odio, se dibuja en sus labios.

*Perro.*

Gruño, a mi segunda elección.

Su brazo derecho.

Recorro su vista, en el.

Y la magia del arte, vuelve otra vez.

Mis trazos lo hacen fuerte, con musculatura y duro.

Como le es.

Me dejo llevar por toda la tinta, de sus tatuajes de el.

*Inclino mi cabeza.*

Pese a que está tapizado de ellos, entre muchos diseños tribales y de la vieja escuela, algo llama mi atención.

Un pequeño tatoos, en la parte interna de su muñeca.

*Parece...*

Pero cierra su puño con fuerza tapando el diseño, al notar que miro ahí.

Y nuestros ojos, se encuentran.

Creo, que me está gruñendo.

Y quiero preguntarle.

*¿Será?*

Pero su penetrante y fría mirada, me deja sin respiración.

Y bajo mi mirada, negando para mis adentros.

*Imposible Junot...niego.*

Vuelvo a elevar mis ojos, para finalizar mi segundo trabajo.

Su lengua juega con el piercing de su labio inferior, sin sacar sus ojos de mí.

Y yo daría lo que sea, por saber que piensa en este momento.

Y la voz de la maestra, me sacude de mis pensamientos, señalando el tercer dibujo.

Caldeo, cambia de posición.

*Sip.*

Y obviamente hacia mí, pero se pone de pie y bajo el suspiro de mis compañeras.

*Y de Demian.*

Una de sus manos posa en la tela para tapar su "ahí" con el lienzo, provocando que la blanca tela cuelgue de él.

Parece, una estatua Romana.

*Una linda, caliente y jodida, estatua Romana.*

Y volvemos a mirarnos, fijamente.

La suya gris y cristalina, que se encuentra con la mía.

Procuero, permanecer tranquila y sin mostrar mi temor.

Me hubiera encantado, volverme y correr.

Huir, de esos ojos.

Pero, nos consigo alejarme o correr la mía.

Soy totalmente, prisionera de sus ojos.

Y en ellos, dibujo.

Trazos ovalados, señalando sus oscuras y gruesas cejas negras.

El iris, tan claros que se pueden llegar a confundir, con el blanco de los ojos.

Destaco el aro negro que rodea ellos de color hielo y con suaves trazos, sus tupidas pestañas.

Suspiro al notar, la perfección de mi papel a él con el parecido.

Y me trago otro, al ver que él notó mi suspiro.

Muerde el aro, de su labio.

*Lindos labios.*

Sacudo, mi cabeza.

Putos labios, por ser tan lindos.

—¡Siguiente y último dibujo! —Exclama la maestra y dando final a la consigna.

La mirada baja de Caldeo se vuelve a clavar en mí, como puñal mientras se posiciona aún parado y solo, deja descansar el peso de su cuerpo en un pie como última postura.

Y me mira, a través de sus pestañas oscuras.

Tiro mis hombros para atrás, tomando aire ante su provocación.

Y una sonrisa silenciosa y páfida, dibuja sus labios.

Cuando.

*Mi Dios.*

Deja caer, el lienzo de su mano que cubre su "ahí."

Y queda, totalmente y como el Todopoderoso de los cielos, lo trajo al mundo.

*Ante, mis ojos.*

Y abro, mi boca.

*Pero qué hijo de\*\*\**

## Capítulo 4



— Mirada, de artista... —La voz de la maestra suena tipo eco, en el gran salón ante el silencio sepulcral de este, por la desnudez total de Caldeo frente a nosotros.

Con las manos en la cintura, camina frente a todos sus alumnos mirándonos a los ojos seria.

— Proyección, enfoque y artista. — Prosigue, elevando de a uno sus dedos al aire y enumerando sus palabras. — Proyección, porque me proyecto en el trabajo. *Enfoque, porque* es fuera el pudor y saber separar, las sensaciones que me moviliza de la pieza humana, en cuestión... —Me mira a mí, y a Caldeo.

¿Por qué?

—...y el no menos importante, el artista... —Nos recorre a todos, con su mirada de un azul intenso. —...porque lo somos, no? Hay que mirar esa pieza muerta o en movimiento, con respeto. Desde el dibujo, de una simple manzana... —Exclama, elevando la fruta que saca de su bolso. La muerde de un bocado, para luego señalar a Caldeo desnudo. —...a un mortal... —Se sonríe, negando. —Es intenso, lo sé. Su introducción, al dibujo del desnudo del cuerpo humano en la materia. —Camina en mi dirección y nos vuelve a mirar. —Pero, necesitaba saber sus miradas vírgenes, para trabajar en ello y pulirlos. —Se sonríe otra vez. —Señores... —Hace una reverencia ante todos. —A trabajar, que les queda solo quince minutos finales...

*OMG.*

Yo, no puedo dibujar "*ahí.*"

*Santo Dios.*

Ni siquiera puedo mirar fijamente y retener mi mirada en su miembro y con su mirada puesta, en mí.

¿Para ser, sincera?

Nunca, vi una.

*¿Y mi primera vez en ello, tiene que ser justo la de Caldeo?*

Me arquea una ceja, por retener mi vista arriba de su cintura.

Y así, la mantengo.

*Porque, yo no puedo...*

Mientras todos mis compañeros, dibujan la desnudez completa de Caldeo, yo me limito a su vientre.

Un lindo y duro vientre tonificado, donde el tatuaje de la figura *Maorí* de un dios Totem, lo acapara y parte, de sus pectorales bien definidos.

Mis trazos lo diseñan con precisión y cierto realismo.

La expresión de su mirada, esta fija en mi en todo momento mientras desahogo la frustración por no poder cumplir con la maestra.

Muerde, su piercing.

Sabe que no estoy dibujando su miembro, porque jamás bajé mi mirada a ello.

Y sus oscuras cejas se fruncen.

El timbre en ese momento, suena dando fin a la clase.

Y no pierdo, tiempo.

Recojo mis cosas y sin guardar mis grafitos de forma prolija, como lo hago siempre en su caja.

Las tiro al interior, de mi mochila.

Tomo la hoja y pidiendo permiso entre los demás estudiantes, me adelanto y entrego mi trabajo a la maestra de forma apurada.

Ella me mira sorprendida por mi reacción y por ser la primera, me retiro del aula bajo los gritos de espera de Demian y la mirada seria de Caldeo, por mi apurada huida.

Mínutos después, la risa de Demian se siente en gran parte del jardín lateral del campus.

Sobre una de las tantas mesas de material, con fines para almorzar como segunda opción después de la cantina o simplemente, para descansar entre breack de hora y hora a otra clase.

Mi nuevo mejor amigo, ríe a carcajadas echando su cabeza hacia atrás y limpiando parte de su delineado en negro de sus ojos, que se corrió por lagrimear de la risa.

—Eres, genial. —Exclama de forma divertida, intentando tomar de su jugo de naranja en caja con la pajilla, pero su risa no se lo permite.

Con mi barbilla en un puño y la otra jugando con la manzana sin morder que me traje de casa, lo miro de forma desinflada.

—No. No lo soy... —Digo, con total convencimiento.

Porque, es la verdad.

Soy algo tímida.

Y aunque a mí y mis hermanas nos han dicho que somos bonitas, soy la más ignorada de las tres.

Tatúm es llamativa y preciosa con esa personalidad dulce muy parecida a mamá que posee, bajo sus lindos lentes de armazón negro que usa al igual que papá con sus docenas de hebillas en el pelo.

*¿Su pasión?*

Ayudar, al prójimo enfermo.

Lo único que puede alterar a Tatúm de su dulce carácter, es la presencia de su archi enemigo en potencia y desde muy niños.

Cristiano Grands y mejor amigo, pese a su diferencia de un par de años, de Caldeo.

Estudia para entrar a las fuerzas armadas, del comando especial de la policía, como su familia paterna lo hizo por cinco generaciones.

Hijo y casi de la familia, del primero al mando de mi padre, Lorens Grands.

Ya que nuestro abuelito Collins, se casó con nuestra abuelita siendo nosotras muy niñas y se retiró del cargo.

Mi otra hermana Hope, es otro tema.

Impulsiva y jodida como ella sola, con su carácter fuerte.

Pero, hermosa por donde la mires.

Como una versión femenina de papá, según las palabras de mamá.

Papá de más joven, era como algo rarito y difícil de congeniar y ponerse de acuerdo con él, con ciertos caprichos, porque regía bajo unas cuatro reglas su vida.

*Que nunca nos dijo, cuales eran.*

Y por, ende.

Era como tener una conversación con el agujero negro, siempre se burla mamá bajo la mirada de odio de papá, cuando lo comenta.

Para luego no aguantar la risa, abrazarla y llamarla su "nena" o "rayo," ya que es raro que se dirija a ella por su nombre.

¿Lo único, que altera a mi hermana Hope?

Salir de ese control, que rige de forma meticulosa su vida programada.

Una en distribuir, marcar y agendar en tiempo y hora.

Lo que utiliza, bajo un plan sincronizado sus horas de estudio, salidas con amigas, el Holding y estar rigurosa y por demás, vestida como maquillada para cada ocasión.

O sea, detesta.

La vida desaparece donde el reloj sincronizado no existe, donde la palabra rutina no se sabe que es y donde las fiestas y el descontrol gobiernan.

Para simplificarlo.

El desequilibrio de su eje perfecto de Hope, es nuestro primo por un año menor Caleb.

Hijo de nuestros tíos queridos y mega asombrosos a toda onda, Rodo y Mel.

Parrandero y mujeriego.

Donde los siete días de la semana para él, es fiesta, música y mujeres.

¿Mi personalidad?

Es pasar desapercibida.

Porque, soy la más tranquila.

Raramente alguien se fija en mi persona y cuando algún chico lo hizo, de una forma extraña siempre se retractaba horas después con dicha cita, de forma nerviosa y mirando para sus lados.

En un momento pensé, que era obra de mi padre.

Ya que, es algo sobreprotector con nosotras y con respecto a hombres, merodeando a nuestro alrededor.

Le empieza faltar el aire y comienza con la mano en el pecho, a desabotonar su camisa.

Pero mamá tiene el don siempre de calmarlo y a eso, súmenle su mirada asesina hacia él.

No me importa ser de las tres, la que nunca tuvo una cita.

Me gusta, mi soledad.

Creo que voy a ser la tía solterona, que adora a todos sus sobrinos.

Exhalo con bronca y muerdo mi manzana con frustración.

Y me giro a mi amigo, con tristeza.

—Fui la única, que no dibujó "ahí..."

—Pene. —Me corrige Fresita, lanzando con una mano su ya caja de jugo de naranja vacía, al cesto de la basura a unos metros frente a nosotros y acierta, desde nuestro lugar.

*Jesús.*

Ni la palabra puedo decir, frente a alguien.

Subo las manos al aire, masticando mi fruta.

—¡Soy una artista! Se supone que los artistas no tienen pudor o vergüenza. —Gimo. —Y no pude... —Suspiro. —dibujar su...su...

—Gran pene... —Vuelve a decir, por mí.

Respiro hondo y cerrando mis ojos.

—...Por qué, no pude? no pude...dibujar, su...su aparato reproductor masculino...

Vuelve a reír con ganas y envuelve su brazo sobre mi hombro, con un abrazo cariñoso mientras me atrae a él.

Despeina mi pelo.

—Eres grandiosa. —Ríe más. —Dilo. —Me ordena.

Niego.

*Porque, no puedo.*

—Hazlo, mi pequeña mojugata. —Me alienta. —P—E—N—E... — Me deletrea.

Y golpeo su hombro con el mío también cariño, riendo y elevando mi rostro al sol para que me de a pleno cerrando mis ojos.

Pero, los chillidos de Constanza Goti desde el otro extremo del campus, me hacen abrirlos.

Ya que, grita el nombre de Caldeo.

*¿Caldeo?*

Me alarmo.

*¿Dónde?*

A la hora del almuerzo fui precavida de no ir al comedor de la universidad, porque sabía que estaba ahí.

Arrimada a una de las ventanas lo vi almorzando con Cristiano, su banda de amigos, las groupie y una linda morocha en su regazo que de forma obscena, lo estaba tocando y él muy satisfecho con dichas caricias, la besaba dando un espectáculo frente a todos sin el menor atisbo y vergüenza por parte de ambos.

*¿Mi opción más inteligente y bajo el sol radiante?*

Hacerlo al aire libre en el campus y en compañía de Fresita.

Mis ojos vagan por el gran predio, lleno de estudiantes hasta que ahogo un grito.

Junto a un gran árbol, Caldeo y en sus sombras apoyado a mucha distancia, con las manos en los bolsillos de sus jeans, me observa de forma profunda con mi amigo.

*¿Ya nuestro, abrazo?*

Constanza se acerca a él llamando su nombre por segunda vez, emocionada y vestida con su uniforme de porrista.

Caldeo retira su vista, de mis ojos.

Ella le sonrío alegre y tomando uno de sus fuertes brazos con los suyos, lo jala y empuja hacia un coche gris donde el resto de su banda, se introduce y otros suben a la parte trasera una vieja camioneta restaurada y hermosa en color negro.

La suya.

No conozco a ningún integrante de sus amigos, salvo a Cristiano.

Como tampoco, a nadie de los miembros de su banda.

Porque, asombrosamente bajo el silencio de Caldeo en la sociedad, dicen que posee una de las voces más lindas del mundo, cuando canta arriba del escenario en el bar *WaySky*, que frecuenta toda universidad en las noches y en los fines de semana, se colma de fans.

Una voz intensa, apasionada y fuerte como su personalidad.

Que seduce e impone con ella y con cada letra de las canciones que él mismo compone, arriba del escenario.

*Dicen...*

Ya que, nunca fui.

Me abrazo a mí, misma y bajo aún el de Demian, cuando noto a Caldeo mirar hacia mi dirección con mi amigo, antes de abrir la puerta del conductor y bajar más la capucha de su campera universitaria con un movimiento fuerte y brusco, para cubrir más su rostro.

Seguido, de subir a su camioneta negra y marcharse.

—No me decido a eso, que fue tan intenso... —Murmura Demian viendo como yo, alejarse la camioneta al igual que el otro auto y bajo la música, de AC/DC a toda potencia.

Lo miro, curiosa.

Se gira a mí.

—¿De sentirme alagado, por su mirada penetrante y sexi a mi persona y feliz? ¿O preocuparme y sentir miedo?

*¿Qué?*

## Capítulo 5



Para ser sincera, después de ese raro episodio en el almuerzo, no sucedió nada emocionante posteriormente.

Si emocionante se puede llamar, que mi amiga Amely faltó al primer día de clases.

Su llamada perdida en mi celular en la mañana, era para avisarme que no iba y que luego me enteré, vía mensaje de texto.

Lo leí apoyada contra una pared de mi pabellón universitario y a la salida de ya, de todas mis clases.

*"Que no me preocupara"* decía.

Y justamente, eso hago.

Preocuparme.

Y mucho.

Desde que falleció su madre cuando teníamos 14 años, su padre sin poder superar esa pérdida con el transcurso del tiempo, se fue abandonando y con él a la bebida.

Cambiando varias veces de trabajo, por no poder mantenerlos y por caer a ellos, en estado completo de ebriedad.

Siendo mi amiga en horas de madrugadas, ir a su búsqueda por la llamada de algún propietario de una bar, por su inconsciencia bajo los efectos del abuso del alcohol.

Y cierro con un suspiro, el casillero de Demian para irme a casa y que me prestó hasta que el mío se solucione.

### CALDEO

¿Quién carajo, es ese?

Nunca, lo vi.

Me conozco y gobierno a toda la puta universidad y no registro su cara, pienso con medio cuerpo dentro del motor, arreglando el carburador de mi vieja camioneta *Ford*.

Busco la llave inglesa del bolsillo trasero de mis viejos jeans, todo manchados de aceite de auto.

¿Lo conoció, en las vacaciones?

*Dios.*

¿Se fue de vacaciones y no me enteré?

¿*Pero, cómo?*

Papá o mamá, me lo hubieran comentado.

El sol pega en mi espalda y con fuerza, por mi camiseta negra.

*Carajo, hace calor.*

Limpio mi sudor de mi frente y tiro a un lado mi pelo que jode en mi cara, con el dorso de mi

mano.

¿Y el nuevo se anotó, en esta Universidad?

*Y jodidamente estudia, la misma carrera que ella.*

¿Cuáles serán, las intenciones de ese chico gótico?

*Gruño.*

Porque, pensé que tenía todo bajo control.

*Todo.*

La lata helada de una gaseosa sudando su frío por estar en el refrigerador de casa, toca mi piel.

Giro mi cabeza, para encontrarme a Constanza a mi lado, ofreciéndome la bebida con una sonrisa.

Y frunzo mis cejas, al notar que sigue aquí.

Pensé que ya se había ido, con todos los demás.

Con mi banda, siempre practicamos en el garaje de casa después de clases, nuestras canciones para cantarlas el fin de semana en el bar de Salvador.

A mis padres, no les molesta.

Sonrío, para mis adentros.

*Ya que, mis viejos son mi mayor fans.*

Acepto su gaseosa.

La abro y la bebo, de dos sorbos.

*Puto calor.*

Su mano, recorre el largo de mi brazo para abajo con un dedo y de forma lenta e insinuante.

—Estás todo transpirado, Caldeo... —Susurra.

Mis ojos, se clavan en ella.

*Hoy no, nena.*

Hoy no hay follada, para ti.

Su dedo se detiene en el tatuaje interior, de mi muñeca.

*En mi favorito.*

El que nadie sabe su significado y no llama la atención, por lo pequeño que es y por ubicación.

Pero, condenadamente ese diseño de tinta es mi motor, mi vida y lo más importante para mí.

*Es, mi todo.*

Y ella hoy, casi lo descubre cuando me dibujaba.

*Solo ella, sabría su significado...*

Corro mi muñeca, del contacto de sus dedo con mi tatuaje.

*Porque, nadie lo toca.*

Es mío.

Y resoplo, de forma cansada.

En realidad odio que la mujer que está conmigo y folle, toque y recorra mis tatuajes.

El dedo de Constanza como de cualquier mujer, es papel lija sobre mi piel.

*No como los dedos de ella, cuando lo hacía y me recorría con suavidad...*

Cálidos, ingenuos, asombrada y risueña por cada uno nuevo, que le mostraba en las tardes del estanque.

*Cachorra...*

Sacudo mi cabeza y cierro mis ojos, con ira.

No.

NO.

Mi cabeza tiene que ir, para otro lado.

Me vuelvo a Constanza y la recorro con la vista.

Cuerpo y tetas, de muerte.

Necesito, distraer mi mente de ella.

*Detestarla.*

Tiro la llave inglesa y ni me molesto, en limpiar mis manos de aceite y mugre de motor de auto.

Miro a Constanza.

Me quieres, nena.

Me tienes.

Sobre su grito de júbilo alzándola de forma bruta y enroscando sus piernas en mi cintura, la llevo al garaje para cogerla sobre uno de los viejos sofás.

Ni me molesto en desnudarla, solo corro lo que interfiere bajo su falda de porrista.

Tampoco, me molesto en desnudarme.

Solo me limito, en bajar la cremallera de mis viejos jeans, mientras saco de un bolsillo un condón.

*Cachorra...jadeo en mi interior.*

Mientras lo hago, duro.

## JUNO

—¿Qué haces?

La voz de Tatúm, me sobresalta sentada en mi escritorio y concentrada en mi libro, de Galerías de Arte de Europa y anotando a la par en un cuaderno, lo más importante para un trabajo práctico y que debo entregar el lunes próximo.

Mi hermana ríe a mi costa, cerrando la puerta de nuestra habitación y acomodando sus lentes de su nariz.

Río, con ella.

—Nada importante... —Señalo, mis anotaciones. —...solo un informe para entregar la semana que viene...

Se acerca a la gran ventana y corre las cortinas, para que el sol llene la gran habitación, para luego tirarse de forma cansada, pesada y con sus brazos abiertos a su cama.

—¿Mal día? —Le digo, girando hacia ella y apoyando mi codo, en el respaldo de mi silla blanca y mordiendo mi lápiz.

Resopla.

El bonito rostro de mi hermana, está cansado.

Acomoda su almohada mejor, bajo su cabeza como para dormir una siesta y sin importarle estar vestida aún, con el uniforme de chaqueta y pantalón con motivos infantiles, que utiliza para ir por las tardes y después de clase al Hospital Infantil de nuestros padres.

—Todo marchaba bien, hasta que el idiota apareció en el Hospital... —Susurra, con los ojos cerrados.

Hago una mueca.

—¿Cristiano?

Asiente y abre sus ojos.

—Violaron una puerta de acceso trasero, del Hospital en pleno día... —Ante mi cara de susto, eleva una mano para darme tranquilidad. —...muchachos Juno, no te alarmes. Chicos en busca de

alguna droga fuerte... —Rueda sus ojos. —...pero papá, mandó doblegar la seguridad y el idiota, se ofreció como pasante en su carrera a cubrir unas horas en la tarde.

"*El idiota*" obviamente es su archi enemigo, Cristiano Grands.

Le arqueo una ceja y sacudo mi cabeza de forma burlona.

—Interesante... —Digo, guiñando un ojo.

Tira uno de sus almohadones rosas esparcidos sobre su cama hacia mí, que logro tomarlo en el aire.

—¡No te atrevas, a decir nada o pateo tu lindo y redondo trasero!

Río poniéndome de pie y lanzándole, su almohadón de vuelta.

—¿A dónde, vas? —Pregunta, al ver que camino en dirección a la puerta.

—Tú, necesitas descansar y yo despejarme... —Murmuro, recogiendo del perchero mi casco y abriendo esta para salir.

Pero sin antes susurrar a mi hermana, asomada a la puerta.

—Sueña, con él...

Y sus ojos se abren grande, por mi dicho de golpe.

—¡Junot Mon, te odio! —Chilla bajo mi carcajada, lanzando otra vez ese pobre almohadón a mí con bronca, pero logro cerrar la puerta a tiempo.

Mi estómago gruñe, bajando las escaleras y aún riendo, al sentir el rico aroma a tarta de manzana recién hecho por mamá.

Está en la cocina, mirando por el visor del horno e inclinada la cocción de una.

A su lado, nuestra nana Marcello, ayuda desmoldando otra con cuidado.

—¡Dios! Te amo, mamá. —Digo abrazándola por atrás y robando de la fuente, una porción de esa dulce y crujiente tarta.

Pese a que estamos a un mes de cumplir nuestros 18 años con mis hermanas, las tres somos más alta que ella.

Mamá es tan chiquita de cuerpo, como de altura.

Con nuestros 1,65cm de altura, la pasamos por varios centímetros.

Pone sus manos con agarraderas de cocina y con estampa de flores, en sus caderas.

*Que por cierto, mamá tiene cierta obsesión con esos tipos de telas.*

—Pues que bueno saber que me amas, porque necesito un favor, beba...

Por cierto, otra cosa.

Creo que con Tatúm y Hope aunque tengamos 40 años, nuestros padres se dirigirán a nosotras como *beba* o *bebitas*.

—Lo que sea. —Digo, apoyada en la barra de desayuno y chupando un dedo, con dejo de tarta. Señala, mi casco de bicicleta en mi otra mano.

—¿Saldrás, a dar una vuelta?

—Sip. —Digo poniéndolo en mi cabeza y abrochando su hebilla de seguridad en mi mentón. —Voy a dar un paseo...

Aplaude emocionada, buscando una de sus tartas de la gran mesada y la envuelve con cuidado con un repasador para dármele.

—¿Le llevarías de camino a Ángel, amor? Tío Pulgarcito, adora mis tartas...

Miro, la tarta.

Miro a mi mamá.

Y arrugo mi nariz.

—Mamá... —Suplico, con mis hombros caídos.

Inclina su cabeza, apoyando una mano en la mesada.

—¿Sigue mala tu relación, con el pequeño Caldeo?

Quiero reír.

Ella todavía, nos ve a todos como pequeños.

—Mamita, el pequeño Caldeo mide casi como papá y es despreciable, no somos más amigos y me odia... —Mi corazón duele, al sentirme decirlo. — ...mucho... —Finalizo.

Noto que cruza mirada inteligencia con nana Marcello, para luego ambos reír.

Les frunzo, mis cejas.

*¿Qué le ven de divertido, a ello?*

—Tan tú, tan él... —Solo murmura nana Marcello, divertido y desmoldando la última tarta y sin levantar su mirada de ella.

Y otra risa, de mamá.

Recoge su pelo atravesando sobre el, una vieja pluma plateada.

—No te preocupes, bebita. —Besa mi mejilla, con cariño. —Hablé con tu tía y el enorme Caldeo no está en casa, fue a una práctica de básquet hasta la cena. —Me comenta. —En realidad no va a ver nadie, pero la puerta trasera siempre la dejan abierta... —Me dice. —...solo entra y dejas la tarta, cariño.

Resoplo poco convencida como respuesta, pero tomando la tarta y saliendo afuera, en busca de mi bicicleta en la cochera.

Tío Pulgarcito y tía Lorna, viven cerca de nosotros y a casi nada de distancia.

Atravesando el pequeño bosque vecino, por el lado Oeste y a un trote de minutos.

Por las calles, unas cuadras y sobre una curva.

Se mudaron, cuando obtuvieron la adopción total de Caldeo.

Mis tíos quisieron con la llegada de él, empezar en un lugar apartado de la selva de cemento de la gran ciudad.

Lleno de vida y verde, en este hermoso barrio familiar.

Elevo mi rostro al sol, con cada pedaleada que doy montada en mi bici.

Saludo algunos vecinos con mi mano al aire, que aprovechan la agradable tarde en su jardines frontales para regar sus plantas, sacar la basura a los contenedores o simplemente charlar con el de al lado.

Mi bici frena, en la entrada de los Nápole.

Y suspiro, bajo una fuerte punzada de nervios, en mi estómago.

No puedo creer que esté haciendo esto me digo para mi misma, tomando la tarta de la canasta delantera de mi bicicleta y apoyando esta, sobre un árbol.

Camino insegura, rodeando la casa para llegar a la puerta trasera de la cocina.

Y me detengo en su entrada, con una mano en el picaporte antes de abrirla y exhalando el aire, que retuve en mis pulmones con cada paso que di hasta aquí y no sabía.

Yo puedo.

No hay nadie, Juno.

Solo entra, deja la tarta en la mesada de la cocina y sal.

Bien.

## Capítulo 6



Abrí con cuidado la primera puerta con tela mosquitera, que hizo un terrorífico crujir de sus bisagras por su falta de aceite.

Creo.

O tal vez, por el miedo que sentía y que se sumó, al silencio del patio trasero.

Como educada que soy, golpee primero la puerta blanca de madera, para luego apoyar mi oreja en ella.

Silencio.

No sentía la voz cantarina de tía Lorna, ni la gruesa de Pulgarcito mirando algún partido en la televisión con el volumen alto.

Mamá tenía razón, no había nadie en casa y me tranquilicé, al notar que en el patio estaba despejado de su camioneta.

La abro aliviada.

Es una pequeña, pero espaciosa cocina hermosa y tan blanca en sus muebles que la componen en madera, que la hace acogedora y cálida.

Dejo la tarta sobre la mesada y me dispongo a salir.

Pero muchas fotos agarradas con imanes en la puerta del refrigerador, que está junto a las escaleras y que lleva a las habitaciones de arriba, me hace detenerme para contemplarlas.

Y abrazada a mi misma, muerdo mi labio con cierta emoción.

Hacía mucho tiempo, que no venía aquí.

De más chica millones de veces y cada jodida tarde luego de jugar con Caldeo por el bosque o en el estanque de casa, para luego merendar aquí nuestro vaso de leche con galletas ya lista para nosotros, por tía Lorna y con la música de los '60 sonando de su vieja radio, arrimada a la ventana.

Hay fotos de papá y mamá abrazados como sonrientes, de más jóvenes y con nosotras en brazos muy bebés.

Otra, de mis hermanas y yo, muy chicas y con Rata muy joven.

Lorna y Pulgarcito con Caldeo de pequeño y en un acto colegial.

Otra en su graduación secundaria, como una actual y de ahora, encestando un doble en un partido de básquet.

Pero la mayoría, de nosotros dos.

Sentados en la escaleras de su casa y mirando la cámara sonriente, tal vez con diez años él y empujando la vieja cubierta de un coche que atada a una soga y de un árbol que era nuestra hamaca y conmigo montada en ella.

Otra en bicicletas los dos montados en el jardín de casa y luego otra, en una fiesta de Halloween y ambos disfrazados de *Minions*.

Suelto una risita, por vernos tan amarillos maquillados con esos overol de jeans y los enormes

lentes que mamá y tía Lorna, confeccionaron para nosotros.

Mis dedos acarician esa y luego la que con su uniforme verde, gris y blanco de básquet reciente, que está en el aire encestado en la canasta y dentro de la cancha de la Universidad en un partido y bajo un público aplaudiendo de pie.

Y recorro suave, la longitud de todo su cuerpo en esa proeza.

Es alto, fuerte, tonificado, musculoso sin exageración y todo tatuado su cuerpo con esa piel morena mezcla de dos razas, que lo hace sexi y perfecto, con sus ojos claros color hielo.

Pero suelto un grito de golpe y al despejar mi visión de las fotos del refri, para marcharme, con mi sonrisa cayendo rápidamente y el terror, arrastrando su camino de mi pecho hasta mi corazón del susto.

Cuando, al elevar mi vista.

No.

*NO.PUEDE.SER.*

Caldeo está escalones más arriba de la escaleras y junto al refrigerador, todo mojado aún por la ducha recién dada y solo, envuelto con una toalla blanca alrededor de su cintura y con ambos brazos, agarrados y apoyados al techo.

Hilos de agua recorre todo su rostro, pelo y su cuerpo semi desnudo.

Sintió ruidos y salió de su ducha.

¿Pero, cómo?

*Si su camioneta, no...*

Su mirada no se aparta de mí y sé, que se está preguntando que diablos estoy haciendo aquí, a medida que baja cada escalón lentamente.

Sus pies descalzos se detienen, cuando pisa el suelo de la cocina mojando este con agua, para ladear apenas su cabeza, mordiendo el aro de acero de su labio inferior y hacerlo girar, deliberando que hacer conmigo.

Y por ello, muchas cosas pasan por mi mente.

*¿Y si le doy, un codazo?*

No.

*¿Mejor, una patada en su entrepierna?*

Y bajo, mi mirada.

*¿A quién, quiero engañar?*

Ni en mis mejores sueños, contra él me atrevería.

No soy, muy valiente.

Caldeo desde que llegó de ese maldito viaje de África por un año, vino diferente y con una meta.

*Odiarme.*

Haciendo cosas para intimidarme y asustarme.

*¿Por qué, ya no me dejaba en paz?*

Camina, rodeando la mesada de una parte de la cocina y se pone frente a mí.

Un extraño y nervioso calor nuevo para mí, recorrió mi cuerpo por su proximidad.

Los músculos de su pecho aún húmedo de la ducha y tatuado, se rozaron contra la fina tela de mi remera mangas corta amarilla con motivos de una playa y como una descarga eléctrica, sentí en mi pecho hacía mi estómago.

Y de él, también.

Porque se cuerpo se estremece y un leve jadeo sale de sus labios entre abiertos, casi tocándonos.

*Creo.*

Con disimulo, obligué a mi respiración a tranquilizarse y salir lentamente.

Maniobré a mi derecha para salir de su camino, pero Caldeo elevó su brazo para apoyar su mano en la pared y cerrar mi paso.

Entonces, decidí moverme bajo el pequeño espacio que me dejó hacia el otro lado, pero su otro brazo se extendió cercándome.

*Mierda.*

Mi mirada estaba en el frente y en su pecho desnudo.

A donde le llegaba y al tatuaje *Maori* que acapara todo su torso y cintura, que se movía al compás de su respiración algo acelerada.

Cerré mis ojos, para hablar.

A su pecho.

—Vine, porque mamá me mandó... —Me justifico, girando mi cabeza a la tarta de manzana y sobre la mesada para que la vea.

Caldeo gira la suya, para mirarla y sin dejar de invadir mi espacio personal, se limita a inclinar sin dificultad su cuerpo, para con una mano correr a un lado el repasador que la envuelve y mirar la tarta.

Redonda, azucarada y crujiente con su fruta encima en rodajas y cortada en pequeños cuadrados lista para comer.

Toma uno entre sus dedos uno y la mete en su boca, volviendo a su postura casi rozando su cuerpo en toalla con el mío.

Y su aliento cálido y con aroma a manzana dulce con canela, juega en mi rostro mientras lo come.

*Oh, Dios...*

Su nariz si tocarme, pero casi por hacerlo, recorre cada centímetro de mi rostro.

Y con ambas manos contra la pared acorralándome y que descienden por ella, achicando nuestro espacio.

Cierro mis ojos, en el momento que el motor de un coche se detiene con una frenada y bajo la música rock de su interior.

Mi mirada va a la ventana del lateral, donde la sombra alta de alguien se dibuja tras las cortinas al pasar, en dirección a la puerta trasera de la cocina y por el jardín.

Jadeo.

Caldeo nunca miró ni se inmutó, por la llegada de ese alguien.

Se limita, a seguir con su rostro cerca del mío.

Mirándome, profundo.

*Y muy cerca.*

La punta de su nariz en mi frente, se desliza a mi oreja y bajo el ruido de la puerta trasera abriéndose y creo, que sentí con un suspiro suyo.

—Vete, cachorra... —Me susurra suave y tan bajo, que apenas llega a mi oído su voz.

—De camino a probar como quedó el motor, me detuve por algo para comer también... —La presencia de Cristiano vestido de civil, lo cual me sorprende y un pack de latas de Pepsi con frituras de papitas nos interrumpe.

Su cara se desencaja a verme y queda estático, en el umbral de la puerta de la cocina con sorpresa.

En realidad, al verme y en esa situación comprometedor contra la pared y su amigo, solo en toalla.

—¿No jodas? ¿Te cogiste, a la Mon? —Le pregunta, señalándome con las latas en mano.

—¡Eres, un idiota! —Exclamé, empujando con fuerza a Caldeo su pecho, para alejarme de él. Sus cejas se fruncieron, por el rechazo brusco de mis manos llena de bronca.

Cristiano, no me intimidaba.

Solo me molestaba, porque sabía que todas las instancias que sus burlas, rechazos y desprecios hacia mi persona, era por Caldeo y por ser hermana de Tatúm.

Su enemiga, número uno.

Su ceja se elevó por lo dicho de su amigo, pero como de costumbre, Caldeo nunca habló.

A menos que fuera una amenaza y muy necesaria, como me dijo recién y con un susurro en mi oreja, para que me fuera de su presencia.

Porque él, me despreciaba.

*Y duele.*

Jadeando pasé entre ellos y casi, llevándome puesta el enorme cuerpo de Cristiano, ya que impedía mi paso por seguir como estatua y sin entender lo que ocurrió aquí.

Salí por la puerta trasera, casi corriendo y en dirección al patio, en busca de mi bicicleta junto al árbol donde la dejé.

Una vez encima de ella, me sequé el sudor frío de mi frente, para ponerme el casco.

*Relájate, Juno.*

No había, ocurrido nada.

No hubo una broma pesada por parte de Caldeo, como muchas veces lo hizo en mi primero y ahora, segundo año de Universidad.

Solo, su eterno rechazo.

*¿Pero qué diablos, sucedió en la cocina?*

No lo sabía, pero mi estómago pedía gritos aire o en su defecto, un baño para vomitar.

Re mierda.

*¿Qué sensación, tan extraña...y linda?*

## Capítulo 7



*<< Frío. Yo tiemblo de mucho frío, pese a la alta calentura de mi pequeño cuerpo.*

*Sigo acostado en mi camita temblando, cuando tengo varias cobijitas viejas sobre mí y por mi fiebre, en el precario departamento que ella consiguió para alquilar y vivir de nuestro largo viaje.*

*Lála es como mi nana y es lo único, que recuerdo cómo se llama.*

*Después, solo muchas imágenes borrosas, antes de nuestro largo viaje.*

*Oscuridad, gritos, portazos, una gran mansión, muchas pisadas corriendo por los pasillos y a alguien levantándome entre sus brazos, en el medio de la noche de mi cama y de forma sigilosa, siendo más niño y diciendo:*

*— No hables mi pequeñito Caldeo, shuu...no hables...pronto, todo estará bien mi príncipe...*

*Solo, recuerdo eso...*

*Ella ahora, está preocupada.*

*La escucho decir algo en otro idioma pasando su mano de forma nerviosa por su rostro, más oscura que mi piel y cubierta siempre, con una tela de suave contacto y enrollada sobre su cabeza de siempre colores muy bonitos.*

*Pero en sus mejillas caen lágrimas, mirando a través de la ventana y creo, que está preocupada.*

*No me gusta, verla llorar.*

*Porque, ella es buena conmigo.*

*Y me quiere.*

*Sus ojos llorosos, me miran.*

*He intenta disimular sus lágrimas, con una sonrisa mientras viene hacia mí.*

*Y con pequeños pasos, toma el trapo sobre mi frente. Lo remoja en un viejo plato hondo con agua helada y me lo pasa, por el rostro con cariño.*

*— Pronto tu fiebre bajará, mi pequeño Caldeo...*

*Yo asiento, abrazando más mi peluche de mono viejo, mugriento y roto contra mí.*

*Tengo gripe, dice Lála.*

*Ella cree que es eso, porque no se animó a llevarme a un hospital.*

*No se qué, es eso, pero me pone triste, porque hace varios días que no me levanto de mi camita por dolores y fiebre. >>*

*Mis ojos, se abren.*

*Mi mano va a mi pecho agitado por la pesadilla, mientras la otra aprieta con fuerza y como puño las sábanas de mi cama.*

*Tiro mi pelo a un lado y detrás de mi oreja para mirar donde estoy, aún algo confundido y jadeando con fuerza.*

*Pese a la oscuridad de la noche, exhalo tranquilo el aire de mis pulmones.*

Si.

Estoy en casa.

*En mi hogar.*

Si fuera más chico, haría lo que cada noche que mis pesadillas me invadían.

Ir caminando hasta la habitación de mamá y papá, arrastrando mi viejo mono de peluche por el pasillo.

Abrir la puerta, trepar su gran cama y meterme entre ellos dos en busca de sus abrazos y su cariño.

Resoplo, cayendo de forma pesada en mi cama.

Pero, ahora soy un jodido adulto.

*Yya, no más eso.*

Despertar a papá para hablarlo, sería preocuparlo más por esto y no lo merece.

Ya bastante, con el resultado de ese maldito viaje.

Resoplo.

Y la imagen de ella en casa, golpea mi mente.

Estaba en la ducha.

No fui a la práctica de básquet, porque se canceló y pasó a hoy.

Ruidos abajo me alertaron, porque mamá había salido temprano y papá se reunía con tío Herónimo en su Holding.

Y Cristiano, era imposible que regresara tan rápido.

Mis ojos no podían creer lo que veían, cuando me asomé.

Y mi cuerpo se congeló, al ver a cachorra desde arriba de las escaleras y en la cocina de casa.

*Cierta emoción, me invadió.*

Años habían pasado, desde la última vez que la vi acá.

Pero esa última vez, su risa se sentía con sus pisadas subiendo las escaleras, para luego empujar la puerta de mi habitación y tirarse encima de mi cama para despertarme.

Reía saltando sobre ella, para llamar mi atención y yo también, pero bajo mi almohada disimulando ignorarla y estar dormido.

Era una niña.

Ahora, es toda una mujer.

*Siempre hermosa.*

Siempre bonita.

*Y tuve que utilizar de todo mi control, cuando la tuve cerca, para no...*

Su aroma.

Su piel.

Sus labios.

*Carajo...*

En solo pensarla, me pongo duro como una roca.

Elevo el dorso de mi muñeca, que tiene mi tatuaje pequeño y favorito, intentando controlar mi erección grado 9, bajo las sábanas.

Su diseño se ve intangible, bajo la oscuridad de la noche.

Lo beso.

## JUNO

—...Prometió ir a A.A... —Dice Amely, sentada a mi lado en las gradas del campo de Rugby y echada hacia atrás con su cuerpo para que le dé, el sol a pleno.

Las prácticas deportivas son de mañana y pese a que el sol es fuerte con el cielo despejado, el simple uniforme deportivo de remera mangas corta y short de la Universidad, si no entras en calor rápido, te hace temblar con la fresca mañanera.

La escucho mientras intento ajustar mejor, los cordones de mis zapatillas deportivas.

Me enderezo.

—Eso es bueno, Amm... —Murmuro. —¿Crees, que lo cumpliré?

Hace una mueca, desganada.

—¿Ira las dos primeras reuniones, de auto ayuda? Seguro... —Nos ponemos de pie ante el silbato de la entrenadora y bajamos de las gradas, en dirección al campus deportivo. —...pero, a la tercera empezará con que no necesita de ello y bla...bla...bla... —Rueda sus ojos. — ...que él es fuerte y tiene voluntad. Lo hará bien una semana, hasta que caiga y reciba, otra llamada de su último trabajo siendo despedido o de un jodido antro, para que lo vaya a buscar de madrugada...

La abrazo con cariño, como consuelo.

—Lo lamento, mucho...

Devuelve mi abrazo y se sonríe.

—No lo lamentos...alguien tiene que ser la adulta en esta pequeña familia y mi padre, es el niño descarriado...

Suspiro, por mi mejor amiga.

Me gustaría que fuera, todo diferente y mejor para ella.

Solo son ella y su padre, David Wattson.

Un gran contratista de obras en su momento, antes de caer en su adicción al alcohol.

Y un hombre muy agradable y guapo.

Mi pensamientos celestinos de una bonita familia para mi amiga se van a la mierda, con los gritos de la entrenadora desde el verde campo de rugby hacia todas nosotras llamándonos.

Rápidamente, nos pone a calentar bajo las quejas de muchas de nosotras e inclusive Amely.

A mí, no me interesa.

La rutina del gimnasio, detesto.

Y correr y hacer gimnasia al aire libre me es aceptable, aunque soy cero deportes.

Empezamos nuestra entrada en calor, con nuestra carrera de 5km alrededor de la pista de atletismo que rodea la cancha de rugby.

Mi cuerpo frío, empieza adaptarse despacio, conforme y con cada paso que doy en mi trote a la temperatura y a elevarse lentamente.

Amely jadea y empieza a quedar detrás mío y de forma teatral, deja caer un brazo adelante y el otro toma un lado de su cintura.

Río retrocediendo mi carrera, sobre mi espalda y tomo su mano, para ayudarla a correr.

—Eres, una gran amiga, sabiendo que no soy buena en esto... —Jadea, por mi ayuda.

Suelto una risa.

—No hemos completado, ni la primer vuelta Amm... —Miro a las demás estudiantes a mucha distancia nuestra y las señalo, con mi barbilla jalando de ella. —Somos, las últimas nena...

Sus ojos castaños, se abren.

—Oh Dios, nooo.. —Chilla, trotando sin ganas al notarlo. —...la coach, nos hará hacer más sentadillas! —Exclama retomando, la carrera con ganas.

*Sip.*

Eso, era verdad.

—Oye... —Susurra sin oxígeno, a mi lado.

—¿Mmmm?

Señala, con una mano en el aire.

—¿Ese, no es tu primo Caleb?

Y pongo una mano como visera en mi frente en mi carrera, para bloquear el sol de frente.

Al otro lado de la cancha de rugby, mi primo Caleb está sentado en las bancas de suplentes con el uniforme de jugador de básquet, abrazado a una pelirroja y una morena de cada lado y riendo muy divertido, por su compañías femeninas.

—Él, es tan sexi... —Suspira, desnudando con su mirada Amely mientras se tira contra el césped, de forma agotada y luego de cumplir las vueltas.

Observo, a mi primo.

Mientras todos los demás jugadores, practican entre ellos en la cancha y al aire libre, bajo los gritos y órdenes de su entrenador, inclusive Caldeo.

Mi primo querido, nop.

Me dejo caer en el césped para ayudar a Amely sosteniendo sus pies y con sus cien abdominales que nos gritó a todas la entrenadora.

Amo a primo.

Es un ser excepcional y muy divertido.

Es la metamorfosis perfecta, de mis tíos Mel y Rodo.

Un digno, hijo suyo.

Pero, la anti tesis de Hope.

Descontrol y mujeres.

Sonrío.

*Pero, con un corazón enorme.*

Atlético, de piel dorada y los ojos chocolate tan lindos como tío Rodrigo, pero pelo desaparejo y disparado como tía Mel.

Mi amiga, tiene razón.

Caleb Montero, es un chico "*baja bragas.*"

—¡Cariño! —La voz de Demian, suena en el campus para verlo bajo las gradas y apoyado, en las barandas de esta.

Corro a él sonriendo y con la mirada curiosa de Amely.

—¿Qué, hay? —Digo feliz de verlo, tomando el agua de botella que me ofrece.

Río al verlo todo de blanco como los demás estudiantes que no practican básquet, pero si atletismo como nosotros.

—No te atrevas, cachorra... —Me amenaza de forma desafiante ante una broma a decir, al notar el contraste de su vestimenta muy blanca con su estilo con maquillaje gótico y ropas oscuras.

Escupo el agua.

—¿Por qué, me llamaste así? —Limpio mi boca, con el dorso de mi mano.

*Solo él, me dice así, maldita sea.*

Hace una mueca y con una guiñada de ojo, mira a la cancha de básquet.

—El moreno, lo dice... —Murmura, siguiendo sus ojos a Caldeo que rebota la pelota naranja una y otra vez en un rincón de la cancha, haciendo señas a su equipo con una mano elevada, pidiendo posición, pero nos mira.

Y corro mi mirada, al sentirla sobre mí.

Fresita eleva sus cejas por ello y sus labios se mueven para decir algo más, pero la llegada de Amely lo calla.

—¿Quién eres, chico nuevo? —Dice con una sonrisa seductora, apoyando sus codos sobre la baranda.

Y Demian, le arquea una ceja divertido, por coquetear.

Suspira.

—Eres bonita y caliente. —Le dice, inclinándose hacia ella. —Y te invitaría a una cita, muy romántica... —La sonrisa de Amely, crece. — Pero, soy homo nena y lo más parecido a una cita que tendríamos, es ir de shopping por ropa y maquillaje para los dos, para luego una maratón en DVD con el sexi vampiro de Crepúsculo...

Y la sonrisa de Amely, cae y eleva los brazos al cielo.

—Señor, ¿por qué, todos los chicos lindos, son jodidos o gay? ¡Nunca, podré ser esposa, así!  
—Exclama.

Y rompemos, en risa.

—Amm... —Los presento. —...él es Demian, pero le dicen Fresita. —Lo miro. —Demian, ella es Amely.

—Su mejor amiga. —Dice ella, extendiendo una mano con supremacía.

—Su mejor amigo. —Dice él, aceptando su mano con orgullo.

Y Amely, escupe una risa.

—Que no te escuche, Caldeo...

Ruedo mis ojos.

—No digas eso. —Palmeo su espalda, como reproche. —¡Él y yo nada. Nada! —Chillo enfadada.

—Mándale un memo, amor... —Me susurra, volviendo al campo de rugby, ante las señas de la entrenadora para continuar con la clase.

Mis ojos siguen, los de ella.

Caldeo en las bancas descansa del medio tiempo, tomando de su bebida energética y secando el sudor de su cara con una toalla, mientras nos mira sin atender en absoluto a Constanza para mi desconcierto, a sus caricias y reclamos.

No sé, si el viento que se levantó o su mirada sobre mi recorriéndome, hizo acariciar mis brazos y piernas desnudas, de frío.

*¿O de calor?*

—¿Qué, le hiciste? —Pregunta, nostálgico Demian.

Abro mis ojos.

*¿Pregunta eso y de forma nostálgica?*

—¿Yo? —Mi furia, crece. —¡Nada! Si tan solo lo supiera, yo...

Inclina su cabeza.

—¿Tu qué, nena?

*Mierda.*

Nunca, lo pensé mucho en realidad.

Resoplo y me encojo de hombros.

—No lo sé.... —Solo respondo, besando su mejilla como despedida y ante el segundo grito de la entrenadora a mí y porque él, comienza con su clase de deporte del otro lado.

Y será, porque después de mucho tiempo que solíamos ser tan amigo, todavía busco ese chico en sus ojos grises en alguna parte.

## Capítulo 8



Los siguientes días en la semana, transcurrieron igual y llamémoslo poco impresionante, apasionante o vertiginoso.

*Sip.*

Advertí, que mi vida era algo aburrida y monótona.

Lo lamento.

Me gustaría poder decir que escalé hasta la cima del Everest o que fui participe de una persecución policial, atrapando a los malhechores y mi vida estuvo cargada de adrenalina.

*Pero, nop.*

La triste realidad, es que estuve esclavizada con trabajos y apuntes hasta hoy viernes, corriendo de una clase a otra, almorzando con Amely y Fresita que congeniaron muy bien, al aire libre en el campus o bromeando entre nosotros, en nuestras prácticas deportivas y tratando de organizar, una salida divertida por el cumpleaños próximo de Demian.

Con un suspiro de resignación, cierro el libro de Arte Contemporáneo y miro por la ventana que tengo junto a mí y en mi clase de un segundo piso, mordiendo mi lápiz.

*Caldeo, no vino a clase dos días.*

¿Por eso, tanta tranquilidad en mi vida estudiantil?

Murmillos de toda la Universidad, corren por los pasillos y clases, que fue detenido por la policía por una pelea callejera con su banda y otro grupo en el bar donde toca a su salida.

Pero lo cierto, es que Cristiano Grands y mejor amigo, no brilla por su ausencia y si estuvo asistiendo a sus clases por apuntes al rendir libre por ser policía.

Y me lo crucé, en un par de ocasiones en los corredores y entre clases y clases.

Aunque, su mirada era taciturna y algo perdida, su atractivo rostro rubio y de ojos verdes, no poseía ningún hematoma o señal de una yesca de pelea.

Luché contra el impulso, de preguntarle por Caldeo en unos de nuestros cruces.

Habíamos coincidido en una hora de descanso, en la cantina de la Universidad.

Y esperando mi turno por un sándwich y caja de jugo, para merendar en el jardín del campus, Cristiano dos personas más adelante recibía su pedido.

Nuestras miradas se cruzaron, cuando se volteó con su bandeja y yo mordí mi labio, para no preguntar y solo la abrí, para hacer mi pedido a la cocinera.

Incluso, después de todo lo que me había hecho, parte de mi todavía extrañaba a ese mejor amigo y compañero constante de cuando niña.

Pero ese Caldeo, se había ido.

En su lugar, había un amargo, petulante, odioso y hermoso chico malo que no tenía sentido ya, para mí.

Sus ojos, reposaron unos segundos en mí.

Solo unos segundos, cuando se detuvo frente mío.

Esperaba una de sus pendejadas de burla, pero se limitó solo a mirarme y seguir su camino.  
Arrugo mi nariz.  
*¿Eso fue, extraño?*



Horas más tarde, mis amigos en mi habitación dan vuelta mi armario por ropa óptima para salir, un viernes a la noche.

—Dios... —Exclama Fresita, decepcionado frente a el.

Se gira a mí, entrecerrando los ojos.

—¿Segura, que no confundiste de carrera? —Señala, el interior de ella. —Novicia, sería la adecuada.

Tatúm desde su cama leyendo un grueso libro, ríe a carcajadas con Amely intentando retocar su brillo labial, de su espejito de mano.

Me encojo de hombros.

—No soy, de salidas nocturnas... —Me justifico.

—Juno, nunca tuvo cita. —Acota mi trilliza, dando vuelta una página.

Demian pone, las manos en la cintura.

—¿Y por qué, eso?

Me encojo de vuelta, de hombros.

Amely se levanta de mi cama y socorre a Demian de mi "*horrible*" guardarropa, buscando entre los percheros.

—No es, que no las tuvo... —Dice, tirando algunas prendas sobre mi cama para que elija. —...pero, cuando la han invitado, horas después dichos y por cierto muy guapos muchachos, se han retractado. —Finaliza, elevando un jeans, por demás ajustado. —Perfecto. —Dice, poniéndolo sobre mi nariz.

Fresita, arquea una ceja.

—Extraño e interesante... —Solo dice, escuchando mi amiga.

—Mis botas negras, te quedaran muy sexi con ese jeans. —Dice Tatúm, señalándolas en el piso.

Hago una mueca.

Son hermosas, pero su tacón es muy alto.

—No lo sé... —Murmuro, poco convencida. —...a ti te quedan jodidamente bien puestas, pero yo...

Mi hermana ríe.

—Bobita, somos iguales. —Ríe más. —Si me quedan bien, a ti también.

*Mierda.*

Buen punto.

Minutos después, todos estamos listos.

Demian con su habitual todo de negro y maquillaje gótico, que resalta más el azul de sus ojos.

Amely en su lindo vestido corto azul, con abrigo y zapatos vértigo a tono.

Y yo, con esos jeans extremadamente ajustado, que juro que tuve que acostarme en la cama para que suba su cremallera y con ayuda de los tres entre risas.

Y con las bonitas botas de mi hermana y una blusa ceñida y clara.

—¿Segura, que no quieres venir? —Pregunto a Tatúm, buscando mi chaqueta negra del perchero. —Será divertido. —Animo.

Tatúm, niega.

—Para la próxima chicos, tengo un final en dos días y no quiero fallar. —Murmura acomodando sus lentes, frente a su libro de medicina.

—Ok. —Digo, besando su mejilla y saliendo de la habitación.

Entre risas, bajamos las escaleras y Hope con pantalón pijama y pantuflas, comiendo palomitas de una bandeja, nos mira a todos.

—¡Guau, pero que guapos! —Exclama.

Me recorre con la mirada.

—¡Estas muy bonita Jun! Ya era hora algo de maquillaje y ropa sexi en ti nena.

Y Demian, lleva una mano al pecho.

—Jesús ¿Esto, es una fábrica de clones?

Ruedo mis ojos, sonriendo.

—Lo siento, olvidé decirte que somos tres...

Abre sus ojos.

—Detalle muy importante cariño, cuando hablabas de tu gemela, siempre pensé en dos.

—Nop y soy Hope, la menor de todas por 4 minutos. —Se presenta, comiendo palomitas.

— *Milady*... — Hace una reverencia, Demian. —Fresita, para servirle. — Dice y lo cual Hope, lo devuelve el mismo saludo entre risas.

Tomo su espalda y lo empujo a él y a Amely.

—Suficiente. Hora de irnos, chicos...

Y despido a mi segunda hermana, camino a subir las escaleras con un abrazo.

—Oye...

Me giro sobre mi hombro, ante el llamado de ella.

—Diviértete y pásala genial. Y si alguien te molesta, solo llama a mi celular. Arrancaré sus pelos... —Amenaza —De a uno.... —Me guiña un ojo.

Sonrío.

—Gracias, Hop... —Murmuro.

Y Una tos discreta de mi padre desde la sala, nos hace girar en nuestro caminar.

*Carajo*...

Sentado en uno de los sillones y aún con ropa de vestir, lee tranquilo una revista de economía.

*Muy tranquilo*.

Mierda.

Fresita se inclina levemente, hacia mí.

—¿Jodéme, que él es tu padre? —Me susurra.

*Sip*.

Él, es mi padre.

El gran empresario, Herónimo Mon.

Tiene dos cosas que impactan, cuando lo ves por primera vez.

Pese a estar de forma relajada y despreocupada, sentado en la comodidad de su hogar o detrás de su escritorio en la oficina de su piso en *TINERCA* con su, ya conocida mirada glacial.

Es su intimidante tamaño y figura de casi 2m y a eso, súmenle sus tatuajes que se perciben bajo las mangas de su camisa dobladas hasta la altura de los codos, lo que asusta.

Y lo otro.

Lo guapo y atractivo, que es para ser padre de adolescentes.

Eleva su vista de la lectura de la revista, para doblarla de forma "*muy*" prolija y por demás "*lenta*" para luego, ponerla a su lado del sofá y mirarnos.

Repito.

*Muy tranquilo.*

Cuando papá, no tiene un gramo de tranquilidad en todo él.

Pone sus brazos sobre su pecho, seguido de cruzar una pierna sobre otra muy lenta.

Y acomoda sus lindos lentes, en el puente de su nariz.

Los tres uno al lado del otro, nos limitamos a mirarlo de nuestra distancia.

Se aclara, la garganta.

Y eleva, apenas un dedo.

—¿Y tú, quién eres? —Pregunta, de forma seria a Demian a mi lado mientras yo muerdo mi labio para no reír.

—Demian Bic, señor. —Dice, respondiendo con esa misma seriedad. —Nuevo compañero y amigo, de su hija Juno.

Frota con sus dedos, sus labios.

—Mmmm... —Solo dice.

*Modo analítico, diría mamá.*

—¿Por qué, usas maquillaje y vistes oscuro?

—Soy gótico, señor.

—¿Qué edad, tienes?

—Hoy cumplo, 19 señor.

Mi padre arquea una ceja y ladea su rostro a un lado, cruzando más sus fuertes brazos en su pecho.

—¿Qué intenciones tienes, con mi bebita?

Demian me mira.

Y me encojo de hombros, sin poder evitar sonreír por su cara perpleja.

Se vuelve hacia mi padre, tirando sus hombros par atrás con orgullo.

—Mis intenciones, son cuidarla y ser un gran amigo para ella, señor Mon...

—¿Me dices, la verdad?

—Si señor.

—¿Eres, gay?

—Sí, señor.

—Bienvenido a la familia y feliz cumpleaños, muchacho. —Dice sin más y como si todo estuviera dicho con eso, vuelve a su revista dejada a un lado.

Luego de soltar varias respiraciones por sus inquisidoras preguntas, Demian se acerca a estrechar la mano de mi padre.

—¡Mamá! —Grito. —¿Me prestas, tu coche? —Le pregunto, cuando se asoma de la cocina con más palomitas en otra bandeja.

Busca el control remoto de la gran tele y la enciende, para luego mirar a Demian.

—Él, es Demian. Compañero y amigo nuevo. —Le digo.

Lo abraza y sonrío.

—Junot habla mucho de ti, es bueno conocerte. —Me mira. —Claro nena, solo no vuelvas muy tarde.

Y el rostro de papá, se desencaja.

—Grands los llevará, no usará esa mierda con ruedas.

Y mamá, pone una mano en la cintura.

—¡Herónimo es un clásico y un excelente coche, pese a sus años!

Y niego, con una mano en mi cara.

*Siempre, la misma discusión.*

De las tres, soy la única que no tiene coche.

No me interesa, ya que no lo necesito tanto como Hope y Tatúm que van y vienen de la ciudad.

Para moverme por acá, tengo mi bicicleta y si no, el bonito Mini Copper de mamá modelo '75 que adora y está en la cochera entre la flota de lindos autos deportivos de mi padre.

— Llamaron de la Metro para que lo devuelvas esa "*Cosa*" nena, quieren hacer la secuela de Los Picapiedras... —Arremete papá, contra el auto.

Mamá lo mira seria, para luego reír a carcajadas.

Se sienta en su regazo, buscando una peli con el control mientras papá roba palomitas de su bandeja, con una mueca divertida y besa su frente.

Mis hombros, caen.

—¡No voy a moverme con mis amigos, en una salida con chófer! ¡En un poco más de una semana, cumplo 18 años! —Exclamo.

—En edad humano... —Me corrige papá, dando un sorbo al vaso de jugo que tiene en la mesita de al lado. Abraza, más a mamá. — ...pero, en la edad Herónimo con tus hermanas, solo tienen 3 años, para mí...

Me acerco y beso, la frente de los dos con cariño.

—Prometo manejar con cuidado y no volver tarde, papi...

*Las palabras mágicas.*

Y me entrecierra los ojos, odioso.

Porque, sabe que le puedo con mis muequitas de amor.

Mira a mamá.

Ella también lo mira con ternura y rodeando su cuello con sus brazos.

—Mierda... —Exclama aflojando más el cuello de su camisa, mientras pone una mano en el pecho. Cierto, su angina —Bebita, no muy tarde. —Me advierte.

Y chillo de felicidad abrazando a ambos, para luego correr con mis amigos a la cocina donde de una pared, cuelgan todos los juegos de llaves de los coches.

## CALDEO

Sentado en lo de siempre en el bar de Salvador, pero en vez de mi habitual mesa ya reservada y nuestra para los chicos de la banda y para mí.

Contra la pared y en el escalón a un lado que lleva al mini escenario donde tocamos, garabateo unas notas musicales en mi cuaderno, para luego tomar mi guitarra y tocar suavemente las cuerdas, probando.

—¿Seguro, que podrás Caldeo? —Me pregunta Salvador, con tono preocupado.

Asiento y le guiño un ojo silencioso, para tranquilizarlo.

Bufa como respuesta, provocando que ría mientras me ofrece un vaso de Sprite con rodajas de limón.

Aunque, contrario a lo que muchos piensan.

No bebo alcohol.

*Jamás, lo hice.*

Pese a que mi personalidad, vestimenta fuera de la Universidad y tatuajes, vendan otra cosa de mí.

Doy un sorbo a mi gaseosa y los acordes de una suave melodía, desgarran mis dedos sobre las cuerdas.

Salvador, se apoya en la barra y pasa su gruesa y gran mano, por su tupida barba entre cana.

—¿Nueva canción? —Me pregunta.

Y una media sonrisa, se dibuja en mis labios.

Con un movimiento de mi cabeza llevo mi pelo desordenado, a un lado de mi rostro para ponerlo detrás de mi oreja y para mirar a mi amigo, mientras digo que sí.

Escucha por unos segundos como la guitarra, dibuja las notas musicales de la dulce melodía en el aire, que compuse estos dos últimos días.

—Ella debe ser muy importante, para que un chico estrella del rock, componga algo tan especial... —Palmea mi hombro, con cariño. —...y apostaría mi trasero, que no es la rubia que siempre te sigue, como una sombra muchacho...

No le contesto.

Me limito a seguir, con los acordes de mi guitarra.

Pero, se gira sobre su hombro, tras unos pasos.

—A propósito, chico. —Lo miro. —Llamó ese tal Constantine, otra vez al bar. — Cierro mis ojos.

*Mierda.*

—Hice, lo que pediste. —Me dice, volviendo a los quehaceres, antes de abrir el bar. — Negarte...

Resoplo apoyando toda mi espalda sobre la pared, de forma cansada mirando como se va y da órdenes a los empleados, con mi guitarra en mi pecho.

Constantine, otra vez.

*Carajo...*

## Capítulo 9



—¿No, jodan? —Miro a Demian a mi lado en el asiento del conductor y por el espejo retrovisor a Amely.

Mis manos agarradas al volante, se ciñen con fuerza y contra el volante del Mini Cooper.

Detenido, frente a la entrada de estacionamiento, del bar *WaySky*.

Un gran edificio de dos plantas y de ladrillo visto.

Con dos enormes ventanales que se podía apreciar desde afuera, el bullicio de gente joven en la oscuridad de su interior, disfrutando de su buena música, bailando, charlando y tomando algo.

Un cartel de Neón en colores verdes y azul llama la atención arriba de este, con sus luces en sincronía encendiendo y apagando, mostrando su nombre con el perfil de una guitarra eléctrica en el cielo.

—Es, mi cumpleaños. —Exclama Fresita, haciendo seña que continúe para buscar estacionamiento. —Y es lo único decente de este lado de la ciudad y todos en la Universidad, hablan de este jodido bar y la banda que toca, "*Way to Heaven*."

—Banda, que resulta ser el vocalista Caldeo... —Digo de mala gana, buscando por todo el maldito estacionamiento al aire libre, un espacio para estacionar entre muchos autos.

Y maldigo para mis adentros, por haber elegido el coche de mamá que por su tamaño, entra en cualquier lado y no alguna nave grande de papá.

Hubiera sido la excusa perfecta, para no quedarnos.

*Mierda.*

El alboroto de una batería golpeando acompañado de un bajo en vivo, retumba desde adentro y se amplifica, cuando bajamos del coche y nos acercamos a la puerta de entrada.

Un par de vasos rojos por el piso de este, los típicos de plásticos que se toman en fiestas, hay esparcidos con envoltorio de caramelos o chicles.

—¿Están seguro, que es una buena idea? —Dije por tercera vez, en mi mente y una, en voz alta para nada convencida de todo esto.

*¿Por qué, no otro bar?*

*¿Por qué no, un lugar de comidas rápidas y después cine?*

*Ok...ok...*

Eso no sería, una salida nocturna de amigos.

El puchero triste de la boca de Demian por mi inseguridad y temores, hace que me patee en mi mente, por parecer tan egoísta.

Y Amely me abraza, para darme ánimo.

Resoplo.

—Está bien. Pero, si me siento incómoda, me iré... —Suelto, bajo el festejo de ellos por aceptar.

—¡Será, el mejor de mis cumpleaños de la historia! —Exclama feliz Demian, frotando sus

manos entre si complacido.

Y hago una mueca sonriendo por su "*presagio*" futurista, demasiado positivo y ganándome una despeinada de pelo por parte de él y de forma alegre con su mano.

Amely abre la puerta de entrada por nosotros, empujando con fuerza y con ayuda de Fresita.

—¡Vinimos a pasarla genial y así, será amigos! —Chilla, con una mano en el aire como puño tipo victoria y llena de emoción.

Me mira.

—Las probabilidades que Caldeo te vea, entre tanta gente son ínfimas cariño... —Prosigue abriéndose paso entre tanta gente de pie y donde, todas las mesas están ocupadas al 100x100 mientras la seguimos en dirección a la barra. —...he escuchado que solo está en el escenario, canta y después, solo permanece en su mesa "*especial*" para él y su banda hasta que se va con alguna zorra de turno, si no es la perra de la peli teñida Constanza Goti, que siempre lame las sobras...

La miro.

—¿Sobras? —Grito, por sobre la música fuerte y pidiendo permiso, con cada paso que doy para no perderlos de vista entre la multitud.

Ríe a carcajadas pero no contesta, al igual que Demian con quién cruzan miradas.

Y frunzo, mi cara.

Porque, no entendí el chiste.

Y ríen más por ello, divertidos mientras nos hacemos camino y mucha gente cruzamos.

Compañeros de clases, alumnos de la Universidad y otros aledaños, que se mueven entre ellos al ritmo de la música, mientras ríen con tragos en mano y disfrutan.

Todos, vestidos para la ocasión y el lugar.

Faldas sugerentes, jeans ajustados, top, remeras ceñidas o camisas.

Una vez en la barra y sin importar la mirada de mierda de los de al lado por empujar, para hacer espacio para nosotros, Amely hace seña con una mano en alto, a un lindo chico detrás de este, para nuestros pedidos con la remera negra del lugar.

—Aunque, estaría de muerte que el idiota, pero lindo Caldeo te viera... —Larga, de la nada.

Mis ojos, se abren.

—¿Qué? —Empiezo a negar nerviosa y ya con un nudo en el estómago, en solo pensar eso y con una mano tapando su boca con brillo labial.

*¡Por Dios! ¡No lo nombres!*

Y en el acto de forma perseguida, comienzo a mirar para todos lados.

*¿Alguien, escuchó?*

*¿Me vio?*

Siento su risa en mi mano y rueda sus ojos, cuando me lo saca.

Hace nuestro pedido al chico de la barra, para volverse otra vez hacia nosotros y apoyando su cuerpo, de forma relajada en ella con su espalda y brazos.

—Pagaría lo que sea, por ver la expresión de su rostro si lo supiera. —Me regala, una sonrisa burlona.

—No entiendo... —Exclamo, sobre la música electrónica de moda y jugando, con las pulseras de mis manos.

Le arquea una de sus bonitas cejas Demian que se limita a negar, mientras nos pasa nuestras botellas de cerveza.

—¡Porque, te ves sensacional Juno! —Chilla, emocionada. —Como tú, no tengo idea que pasó

entre ustedes dos, pero no va ser capaz de ignorarte.

Ruedo mis ojos.

Demian le da la razón y señala a Amely, con su botella de cerveza a modo y dándole la razón.

—Cariño, eres como una bonita y dulce diosa. Esta vez no va haber broma o rey silencioso y cabrón del campus, que mantenga a chicos alejado de ti... —¿Qué? —...se le arrugarán las pelotas a Caldeo por ello. —Fresita mueve sus cejas, de forma divertida.

Otra vez, frunzo mi ceño.

Y otra vez, me pregunto.

*¿Qué?*

*¿Alejar?*

*¿Y eso?*

Mientras beben sus bebidas, yo miro la mía entre mis manos.

No soy de beber alcohol, aunque en otras oportunidades lo he hecho, como en fiestas familiares.

Pero, solo una copa de champagne por algún brindis o en compañía de la abuela y mis hermanas, en tardecitas de mucho calor y de verano en su quinta.

Algo de ron, con batidos con frutas de estación.

No soy buena, en ello.

Y dejo escapar un suspiro y los imito, inclinado mi botella y dando un sorbo.

Fresco, cierto dejo amargo pero reconfortante en mi paladar y bajo aún, mis dudas de que mierda estoy haciendo aquí y de qué, están hablando ellos.

La música que suenan a toda potencia desde los autoparlantes, van dando fin con el último tema de moda.

Aplausos de todos, griterío del público femenino saltando sobre sus lugares y ovación, se siente de golpe.

Y yo, tengo náuseas y mi corazón, se oprime.

Porque, le están dando paso a la banda del lugar en vivo, después de su primer descanso.

*Y oh Dios...*

Voy a escuchar a Caldeo, cantar por primera vez.

Mis manos entrelazadas entre sí, con la botella de cerveza sobre mi pecho, se retuercen ante los nervios de tantas expectativas y anticipación.

No puedo divisar mucho, desde la oscuridad propia del bar y porque, la mayoría de pie tapa algo mi visión.

Pero se distingue el pequeño escenario y los instrumentos musicales reposando en el y como cada integrante, bajo más aclamaciones y aplausos, van subiendo a este y toman sus respectivos lugares.

Pero Caldeo, todavía no sube a este.

Lo familiar golpea mi pecho y se hace eco en mis oídos por ese temor y para ser sincera, como que un centenar de kilómetros de distancia o mejor aún, una isla desierta sonaba como un lugar agradable, para estar en este momento.

Demian se inclina hacia mi aplaudiendo, como los demás.

—No te preocupes Jun, este juego íntimo suyo no puede seguir, para siempre... —Murmura.

*¿Juego íntimo?*

—¿Qué? —Digo, dejando de aplaudir como todos, para mirarlo.

O sea.

Soy inexperta, en el sexo.

Para ser sincera.

Mantengo mi tarjeta "V" y también, la de mi primer beso.

*Sip.*

Nunca, besé a los labios a un chico.

Tómenme por soñadora y crédula, pero esas dos cosas importantes para mí y siempre desee, que fueran de la mano y por la misma persona.

*Una, única persona...*

Y por eso, en este momento las palabras juego íntimo de los labios de Demian, como que me suena a sexual.

Y ya, mi cara se desencaja y ni hablar de mi estómago, ante el nombre Caldeo y sexo, en la misma oración.

Los acordes y un solo de una guitarra, comienzan con el inicio del show y de la mano de un chico de pelo teñido de azul y tantos tatuajes como Caldeo, pero con un rostro lleno de piercing.

Casi todo el bar, está a oscuras y en silencio, ante la entrada musical de la banda.

Luces dicróicas ubicadas y de intensidad suave, iluminan de golpe al centro del escenario.

A él.

*Y mi boca, cae.*

Caldeo vestido con una remera negra y con el nombre de su banda como los tres restantes, unos viejos jeans oscuros y desgastados, botas tipo combate desacordonadas y su lindo pelo disparado tan él, de esa forma desordenada que lo hace lucir recién levantado, empieza a cantar.

*A cantar.*

    Mi pecho, se ahoga por el impacto y la emoción.

    Y tengo ganas de llorar, porque es la voz más hermosa que escuché en mi vida.

De pie y ante el micrófono, su voz llena de fuerza y sentimiento, colisiona contra todos nosotros, su público.

Que estalla en aclamaciones al sentirlo y lo acompaña, saltando sobre sus lugares y con celulares sobre sus cabezas grabándolo en vivo.

Caldeo sin moverse de su sitio, pero con apenas movimientos y con un sentimiento lleno de firmeza y garra, canta cada letra del tema con sus dos manos acariciando y entrelazándolas al micrófono de pie y frente suyo.

*Sip.*

Caldeo lejos de esa forma bruta y temible que se hizo fama, es de una pasión fuerte y a la vez dulce y suave su forma de cantar.

*Es con sentimiento...*

Y bajo, una hermosa canción esperanzadora.

*Que habla.*

Dicen, sus letras.

De una razón, para creer.

Que nada, está perdido.

*Y que las respuestas por tu lucha, siempre están y eso, es un hermoso panorama a la vida...*

Dios.

La batería suena a toda potencia y Caldeo la acompaña con movimientos de cabeza y todas la mujeres del lugar, gimen y gritan su nombre, cuando se sonríe con uno de sus compañero de banda que a su lado, con guitarra en mano y haciendo su coro con él.

Sus ojos gris hielo y cristalinos, vuelven a su público y su mano se eleva, cuando le da energía a sus últimas estrofas.

Más gritos.

Más aclamaciones.

Y más gemidos de chicas gritando obscenidades a él y sobre la lluvia de aplausos, cuando la finaliza.

—Dios...es fantástico... —Susurra, Demian.

—Un jodido dios del sexo y del rock... —Acota Amely, dando fin a su botella y haciendo seña al chico barman, por otra y tan sorprendida como yo.

—Carajo... —Solo, sale de mí.

Caldeo, solo agradece con un movimiento de cabeza y se voltea hacia su banda por la segunda canción de la noche, mientras Constanza se acerca al escenario y le alcanza un vaso de agua con hielo.

Se limita solo a guiñarle un ojo cuando lo recibe y le da un sorbo y yo, me lleno de ira.

*¿Qué?*

*¿Dije, ira?*

Y eso, me enoja más.

Aprieto con bronca, la botella entre mis manos.

—No hagas, eso. —Me dice Demian a mi lado y ante mi reacción poco disimulada.

*Maldición.*

—¿Qué? ¿Que no haga, qué? —Tomo un gran sorbo para disimular y volteando mi cuerpo del escenario.

*No te pienso mirar más, Caldeo.*

De pronto, es más interesante todo lo que está dentro de la barra.

Sus vasos, botellas, chico barman y un señor corpulento y de tupida barba entrecana en un extremo, también atendiendo los pedidos.

Mi amigo se apoya como yo, sobre la barra mientras vemos a Amely acepta un chico invitándola a bailar.

Suspira, bajo la canción que es tan hermosa como la primera.

Pero, me niego a voltear hacia él.

—Que te hace pensar, que él. —Lo señala con la barbilla. —¿Te odia?

Lo miro.

Seria.

Para luego, romper a carcajadas.

*Creo, que por culpa de mis traguitos de cerveza.*

*¿Me está jodiendo?*

—Por sus pendejadas, bromas denigrando mi persona... —Gruño y me inclino a él. —...por su rechazo desde que pisó, luego de su viaje de África cuando corrí a su casa al saber que había vuelto. — Lágrimas amenazan mis ojos, porque duele como la mierda. —La mirada con la que me recibió fría y sin sentimiento... —Mi voz me empieza a traicionar, quebrándose. —...la forma que me empujó, cuando quise abrazarlo! —Exclamo y elevando mis manos al cielo, con la primer lágrima en mi mejilla. —Por las interminables veces, que quise acercarme en la universidad y en cada jodido rincón para preguntarle qué, había pasado entre nosotros y solo, recibí su ignorancia y mirada burlona frente a todos, importándole una mierda mis llantos...

Fresita, me abraza de golpe y es cálido.

Y yo, lloro sobre su pecho.

—¿Nunca te preguntaste, que no era odio sino amor Jun? —Me susurra, contra el aplauso del fin de la canción.

*¿Qué?*

Niego, sobre su pecho.

—...y que, es tanto su amor, que te protege de él por un algo?

*¿Un algo?*

*¿Amor?*

Elevo, mis ojos a él.

—¿Amor? —Repito y asiente, de lo más natural. —¿Amor! —Chillo.

Mira para un lado por mi grito y vuelve a asentir.

—Sip. —Dice, como si nada.

—Si eso es amar, no quiero saber lo que es odio.

Toma ambos hombros míos, para focalice en él.

—Juno querida, ¿entiendes lo que te acabo de decir?

Inclino mi cabeza insegura y ríe.

—Cariño, no te estoy hablando del amor de amigos, el de "*amistad*." —Limpia, mi lágrima.

—Te estoy diciendo el sentimiento amor, de un hombre a una mujer del tipo "*mariposas en el estómago*," "*te follo, con la mirada*" y "*quiero que seas, la madre de mis lindos bebés*."

Suelto una risa nerviosa.

*¿Caldeo, amarme?*

Otra vez, río.

*Si, como no.*

Le ruedo los ojos y tomo, otro sorbo de cerveza ya tibia.

Jamás.

No.

*Eso, sería imposible...*

*¿No?*

Si él, me repudia.

Y cuando éramos mejores amigos, jamás intentó besarme en el estanque.

Si alguna vez me quiso, fue como a una hermana menor.

—Lo que intento decirte terca, es que ya es hora de no sufrir más y empieces a defenderte.

—¿Defenderme?

Asiente, mientras hace un pedido al oído, del chico lindo barman.

Se vuelve a mí.

—Si él te empuja, con sus mierdas... —Me toca con un dedo, a mi frente. —...tú, también empújalo y le pateas ese lindo y sexi trasero que tiene.

Frunzo mi ceja, mirando deliberadamente al escenario.

Caldeo canta, otra linda canción.

—Juro que, como que soy Fresita... —Exclama, recibiendo dos tragos de la barra y me da uno. —...que eso, te va a llevar a esas respuestas de su amor por ti.

—¿Que no es, amor! —Digo, con cierta furia.

Pero, sacando esa idiotez de Demian del amor de Caldeo, sabía que en un punto tenía razón.

*¿Debía haber una, no?*

Por el cual, se comportaba como el patán más cruel y grande del mundo conmigo.

Varias veces lo pensé y juro, que sentí secar mi cerebro buscando una respuesta, pero jamás en profundidad.

Cortesía de mi lágrimas y quedarme dormida, sobre mi cama.

El golpe cariñoso a mi hombro de Demian, me saca de mis pensamientos.

—Ahora, brindemos por mi cumpleaños mi pequeña amiga, con la margarita que tienes entre tus manos, bébela y deja de fruncir ese ceño y empieza a mirar a uno de esos chicos bonitos y calientes, que te observan lobunamente y con muchas ganas de invitarte a bailar y no se animan, por miedo a perder su pene en el intento.

*¿Eh?*

Miro, a donde me señala y sí.

Un par de chicos, me miran y hablan entre sí.

Y uno, eleva su botella al aire en mi nombre.

Me giro, a Fresita.

*Oh mierda.*

Y mi amigo, sonrío.

Le entrecierro los ojos.

—¡No, frunzo mi ceño! —Y creo que junté más mis cejas, porque ríe y me contagia.

Río a carcajadas mientras lo abrazo con cariño y brindo con él, deseándole los mejores deseos por su cumpleaños, mientras una canción lenta en los hermosos labios de Caldeo, es acariciada con suavidad y solo con su guitarra.

Parte del público, toma sus viejos lugares en las mesas al escucharla.

Doy un gran sorbo a mi margarita y hago una mueca.

Es mi primera vez, está fuerte y hace picar mi garganta.

Pero, rico y delicioso.

Y un desgarrador crujir de cuerdas de guitarra colisionando entre sí, por ser dejada de tocar de golpe, retumba en los amplificadores y parlantes, haciendo gemir a todos y provocando, que muchos tapemos nuestros oídos con las manos por su decibel.

Y con ese horrible sonido.

La voz de Caldeo, calla.

—Oh, oh... —Exclama Fresita.

Me giro sobre mi hombro sorbiendo de mi trago con la pajilla y a donde sus ojos azules están fijos.

Al escenario.

*Para ser precisa, en Caldeo.*

Con su mirada, en mi puesta.

Fija.

*¿Y dije, de mierda también?*

Sus condenados ojos hielo van a mis ojos, para luego al vaso que bebo y otra vez a mis ojos.

Su ceño, se frunce mucho.

Y sin más, salta del escenario soltando su guitarra e importándole una mierda, dejar esa bella canción a medio cantar como las miradas atónitas de media Universidad y público presente.

Inclusive a Constanza y a su llamado.

Para venir, a mi dirección.

*Carajo...*

Y no le doy tiempo, ni siquiera a Demian a que reaccione.

Empiezo a pedir permiso con cada paso rápido que doy, abriéndome entre la multitud y a codazos huyendo.

Podía sentir a Caldeo con su mirada detrás de mí y haciéndose paso entre la gente, como si estuviera tocándome físicamente.

Y hasta, un gemido suyo.

*¿De ira?*

No tenía ganas de averiguarlo y no estaba muy segura.

Y la aglomeración y bullicio con la música de moda, otra vez sonando a toda potencia.

No podía irme sin los chicos.

Mi mejor opción, encerrarme en el baño de mujeres.

*Él, no entraría ahí.*

Mensajear a Amely por mi búsqueda dentro, para luego salir con Demian los tres.

Chicos miraban perplejos mi rápida huida y a un Caldeo en persecución.

Y chillé, cuando sentí unos fuertes brazos rodeando mi cintura, casi llegando a la puerta de los baños y empujarme de forma brusca y sobre mis pasos, para chocar con un duro pecho en el retroceso mi espalda.

Me acorraló contra la pared con este, pegado al mío y provocando, que vuelque parte de mi trago.

Sus manos elevaron las mías por sobre mi cabeza, entrelazando nuestros dedos y tirando mi vaso al piso de un movimiento.

Y cerré mis ojos, al sentir que se inclinaba a mí, para nivelar los suyos con los míos.

El aroma de su perfume masculino me colmó, como su respiración cálida y algo acelerada, que jugaba con mi mejilla.

Me estrechó con más fuerza sobre él, aspirando el olor de mi pelo y los dedos de una de sus manos, descendió dibujando sobre la piel de mi brazo en alto, hasta mi rostro con suavidad y poder elevar con mi barbilla, mis ojos aún cerrados.

Y me obligó, a mirarlo.

*Oh mierda, con su mirada...*

## Capítulo 10



Cada palabra, es un sentimiento fuerte que digo cantándolo.  
Cierro mis ojos por un momento, mientras lo hago y entrelazo el micrófono frente mío y con mis manos.

Porque, pido por esa razón frente a mis miedos.

Esa respuesta.

*En una carrera, contra el tiempo.*

La batería suena fuerte con sus palillos pegando con fuerza y contra los platillos por Bruno.

Provocando, que la multitud y en especial las chicas, griten mi nombre.

Sonríó abriendo mis ojos y haciendo a un lado, mi pelo detrás de mi oreja.

Porque ese sonido de toda la puta música sonando, es energía corriendo en mis venas y con la voz de Cisco a mi lado y con su guitarra en mano haciendo el coro conmigo.

Buenos amigos como Cristiano abajo, bebiendo su botella de agua y su sonrisa alentadora, sentado en nuestra mesa y moviendo sus hombros al ritmo de esta y a su lado, un par de compañeros de la U con unas grupies y Constanza en mi silla y aún, con el vaso de agua que me ofreció momentos antes entre sus manos.

No somos nada.

Lo sabe.

Lo aclaré, en un principio.

Es todo, lo que puedo ofrecer.

Pero ciertas aptitudes ya me están jodiendo, como el papel de novia posesiva.

Aplausos, desbordan el bar con el final de otra canción.

Bruno me pasa mi guitarra, cuando llega mi solo.

La cuelgo sobre mi pecho y el sonar suave de un par de notas musicales, hace al público en su mayoría tomar asiento.

Saben que es un tema lento y solo, para escuchar.

Roto mi cuello y hombros, para comenzar con la canción que escribí hace un par de días.

Y que se convierte, en una de mis favoritas.

*Porque, es solo para ella...*

Extraño.

Siempre un cantante lo hace por primera vez, frente a su musa y mirándola a los ojos.

Porque, cada jodida palabra, verbo y sentimiento que canta, es para ella.

Las estrofas afloran y mi sentimientos se abren.

Mis ojos van al público que muchos ya sentados, despejan mi visión del bar de Salvador.

Recorro a todos ellos y sonrío, mientras elevo mi voz.

Mis ojos, reposan en la linda espalda de una chica.

Y esa espalda, tiene un lindo traserito.

Pero, frunzo mi ceño sin dejar de cantar.

Porque, me es familiar ese lindo traserito, que envuelve un jeans muy ajustado.

Y mis ojos, la recorren con sorpresa y quiero masticar el micrófono o mejor aún, lanzarlo sobre las cabezas de dos tipos, que la follan con la mirada, unos metros más atrás.

Porque, solo una persona me preocupa, más que mi vida.

*Mi cachorra.*

Y nadie la puede tocar, ni mirarla de forma obscena.

Porque, ella es pura, bonita y mía.

*Solo mía.*

*¿Pero qué carajo, está haciendo acá?*

Y mis dedos, desgarran las cuerdas de mi guitarra con bronca por verla y con ello, se va mi voz.

Porque, dejo de cantar de golpe.

Y mis ojos destellan de disgusto, cuando choca con los míos al girarse y veo un vaso entre sus manos.

*¿Bebiendo, alcohol?*

*¿Pero si es, una bebida!*

Gruño.

Y a la mierda, todo.

Mi vieja y querida guitarra con la canción, mi nombre bajo la voz de Constanza, la mirada de asombro por mis amigos, desde mi mesa con el público y la de Salvador detrás de la barra, sirviendo unos tragos.

Que viejo sabio, sus ojos van a donde estoy focalizando y negando divertido, hace seña al Dj con una mano, que es hora de poner música.

Porque, se acabó la en vivo.

Bajo del escenario de un salto y en su búsqueda.

Por un momento dudo.

*¿Para qué?*

Y sacudo mi cabeza, para ordenar mi cerebro.

*Joder.*

Nada.

No tengo, la más puta idea.

Por lo pronto, para sacarla de acá.

Cachorra es, como su sobrenombre.

Alguien inocente y dulce, para tanto buitres sobrevolando por carne fresca.

Y una sonrisa, se dibuja en mi rostro al ver que escapa.

*Santo Dios.*

Es tan chiquilina, a veces.

Que me enloquece, de amor.

Miro a su amigo gótico, al pasar empujando la gente y se encoje de hombros, ante mi mirada amenazante y me guiña ojo.

*¿Pero qué, demonios?*

*¿Acaso él, es...gay?*

Y quiero reír.

Mejor, imposible.

Putas suerte, la mía.

Y no, me detengo.

A metros delante mío, observo como cachorra esquiva la gente y huye de mí.

Su meta, el baño de damas.

Niego con mi cabeza y me hecho a reír silenciosamente, tomando impulso pasando entre mesas y el público.

*¿Si eso, va a detenerme?*

Jodidamente...

*Nop.*

## JUNO

Mientras miraba hacia él intentando escapar de sus brazos, mordí mi labio y eso, hizo oscurecer sus ojos de una forma posesiva.

*Mierda.*

*¿Por qué?*

Una de sus rodillas abrió mis piernas, lo que hizo empujar más mi cuerpo contra la pared.

Y un jadeo sin mi permiso, salió de mi interior.

El pasillo estrecho, era oscuro y solo iluminado con un par de carteles, de marca de cervezas contra las paredes.

Chicas pasando por este o saliendo del baño, nos miran y cuando perciben, que Caldeo es el que me acorrala, miran sin nada de disimulo y hablando por lo bajo entre ellas y con sorpresa de asombro.

*¿Y de envidia?*

Su pecho contra el mío, es de una presión fuerte y profunda, que va al ritmo de mi respiración la suya.

*Acelerada.*

Y me mira como si fuera, una cosa atrapada para su disfrute.

*Cavernícola, dominante y de forma interminable.*

Pero al mismo tiempo con la suavidad de una pluma, cuando los mismos dedos que retiene mi barbilla para que lo mire, comienzan a descender por la curvatura de mi cuello, mi hombro, hasta acariciar con pequeños dibujos, mi pecho para llegar a mi cadera.

Y como final, a mi baja espalda y abriendo su mano, empujar con delicadeza mi cintura contra su abdomen, haciendo erizar mi piel.

Un suspiro escapa de sus labios entreabiertos, por nuestro contacto y mordiendo después, el aro de su labio inferior.

*Querido Dios.*

*¿Qué, estábamos haciendo?*

Porque para mi sorpresa, eso me gustó.

*Mucho.*

Mi auto preservación me decía que huya y que escapara de su contacto.

Pero, la sensación de su piel cálida contra mí, como el tacto de su mano sosteniendo las mías y por encima de mi cabeza, pedía más.

*Negándome, a dar algún paso.*

*Tal vez minutos o segundos.*

*No lo sé.*

Pero sus tibios labios en contraste con el frío del acero del piercing en ellos, acariciaron con un suave barrido mi clavícula, cuello y mandíbula y sin dejar de mirarme, con sus ojos grises a

través de sus oscuras pestañas.

Y ahogué un gemido, porque algo caliente colmó mi bajo vientre, he hizo retorcerme sobre mi lugar y sus labios, se sonrieron por ello y se detuvieron en la punta de mi nariz y con otro suspiro suyo, lo rozó con una caricia de ellos.

De golpe, me helé sobre mi lugar y abriendo mis ojos sin pestañear.

Porque Caldeo, descendió con suavidad y chocó mis labios con los suyos.

*Sin besarme.*

Pero, pegados.

Labios, contra labios.

Pero, jodidamente sin besarme.

Y con sus ojos, en mí abiertos.

Mi corazón palpito fuerte, porque sus ojos de ese frío hielo cristalino, irradiaron calor.

Y con ese calor, el destello de la mirada de mi mejor amigo del pasado, apareció.

*El, de mi Caldeo.*

—Dime que no quieres este beso, cachorra...dime, que no te bese Junot... —Susurró, contra mis labios bajito y con ternura. —...dime por favor, que no quieres sentir mis manos sobre ti, nunca más... —Me rogó.

¿Qué?

Su mirada era sincera, me suplicaba y al mismo tiempo, me desafiaba.

*¿Por qué?*

Sus labios no se separaba de los míos y una presión de su cuerpo frotándose contra el mío, nos hizo jadear a los dos y cerró sus ojos con fuerza por ello.

Reclamaba mi respuesta y al mismo tiempo, tenía una lucha interna.

Y por esa dulce lucha.

*Yo, no quería mi primera vez, así...*

Porque, Caldeo no me amaba.

Solo, estaba excitado y quería sexo.

Pero la poca conciencia que le quedaba, le trabajaba por ser yo.

En cierta manera y pese a su odio contra mí, éramos familia.

Y tristeza, me invadió.

Siempre soñé, que mi primera vez en todo, sea con él y bajo llena de estas sensaciones nuevas que mi cuerpo temblando, experimentaba y pedía a gritos a Caldeo que se haga cargo, era solo sexo por parte de él.

Excitación, placer, hambre, dominio de hombre.

—No quiero... —Dije.

Y como si fuera una orden, sus labios se separan de los míos como también, el afloje de su mano entre las mías de forma lenta sobre mi cabeza, con respeto a mi decisión.

Y creo, que triste al mismo tiempo por tal.

De pronto el alboroto del bar con su bullicio normal, invade mis oídos.

Porque el encanto de ser solo él y yo se rompió, cuando también el dulce contacto de su cuerpo se separó de mí y en su silencio de siempre.

Mi garganta se cerró y elevé una mano a ella, para luego a mis labios y donde aún, permanecía la tibieza por la huella de los suyos.

No podía tragar y me dolía respirar.

*¿O era, mi corazón?*

Y me enojé.

*Esto, ya era demasiado.*

—¿Es lo mejor que puedes hacer, Caldeo Nápole? —Exclamé, recordando las palabras y consejo de Fresita.

Porque algo de mí, se rompió y dijo basta.

He inclinó su cabeza.

*¿Sorprendido?*

Sacando valentía que no tengo idea de donde, me acerqué a él y a centímetro de distancia.

Algo que sabía, que era una mala idea.

Me crucé de brazos y le regalé, una mirada de odio.

Y una media sonrisa se dibujó, en su engraido pero por donde lo mires, hermoso rostro.

—¿Ya no te quedaban nuevos cartuchos de enojo, burla, ignorancia y crueldad, hacia mí? —  
Me señalo. —¿Que lo último que se ocurre, es esto Caldeo? ¿Seducirme, para luego usarme como una de tus zorras?

Sus ojos se abren y me mira, con cierto asombro.

Creo que porque, después de mucho tiempo escucha mi voz que le es familiar y no, un llanto.

Niega divertido sin poder creer, para luego negar otra vez y rotundamente, de forma seria.

*¿Eh?*

Eso, me descoloca.

*¿Se está burlando?*

Sigue Juno, no te distraigas.

—¿Por qué, yo? —Le susurro.

Y mi pregunta, le roba toda su atención y cruza, sus fuertes brazos sobre su pecho.

*Jesús...es tan hermoso.*

Todo su cuerpo, grita macho con mayúscula y esa postura, hace ver sus músculos poderosos, pero sin exageración de donde estoy.

Me sacudo a mi misma, por ese pensamiento.

—¡Y ya, es suficiente de tus mierdas Caldeo! —Chillo. —¡Y patearé tus pelotas, cada vez que me jodas!

Mi pecho se tensó al escuchar eso salir de mi en voz alta, pero un alivio me recorrió de placer al oírlo.

Caldeo, solo me miraba.

En silencio, bajo la música de moda.

Y con la gente, pasando entre nosotros.

Mirándome mucho.

*Y serio.*

Extremadamente serio y jugando su lengua, con el aro de sus labios.

Y aún, con sus lindos brazos cruzados en su pecho.

Hasta que, las comisuras de sus labios se alzaron y una amplia sonrisa, se hizo eco en su boca.

Alegre.

Feliz.

*¿Y eso?*

Tira de golpe su cuerpo hacia mí, provocando que retroceda y que, mi espalda de forma brusca vaya para atrás, por invadir mi espacio personal sorprendiéndome.

Pero su brazo vuela a mi cintura, para no que no caiga al perder el equilibrio.

Pone un mechón suelto, detrás de mi oreja con cuidado.

Y con su mirada profunda en mi mirada y sin pestañear, sus labios se pegan a mi oreja.

—No te confundas, cachorra... —Me susurra tan suave, que apenas puedo escuchar. —...se hacer cosas, demasiado bien. —La punta de su nariz, acaricia mi mejilla. —Y lo voy a esperar, ansioso. —Suelta, ante mi amenaza de responder a sus futuros ataques. — Pero, recuerda... —Sus labios, se pegan a mi piel. —...que me gusta, duro... —Finaliza, reposando sus labios húmedos en la base de mi cuello, para besar con suavidad sobre mi pulso.

*Santa mierda.*

No pestañeo.

Su amenaza, me hizo querer pegarle, porque sin llegar a entenderlo totalmente y donde, mi cerebro no coopera para darme el significado total a tras fondo.

*Jodidamente, me gustó.*

—¿Caldeo?

Una voz femenina, nos hacer girar al mismo tiempo y nuestras miradas, al sonido de ella.

Constanza Goti de pie y a unos metros nuestros, nos mira con una mano en una pared.

Caldeo separa sus labios de mi piel, para mirarme con esos endiablados ojos cristalinos.

Y no dice, nada más.

—Cariño, la banda pregunta por ti... —Murmura, estirando una mano a él y como llamado a su lado.

Caldeo retrocede, haciendo distancia entre nosotros y sobre sus pasos, para ir a ella con sus manos en los bolsillos traseros de sus jeans oscuros, pero rechazando la mano que le extiende.

Constanza no se inmuta por eso y sonriente y como si nada, rodea uno de sus brazos con los de ella.

Frunzo mis cejas, mientras los veo irse.

*Juntos.*

Caldeo nunca voltea, pero ella sí, y esa sonrisa angelical y linda, desaparece para mirarme sobre su hombro llena de odio.

*Guau...*

## Capítulo 11



*Jodida mierda.*

No puedo eyacular.

Y creo, que es por la ausencia de mi esfuerzo de mi parte.

*Demonios.*

Nunca, me doy por vencido.

Para ser sincero, jamás me pasó.

Pero por más que lo intento, saliendo y entrando del interior de Constanza por casi una hora y cada posición que se pueda imaginar e incluso inventando posturas, no estoy ni cerca de llegar.

Estoy empapado de transpiración y gotas de sudor, corren por mis abdominales y pecho.

Y embisto más duro, golpeando su cuerpo una y otra vez para terminar.

Joder.

*Nada.*

Y cuando, ella ya se corrió tres veces.

Porque mi mente, mi cabeza y no precisamente la que llevo sobre mis hombros y mi corazón, están lejos.

*No, acá.*

Suelto un resoplido final y me quito encima de ella y de su cama, preguntándome que carajo está mal conmigo, caminando al baño a tirar el condón y cerrando la puerta tras mí.

Abro la llave y tiro sobre mi cara y pelo, agua helada para despejar mi jodida mente.

Niego, apoyado con ambas manos sobre el lavamanos y me seco con la toalla, mirando mi rostro en el espejo.

*Agotado...*

Ya, no puedo seguir con esto.

Buscando, desahogo en otros brazos.

Porque, ahora que la toqué.

*Dios...*

Mi piel y su piel.

*Re mierda.*

Salgo en la oscuridad de su cuarto, aún desnudo por mis bóxers y jeans, que quedaron tirados por el piso.

Constanza todavía desnuda, se incorpora y sentándose sobre sus talones en la cama, enciende la luz de su velador y me mira sorprendida, pero callada como me visto en silencio.

—¿No puedes? —Pregunta, buscando su vestido que cuelga de su mesilla, también para vestirse.

Niego.

Es hermosa y con un cuerpo de mil demonios.

Rubia y con unos ojos tan claros, que parecen un cielo despejado.

Pero jodidamente, ni la mitad de bonitos como el color de ojos de mi cachorra.

Y condenadamente, su piel tampoco.

Como la mía que no la olvidó y su sensación otra vez en mí y después de mucho tiempo, despertó cada puto poro y célula que me compone y que quedó grabado con ella.

*Mi piel, reclamando su dueña.*

Evocando años atrás, cuando sus manos con cuidado me recorrían sonriente y con suavidad, cada centímetro de mis tatuajes con su cuerpo contra el mío y tirados sobre el colchón, formado por hojas de muchos Otoños en el estanque.

Fue un puto interruptor, que se encendió.

El contacto de su cuerpo, contra el mío esta noche.

Su sensación suave, mientras la aprisionaba contra la pared y calidez para el mío.

Y nuestras manos entrelazadas, bienestar que tanto necesito en este momento y más que nunca.

La mirada de sus ojos, mientras flexionaba mis caderas hacia ella y contra la pared, me decía a gritos que era mía.

*Solo, mía.*

Como siempre.

*Y para siempre.*

Como yo suyo, aunque cachorra no lo sepa.

Porque, si mi mundo tiene un significado, es por ella.

Hasta el final, de mis días.

Mi vulnerable y hermosa cachorra, se estaba convirtiendo en una leona y sonreí de felicidad, cuando dijo que patearía mis pelotas.

Y me encuentro sonriendo como un idiota, pensando en esa interesante guerra.

—¿Es por ella, verdad?

*¿Eh?*

No sé, si me lo pregunta porque no terminé o por la sonrisa tonta, que tengo por mi bebida.

Como sea.

*Por las dos, es sí.*

Me pongo mi camiseta mirando a Constanza y buscando las llaves de mi camioneta en los bolsillos de mis jeans.

La miro.

Sus cejas se arquearon enderezando su postura, poniéndose de pie y me lanzó una mirada fría.

No la amo.

Constanza, tampoco me ama.

Solo es, muy buen sexo.

Su egoísmo y su capricho ambicioso está puesto en mí, desde niños y desde, mi profunda amistad con Junot.

Solo soy, como su trofeo a futuro y a conseguir.

Hasta llegué a preguntarme si incluso su obsesión por mí, seguiría si no estuviera tan fuera de sus límites, porque "*el conjunto de querer, lo que no se puede tener,*" gira en todo lo que rodea a la caprichosa vida de Constanza, en cualquier área.

Y eso, me fastidiaba endemoniadamente.

No contesté a su pregunta tomando mi abrigo y ella, no preguntó más.

—¿Te veré mañana, verdad? ¿Juntos en la Universidad, como siempre? —Murmuró, sosteniendo la puerta abierta por mi salida.

Y le sonreí besando su mejilla como despedida, para luego subir mi capucha y cubrir más mi cabeza corriendo mi pelo a un lado, mientras me hacía camino en la fría madrugada y cruzando el jardín, a mi camioneta estacionada.

## JUNO

El fin de semana, transcurrió tranquilo y dentro de mi seno familiar.

No supe nada de la existencia de lo que se refiere al engreído pero lindo Caldeo, sacando la charla telefónica como siempre, de mamá con tía Lorna que hace cada día y se extiende por horas.

Sobre el escritorio y junto al ventanal de mi habitación, haciendo mis tareas para mañana, miro hacia la casita del árbol.

Y mi cerebro, comenzó con los recuerdos jugando dentro de ella con Caldeo, cuando todavía éramos niños, para después divagar en que corno pasó el viernes en el bar.

Porque todavía, no lo puedo asimilar y tampoco, quiero profundizar en ello.

Ya que todo Caldeo Nápole, es rechazo, enigmas y burlas contra mí.

Suspiro.

Ayer a la noche, no salí.

Pero sí, Demian y Amely por unos tragos dulces y buena música al bar.

Pero según los chicos, la banda "*Way to Heaven*" de Caldeo no tocó en vivo, pero si estaban en su mesa de siempre.

*Menos él.*

Para luego, aparecer a mitad de medianoche con su acto de presencia y bajo un saludo fugaz a sus amigos, recorrió todas las mesas y público presente, con su mirada de cristal hasta chocar la suya, con la de Fresita y Amely.

Y con un resoplido después, marcharse.

—Te estaba, buscando. —Me dice al lunes siguiente, Demian comiéndose una de sus uñas pintada de negro, en el estacionamiento del campus para bicicletas mientras me ve como ubico la mía, entre el centenar que hay de otros estudiantes.

Le ruedo los ojos.

*Si, como no.*

Aunque debo admitir, que mi pecho se llenó como de un aire de júbilo, al escuchar eso.

*Carajo, con mi corazón.*

Saco mi mochila de la canasta, para colgarla en mi hombro.

Lo miro.

—Demian, eso es imposible. —Resoplo, caminando a nuestro edificio con él y por el sendero del campus. —Debe haber estado buscando, a su novia Constanza... —Pienso. —...o, otra chica en su radar...

Niega.

—Nop. La peliteñida, estaba con la banda en la mesa y por más minifalda que le mostró, Caldeo la ignoró frente a todos y a toda zorra, que se le colgó ante esa oportunidad de *No.Más.Constanza.Goti.Para.El.Dios.Del.Rock*.

Me encojo de hombros.

No quiero pensar, mucho en ello.

Porque Caldeo desde que llegó de África, solo tuvo ojos para y solamente ella y sabiendo, que desde la primaria siempre fui molestada, por su antipática presencia.

Rodea uno sus brazos en mi hombro y suelta una risita.

—Cariño, no sé qué, diablos eran esos dos... —Me mira y arquea una ceja. —...pero lo que

fueron, ya no hay más eso. Desde hace media hora estoy en la U, y todo lo que se comenta es que él no quiere saber nada, con la Goti ya. —Pega con un puño mi hombro, de forma cariñosa y cómplice, mientras caminamos. —¿Así que, cuenta mi pequeña perra que le hiciste en el pasillo del baño de mujeres? ¿Que ahora el lindo Caldeo, no quiere saber nada con las mujeres?

Y una bofetada de calor, invadió mis mejillas.

*¿Qué?*

—¡Nada! —Chillo, sobre su risa. —Solo seguí tu consejo, le dije que patearía sus pelotas, si seguía con sus mierdas contra mí.

Se detiene de golpe con sus ojos azules muy abiertos y sobre su lugar, salta divertido y juntando ambas manos en el pecho, lleno de emoción.

—¡Si! —Exclama triunfante. — ¿Y qué, dijo él? Y lo quiero con lujos de detalle... —Me advierte con un dedo en alto.

Río.

Entramos al corredor en busca de su casillero, quería contarle todo porque necesitaba la perspectiva de lo que sucedió, de alguien de afuera.

Con Hope, no podía.

Es muy sobreprotectora de Tatúm y mía.

Hubiera pegado el grito en el cielo y a mitad de la conversación, estaría en su búsqueda para desfragmentar y mutilar, en pequeños pedazos a Caldeo.

Y Tatúm pasó el fin de semana, en turnos de 12h en el Hospital Infantil.

No quería, agobiarla más.

Pero algo nos llamó a los dos la atención, cuando iba a comenzar con mi relato haciendo que calle a medio abrir mi boca y a Demian por escuchar, mi jugosa historia.

Un papel, pegado.

Para ser, exactos.

Ese papel pegado en el casillero de Fresita, que momentáneamente también es el mío y otros similares a su alrededor y en la pared de en frente.

Con la leyenda escrita, en resaltador negro:

*"Junot Mon.*

*Bienvenida, al club de las zorras.*

*Te dejaste coger en el baño de un bar, por Caldeo."*

Una docena de papeles idénticos empapan el sector a la vista de todos y bajo la mirada y risitas, del centenar de los estudiantes pasando a sus clases y mirándome de forma burlona.

Palidecí.

Quería decir algo, pero no pude.

Porque, en alguna parte muy lejana mí, mi voz se perdió en mi interior.

*"Pero que zorra."*

*"Tan santita, que parece."*

*"Son todas, iguales."*

*"Que le vio Caldeo, se viste horrible."*

Escuchaba de fondo y bajo el bullicio estudiantil, de todos al pasar por mi lado.

Y apreté mi mochila contra mí, con fuerza.

Fresita chasqueó sus dedos delante de mí, para que reaccione mientras saca los papeles de los casilleros.

—Escucha, cariño. Focalízate e ignora esto y no, reacciones o les darás con el gusto. —Niega,

arrancando el último. —Estoy seguro, que él no tuvo nada que ver...

Y mi cabeza, gira a mi amigo al escucharlo.

Quiero hablar, pero un segundo alboroto de todos, me hace ladear mi mirada al motivo de tal rumor.

Caldeo en compañía de su séquito, viene por el pasillo en dirección a sus clases.

Con Constanza a su lado y Cristiano Grands del otro.

Y mis ojos, bajan.

*Nunca, la dejó...*

Y me pateo mentalmente, por pensar o ilusionarme en ello.

Estúpida, Junot.

Ira, me invade por ello.

*Porque, la guerra había empezado.*

Se lo advertí y esto, fue su puntapié para esperar mi respuesta.

Que lo hacía ansioso, según sus palabras en mi oído en el bar.

Puto, Caldeo Nápole.

*Ya, no más...*

Elevé mis ojos y me encontré con los de él, sosteniendo mi mirada con cada paso que daba.

Aunque, solo iba con una simple camiseta oscura y sus jeans desgastados que le caían levemente por los lados de su caderas y sus botas tipo combate.

Todo Caldeo, era belleza exótica y masculina.

Gran altura, porte físico sin exageración y tapizado en tatuajes con mi favorita en su garganta, la flor de Loto.

Con su pelo revuelto y despeinado negro como la noche, en contraste con su piel café con leche y sus ojos, hoy más claros que nunca.

Percibí una leve sonrisa, en esa boca condenadamente linda.

*Debería estar prohibida, por lo caliente que es.*

Cretino y hermoso, como un dios Egipcio.

Por supuesto, que fue él.

Fresita no lo conoce tan bien como para saber, hasta dónde llega su odio por mí.

Respiro hondo.

¿Soy una zorra, para él?

*Okey, Nápole.*

Seré la zorra, que me bautizaste.

Y sin quitarle los ojos de encima llena de odio, le pido a Demian un resaltador mientras le saco la docena de hojas con las dedicatorias hacia mí.

Caldeo frunce su ceño por ello, mientras se acerca cada vez más a nosotros y como si no entendiera, que está pasando.

*Gran actor.*

Sus ojos van al montón de hojas acumuladas entre mis manos y a mí, que escribo con ligereza, pero me tomo la molestia hasta de hacer un lindo dibujito al final.

Detiene sus pasos camino a su clase y al ver, que me acerco a él con el montón de hojas y frente a toda la masa estudiantil que sin poco disimulo, se detuvieron a ver en que termina todo esto contra el gran jefe silencioso y la nueva zorra del campus.

Me inspecciona, por unos segundos.

—Cuida tu jodido trasero ahora, Nápole... —Lo amenazo, entredientes.

Y no le doy tiempo a nada.

Utilizando la misma cinta autoadhesiva con la que fue pegada en mi casillero, se lo pego en el pecho con un fuerte golpe de mi mano y las otras se la tiro en la cara.

Para luego, empujar a Demian a nuestra próxima clase, que sin entender nada me sigue.

Y una risa general y carcajadas, se escucha en todo el corredor y a mi espalda de todos los estudiantes, inclusive la de Caldeo.

Me giro sobre mi hombro, para verlo.

Que con el papel pegado a su pecho aún, lo lee para después seguirme con la mirada.

Es profunda.

Y se resbala por mi cuerpo, sin censura y con satisfacción.

Me arquea, una ceja.

Y un escalofrío, me recorre.

*¿Me folló, con ella?*

Lo miro con duda a Fresita por eso y me confirma con sí, con la suya.

Y le entrecierro, los ojos a Caldeo y el cabrón, se sonríe más.

*Cochino.*

La guerra, está declarada.

Pero algo, me desconcierta.

Luego de mirar por última vez la hoja antes de tirarla al piso, fulmina con ella y furioso a Constanza tirando el papel.

*¿Y eso?*

La hoja cae al piso con suavidad y es pisoteada por todos, en el apuro por el toque de timbre, llamando a clases con su leyenda y mi respuesta:

*“Gracias, lástima que la tiene pequeña” ☺*



Las siguientes horas entre clase y clase, pasé a ser de la desapercibidas y del montón de la U, a casi una popular por mi contienda contra el silencioso rey del campus.

*Corrección.*

Casi una popular, pero no olvidemos el ZORRA.

Una más, a la lista de cogidas de él.

*Genial, simplemente...genial.*

Y ante este primer ataque de Caldeo, dándome los buenos días e inicio de semana con la etiqueta que me puso, cosa que Fresita y hasta la propia Amely dudán, que haya sido él siendo debate en nuestro almuerzo.

Siguió otros, al final de la jornada en la Universidad.

Pero más a su viejo estilo, con el que siempre fui atacada.

Su sonrisita de bastardo, jamás abandonaba su rostro cuando nos cruzábamos entre los pasillos al mirarme, mientras yo le daba la mía asesina y acompañado a veces, por un ocasional gesto obscuro con mi mano.

*¿Su respuesta a eso, ahora?*

Arquearme, una ceja divertido.

*Pero que pendejo, santo Dios.*

—¿Cómo, que se extravió? —Le digo a la maestra Parker de arte visual, minutos más tardes y

frente al escritorio de su oficina, cuando me mandó a llamar al final de clases. —No lo entiendo...

Resopla desde su silla con angustia y abriendo su gran carpeta con dibujos, de todos mis compañeros de clase.

Y busca, entre las hojas de dibujo.

—Lo siento tanto, Juno...de veras. Pero tu dibujo desapareció, cariño...

La miro resignada y con mis hombros caídos.

—¿Eso perjudicará, mis notas trimestrales?

Se sonríe corriendo su silla y caminando a mi dirección.

—No, cariño... —Me tranquiliza y yo suspiro aliviada. —...hay mucho tiempo y podrás dibujarlo de vuelta... —Me suelta, como nada.

*¡QUE!*

Niego.

—A qué, se refiere. Usted habla, de...

Asiente.

—Caldeo no tiene problema, en ser tu modelo otra vez. —Me guiña un ojo.

*Un momento.*

—¿Desnudo? —Susurro.

Acomoda unas hojas esparcidas sobre su escritorio, pero se detiene para mirarme.

—Por supuesto Juno, es completar el programa.

*Mierda no...*

—Maestra... — Suplico y se sienta sobre su escritorio y cruza sus brazos en su pecho.

—Nena eres artista, no lo olvides. Fuera pudor. —Me señala. —Tu trabajo aunque se extravió, pude llegar a verlo y no cumpliste con el cuarto tiempo, aunque dibujaste el lindo torso del modelo. —Me dice. —Compromiso y respeto Juno, no lo olvides...

*Maldita sea.*

Sé, que tiene razón.

Miro mis pies.

—Usted dijo que varios modelos, se postularon ¿Podría darme la lista, para congeniar con alguno, después de hora y en mi horario?

*Cualquier cosa, menos Caldeo.*

Niega.

—Lo siento...los otros dos modelos se echaron atrás, horas después de la primer clase. Caldeo es el único, que sigue en pie.

*Pero, que hijo de\*\*\**

Y farfullando por lo bajo, me retiro de la oficina de la maestra, sin haber logrado nada.

Más que otra cita, si hago ese trabajo con Caldeo.

Sacudo mi cabeza.

*El como modelo, desnudo...*

Donde tengo que dibujar su "ahí" si o si, esta maldita vez.

Voy a mi bicicleta sacando la llave y rompiéndome el cerebro, porque hizo desaparecer mi dibujo de él.

Porque solo es, otra de sus fechorías.

Y me inclino para sacar su cadena de seguridad y noto, las dos ruedas totalmente desinfladas.

—¡Oh mierda! —Gimo, con mis manos en mi cara.

*¿Y ahora, qué?*

Con la reunión después de clases con la maestra Parker, le dije a los chicos que se fueran sin

mí.

En bicicleta o en coche hasta casa no es mucho, pero a pie es una caminata de una hora.

—¿Disculpa? —La voz de un niño, hace que corra las manos de mi rostro para mirarlo.

Lo miro curiosa.

—¿Eres, Junot? —Pregunta el niño de unos aproximados 10 años de edad, con skate en mano.

Asiento, en silencio.

—Me dijeron que te entregue esto, cuando te vea... —Exclama, extendiendo a mí, una bolsa envolviendo algo de forma cilíndrica.

Y cierro mis ojos.

*No puede ser...*

¿Será, que es otra más?

—¿Cómo te llamas? —Pregunto desconfiada y cruzando mis brazos sobre mi pecho.

—Joaquín. —Responde.

—¿Cuánto, te ofreció? —Le pregunto, aceptando el paquete.

—Un billete de 20, una carta de los Vengadores de colección y dos pases en primera fila y a vestidores, al primer campeonato de básquet de la U... —Me sonrío muy satisfecho, por la negociación contra el cretino de ojos claros.

—Vendiste tu alma al diablo, pequeño... —Digo, abriendo la bolsa de mala gana.

Y se encoje de hombros y riendo mientras se va.

—¡Oye, pelo bonito! —Me mira volteándose y sin dejar de caminar a espaldas.

Y lo miro, inclinada hacia mi bicicleta.

—Eres linda. Si terminas con él, yo voy a cumplir muy pronto 11 años. —Me guiña un ojo.

*¿Eh?*

Y no puedo evitar, reír mientras lo veo irse a la espera de un par de amiguitos más y desliziándose por el campus, con sus skates.

Saco de la bolsa, un inflador y con el, un papelito celeste colgando que dice.

*“A trabajar cachorra.*

*P.D: Disiento lo de mi tamaño amor.*

*Porque, jodidamente puedo hacer que no camines una semana.*

*C.”*

—¡Pero qué, cerdo! —Chillo, sobre la primer rueda, para "trabajar" inflándola.

¿Amor?

¡AMOR!

*Jodido, hijo de perra...*

Pero luego, una sonrisa perversa se dibuja en mis labios ante mi venganza, mientras me monto en mi bici jadeando por el esfuerzo, minutos después y una vez inflada las ruedas.

Miro la hora de mi reloj, mientras lanzo mi mochila al canasto de adelante.

Los lunes Caldeo, tiene dos horas de práctica de básquet después de clases y antes de llegar a su casa.

Puedo llegar, antes que él.

Pero primero, una parada en una tienda.

*Prepara tu trasero, Caldeo...*

## Capítulo 12



Salgo de la tienda con mi bolsa de compras y gritando un gracias gigante, cerrando su puerta.

Me detengo antes de proseguir con mi vertiginosa carrera y contra el tiempo, para abrir la botella de un jugo naranja y darle un sorbo.

Mi primera parada, es mi casa.

Llegando más jadeante y sin preocuparme por guardarla, la dejo contra una pared y con mi mochila y bolsa de compras en manos, corro hasta la puerta trasera de la cocina.

—¡Hola, familia! —Saludo a mis padres, entrando veloz y besando sus mejillas.

Papá con su laptop sobre la barra de desayuno y creo que mamá, por empezar con los preparativos de la cena.

No les doy tiempo a nada y sinceramente no sé lo que me respondieron, porque sigo escaleras arriba.

Cerrando la puerta de mi habitación, intento controlar mi pecho acelerado por mi carrera y la adrenalina, de lo que estoy a punto de hacer.

Colgando mi mochila en el perchero, tiro sobre mi cama mis compras.

Y acaricio a Rata en su cabeza, durmiendo plácidamente en la alfombra.

—¿Qué haces? —Pregunta Hope, curiosa sobre su escritorio apoyando en sus labios su pluma, al ver que saco un paquete de galletas de chocolates rellenas de crema y un pomo de dentífrico.

—Una pendejada. —Solo respondo, sonriendo mientras abro el paquete de galletas y comienzo a comer el relleno de crema, dejando las tapitas a un lado y le regalo una a Rata, que las mira relamiendo.

Lo beso.

Adora los dulces.

Hope me arquea una ceja, para luego sonreír.

—¿Esas son las favoritas del idiota de Caldeo, no? —Pregunta.

—Sip. —Solo digo, comiendo más relleno.

Y sus ojos azules, destellan divertida.

—Te ayudo, se lo merece por cabrón. —Exclama, echándose en mi cama y riendo.

Come un par de rellenos y abriendo el pomo de dentífrico, comienza con el relleno de las galletas nuevamente.

La miro como las llena y con suma prolijidad, pone la tapa encima y vuelve a guardarlas con cuidado en el paquete.

—¿No es mucho, Hop? —Murmuro, al como las llena de abundante pasta dental.

Inclina su cabeza.

—¿Se mandó una de las tuyas, hoy?

Asiento.

—Más venganza, entonces... —Dice entredientes y sin decir nada más, se pone de pie alisando

su falda rosa con las manos, para luego dirigirse a la puerta de nuestra habitación para salir.

*Muy tranquila.*

Y volver dos minutos después *muy tranquila* también, con un frasco de especias.

Para ser precisa, la de pimienta blanca.

—Hop... —Susurro preocupada. —¿Estás, segura?

Tira detrás de su hombro su largo pelo castaño y me eleva sus cejas divertida.

—Jodidamente, segura. —Ríe, mientras rellena la última o sea la primera a sacar del paquete, con la pasta para luego polvorear la pimienta arriba. —Aremos que arda su trasero engreído, hermana...

Nos miramos por unos segundos, para luego romper en risa.

Minuto después, estoy bajando las escaleras con mi bomba termo trasero en la mano y mirando otra vez el reloj.

Estoy hora y sonrío perversa.

—¡Adiós familia! ¡Regreso, enseguida! —Me despido de mis padres, al pasar corriendo por la cocina.

Sin otra vez, entender lo que me dicen.

Porque, mi corazón late tan fuerte que empaña mis oídos mientras atravieso el pequeño bosque corriendo y en dirección a la casa de Caldeo, por mi falta de estado físico obviamente y por el terror mezcla de emoción por lo pronto a ocurrir, cuando Caldeo explote y note ante la primer mordida mi venganza.

Y río, jadeando sin poder creer aún, lo que estoy a punto de hacer.

Mañana a clase, tendré que ir con un casco de protección, pienso entre risa.

Aprieto el paquete de galleta contra mi pecho, que baja y sube por mi respiración entrecortada y escondida, detrás de uno de los grandes árboles de enfrente a su casa y asomo apenas, mi cabeza después de mirar por cuarta vez la hora de mi reloj pulsera.

Un ruido a motor V8 ruge su camino por la calle, apareciendo la vieja *Ford* clásica e impecable de Caldeo en color negra.

Me escondo de golpe, para no ser vista en el momento que se estaciona y detiene en la entrada de la casa y junto al coche de tía Lorna.

El sonido abriendo y cerrando la puerta, me indica que Caldeo bajó y me asomo con cuidado y detrás del árbol, para verlo con bolso deportivo en hombro cargando y que se encamina, a la puerta de entrada principal.

Lleva el uniforme, del equipo de básquet de la Universidad puesto.

No se duchó, en los vestidores del gimnasio.

Y sonrío complacida.

*Perfecto.*

Me abofeteo mentalmente, cuando me encuentro babeando por él y recorriendo su alto, tonificado, marcado y tatuado hermoso cuerpo.

He inclino mi cabeza dudosa y mordiendo mi labio inferior.

¿Tendrá "*todo*" su cuerpo tatuado?

Sacudo mi cabeza.

¿*Y eso?*

¡Concentración, Junot!

Pero algo, llama mi atención y hace estrechar mis ojos, para focalizar mejor.

Caldeo está a punto de abrir la puerta, pero se detiene.

Su mano se eleva a su frente de forma cansada y la frota para dejarla ahí, reposando por unos

segundos con su cuerpo sin mover.

*¿Está agotado?*

*¿O le preocupará, algo?*

*¿Estará todo bien, con los tíos?*

Hoy, fulminó con la mirada a Constanza y fui testigo para mi placer, en un par de nuestros cruces en los pasillos después, de cómo la ignoraba.

*¿Será que eso le duele y está arrepentido de ello?*

No puedo seguir sacando conclusiones, porque abre la puerta y se introduce a su casa.

*El tiempo ahora...vuela.*

Y debo, ser rápida.

Respiro profundamente para llenar mis pulmones y minuto después, semi inclinada me acerco cautelosa rodeando la casa y evitando las ventanas.

Próxima a la cocina, siento su voz hablando con tía Lorna, pero no escucho bien la conversación, porque la música de su vieja radio de los '60 suena a través de la ventana con *Los Carpenter* y me lo impide.

Solo escucho la voz de Caldeo, que dice que se dará una ducha.

*Otra vez, perfecto.*

Hago un pequeño tiempo, masticando palito de hierba agachada y aún, en el jardín.

Y la música con AC/DC, suena en los autoparlantes desde el segundo piso y habitación de Caldeo.

*La señal.*

Me pongo de pie y exhalo por compostura, mientras me encamino hacia la puerta trasera de la cocina.

—¡Que hay, tía! —Digo alegre, entrando por esta y con disimulo y siempre, alerta a las escaleras que llevan a las habitaciones de arriba.

—¿Mi niñita! —Exclama feliz, mi tía al verme y viene a mi encuentro con un abrazo.

—¡Hermosa sorpresa! Mucho que no te veía por aquí, calabacita...

La abrazo con cariño, porque la quiero mucho.

*Como al estúpido, de su hijo.*

—Mamá pidió su bandeja, de tarta de manzana... – Pero, que mentirosa soy. —Vine, por ella...

Se ríe alegre en su búsqueda en una de las gavetas de la cocina, con el tintineo de sus pulseras y pedrería que lleva puesta.

—Sabrosa calabacita. Dile que el tío Ángel, no dejó ni las migas... —Me guiña un ojo y reímos, porque todos sabemos como el tío Pulgarcito, ama las tartas frutales de mamá.

Me entrega la bandeja envuelta en un repasador y dentro de una bolsa para que lo lleve cómoda, besando mi frente y sus ojos bajan a mi paquete de galleta en mi otra mano.

—¿Las favoritas, de mi niño?

Y una amplia sonrisa, se me dibuja en mi rostro y pestañeo de forma angelical.

—Había de ellas, en casa tía. —Dios, pero que buena actriz soy. —Y pensé, en Caldeo... — Susurro dulce.

Su mano sube a su pecho de golpe, asombrada.

—¿Arreglaron las cosas entre ustedes, mi calabacita? —Pregunta emocionada y sonrío tanto, que creo que voy a morder mis orejas.

—Estamos trabajando en nuestras diferencias, tía... —Murmuro ligero, porque sonidos desde arriba me alertan.

*El jodido, terminó de ducharse y está a punto de bajar.*

Hora, de la retirada y me despido, con un abrazo.

—Tía, mamá necesita... —Elevo la bandeja, de mi mano.

—¿No quedas a merendar, con Caldeo? —Me mira triste.

*Carajo, con las viejas y hermosas épocas.*

Niego, retrocediendo.

—Está por oscurecer y tengo tareas... —Señalo el paquete y ruego. —...no le digas hasta que las pruebe, que son mías. —Pestañeo angelical, otra vez. —Es una sorpresa. — Y asiente, mientras con otro abrazo rápido me despido.

Salgo del jardín riendo para mis adentros y estrechando la bandeja de mamá, como si fuera un lindo oso de peluche.

Me interno en el bosque de forma tranquila y aspirando fuerte por mi nariz, su aroma amaderado y a hojas.

Los rayos de sol, atraviesan desde las alturas de los tupidos árboles zigzagueando con su luz y entre las ramas, de forma juguetona.

*Hermoso, mi bosque.*

Pero algo, me congela de mi feliz caminata mientras juego con una ramita entre mis manos.

Un grito.

Y con el, un sobre nombre.

Masculino.

*Fuerte.*

Y escalofriante.

Pero, lejos a una película de terror.

Más bien, a una de acción.

Reclamando justicia.

Y...

*¿Persecución?*

—¡Cachorra! —Se siente, otra vez el grito, pero más cerca.

*Oh Dios. Oh Dios. Oh Dios.*

*¿Pero, cómo?*

*¿Se suponía, que esto no debía pasar?*

*Mierda.*

¡Pensé en todo, menos en la posibilidad que vendría contra mi después!

Y giro mi cabeza, para ver a Caldeo atravesar el bosque corriendo y solo, con unos pantalones de gimnasia claros y descalzo.

Su pelo mojado, azota su cara por no estar seco en su carrera.

No quiso, perder tiempo.

Pero, se detiene al verme en la lejanía.

Estoy congelada en mi lugar y mi cuerpo, se sacude ante la expresión de su rostro sin perder su mirada fija en mí.

Duro, implacable, jadeante por su carrera y de satisfacción.

Se ríe negando, apoyando su cabeza mojada y espalda en un árbol, con sus fuertes brazos sobre el y su pecho desnudo y tatuado.

Me está midiendo, maldita sea.

*Terroríficamente hermoso.*

Me eleva una ceja y su mirada cristalina, apenas cambia a un gris oscuro.

Sin decir, nada.

Pero, el mensaje estaba claro para todos.

O sea.

*Correr, por mi vida.*

Y eso hice.

Corrí.

Y seguí corriendo.

Esquivando los árboles, ramas y las enormes rocas con su vegetación, que se componía de el y con Caldeo detrás de mí.

Criarme de mi nacimiento y jugar toda mi vida en este bosque, me hizo conocer cada jodido rincón, hasta lo podría hacer con los ojos vendados.

Como Caldeo.

Y maldigo en mi persecución por ello y por sus genes antepasados, milenarios, del otro continente y de alguna cultura desconocida, que lo hacen correr silencioso, veloz y de forma felina, descalzo como si nada y con su risita a mis espaldas.

*Debo llegar a casa. Debo llegar a casa, jadeo.*

## YO

Condimento la carne, cortada en lonjas y lo meto en el horno.

Al mismo tiempo, remuevo la salsa de crema con puerros que se cocina a fuego moderado, mientras Herónimo muy sexi con el delantal de cocina, de corazones y flores de Marcello por arriba de su camisa y pantalón de vestir de diseñador y a la velocidad de una babosa enyesada, corta en bastoncitos unas zanahorias.

Lento.

*Muy lento.*

Niego divertida, mientras lo abrazo por atrás.

—Vas muy lento, Mon...comeremos las zanahorias, con el café de sobremesa.

Y su pecho se sacude por su risa, para luego sobre su hombro arquearme una ceja.

—Perfección nena, perfección... —Me dice.

Y sonrío, besando su hombro en el momento que por el gran ventanal frente nuestro y de la cocina, vemos de golpe pasar a Junot corriendo a toda velocidad.

Para luego, segundos después a Caldeo en su persecución.

El sonido de la cuchilla cortando las zanahorias aún, por Herónimo y sobre la tabla de cocina, es lo único que se siente.

Y cierro mis ojos con fuerza y apoyada en su hombro, por la que se viene.

*Maldición.*

—¿Nena? —La voz tranquila.

*Muy tranquila.*

Sale de mi marido, sin dejar de mirar las zanahorias que corta, con demasiada precisión.

—¿Si, Herónimo? —Me pongo hacer cosas, para disimular.

—¿Por qué, el pequeño Caldeo corre semi desnudo a nuestra bebida, por el jardín?

*Santo Dios.*

Quiero reír.

Reviso, la carne del horno.

Cualquier cosa, menos mirarlo.

—Herónimo, solo juegan... —Cierro el horno y me pongo en puntas de pie, para besar su barbilla.

—Y no es más, el pequeño Caldeo. —Corrijo. —Juno le dice, el enorme Caldeo...  
Suelta la cuchilla, para tomar el puente de su nariz.

*Cierto, su aneurisma.*

—Enorme! — Gruñe. —¿Enorme, dijo mi bebida? ¿Qué cosa, es enorme? —Repite, gimiendo con la mano en el pecho. —Yo...aire...

Ya no aguanto y río a carcajadas, rodeando su cuello con mis brazos y a su angina de pecho.

—¿Herónimo que pensaste, cuando me viste la primera vez en la oficina? —Solo, digo feliz.

Y sus brazos envuelven mi cintura de forma posesiva y contra él.

—Cogerte, de ochocientas maneras diferente nena. —Dice sin pensarlo y de lo más natural.

Río a carcajadas.

*Dios, es tan ordinario pero como lo amo.*

Ruedo mis ojos.

—¿Lo segundo que pensaste cuando me viste, entonces? —Digo.

Acomoda sus lentes y me mira.

—Mía. —Dice sonriente.

—Y pese a todo lo que vivimos, jamás nos separamos...

Asiente.

Señalo la ventana, con mi barbilla.

—Ellos, igual... —Una emoción me invade, porque mi niñas están creciendo como perfectas fichas de rompecabezas, con sus destinos, que fueron creadas desde su nacimiento, al perfecto encaje a un compañero y solo para él.

Por un amor incondicional, fuerte, poderoso y como un gran maestro en su sabiduría, les va a enseñar a comprender y luchar por el.

*Porque es, para toda la vida.*

Como Herónimo y yo.

Como Junot y Caldeo.

Tatúm y Cristiano.

Y hasta en el desparejo, pero en el equilibrio perfecto de mi explosiva Hope que esconde su dulce vulnerabilidad en el, con el alegre, despreocupado y extrovertido Caleb.

—Nunca estuvieron separados Hero, pese a que Caldeo lo intentó y sabemos el motivo... —Le susurro. —...de la confrontación, pasan ahora a buscarse desesperadamente, porque se necesitan. Es inevitable, cuando se aman. Y ya, era hora. —Suelto bajito. —¿No te parece?

Asiente pensativo, para luego abrazarme contra su pecho sonriendo y me besa.

—Aunque debería alcanzarle, una camiseta mía. —Acota. —Mi bebida no cumplió 40 todavía, para ver tanto pectoral tonificado y abdominales sexi en una sola persona. —Hace una mueca. — Aunque, sea su marido de acá a 20 años...

Y río, sobre su pecho.

## JUNO

Corro rodeando el estanque y casi escupiendo mis pulmones, sintiendo a Caldeo casi en mí.

*Jodido y puto deportista, en excelente estado físico.*

¿Qué hago?

¿Y dónde?

Y mi rostro, se ilumina con el muelle frente mío.

Si llego al bote antes que él, me podré internar en el medio de la laguna.

Soy muy buena con los remos y mejor que corriendo y Caldeo, no se atreverá a meterse en la

profundidad fangosa de su piso y frío.

Subo a este de un salto y me dirijo hasta el tronco en que apenas está atado, con su cuerda el bote.

Los pasos fuertes de él pisando sus tablas, me hacen apurar su desatado.

Date prisa Juno, me aliento dando la última vuelta a la soga y logrando su liberación.

Lo empujo con fuerza con los pies y salto encima de el, tomando los remos para internarme en el medio de la laguna.

Y Caldeo se detiene, llegando al fin del muelle inclinado y con ambas manos en sus rodillas, intentando recuperar el aliento.

A una distancia prudente, me detengo para ponerme de pie haciendo equilibrio.

—¡Jódete, Caldeo! —Grito, triunfante.

Se endereza ante mi burla para cruzar sus brazos en su pecho y dejar todo su peso en un pie.

Río con ganas por su postura, provocando que casi pierda mi equilibrio y caiga al agua.

Me agarro veloz y con precaución, en los bordes del bote blanco.

Desde mi distancia, puedo ver como Caldeo eleva una ceja y frota sus labios pensativo con su mirada en mí, para luego de una forma muy tranquila y silenciosa, me hace seña que vuelva.

¿Eh?

¿*Está loco?*

—¡No! —Grito, tomando asiento de forma tranquila, en el lindo bote.

Me quedaré aquí hasta el anochecer si es necesario o hasta que papá, salga a buscarme.

Sus hombros se elevan y bajan por su resoplido, marcando un genio corto y otra seña con su mano en alto me dice que vuelva, pero esta vez con menos paciencia.

Y le elevo mi dedo del medio con una risa, para luego limpiar una pelusa inexistente de mi remera ignorando su presencia.

El aro de su labio inferior, destella con brillo por el sol.

Lo está haciendo girar.

*Huy.*

Se enojó.

Retrocede, unos pasos.

*Dos Huy.*

Mi boca empieza, a caer lentamente.

Y su media sonrisa silenciosa, aparece en su condenado, exótico y hermoso rostro.

*Oh...Mierda...*

Corre tres grandes pasos para atrás, para luego tomar una carrera y lanzarse al agua en un perfecto clavado y sumergirse en la profundidad, de la laguna hasta donde estoy.

*Carajo.*

Petrificada sobre mi lugar y con ambas manos sobre los bordes extremos del bote, miro el agua en calma sin señal de Caldeo en su profundidad y deliberando que hacer.

Miro para todos lados, pero su color yodado no me lo permite.

—Caldeo... —Llamo en la quietud y serenidad.

*Silencio.*

Miedito.

Solo los chillidos de algunas garzas y patos silvestres de la orilla se siente.

Me incorporo un poco y sobre el agua, para mirar mejor.

—¡Caldeo maldita sea, no es gracioso! —Chillo nerviosa, ante su broma.

*Nada.*

Muevo el agua con una mano y sacando a mis zapatillas, empezando a asustarme para buscarlo y me giro sobre el borde del bote, para lanzarme apenas rozando los dedos de mis pies desnudos al agua helada.

Cuando algo, salta de golpe desde el la profundidad con fuerza y por su impacto, el agua me empapa entera y sin darme tiempo a nada, Caldeo rodea mi cintura con sus brazos y me lleva con él al agua.

Grito, por lo fría que está y trago oxígeno al sumergirnos.

Lo hicimos siempre, de chicos.

Aguantar la respiración y juntos nadar.

El agua nos cubre completamente, porque donde estamos es la zona más honda.

Y mis ojos se abren bajo ella, para ver con los suyos abiertos también, que me atrae contra él con nuestros pies nadando al mismo tiempo a un suave y lento ritmo.

Una de sus manos, se abre en mi espalda de forma protectora, mientras nuestros pechos se pegan.

Su pelo largo y siempre desprolijo, nada con suavidad en sus lados regalando la gloria de ver su lindo rostro despejado de el y de forma despeinada.

Caldeo con un impulso y abrazándome más contra él, nos sube a la superficie.

Y una vez en la superficie, recuperando su aliento y sin soltarme, nada conmigo.

Mis manos van a mis ojos para sacar el exceso de agua y Caldeo con un movimiento, tira a un lado su pelo resoplando agua.

Nuestras miradas, se encuentran.

Y con ello, todos los sonidos a nuestro alrededor desaparecen.

Somos solo él y yo como en el bar el viernes y con mi corazón, que lo siento latir acelerado y con fuerza, sobre su pecho desnudo por tenerlo cerca.

Y sé que él, lo escucha por la forma en que me mira.

*Oh mierda.*

¿Qué es, todo esto nuevo que siento?

Suspira mientras con una mano descendiendo con una caricia, se hace camino lentamente por mi pierna para llevarla a su cintura.

Su mirada me ordena, que la rodee y eso hago, ahogando un jadeo.

Hace lo mismo con mis brazos en su cuello, para nadar unos metros y hacer pie sin deja de mirarme.

Caldeo, no habla.

No gesticula, movimientos con su lindo rostro.

Pero, lo hace con su mirada y esos ojos sinceros como hielo cristalino y con cada una de sus caricias y el contacto de su piel.

Sus dedos con suavidad, tiran mechones de mi pelo suelto y mojado detrás de mi oreja para apoyar su frente en la mía y acariciar mi rostro cerrando sus ojos.

Pese al frío del agua y al sol ocultándose dando fin a la tarde y bienvenida al ocaso en las montañas, ninguno de los dos temblamos de frío.

Entrelazo más, mis manos detrás de su cuello y mis piernas rodeando su cintura y suspira por ello y con aún, su frente sobre la mía.

—Dime que no quieres que te bese, cachorra... —Susurra suave y sin abrir sus ojos, con sus labios a un latido de tocarnos. —...por favor... —Ruega, como en el bar. —...dime que no lo deseas, porque muero por hacerlo y ser, el primero y el último. —Gime, abrazando mi espalda con sus fuertes brazos y con ternura. —Por favor, dime que no...

Mis manos tiemblan, ahora de nervios y por lo que voy hacer.

Se desprenden entre sí, de su cuello con lentitud para recorrer suave y con las yemas de mis dedos los tatuajes de su hombros, dibujando cada uno de los diseños tribales y los tradicionales de la vieja escuela, como lo hice en el pasado.

Para luego los de su pecho y ese dios Tótem *Maorí*.

Y para detenerme, en mi favorito.

Lo miro y sin abrir sus ojos entiende y con lentitud, echa su cabeza hacia atrás para que tenga acceso a su cuello y acariciar la que amo.

La flor de Loto, de color rojo fuego.

Y otro suspiro, sale de él al sentir mis dedos y sus ojos, se abren ante mi caricia.

Acuno su rostro.

—Si...si lo deseo, Caldeo... —Solo digo, con mis ojos en él y como respuesta.

*Porque, yo lo amo demasiado...*

## Capítulo 13



Estrangularla.

Comerla a besos.

Enojo.

Reír a carcajadas, por osada.

Furia.

Retorcijones de panza, por ingerir esa mierda.

Venganza.

Peligroso cóctel de emociones, me invadió después de bajar las escaleras intentando secar mi pelo con una toalla y ver, mis galletas de chocolate favorita sobre la mesa y probarlas.

Mamá no estaba, pero no hizo falta que me lo confirmara.

Porque, la pequeña cocina estaba impregnada con su perfume.

A la de su piel.

*A azúcar y flores.*

Como el paquete de galletas rellenas, cuando lo levanté y cerré mis ojos al olerlo.

Su perfume, también estaba en el.

Y cuando lo hice en su interior.

No pude evitar, mi media sonrisa.

*¿Mentolado y fresco, en un relleno de crema de vainilla de una galleta?*

Negué divertido, por su "venganza" patear pelotas.

*¿No jodas, Junot?*

*¿En serio?*

*Jesús, con mi ingenua cachorra.*

Una jugarreta, muy infantil.

Pero, la comí.

Porque, necesitaba una excusa para seguirla.

Pero, cometí un error.

*Subestimarla.*

Mi simple galleta favorita y con relleno, de pasta dental.

Tenía pimienta.

Mucha.

JODIDAMENTE, MUCHA.

*Y yo, odio...la pimienta.*

Mucho.

Y sentí fuego, escupiendo sobre la pileta de la cocina.

Demasiado fuego.

No solamente por el condimento, si no por la bronca.

Y grité su nombre, bebiendo agua de una botella mientras corrí tras ella en su persecución y lanzándola al contenedor de basura, frente a la casa una vez vacía.

Me limpié la boca con el dorso de mi mano, bajo la mirada de sorpresa de mi madre en el patio charlando con una vecina, haciendo mi carrera al bosque.

Sentí su grito a mi espalda de que me cuidara y no me agitara, pero no le hice caso.

Corrí tras ella y mi cara era una juguetería, cuando la divisé entre la arboleda.

No soy buena con las emociones, pero sentí como si mi corazón, saltó de alegría y hasta creo que se atraganto en mi garganta, al ver su bonito rostro de asombro por verme.

*Si bebida, soy yo.*

Iba atraparla, cargarla sobre mi hombro y regresar con ella a casa y tal vez para mi deleite, encerrarla en mi habitación.

*Conmigo dentro, obvio.*

Y jugar su propio juego con la amenazante y a medio comer, galleta con pimienta que quedaba.

No se la iba hacer tragar, pero si sufrir un poquito.

Pero mis planes cambiaron, cuando su rumbo fue hacia el estanque.

Para ser preciso, al muelle de la laguna.

*Dios...*

¿En serio creía, que me iba detener un poco de agua helada?

Cachorra si tengo que buscarte al Polo Norte y sumergirme en sus aguas, lo haría sin pensarlo.

Niego sonriendo y haciendo unos pasos hacia atrás, para tomar carrera y sumergirme en la profundidad de ella.

Sonrí más.

*Porque las palabras cachorra y profundidad, jodidamente me gustan juntas y en la misma oración.*

Soy muy bueno, conteniendo la respiración bajo el agua.

Ella también.

Y por solo un momento, me olvido de mi puto presente y de mi futuro.

Solo éramos ella y yo, con nuestro feliz pasado golpeando mi mente y con mi mejor amiga, jugando en la laguna como todos los veranos.

*Ajenos a las maldades, preocupaciones y obligaciones.*

Y algo, cambió.

Algo en ella lo hizo, cuando al subir a la superficie y nadé a la orilla.

Su mirada, no era la de siempre.

De miedo y terror ante mí, dejando que la lleve con mis brazos.

Sus ojitos a medio abrir, eran de serenidad y sin abandonar los míos.

La serenidad que te da la confianza, cuando estás en el lugar que te sientes segura y protegida.

Contenida.

*Como tu hogar.*

Y ese lugar, era en mis brazos.

*Como antes y como siempre lo fue, pero ella no se da cuenta de ello todavía.*

Y le ruego cerrando mis ojos, porque si la miro no podría.

Le imploro, que no me deje besarla y tampoco tocarla.

Porque, no habría vuelta atrás.

Pero, su piel responde por cachorra y con sus caricias, recorriendo mis tatuajes.

Y la mía, obedece.

*Porque, son caricias al alma.*

Y con su confirmación, ahora ya no podía dejarla ir.

Mis temores con felicidad, se adueñaron de mí.

Porque no debía hacer esto, aunque moría de gana y toda la vida lo soñé.

*Lo imaginé.*

Y por más que lo negara, esperé.

Pero mi dicha, eclipsó mi pesadumbres y estrellé mi boca con la suya, nadando con cachorra entre mis brazos a la orilla.

Me senté en la orilla y sobre la arena húmeda con Junot en mi regazo.

No sé si, el no dejarla de besar o la brisa fresca de la próxima noche, erizó su piel.

Pero sonreí contra sus labios por ello y la acuné más entre mis brazos y la envolví con mis piernas, para protegerla del frío y la humedad de su ropa.

Chupé sus labios para luego morderlos, mientras corría mechones de su pelo mojado del rostro para poder mirarla.

*Su primer beso, santo Dios.*

Y en cierta manera, el mío también.

*Felicidad pura.*

Y con cada uno, quería que sienta lo que provocaba en mí.

Que ella, era mi significado a todo.

*Mi pequeña esperanza...*

Su respuesta era ingenua, tímida a mi contacto y todo cachorra, sabía condenadamente bien y me gustó.

Dibujé con mi lengua sus labios y me sostuvo la mirada, mientras acunando su rostro acaricié con mis pulgares su mejilla para besarla en más profundidad.

Mi lengua buscó la suya y se entrelazaron, jugaron y acariciaron.

Sus manos se enredaron, en mi pelo y me atrajo más a ella.

*Mierda.*

Y sin pensarlo, mi cuerpo obedeció y la recosté con cuidado en la arena húmeda y conmigo encima.

Me ardía el rostro, por parecer tan torpe acariciando el cuerpo de Junot.

Su primera vez me repetía, mientras todo mi cuerpo me pedía a gritos el suyo.

Quería enterrarme en ella, que me sintiera dentro suyo.

*Profundo.*

Y con cada jadeo robado, entendiera que era mi puto mundo.

Su ropa mojada, estaba ceñida a su cuerpo.

Mi dedos vagaron por su cintura hasta su pecho, donde se dibujan bajo la tela mojada su sujetador y sus pequeños pechos.

Un suspiro salió de sus labios de placer, al sentir mis dedos presionar con suavidad sus pezones endurecidos, para luego acariciarlos.

Y entrelacé, nuestras manos.

—*Tu.Eres.Mía...* —Susurré, sobre su piel y empujándome contra ella y sobre nuestras ropas, para que me sintiera.

Jadeó y sus labios se entreabrieron para decirme algo, pero no pude escuchar por la aparición sorpresa de Rata entre nosotros, festejando al encontrarnos.

*Carajo contigo, Rata.*

Me incorporo ligero y sentándome sobre mis talones, pero sin soltar las manos de Junot, seguido ante la tos discreta de tío Herónimo.

De pie y mirádonos fijo a unos metros.

*Muy fijo.*

¿Dije, con su ceño fruncido?

*Carajo, dos veces.*

Aclara su garganta y cruza sus poderosos brazos sobre su pecho y mi corazón se detiene.

Exhala profundo.

Creo.

Y con la calma que sabemos que el tío nunca tuvo, eleva dos dedos pidiendo distancia entre cachorra y yo.

Lo hacemos, pero aún sentados sobre la arena.

—Más... —Nos dice y cumplimos aún, sin soltar nuestras manos.

Acomoda sus lentes.

—¿Por qué, están mojados? —Solo dice y con su mirada en nuestras manos unidas.

Junot y yo nos miramos, para luego a él.

—Pelemos papá y terminamos en el agua. —Dice, cachorra sincera.

—Mmm... —Solo es su respuesta, mientras Rata juguetea entre nosotros y con una rama en su boca. —...y debo suponer que mi bebida se estaba ahogando y por eso, le estabas haciendo respiración boca a boca?

Y mi sangre me abandonó ante sus palabras, porque amaba mi familia y tío Herónimo, era parte de ella.

Lo quería y respetaba.

Pero no bajé la mirada, porque no hicimos nada malo y la suave presión de la mano de cachorra entre las mías, me lo confirmó.

La miré.

*Tan bonita y calma.*

Niego.

—No tío, besé a Junot por primera vez... —Dije también, sincero.

Me arquea una ceja.

Silencio.

*No hay respuesta.*

Más silencio.

Y con un resoplido, baja su mirada al piso deliberando, para luego mirarnos a ambos.

—Está oscureciendo y llevan la ropa mojada. Vamos a casa para ambos por algo seco y comida caliente, estoy demorando y tu madre se preocupará... —Mira a cachorra. —...y tu... —Me señala.

*Re mierda.*

—...después de cenar, tendremos una charla en mi oficina un buen rato, jovencito. —Gruñe. —  
A solas. —Agrega.

Asiento levantándome y ayudando a Junot a ponerse de pie.

Nos da lugar muy serio y con su postura rígida a ir adelante en el camino como niños castigados, con nuestras miradas bajas y seguidos por él pasos atrás.

Pero algo, nos hace mirarnos confundidos con cachorra.

Porque pese a su seriedad glacial, una risita de él se sintió a nuestras espaldas.

*¿Y eso?*

## Capítulo 14



La cena familiar, fue bastante fuera de serie.

Otro adjetivo, singular.

Papá sentado a la cabeza de la mesa masticaba sus verduras al horno, como si le debieran dinero y a la carne, como si le hubieran dicho que es humana y con su mirada viajando a Caldeo en su silencio perpetuo a mí, para luego a mamá que solo se sonreía y le guiñaba un ojo detrás de su vaso de jugo, cuando bebía.

Tatúm, no participaba.

Llamó avisando que se quedaba un par de horas más en el hospital.

Pero Hope, sí.

Y juro que si mi hermana, fuera algún tipo de androide de otro planeta de una galaxia cercana y Caldeo su enemigo, como un maestro *Yedai*.

En este momento ambos, estarían luchando con sus respectivas espadas láser encima de la mesa, para seguir por la sala saltando los sillones, rompiendo los muebles y decoración de la casa, peleando por la forma en que se miraban ambos con su ceño fruncido de odio y con cada bocado que dan a sus comidas.

Va ser muy duro que Hope, perdone todas las mierdas contra mí, del lindo pero jodido Caldeo.

¿Yo?

En mi burbuja.

*Sip.*

Apenas probé mi cena, porque aún sentía sobre mis labios, el dulce calor de los de Caldeo.

Y mis dedos, tocaron con disimulo mi boca, porque su suave textura, su sabor y calidez está en mí.

Me reacomodo en mi silla, al notar su mirada gris cristalina mirándome mientras se sirve ensalada de papa.

Y me arquea una ceja, con arrogancia.

*Pero, que pendejo.*

Sabe lo que estoy pensando.

Calor, en mis mejillas.

*Y en otro lado.*

Me inclino sobre la mesa.

—¿Pimienta, para tu ensalada? —Le ofrezco de forma angelical el frasco, bajo la risa por mi sarcasmo de Hope.

*Por cabrón.*

Y me estrecha sus ojos grises por ello, mordiendo el aro de su labio, negando y alcanzando la ensalada a papá para que se sirva.

Le pestañeo con inocencia, ante su mirada de odio, pero con cierto aire divertido.

Creo.

Más tarde mamá y de sobremesa en la sala, sirvió helado a todos como postre con extra bocha de helado para papá y Caldeo.

Y como si fuéramos aún niños, a todos le crujió galletas extra crocante con salsa de chocolate encima.

Inclusive a papá.

Porque mi padre a veces, era como un niño más.

Caprichoso y demandante de mimos, como una criatura de 5 años.

Como ahora, comiendo cada cucharada de su helado y discutiendo con Hope, por quién tiene más crocante de caramelo.

Mamá les rueda los ojos a ambos y con la bolsa de este, le agrega un poco más a cada uno como lluvia.

Con su media sonrisa muy él, le eleva una ceja a mi hermana.

O sea, a su hija con autosuficiencia infantil al ver que le agregan más y Hope resopla a papá y con el control remoto, busca una peli para ver cruzando sus piernas una sobre la otra sobre la baja mesa.

Y yo río, mientras Caldeo niega divertido y comiendo con muchas ganas, su postre sentado en uno de los sillones de la sala.

Para ser precisa, el otro extremo opuesto al mío.

Obviamente, seleccionó nuestros lugares papá.

—Distancia. —Nos dijo serio, con la risita de mamá y mía.

A veces me cuesta creer que papá sea, lo que la gente dice.

El autócrata y agreste señor oscuro, dueño de las T8P.

Cuando en realidad, es un gran oso de peluche de casi 2m de altura.

Ayudando con la limpieza con mi hermana después, papá con una seña dice a Caldeo que lo acompañe a su gimnasio particular, que tiene en el sótano.

Para charlar.

*Solos.*

Y mi cuerpo se petrifica a medio camino a la cocina y con los platos sucios.

¿Gimnasio?

¿No, oficina?

Y miro, suplicante a mamá, que palmea mi hombro tranquila mientras con ayuda de Hope pone los cubiertos en el lavavajillas.

—Tranquila, cariño. Confía en mí... —Murmura alegre, sin un atisbo de preocupación. —...tu padre es la persona, con el corazón más justo del mundo...

—Aunque no le vendría mal, unas buenas patadas en el trasero al come mierda de Caldeo, arriba del ring... —Acota mi hermana, guardando cosas en las gavetas de la cocina con un gruñido.

No contesto, pero suspiro con mi mirada en dirección a la puerta y que lleva escaleras abajo, al gimnasio.

¿De qué hablaran, estos dos?

Y con tristeza, esa noche no lo pude averiguar.

Porque la charla de ambos, se prolongo y subí a mi habitación, ya que era pasada la medianoche.

Leí un rato en mi cama para distraerme y con mis auriculares escuchando música, para no

molestar a mis hermanas ya dormidas.

Nuestra habitación estaba a oscuras y solo iluminada, por la suave luz de mi velador.

Mis ojos comenzaron a confundir las palabras de forma borrosa de cada párrafo que leía de mi novela y a entrecerrarse, con cada bostezo que daba y mi cabeza divagando.

*Santo Dios.*

Caldeo me besó, murmuré en mi mente apagando la luz y dejando a un lado el libro.

Mi agotamiento del día y el recuerdo de sus labios, me hizo envolver más entre mis frazadas.

Su sabor y contacto.

Suave y rico.

*Y mi primer beso.*

Pensar en las caricias de sus manos en mi cuerpo, recorriéndome lento y con su mirada de color gris transparente profundo sobre mí, y a orillas del estanque, hicieron cerrar mis ojos de a poco en un dulce sueño.

Para luego, el suave peso de algo sobre mi cama, que me hizo entreabrir apenas mis ojos.

Bostezo.

—Rata, no... —Susurré, acomodándome más en mi almohada y las sábanas se abrieron con suavidad, para meterse a mi lado.

Y mis ojos, se abrieron y me giré de golpe.

Rata es gigante, pero no tan enorme y aunque, sube a mi cama para dormir en las noches a veces, no aprendió abrir las sábanas.

Una mano cubre mi boca y jadeo al sentir una presión, para silenciar mi grito.

Solo en la oscuridad de la noche, pude ver la claridad de sus ojos.

Y pestañee hasta que los míos se acostumbraron a esta y con la luz, que solo iluminaba con el brillo de la luna la habitación y atravesaba por la ventana.

Y con sus cortinas corridas dibujó, la silueta oscura de Caldeo a mi lado.

Dentro de mi cama.

Tapado con las frazadas y sintiendo su cuerpo.

*¿Dije, dentro de mi cama?*

Con el índice de su otra mano, me hace señal de silencio en sus labios.

Asiento, corriendo su mano de mi boca.

—¿Estas loco! —Chillo bajito y con ademanes. —¿Qué haces, aquí? — Susurro, mirando por sobre su hombro, las camas de mis hermanas.

*Cristo Santo.*

Si Hope, despierta.

Si mi padre, lo ve.

Y solo, sonrío como respuesta.

Miro, la puerta cerrada.

—¿Papá, te vio?

Niega, en su silencio.

—¿Cómo entraste, Caldeo? —Digo más bajito.

Y se sonrío más y me señala con su barbilla, unos de los grandes ventanales estilo puerta francesa, de nuestra habitación y que da a un pequeño balcón.

Una de sus hojas está abierta levemente, siendo acariciada la cortina blanca de una forma constante, por el viento cálido de la noche entrando.

*¿Trepó, hasta el tercer piso?*

*¿Está loco?*

¡Se podría, haber matado!

Y el silencio, se adueña de nosotros.

Solo se siente y algo más fuerte que cualquier noche de normal de la habitación y por el ventanal abierto, el croar de las ranas desde el estanque y el roce de los árboles meciéndose uno sobre el otro por la brisa.

Estamos de perfil y casi, nuestras narices rozándose y mirándonos.

—¿Papá, fue duro contigo? – Susurro al fin y sin moverme.

Hace una mueca graciosa, provocando que su pelo negro cubra parte de su rostro y niega divertido.

Y lo hace a un lado, de con un movimiento de su cabeza.

*Carajo.*

Porque, es fue tan lindo.

—¿Hablaron, mucho? —Continuo con curiosidad y tratando de olvidar, que su cuerpo está encima de mí tocándome y solo, estoy con una camiseta vieja y en bragas.

Asiente.

—¿Me vas a contar? —Sigo en voz baja.

Frunce sus cejas.

Niega.

Cruzo como puedo mis brazos sobre mi pecho, en el poco espacio de mi cama por él.

—¿Y por qué, no?

Hace la señal de la cruz, en su pecho.

Lo miro por sobre mis pestañas.

—¿Te lo hizo, jurar?

Sonríe.

Maldigo a mi padre por lo bajo, por ser tan inteligente y a Caldeo por ser un hombre de palabra.

Y seguimos mirándonos, uno frente al otro.

Suspira, cerrando los ojos.

Y es un suspiro, triste.

*¿Eh?*

*¿Y eso?*

Su mano empieza acariciar mi cadera y sus dedos, se deslizan por el contorno de mi pierna, para luego subir nuevamente.

Me quedo inmóvil y con mi corazón latiendo con fuerza dentro mío al sentirlo.

Y tanto era el silencio, que hasta escuchaba el suyo.

Miro su boca.

Es tan llena y perfecta.

El aro de acero que perfora su labio inferior, destella con la luz de la luna y por la sonrisa que dibuja.

Es lenta, sexi y alegre otra vez.

Y sus ojos se abren de golpe y con asombro, cuando su mano detiene su caricia al contacto de mis bragas.

Y mi boca se abre.

*¡Querido Dios!*

¿Qué tipo de ropa interior, llevaba puesto?

¿Las de satén y encaje o las bragas tipo abuela, que me resultan más cómodas?

Su mirada divertida en mí, me pierden y no puedo concentrarme.

Mierda, si se trataba de las bragas de la abuela, porque moriría, pero sus labios frunciéndose para retener la risa, me lo confirmó.

Palidecí.

Se incorporó en la cama sentándose sobre sus talones, intentando correr las sábanas para mirarlas curioso.

Y una lucha silenciosa y desgarradora, se desató entre los dos.

Él por querer ver mis bragas divertido y yo, por negarme rogando que la tierra me trague.

Mi pecho se tensa, en mi lucha de poder contra Caldeo.

¿Mi primera vez de visita nocturna no autorizada con un chico lindo en mi habitación, no podía ser normal?

¿Cómo cualquier, adolescente?

¿Y justo, con él?

Era inútil.

Caldeo era mucho más fuerte y poderoso y con dos movimientos silenciosos y felinos, me puso de espaldas al colchón y a horcajadas mía.

Sus piernas sostenían las mías con fuerza para inmovilizarlas y con sus manos presionando las mías a los lados de mi cabeza.

Y entrelazó, nuestros dedos.

Su pecho sube y baja por la batalla, acorralándome bajo él.

Su mirada baja y me recorre hacia abajo y su lindo pelo desprolijo como cortina, cubrió su rostro.

Y una risita burlona, se le escapó.

— ¿Hello Kitty? — Su siempre baja y suave voz, fue un susurro en la habitación.

Resoplé y tiré mi cabeza hacia atrás, mirando la oscuridad del techo.

*Mierda...*

Sip.

Tenía mis bragas de abuelita, con motivos del gatito de mi infancia.

Corrió a un lado su pelo para ponerlo detrás de su oreja, para ver mejor.

*Hermoso.*

Y mirándome a través de sus pestañas, se inclinó hacia ella lentamente y sin dejar de mirarme y midiendo mi reacción.

Y ahogué un jadeo, al sentir su nariz reposar en la tela de mis bragas.

Seguido, de acariciarla con la punta de ella y su mejilla, para luego oler y depositar un suave beso en mi entrepierna, cubierta solo por ese algodón.

Exhalé un profundo suspiro de aire que no sabía que retenía, cuando se incorporó con un suspiro profundo, para ponerse de pie con cuidado y caminar hacia la ventana semi abierta.

¿Él...me besó?

¿Ahí?

Y sacudí mi cabeza por pensamientos impuros y me levanté, para seguirlo hasta el balcón.

Ya del otro lado y aferrado a este entre las enredaderas, me esperaba.

No me importó que me viera bien bajo la luna llena, solo en mi vieja camiseta desteñidas con notas musicales y bragas tipo calzón, de Hello Kitty.

Caminé despacio a él.

Y frente suyo y abrazada a mi misma por el fresco, lo miré.

Se inclinó del otro, para nivelar mi baja altura a comparación de la suya y para tomar mi nuca

y besar mi boca, con un profundo beso.

Y antes de que pudiera abrir mis ojos, cuando nos separamos y reaccionar de forma obscena, como tirarme encima de él y lamer cada uno de sus tatuajes, descendió una parte para después saltar al jardín.

Me incliné más hacia adelante y apoyando mis manos en la baranda copada de enredadera de grandes hojas verdes, para poder verlo mejor en su trote en dirección al bosque.

Pero antes de internarse en el, se dio vuelta sin dejar de correr a sus espalda.

—¡Lindas bragas, cachorra! —Exclamó y sin esperar mi respuesta, se perdió en la oscuridad de este, riendo a carcajadas.

Apoyé mi codo en la baranda y mi barbilla en mi puño, corriendo mi pelo de la cara por el suave viento.

—Pendejo... —Murmuré, mientras veía como se perdía su hermoso cuerpo con pantalones deportivos y camiseta prestada de papá en la noche.

Y no pude disimular mi sonrisita por primera vez, ante una burla suya...

## Capítulo 15



Fresita eleva su mano frente mío, como señal que calle a mitad de mi relato de lo sucedido ayer.

—Dime por favor que después, tuvieron sexo desenfrenado y en todas las posturas habidas y por haber, sobre tu cama...

Amely sentada arriba de la mesa en el jardín del campus, sostiene su estómago para reír a carcajadas, mientras yo resoplo decepcionada y sentada con mis piernas tipo indio en el césped frente a ellos.

Y juego con una linda hoja caída de uno de los árboles, sin mirarlo.

Mi amigo pestañea confuso, para mirar después a Amely interrogativo.

Ésta, le dice que si a lo que su mirada pregunta con la cabeza, sacudiendo sus manos y falda, de migas al terminar de comer.

—Sip. Juno aún es virgen, mi querido Demian... —Se pone de pie.

—No jodas...¿en serio? —Me mira fijo con sus lindos ojos delineados de maquillaje negro, que resaltan aún más la intensidad de su color azul.

Se levanta de la mesa, para tomar asiento a mi lado en el pasto.

—¿El chico tatuaje, jamás pasó a tercera base en años pasados contigo?

Niego, mordiendo la hoja.

Me estrecha los ojos y cruza sus brazos.

—Raro... —No lo puede creer. —¿Ni a segunda base, en tu cuarto anoche?

Miro a Amely algo confusa y ella ríe suave, sentándose del otro lado mío.

Me abraza con dulzura, por mi inexperiencia.

—Investigar, tocar, acariciarse con tu chico en un sillón, en su coche o en una habitación y por abajo de la ropa, cariño... —Me explica.

*Guau.*

Otra vez, niego a Fresita sincera.

No tengo idea, que es eso.

Pero, se debe sentir lindo.

*Supongo...*

—Caray... —Reflexiona con un dedo en su barbilla pensativo, mirando el piso.

Se sonríe.

—Ese chico rudo y sexi pareciera, como que te respeta... —Me mira. —...y a ti, hay que despertar tu libido a cachetazos. —Me dice. —Ya es hora, mamasita...

Lo empujo con mi hombro, riendo con Amely.

Y se tumba al césped, cruzando sus brazos detrás de su cabeza, también sonriendo y mirando el cielo.

—Ahora entiendo... —Gira su cabeza a mí, poniéndose los lentes de sol que hacían de vincha

en su a medio rapar pelo castaño. —¿Te estás guardando para él, no es así?

Me toma de sorpresa su pregunta y siento que mi cara arde, por el calor de la vergüenza.

Y suspiro.

A quién, quiero engañar.

Amely es mi amiga de toda la vida y Demian, empezó a serlo en esta pocas semanas de estudio.

Sería estúpido y estaría equivocada, en negarle a ellos lo que siento por Caldeo desde niña.

Ya, es hora.

Y me encojo de hombro, tirando la hoja de árbol.

—Siempre quise, a una sola persona. —Aunque, evito nombrarlo. —Lo quise desde niños y eso se transformó en amor cuando crecimos, aunque no lo sabía muy bien. Él, siempre fue todo para mí...y el año que se fue, me di cuenta que lo amaba. Pero después, nunca se dio...

Me entristezco recordando su llegada, mi visita a su casa corriendo feliz para verlo y su rechazo para después, casi 20 meses de crueldad con su rechazos y burlas contra mí.

Amely suspira romántica y con ambas manos en su pecho.

Demian se gira sobre su cuerpo recostado a mi dirección, elevando un brazo para sostener su cabeza contra el césped.

—Dulce Juno...ya te dije, eso no era rechazo de él. Era protegerte, de él. El sexi Caldeo no te odia, su meta era que tú lo odies a él...

Amely hace un murmullo pensativa, aprobando los pensamientos de Fresita.

—Si tú, lo odiabas te alejarías de él, nena... —Concluye.

¿Eh?

Arrugo mi nariz.

No tiene sentido, lo que dicen.

¿Yo odiar o alejarme, de Caldeo?

Imposible.

En solo pensarlo, se llenan mis ojos de lágrimas y un hueco en mi pecho profundo, empiezo a sentir.

Nop.

Eso nunca y jamás, pasaría.

—¿Nunca averiguaste que pasó, en ese año de viaje a África? —Pregunta Amely, recogiendo su mochila.

La imito, porque estamos a minutos de nuestra próxima clase que compartimos y coincidimos los tres juntos.

—Sip. — Cuelgo la mía, de mis hombros. —Pero cada vez que lo intenté, es como un secreto sumarial. Papá eleva su mano al pecho y recuerda que tiene una reunión y huye. Mamá las veces que lo hice, me abraza y solo dice que fue a conocer a su familia de sangre y a tía Lorna, sus ojos se ponen, como para estallar en llanto... —Caminamos por el sendero, que no lleva a nuestro corredor de clases. —...por eso juré, nunca más hacerlo...

—Ve a la fuente, cariño. —Dice como si nada Demian, caminando a nuestro lado y acomodando sus lentes oscuros de sus ojos. —La amistad entre tú y el lindo Caldeo volvió a nacer, pregúntale...

Y lo miro internándonos los tres, por los pasillos llenos de estudiantes.

Tiene razón.

Debería ir a la fuente.

A Caldeo.

Resoplo.

Pero todo aún, es muy confuso.

No sé, que mierda somos.

Porque, Caldeo no es mi novio.

Tampoco, creo que amigos.

Ni siquiera, compañero de la U.

*Mierda...*

¿Qué corno, somos?

Todo es tan frustrante pienso, entrando a mi clase con los chicos y mirando la hora de mi reloj.

Ya es pasado el mediodía y Caldeo, brilla por su ausencia.

*Hoy volvió a faltar a clases...*

Anoche no me dijo nada, respecto a eso.

Bueno.

No tiene por qué, tampoco.

Pero si lo hubiera hecho, no estaría con esta angustia en mi pecho, que duele como la mierda.

## CALDEO

*<< Me retuerzo.*

*— Tu fiebre no baja, mi pequeño Caldeo... —Gime Lála, sentada al lado de mi camita y sin dejar de pasar el paño de agua fría, sobre mi frente afiebrada.*

*No puedo hablar, me siento débil y me limito a apretar contra mí, el monito de peluche andrajoso y sucio contra mi pecho sudado, que dice que me regaló mi mamita.*

*La puerta del precario departamento, donde vivimos desde hace meses y desde que llegamos a este país se abre. Entra una señora de edad avanzada. No recuerdo el nombre de la anciana, pero es nuestra vecina en el edificio y por su vestimenta, es tan pobre como nosotros.*

*Sirve un poco de caldo de pollo que trajo en una olla a una taza y se lo da a Lála con una cuchara para que me dé.*

*Mi nana le agradece, con una sonrisa.*

*Yyo, sufro más.*

*Porque Lála está triste, pese a que sonrío intentando darme una cucharada de sopa.*

*— Debes llevarlo al hospital, Lautheliel... —Dice la viejita, tomando asiento en una de las dos únicas sillas que hay, como mobiliario.*

*Me señala con un dedo. —El niño está grave, no es una simple gripe lo que padece.*

*Lála deposita la taza de sopa en una mesita, porque me niego a comer y porque me duele adentro.*

*Mucho.*

*— No puedo, Doña Abi... —Murmura mojando más el trapo, sobre el agua helada para pasarlo con ternura en mi rostro. —Yo prometí proteger a mi pequeño a Al—Amirah Fadila... —Dice.*

*La anciana se levanta y arrastrando su pies propio de la edad, se acerca a mi para observarme.*

*— Hermoso niño de ojos color agua... —Susurra, para luego negar. —...está muy delgado y enfermo. Mal Lautheliel...mal... —Le reprocha y sin más, regalándome una caricia por mi mejilla, con sus ancianas manos, se retira.*

*Lála deja caer sus hombros y dice algo en otro idioma triste, mirando el techo y con las palmas de sus manos abiertas hacia el techo cerrando sus ojos.*

*Aprieto más el monito de peluche contra mí, retorciéndome de dolor en mi camita.*

*Ella siempre habla en otro idioma, cuando está triste y preocupada.*

*Y yo, no entiendo lo que dice...*

*Su mirada baja a mi luego. —No hables mi pequeño Caldeo...nunca hables... >>*

Me retuerzo.

Y me retuerzo, más.

—¡Caldeo! —Un grito y sacudidas a mi cuerpo, me despiertan.

Jadeo incorporándome.

Mamá con sus manos en mis hombros, me mira intentando sonreír.

—¿Una pesadilla, mi niño? —Pregunta, sentada en mi cama y preocupada.

Asiento aún, intentando recuperar el aliento y paso mi mano por mi cara, tirando mi pelo hacia atrás.

Y como con cada pesadilla, miro a donde estoy.

Es mi habitación.

Si.

Mi casa.

Mi hogar.

*Mi único, hogar.*

Miro a Lorna.

*Mi única, mamá...*

La abrazo fuerte y muy fuerte, contra mí.

Y su mano en mi espalda por mi abrazo, baja y sube de forma tierna y con consuelo.

Aunque no la veo, sé que se sonríe por sobre mi hombro.

—Hijo mío... —Susurra y yo sonrío también.

Me gusta, el sonido de su voz.

Y me gusta que ese sonido y que diga esas palabras.

Su hijo.

*Siempre...*

Se vuelve y con cariño, acomoda mi pelo desprolijo detrás de mi oreja, como lo hizo siempre y de niño.

Se sonríe más.

—Mi niña Vangelis, habló por teléfono, conmigo temprano... —Me guiña un ojo cómplice, mientras se levanta y ordena una ropa mía, colgada de la silla de un extremo para doblarla.

—...estaba muy entusiasmada por ti y la pequeña Juno, juntos... —Deja la ropa en la silla y yo resoplo. —...acaso, no se arreglaron las cosas entre ustedes? —Me pregunta, triste.

Asiento, pero mi mirada vaga a la ventana que me muestra el cielo despejado y acariciando mi hombro con una mano, de forma agotada.

*Por todo.*

Mamá me mira.

—¿No vas a cambiar de opinión Caldeo, ahora que Juno regresó? —Se acerca a mí y toma de nuevo asiento sobre mi cama, para acariciar mi mejilla.

Cierro mis ojos.

*Carajo, con esa pregunta.*

Respondo, negando con mi cabeza por un rotundo no y suspira triste y me parte en dos, sentir a mi madre hacer eso.

—Caldeo... —Murmura.

Robo la mano que está en mi mejilla, para besarla con devoción y le sonrío, para tranquilizarla.

No sé, demostrar cariño.

Mi cerebro se pone en cero, cuando tengo que manifestar amor.

No tengo idea con palabras, como hacerlo con respecto al consuelo, afecto o cualquier sentimiento a un ser querido.

*Ella me decía, que nunca hable.*

Que eso, me protegería de mi pasado.

Un pasado, que me robaron.

Pero cuando lo recuperé, solo trajo más mierdas a mi mis mierdas.

Me cuesta hacerlo.

Porque, jodidamente duele hablar.

—Ya es la hora, hijo querido... —La voz de mamá dejando ropa limpia sobre mi cama, me saca de mis condenados pensamientos.

Hoy no voy asistir a las primeras horas, de la Universidad.

*Cachorra...*

## Capítulo 16



En mi última hora de clases, corrí escaleras abajo apurada y saliendo del baño de mujeres.

Amely se había despedido de nosotros a su clase individual en los pasillos, mientras Fresita iba por la ubicación de buenos asientos para los dos en la sala de proyección y por mi demora también, en busca de otra carpeta a su *Casillero. Pero. De. Momento. Mío. También.*

Me choqué con un alumno de otro pabellón de la U, llegando al primer piso.

Un gran choque, de su cuerpo contra el mío.

Con la hora pico estaba atestado de ellos circulando, subiendo y bajando por esta.

Y él me miró de mala manera, cuando nuestros ojos se encontraron después de la colisión, donde fui a parar con mi trasero al piso y para mi desgracia, con mi mochila a medio abrir y gran parte de mis cosas, volaron por el suelo también.

Enrojecí suavemente y me disculpé, incorporándome sobre mis rodillas para recoger por negligencia mía, primero sus cosas.

Un par de libros y una carpeta.

—¡Santo Dios, eres una torpe! —Se mofó de mi con ira de pie, seguido de risas de burla de sus amigos pasos más atrás nuestro y con sus brazos cruzados como apoyados entre ellos, observando la situación.

Como los demás estudiantes, que iban y venían.

En los cuales pasaba por ahí, Constanza Goti y su clan de amigas de chicas populares y se detuvieron a mirar, el lindo espectáculo que estaba dando.

Por un momento, tuve ganas de agarrar su carpeta gruesa de hojas y darle con el en su cabeza y reírme a carcajadas como él de mí, mientras me alejaba.

Suspiré.

Pero jamás, me atrevería.

Cobarde, me reocriminé para mis adentros soltando sus cosas en sus manos, para agacharme de vuelta, por las mías aún esparcidas.

En lugar de darme un simple gracias tratando de acoplar su lindo rostro de chico playa y surf por su piel bronceada y pelos revueltos de un rubio oxigenado con su caballerosidad, deja escapar el asqueroso resoplido de mi equivocación de no observar cuando camino.

Como si fuera él, el incómodo y a pesar de ser yo, la que tiene los tampones y colores tirado y a la vista de todos en el piso.

Patea con un pie un tampón con una sonrisa maldita, que llega hasta mi rodando y bajo la risas de sus amigos y de Constanza, con su séquito de porristas.

Trato de no verme perturbada, cuando lo agarro y lo meto al interior de mi mochila.

Segundos después y no sé cómo, el lindo chico en cuestión se desliza por la pared de forma abrupta a mi lado, para unirse a mí y al piso, aún agachada recogiendo mis queridos lápices de lindos colores dispersos.

Y el pasillo abotinado de estudiantes, se quedó en completo silencio, de golpe.

*¿Eh?*

Elevé mi vista, del suelo.

El chico lindo y oxigenado casi de rodillas frente a mí, es retenido y obligado con fuerza a esa postura, por la mano fuerte de alguien en uno de sus hombros.

Una mano, toda tatuada hasta sus dedos.

Subí más mi vista, para encontrarme unas botas tipo combate, jeans negros pre lavados que colgaban de unas caderas masculinas, pese a tener un cinturón de cuero en ellos.

Y camiseta negra con el logo de la banda de los *Red Hot* y chaqueta de cuero.

Seguido, del lindo rostro exótico de Caldeo a su final, con su mirada fría, gris y cristalina como el hielo, mirando de forma dura al chico, mordiendo el piercing de su labio inferior.

Un movimiento de su mano presionando más su hombro, hizo tambalear al aludido que aunque no tenía su altura, no era de contextura pequeña.

Nada.

Y por eso, Caldeo volvió a repetir esa acción, pero de forma más dura su mano en el hombro muy amenazante y como obligándolo a algo sin jamás hablar.

El chico cerró sus ojos, por el dolor.

—Lo siento. —Dijo entredientes, recogiendo el último lápiz de color mío, que quedaba en el piso y me lo entregó.

Creo que mi rostro, es como el de todos los estudiantes que mudos y estáticos, observan la escena.

Sorprendidos y con sus bocas abiertas.

—Gracias... —Susurro, aceptando su disculpa y guardándolo en la mochila.

Caldeo lo suelta entonces y éste, se tambalea sobre sus rodillas y cayendo con sus manos al piso, para frenar su caída.

Caldeo, no dice tampoco nada.

*Nada.*

Pero, se limita a tomar mi mano para ayudarme a ponerme de pie y con otra de sus miradas de hielo a todos los curiosos, le da la orden de que se pongan en movimiento y a que circulen por el pasillo.

Lo cual cumplen, bajo murmullos entre ellos y miradas de lado con poco disimulo a nosotros dos.

Constanza con sus libros abrazados sobre su pecho se acerca a Caldeo, pero con la mirada fija en su mano que todavía retiene la mía.

Oh Dios.

—Cariño, viniste... —Murmura con una sonrisa hacia él, seductora.

Sin embargo, tan pronto como ella intenta tocarlo con una mano su brazo, Caldeo se pone los auriculares que cuelgan de su cuello haciendo a un lado su siempre despeinado pelo.

Sube el volumen de su *IPod* y jalándome con suavidad, me lleva con él de la mano y a través de los pasillos lleno de estudiantes, ignorándola definitivamente y para asombro de todos.

Intento como puedo, seguir sus pasos rápidos a comparación de los míos, por la diferencia de altura.

No entiendo, nada.

*¿A dónde, vamos?*

Y para mi sorpresa, se detiene en el casillero de Demian y como si fuera la cosa más natural del mundo, lo abre.

—¿Sabes, la combinación? —Pregunto, sorprendida.  
Y sin dejar de escuchar su música, me arquea una ceja.

¿Pero, qué tiene?

*¿Oído biónico?*

Si desde donde estoy, puedo escuchar a Los Rolling, sonar a todo volumen en ellos.

Suelta mi mano, para recoger mis cosas.

En una palabra.

Sacar todas mis pertenencias, para sostenerlas y con su otra mano, volver a cerrar el casillero.

Frunzo mis cejas y cruzo mis brazos en mi pecho.

—¡Eso, es ilegal Caldeo! —Chillo nerviosa, porque no tengo idea que va hacer con mis cosas.

Me inclina la cabeza, con autosuficiencia.

*Cabrón.*

—No te da derecho, por más rey del camp... —Tomando otra vez mi mano, me empuja contra él otra vez y a caminar por el pasillo a la dirección contraria, interrumpiendo mi discurso.

Atravesamos, varios corredores con su siempre silencio y un miedo, me embarga.

¿Va a tirar mis cosas, como otras de sus burlas?

Lo miro.

Él no lo hace.

Ni una vez, en todo nuestro trayecto.

Solo su pulgar, acariciando los nudillos de mi mano de forma suave, me dice que respira y no es una máquina sin sentimientos y no sé por qué.

*Tranquilidad.*

Nos detenemos.

Y mis ojos se abren, al ver que es en la fila de su casillero.

Pero, no abre el suyo.

Lo hace al que está al lado, dejando mis cosas mientras saca del bolsillo de su chaqueta de cuero, un papel doblado.

Me lo entrega aunque toda yo sigue indecisa, para luego besar mi frente y sin más marcharse.

*¿Qué?*

Abro, el papel y es la combinación del casillero.

Cuando elevo mi vista otra vez, solo veo la linda espalda del jodido Caldeo, doblar la esquina.

*Por Dios, que alguien me explique, que fue todo esto...*

## Capítulo 17



—Por qué, me pierdo siempre tus escenas de alto contenido erótico, con el caliente y misterioso chico tatuajes... —Me reclama al día siguiente en el campo deportivo de rugby, Fresita de manera abatida mientras terminamos nuestras vueltas exigidas, por la entrenadora en nuestro horario de gimnasia.

Elongamos entre los dos a la espera de la sufrida Amely, que a trote muerto y casi vomitando sus pulmones, se una a nosotros y finalice su última vuelta.

Río con él, flexionando mis piernas y rotando mis caderas como las demás alumnas, para no sufrir de un calambre.

Demian no tendría que estar, entre todas nosotras.

Pero el otro entrenador de chicos fuera de la liga de básquet, se dio por vencido con él frente a sus quejas de deporte de una disciplina muy de machos que practican los chicos como rugby, lanza de garrochas, mortero entre otros.

Cuando él, es una princesa y debería hacer vóley, gimnasia deportiva y algo de atletismo como nosotras.

El entrenador y ante las palabras sinceras de mi amigo, que con una mano en su cadera muy a lo diva y su siempre maquillaje en su rostro que lo hacía extrañamente sexi para las chicas a pesar de inclinación a los hombres y frente a la risa divertida de todos sus compañeros, con un resoplido solo se limitó a elevar un brazo e indicarle que se podía retirar y ser parte de nosotras.

Con un gritito de alegría Demian e inclinación hacia adelante de su cuerpo y saludo tipo de la realeza, se despidió de su entrenador y de todos sus compañeros, para correr a nuestro lado del campo deportivo y ser recibido, por todas nosotras como la niña mimada e inclusive por parte de la entrenadora dándole la bienvenida.

*Sip.*

Mi amigo, era adorado por las mujeres.

Exudaba una especie de sensualidad en el campo femenino bajo sus ropas y atuendos siempre oscuros, que contrastaban en armonía con su cuerpo delgado pero atlético, con piel muy blanca y altura.

Y con esos ojos azules de tono turquesa, que con su delineado de negro y sombras oscuras sobre ellos, lo hacía un chico *sex appeal* místico y caliente, en toda su apariencia que irradiaba gótica.

Fui testigo, de muchas chicas intentar ligar con él pese a ser gay, durante nuestras clases o almuerzos.

Pero Fresita en su siempre alegre carácter, solo se limitaba a sonreír negando con un cigarrillo entre sus dedos o su jugo de manzana en caja y noquearlas más a sus admiradoras, con su dulzura y forma pacífica como tranquila de hablar, robando suspiros.

No pudimos hablar mucho ayer, después de nuestra clase en la sala de proyección.

Un mensaje de texto de mamá me decía que venía por mí, coincidiendo sus compras con mi salida de la Universidad ya que había venido sin mi bicicleta, porque Fresita se había ofrecido en buscarme por casa en su coche con Amely.

Sonrí negando con mi cabeza por su dicho, mientras mi mirada va a Caldeo que desde la pista de básquet al aire libre y a distancia nuestra, con un salto y esquivando sus oponentes hace un doble.

Se vuelve y caminando a su posición nuevamente en la cancha, bajo el festejo de todos sus compañeros.

Inclusive de las porristas a un extremo de ellos, practicando su coreografía con sus uniformes sexis de falda y top cortos y entre ellas, obviamente su capitana Constanza.

Limpiando el sudor de su cara con el frente de su remera del equipo con sus manos y mostrando para el deleite de todos, sus lindo paquete de seis que tiene como abdominales y pecho tonificado lleno de tatuajes.

Sus ojos claros de golpe, van a mí.

*Mierda.*

Y maldigo para mis adentros, por ser atrapada por él babeándome.

Piensa rápido, Junot.

Y lo disimulo, reajustando los cordones de mis zapatillas blancas, pero su media sonrisa de lado asquerosamente engreída como hermosa, me dice que es inútil mientras hace a un lado su pelo disparado de su rostro con su otra mano con satisfacción.

—Tranquila, cariño. —Se acerca Demian a mi lado y se inclina levemente. —Yo también, quisiera ser su remera y abrazar, ese cuerpo machote... —Me murmura, mientras Amely deja caer su cuerpo jadeante sobre el verde césped a nuestro lado, mientras abre su botella de agua.

—¿De qué...están hablan..do? —Escupe las palabras, media muerta por terminar de correr al fin y bebiendo.

Demian la mira por sobre su hombro y con un dedo en sus labios y con un movimiento de su cabeza, señala a Caldeo del otro lado.

—Del chico tatuaje y sus abdominales, totalmente lamibles...

Amely ríe y yo ruedo mis ojos.

Se incorpora sobre sus codos para mirar mejor, recostada en el pasto a nuestro sexi paisaje otra vez en el ruedo del juego, mientras hace un lado su lindo pelo castaño y largo detrás de sus hombros.

—Es caliente... —Murmura, pero sus ojos van a mi primo Caleb que para sorpresa de muchos, hoy juega como los demás sin ninguna morena, pelirroja o rubia entre sus brazos y piernas. —...pero, tu primo me lo comería con cucharaditas Jun... —Suspira, nostálgica.

—¿Primo? —Repite Fresita, buscando entre los jugadores, curioso y sin entender.

Y afirmo, señalando al lindo chico no tan alto como Caldeo, de pelo entre lacio y esponjoso con ojos color chocolate y que ahora, rebotando la pelota en un lado de forma sonriente y muy parecido a mi tío Rodo, mira a quién pasarla.

Demian arquea una ceja de forma analítica.

—Interesante y guapo el chiquito... —Solo dice.

La entrenadora con un fuerte silbato, nos ordena que busquemos pelotas para trabajar en ellas de forma grupal.

Me señala con Amely que vayamos por ellas, en el carrito a un lado de la pista de atletismo y que rodea el campo de rugby.

Y entre risas juntas, corremos por ellas.

—Hola... —La voz de un chico, sobre nosotras inclinadas en el carrito por las pelotas, nos hace mirar a ambas.

Y la boca de Amely cae, por lo lindo que lo ve y la mía, porque lo reconozco.

Es el chico rubio y bonito, pero de poca caballerosidad y cero comportamiento, que ayer chocamos en el primer piso y que Caldeo obligó arrodillado, a pedirme disculpas.

Retrocedo asustada y por ese movimiento, un par de pelotas que sostengo entre mis brazos con otras, caen al piso rebotando suave por mis lados.

Su rostro con apariencia de chico surf y playa, hace una mueca divertida y para mi sorpresa, sonriendo de forma cálida con sus labios y ojos verdes.

Recoge por mí, ambas pelotas y ante una Amely congelada observándolo.

—Por lo general, cuando alguien dice hola... —Murmura todavía sonriente y con cada pelota blanca de cada lado de sus fuertes brazos. —...la otra persona, saluda... —Prosigue.

Y trago saliva mirándolo y sin pestañear.

Su mirada se hace alegre y más divertida por mi silencio y se acerca un poco a mí, tomando ambas pelotas con una sola mano, para frotar su nuca con la otra.

—Lamento lo de ayer nena, fue poco caballero de mi parte... —Baja su mirada al piso, de forma apenada. —...tuve un día de mierda con mi padre y me descargué contigo. —Dice sincero.

Miro de reojo, a Amely.

Todavía sigue con su boca abierta mirando al lindo rubio oxigenado y sin gesticular movimientos, en su petrificado cuerpo.

*¿Qué le pasa?*

Vuelvo a él, con cierto recelo a su presencia de golpe, en el momento que la entrenadora nos apura con otro silbato que llevemos las pelotas.

Intento tomar las suyas, pero me lo niega con su cabeza y se ofrece a llevarlas, ayudando a mi amiga también.

*Que, sip.*

Continúa estática ante su presencia, pero dejando que tome parte de sus pelotas en sus grandes y fornidos brazos.

Y hasta creo, que un hilo de baba cuelga de su boca abierta, por él.

Yo niego.

—Gracias, pero no, yo puedo... —Digo, intentando tomar las pelotas, pero vuelve a negarme, mientras acomodo mejor las que tengo contra mi pecho y brazos, provocando con el movimiento, que mi remera blanca de la Universidad se eleve un poco sobre mi abdomen.

Y sus ojos verdes, reposan en mi vientre expuesto a la vista, que rápidamente el fresco de la mañana llega a esa zona, pero casi al instante es cubierta por la tibieza de una mano envolviéndome de forma protectora y haciendo, chocar mi espalda a un duro pecho.

*¿Eh?*

Mis ojos recorren el brazo desnudo y tapizado en tatuajes que me envuelve y reconozco, mientras con suavidad esa mano se abre para cubrir mi vientre desnudo a la vista de todos y tomando el borde de mi remera, lo baja para tapar.

*Oh mierda, eso se sintió lindo...*

Caldeo se inclina hacia mí, por la diferencia de altura para apoyar su barbilla sobre mi cabeza.

Y aunque no lo puedo ver, sé que su mirada helada y gris está puesta de forma fija y profunda, sobre el chico rubio frente nuestro y hasta juraría, que amenazante.

—Oye Caldeo, cálmate amigo... —Dice tranquilo.

¿Se conocían?

—Solo la vi desde las gradas y quise disculparme, como es debido hombre. —Sus ojos van a su mano a mi cintura, para luego mirarme. —...sinceramente, lamento lo de ayer, Junot... —Dice importándole una mierda, el gruñido de Caldeo por ello y al decir mi nombre. —...no soy mala persona... —Murmura, dando por terminado la conversación y haciendo camino a mis compañeras y la entrenadora, para dejar las pelotas y marcharse.

Que para mi sorpresa por tercera vez en la mañana, ella lo saluda sonriente palmeando su hombro y de que todas mis compañeras, lo rodeen festejando su aparición de forma feliz.

¿Acaso, todo el mundo lo conoce, menos yo?

Me giro, sobre Caldeo.

Su mano sigue en mi cintura y una parte de mi se colma de emoción, ante ese viejo contacto.

Recuerdos, de cuando siempre me protegía y estaba a mi lado.

Y por otro lado una nueva sensación, me invade con la piel de Caldeo sobre la mía, provocando que se me erice con el simple contacto de la suya.

Me transmite seguridad, calor, dominio, goce.

Y posesión.

*Mucha posesión.*

¿Y eso?

—Solo vino, por una disculpa más correcta Caldeo. —Digo, separando mi cuerpo de él ante la mirada de algunas compañeras y la de Constanza, desde su lugar con las demás porristas.

Que en vano no puede disimular su cara agria por estar Caldeo a mi lado y seguir con su práctica de rutina coreográfica, para el juego del sábado.

Frunce sus cejas y me rueda los ojos de mala gana.

—¿Acaso, lo conoces? —Pregunto, acomodando mejor las pelotas sobre mis brazos y asiento con una mano en la cintura ante el segundo llamado por mi nombre, de la entrenadora para que me sume con las demás a la actividad deportiva.

Caldeo mira y estrecha sus ojos al chico rubio que tomando asiento en lo alto de las gradas con otro amigo y que sin disimulo, nos mira.

¿O me mira?

Y sus manos, se hacen como puño a sus lados.

*Guau.*

¿No le cae bien?

Me encojo de hombros ante su reacción y no sé por qué, me da rabia.

—Vuelve a tu práctica Caldeo, aprendí a defenderme sola. —Le digo, caminando y con sarcasmo.

Creo que gruñe, a mis espaldas.

Creo.

Porque, me hago paso con mis compañeras.

Un resoplido de él, con un.

—Mujer terca... —Dice odioso y para que solo yo oiga tras mí y volviéndose a su cancha rebuznando.

Y me lleno, de más ira.

Casi 2 años, de su rechazo.

19 meses para ser exacta, de llorar sobre mi almohada preguntándome que hice mal.

570 días correlativos, sufriendo sus burlas e ignorancia a mi persona.

13.680 horas siendo testigo con bandeja en mano en el comedor Universitario, caminar por el

campus o cruzarme con él en los pasillos y hasta de forma obscena, revolcarse o tragar las amígdalas de alguna zorra de turno, incluyendo a la perra de Constanza en el cine y haciéndolo con más énfasis al notar mi presencia.

¿Para después, de la nada volver como mi mejor amigo de siempre y a querer cuidarme?

¿A organizar mi vida a su placer como rey que se cree y todos dicen que es?

Y cuando después de mucho tiempo, un lindo chico que pese a empezar mal, pero pidiendo disculpas por ello, me habla?

Muerdo mi labio inferior con bronca a la espalda de Caldeo, caminando a la cancha de básquet.

Lo mido, estrechando mis ojos.

Y lo hago.

*Sip.*

Tarde para que mi parte consciente, haga recuperar mi cordura y detenerme, por un fuerte pelotazo lanzado por mí y con bronca dando en su objetivo.

La linda cabeza, de Caldeo.

Y mis manos, suben a mi boca de inmediato, soltando la restante pelota, por miedo y sorpresa.

*Santa mierda.*

¿Qué hice?

Y frente a todos.

La carcajada de mi primo Caleb y de Demian, solo se siente de forma sonora y bajo el "Uhhh..." de todos.

Yo, Junot Mon, golpee a su rey.

*Carajo...*

Caldeo se detiene ante el pelotazo a metros mío.

Quieto.

Duro.

He inclino mi cabeza, dudosa.

Porque creo, que hasta no respira, ya que no gesticula movimiento de ningún músculo de todo su cuerpo.

Una bonita, estatua viviente.

Petrificada y silenciosa.

*Pero linda.*

Y sexi.

Hasta que sus fuertes hombros caen de forma cansada y su cabeza la echa hacia atrás para mirar el cielo, provocando que su pelo despeje su lindo rostro.

*¿Está hablando, con Dios?*

*¿Pidiendo paciencia?*

Y se gira sobre sus talones, para mirarme con ambas manos en la cintura, para luego bajar su mirada al lindo césped y menear su cabeza, negando de forma lenta.

*Muy lenta.*

Su cabeza no la eleva.

Pero su mirada a mi sí, a través de sus oscuras pestañas haciendo girar el aro de acero de su labio con la lengua.

*Oh mierda, se enojó.*

Hace solo un paso a mí y la misma distancia, retrocedo.

Otro.

Y vuelvo, a retroceder.

Su media sonrisa arrogante, aparece.

Entonces hago lo que mejor me sale y por casi 2 años me perfeccioné en ello, gracias al lindo Caldeo.

*Correr.*

Corro cruzando el campus de rugby a los baños de damas, sin importarme la llamada de atención de la entrenadora.

Golpee a un compañero, de forma agresiva.

No necesitaba su notificación, para ello.

Preferiría que lo haga a solas y en su oficina conmigo, el decano de la U a mi suspensión.

Y a Caldeo tampoco para darme venganza, porque siento sus fuertes pisadas en su carrera por alcanzarme, sobre el césped de la cancha de rugby.

*Huy...*

## Capítulo 18



Empujé la doble puerta con fuerza, ubicadas al fin de las gradas y a un costado, que te llevan por un lado a los vestidores del gimnasio cubierto y la otra, a una escalera angosta que se comunica a los corredores y con acceso al edificio principal, donde estaba mi meta al descartar el baño de damas.

Aprendí que eso, no detendría a Caldeo.

Tenía que llegar a sala de profesores y por ende, a la de al lado que es la oficina del decano.

Tres compañeras bajando con charla y risas entre ellas me obstaculizaron mi subida, provocando que me demore por más permiso que les pedí.

Al quinto escalón que subí, Caldeo llegó a mí, y me tomó por la cintura y con un movimiento ligero, me giró y me cargó en su hombro como un costal de papa y dándome una nalgada como reproche frente a ellas.

¿Y eso, qué fue?

¿Por escapar?

—¡Suéltame! —Chillé, mientras pasaba mi mano por mi trasero castigado que en realidad no dolía, pero si un dulce escozor.

¿Dije, dulce?

*Re mierda.*

No hizo caso a mis quejas.

Como si nada y de lo más natural, se limitó a voltearse y caminar directo a los vestidores de hombres, sin antes regalar un guiño de ojo a las tres compañeras, que a coro suspiraron su nombre por ello y lo que vieron.

Y me crucé de brazos, colgada de su hombro y me dejé llevar.

Llegando a los vestidores de hombres, me bajó con cuidado y deslizando suavemente, mi cuerpo con el de él.

Piel, con piel.

Centímetro por centímetro.

*Otra vez...re mierda.*

Mi mirada viajó por el lugar, ya que nunca entre.

El vestidor de hombres, era amplio.

Muchas banquetas de madera la decoraban con casilleros en frente y algunos abiertos con ropa, zapatillas y producto de higiene personal de los alumnos.

Mis ojos se abrieron al notar que las duchas eran totalmente expuestas y a la vista de cualquiera.

No había cortina o puertas en ellas, como el de mujeres.

¿Acaso se veían todos, desnudos?

*Guau...*

Caldeo me sostenía la mirada y con una mano en alto, señaló su cabeza con cara de piedra.

Mordí mi labio, para no reír.

Tomé asiento, en una de las bancas.

—¿Te duele? —Pregunté.

Asiente.

—¡Pues me alegro, esa era la idea! — Exclamé, cruzando una pierna encima de la otra.

Y mordió su labio con el piercing y elevó ambos brazos al cielo, como pidiendo misericordia.

A Dios, supongo.

Pero viniendo de él, tal vez al señor de las tinieblas.

*Sip.*

A él, de seguro.

Exhaló una dura respiración antes de mirarme otra vez, sacándose la camiseta de básquet en gris y verde por el cuello y con ella echa un bollo en su mano, me señaló.

Dijo algo o más bien, lo murmuró.

No lo sé, bien.

Quise escucharlo, lo juro.

Pero mi corazón comenzó a latir tan fuerte, que bloqueó mi cerebro y por ende, no cooperó tampoco, por culpa del torso desnudo de Caldeo en todo su esplendor a dos pasos mío y ante mis ojos.

Conozco gente, que agradece por algo a algún inventor.

Tía Mel siempre agradece, al que inventó el chicle.

Papá al abuelito Nicolás, por inventar a mamá.

Tío Rodó, al que hizo los caramelos confitados.

Amely, al que hizo los sujetadores con push up.

Y yo en este momento, besaría los pies de Thomas Edison, por inventar la luz eléctrica.

Porque con todas la luces encendidas del gran vestidor y para mi deleite, regalaba a mi vista todo ese paquete tatuado de Caldeo para absorber de sus amplios hombros rectos, sus brazos con músculos sin exageración y la armonía de pecho tonificado y vientre que con cada respiración, dibujaban sus abdominales.

—...No. —Finalizó, con lo que sea que decía antes.

Perdón, pero seguí sin escuchar.

Reacciona, Junot.

*Dios.*

¿Qué dijo?

¿Qué dijo?

*Nada.*

Mi mente, es un hermoso papel en blanco.

Y maldigo su sexi, caliente y lavadora de cerebro, de cuerpo que tiene.

—¿No, qué? —Es lo mejor, que se me ocurre.

Y me entrecierra los ojos.

Sabe que no lo escuché y sus ojos grises bajan a su cuerpo semi desnudo y me eleva una ceja, al darse cuenta del por qué, de mi distracción.

Cruzo mis brazos y miro para otro lado, para disimular.

De pronto, es mega llamativo e interesante contar cuantas rendijas de aire tiene un casillero.

—¡Matt! —Dice con un gruñido, tirando su pelo a un lado.

Lo miro.

¿Matt?

¿Quién, es Matt?

—¿Matt? —Y su rostro se desencaja, cuando lo repito y toma un bonito color rojo fuego, mimetizándose con mi hermoso tatuaje favorito de su garganta.

La flor de loto.

A mi mente viene el chico lindo y rubio que chocamos ayer con su aparición de hoy, por disculpas otra vez.

¿Así, se llama?

—¿El chico, de las disculpas?

Gruñe, afirmando.

—¿Por qué? —Solo digo.

Y no me contesta a eso y acto seguido, se limita a bajar los pantalones cortos de básquet, quedando en bóxers.

Blancos y ajustados.

*Muy ajustados.*

Ahora soy yo, la que está en un rojo fuego.

Lo sé, porque mis mejillas arden, como zonas de mi cuerpo que no sabía que podía arder y vuelvo a mirar las rendijas del dichoso casillero, con ambas manos en mi rostro.

—¿Q...ué haces, Caldeo! —Grito.

Se encoje de hombros.

—Ducha. —Solo dice, caminando a una de ellas para abrir la llave y que empiece a correr el agua caliente.

—¡Conmigo! —Exclamo, mirándolo de reojo y llena de vergüenza.

Se apoya en una pared con ambos brazos cruzando un pie y con la música de fondo, del agua cayendo de la ducha.

Y su sonrisa, aparece.

—Si insistes... —Susurra, inclinándose para aflojar los cordones de sus zapatillas de deporte.

Me falta el aliento y mi respiración normal, empieza a fallar por culpa de su ardiente mirada y el tono provocativo, de esa voz jodidamente caliente que tiene, cuando se digna a hablar.

*Pero, que hijo de\*\*\**

Grito de frustración, porque me lo hace propósito y porque, no quiere hablar el tema del chico lindo y rubio.

Bajo mi cabeza a mi regazo para no ver, aún con mis manos en mi rostro.

—¿No tienes derecho, Caldeo! ¡Ese chico, fue agradable! —Grito, sobre mis piernas. —¿Sé defenderme! —Elevo apenas mis rostro, pero con los ojos cerrados. —¿Es mi vida! —Gruño y dando por terminada esta charla sin sentido, poniéndome de pie en dirección a la salida. —¿No eres, mi novio! ¡No eres, mi amigo! ¡No eres, nada mío! —Doy un pisotón al piso con furia, mientras camino con mis manos como puños a la puerta.

Me detengo para respirar hondo, pero sin voltearme.

—Solo eres, el motivo de cada lágrima que derramé...por casi 2 años con tu odio hacia mí... —Y mis hombros se tensan al escucharme decirlo en voz alta, porque duele como la mierda.

Y como siempre, esas lágrimas asoman mis ojos ahora y otra vez por él.

Pero, me las limpio con el dorso de mi mano, cuando siento sus pasos descalzos en mi dirección y apuro los míos, pero Caldeo llega con rapidez.

Se aferra a mi cadera con sus dos manos y con un empujón me lleva a la pared y me empotra, de espalda a ella.

Y ahoga mi grito, con un beso.

Aunque fue duro, fuerte y demandante, los sentí cálido.

Su lengua aprovecha, cuando separo mis labios para respirar, en entrar y profundizar el beso.

Busca la mía para acariciarla y con suavidad, jugar con ella.

Una mano se enreda en mi pelo para tener más acceso y gimo, cuando después la otra abandona mi mejilla que acariciaba, para guiar a mis manos a que se cuelguen de su cuello y a mis piernas, que abracen su cintura.

Con un movimiento, me alza más sobre él y me aprieta contra la pared, con ternura como el beso que me da.

Sintiendo algo duro, tibio y fuerte presionando mi bajo vientre y llenado de esa sensación nueva otra vez mi cuerpo, cuando los sentí pidiendo a gritos atención.

*¿Oh Dios, eso era una erección?*

Sus labios se pegan a mi cuello y su mano abriéndose a mi cintura, provoca que todo mi cuerpo reaccione ante el calor de su piel.

—Santo Dios... —Jadeó. —...yo no te odio, cachorra... —Susurra, besándome más, pero triste y afectado.

Y vi cómo se tensaron las venas de su cuello al decirlo, con esa vehemencia y por lo pegados que estábamos.

Su mano dibujó el contorno de mi cintura para seguir al borde de mi remera y besó mi hombro, cuando su mano por abajo de mi ropa, tuvo contacto con la piel de mi vientre y cerré mis ojos de placer, al sentir sus dedos con caricias suaves.

Siguió camino hacia mi sujetador y con otra caricia a mi pecho con su pulgar, su mano se abrió para cubrirla con una suave presión.

Besó otra vez mis labios y apoyó, su frente sobre la mía.

—Esto... —Murmuró. —...es, mío... —Sus caricias estaban sobre la tela de mi sujetador, para luego dentro y aunque jugaba con mi duro pezón por abajo de su tela, en realidad se refería con cada caricia a mi corazón.

Y yo, desfallecí de amor.

Sus labios estaban abiertos e hinchados, por nuestro beso.

*Hermoso.*

Y su mirada de ese color hielo era profunda, hablaba y decían muchas cosas guardadas, para mí.

Pero también, miedo en ellos.

*Mucho y sin saber, el por qué.*

Se apretó, más a mí.

—Di que eres, mía... —Murmuró y ambos gemimos, por ese duro y dulce contacto frotándose. —...di que volverás a aceptarme...

Mi corazón, lo llamaba a gritos.

—Diré, lo que quiera. —Dije, rehusando a que sepa que lo amo.

Y se empujó más a mí y estrelló su boca a la mía.

No pude soportar más el calor que me invadía de placer y negar el beso, correspondí a cada una de sus caricias bajo su sonrisa en mis labios.

Me acomodé más con mis piernas rodeando su cintura y ambos jadeamos, al frotarnos y buscarnos.

Mis manos, acariciaron su nuca.

—Di, que me amas. —Susurró, acunándome más entre sus brazos y frotándose más.

—Tu primero.. —Dije entre besos y siguiendo ese ritmo, bajo nuestros fuertes jadeos.

No contestó, pero se sonrió feliz sobre mi piel y yo también.

Ninguno estaba dispuesto a ceder más, en el terreno emocional.

—Te lo voy hacer gritar, cuando llegue el momento... —Me advirtió, entre besos y de forma traviesa.

*¿Eh?*

Y una tos discreta en el vestidor de golpe, nos hizo girar.

Caleb con una mueca divertida, nos miraba a ambos apoyado sobre la puerta de salida.

Rasca, su pelo disparado.

—Guau, esto fue jodidamente más caliente, que una peli erótica. —Exclama divertido, para luego mirarme. —Prima cómprate un test que apuesto mi trasero, que te embarazó con semejante beso porno.

Caldeo me baja con cuidado para luego golpear con un puño, el hombro de Caleb mientras busca una toalla para cubrirse y tapar su dura erección.

Yo me sonrojo y mi primo ríe más por ello, mientras se queja de forma teatral y lastimera, por el golpe de Caldeo tocando la zona dolida.

—¿No tienes un ETS que contagiar o propagar a medio campus femenino, que te falta? —Digo a mi primo mujeriego, bajo la risita de Caldeo sentado en una de las bancas envuelto en la toalla y cruzado sus piernas de forma relajada.

Caleb echa su cabeza hacia atrás para reír a carcajadas, provocando que las ondas de su pelo corte semi largo caigan para un lado, mientras abre otra ducha y se saca la remera del equipo toda transpirada.

*Mierda.*

¿Es que los hombres, no se avergüenzan de nada?

Cambio el peso de mi pie algo incómoda, pero se acerca a mí y rodea con uno de sus brazos y de forma cariñosa mi hombro.

—Si no fuera, porque tienes la mirada más dulce y a Caldeo... —Lo señala. —...besando con pasión al amor de su vida. Juraría que eres la inigualable Hope, con sus mierdas contra mí.

Y mis ojos van con asombro a Caldeo, por la confesión de Caleb.

*¿Yo...soy, el amor de su vida?*

Para mi sorpresa Caldeo no se atraganta por su dicho, ni le da otro puñetazo, como tampoco lo niega.

Se limita a mirarme con ternura y bajar la vista al piso, en su silencio perpetuo, cuando hay gente.

*¿P...pero, como?*

—Tranquila prima, no más eso... —Interrumpe mis pensamientos Caleb, abriendo su casillero por una toalla y respondiendo a mi pregunta.

Frunzo mi nariz.

—¿No más salidas nocturnas y cogerte cada pierna con falda, que cruces por ahí? —Digo entre risas.

*Imposible.*

Caleb Montero es el mujeriego número uno y el que se come cada bicho que camina, con brillo labial.

Asiente de lo más tranquilo y cerrando el casillero, para apoyarse en el.

—Sip. Una apuesta. —Sus ojos chocolate brillan de entusiasmo y de algo más, pero no sé, que es. —Y la voy a ganar, para luego cobrarla despacio...muy despacio. —Su sonrisa "*baja*

*bragas"* y a toda potencia aparece.

Caldeo lo mira interrogante desde donde está sentado y Caleb le dice que sí, con un movimiento de cabeza, para luego el exótico, tatuado y jodido chico que me gusta, ría a carcajadas.

¿Eh?

*Ok.*

No entendí, nada.

Comunicación entre hombres, supongo.

—Cierto. —Dice mi primo, sacando un celular del bolsillo de su pantalón corto. —Tuyo... — Se lo extiende a Caldeo que deja de reír, de golpe. —...sonó en tu plena persecución a cachorra y sobre tu mochila. —Hace una mueca, con su boca. —Lo siento hermano, intenté impedirlo, pero la perra de Constanza llegó antes y leyó el mensaje de un tal Constantine...

Y el lindo rostro de Caldeo, endurece al escuchar ese nombre.

Quiero preguntarle quién es, pero muchas pisadas por el pasillo con voces y risas entre ellos de hombres, nos interrumpen abriendo la puerta de golpe del vestidor.

Y con ello, silbidos sensuales de todos por verme ahí.

Me ruborizo frente a todos que sudorosos y con su uniforme con tierra, me miran de forma lasciva en su terreno.

Pero una mirada de Caldeo fría y poniéndose de pie a todos, bastó para callarlos.

Y tomando mi brazo, me saca del vestidor de hombres.

—¿Quién es Constantine, Caldeo? —Pregunto, ya del otro lado de la puerta y un dedo de su mano, se posa en mis labios y niega con su rostro.

¿No quiere, que lo nombre?

Y eso, provoca que me llene más de curiosidad.

Quiero preguntar más, pero mis ojos reposan a su brazo elevado y apoyado en el marco de la puerta y mis manos van a él, de forma rápida y con un gemido.

Un hematoma no muy grande, cubre su interior y se mezcla con sus tatuajes.

—¿Quién te golpeó, Caldeo? — Exclamo, acariciando la zona. —¿Por qué, no me lo dijiste? ¿Te duele?

Su sonrisa aparece de vuelta y mi corazón late con fuerza, por lo linda que es.

Niega.

Pongo una mano en mi cadera.

—¿Fuiste a enfermería, por ello?

Rueda sus ojos y ríe negando otra vez.

Y me quiero quejar por eso, pero se limita a besar mi frente sonriendo, girarme y con otra nalgada, me persuade a que me vaya por los silbidos nuevamente y burlas, de sus compañeros en el baño ya caminando desnudos y duchándose por su demora.

Elevo un dedo, frente a él.

—No va a quedar así, Caldeo... —Advierto, por mis dudas abiertas.

¿Cómo respuesta, suya?

Chupa la punta de mi dedo y mis braguitas, se mojan.

*Dios.*

¿Qué pasa, con mi cuerpo?

Y chillo frustrada sin despedirme de él y para disimular, lo caliente que me pareció eso caminando en dirección al vestidor de damas, con su risita engreída pero linda a mis espalda.

*Maldito embaucador.*

Lo hizo a propósito otra vez, para que no continúe con mi interrogatorio.

Pero sonrió para mis adentros y mordiéndose mi labio, con cada paso que doy.

*Voy averiguar, quién es ese tal Constantine.*

Ese nombre y su viaje a África, deben tener mucho en común y tal vez, la respuesta al cambio después de Caldeo.

Suspiro, recordando su mirada triste al escucharme decir, que él me odiaba.

*Que pasó Caldeo, en ese viaje...susurro.*

## Capítulo 19



Zorra.

Puta zorra.

¿Por qué?

Por ser, siempre ella.

Aprieto con fuerza entre mis dedos, la botella de mi shampoo que saco de mi casillero, recordando como Caldeo siguió a Junot en su huida...feliz.

Él estaba feliz, por ese pelotazo.

Él volvió a sonreír, después de ese encuentro en el baño del bar, cuando los encontré contra la pared esa noche.

Cada parte de su célula irradiaba algo que pensé que era mío y con lo que sea que le susurró en la oreja a ella, esa noche en el pasillo y a oscuras del baño de damas.

Y sus ojos color hielo me lo confirmaron, cuando enfurecido por mi broma de los carteles pegados en su casillero y alrededores, me dijo basta al lunes siguiente.

Basta.

*Caldeo, me dijo basta.*

Ya nunca más, él y yo.

Pero se sonrió divertido a la respuesta de ella y no le importó, quedar mal delante de todos en la U.

Me deshago de mi ropa de porrista, quedando en ropa interior con bronca y me volteo al gran espejo del vestidor de mujeres, bajo el bullicio de todas cruzándose y charlando de forma divertida y semi desnudas a punto de ducharse.

Miro la imagen, que me devuelve el espejo.

Toco mis abultados pechos sobre mi sujetador de encaje blanco, para luego dibujar mis perfectas curvas con mis manos.

Todo el campus masculino, daría lo que fuera por un poco de mi atención.

Suelto mi lacio pelo rubio, que como cascada dorada, cae cubriendo mis hombros y torso.

Soy hermosa.

Soy la puta capitana, de todo.

De las porristas.

De las populares.

Los hombres, me desean.

Las mujeres, me envidian.

Cada paso que doy, hacen reverencia ante mí.

Gobierno como Caldeo, la Universidad.

*Pero a él, no.*

Caldeo, no me idolatra.

Caldeo, no me desea.

Pensé, que lo había logrado.

Pero, no.

Su diosa, es otra.

*Abro la llave de agua corriendo las cortinas, para desnudarme.*

Es la escualidonga y pálida, Junot.

Enjuago mi pelo con el agua, ponerme shampoo.

*¿Santo Dios, pero qué le ve?*

¡Si ni tetas, casi tiene!

Y acaricio la mías redondas y turgentes, corriendo espuma de jabón entre ellas.

Yo, soy perfecta.

Más hermosa.

Y doy un puñetazo a la húmeda pared de azulejos en azul, bajo la ducha.

*Él. Es. Mío.*

Nadie, me rechaza.

Soporté sus cogidas de turno con perra que se le encaramó, cuando lo quiso en cada final de noche en el bar de Salvador, con una sonrisa.

Haciendo oídos sordos, mientras lo veía como se besaban y manoseaban en su mesa especial, para después correr su silla despedirse de todos y alejarse con ellas de la mano, dando fin a su noche después de cantar.

Pero, era eso.

Solo coger a una estudiante o groupie, de la banda.

Yo, siempre estaba.

Lo esperaba.

Su preferida, era yo.

Mis ojos se abren de golpe bajo el agua, por algo viniendo a mi mente.

Y me los limpio, sorprendida.

Porque, siempre fueron morochas exuberantes o rubias y ojos claros.

*Nunca castañas.*

Nunca flacuchas, pálidas y con el color de ojos marrón de Junot.

*¿Para no, recordarla?*

¿Por qué, nadie se comparaba a ella con los mismos atributos?

Y gruño, cerrando la llave por ello.

No va a pasar.

¿Por qué, ella tiene que tener todo?

Desde muy chicas la observé, desde mi pupitre.

Familia perfecta.

Hermanas perfectas y compañeras entre sí.

Ahora y siempre, amigos perfectos.

Hasta, el perfecto Caldeo.

Pero, no lo voy a permitir.

—¡No! —Sale de mi con fervor, corriendo la cortina y envuelta en la toalla.

Algunas compañeras me miran asombradas por mi exclamación y levanto mi barbilla y las miro con odio.

—¡Que miran, idiotas! —Les grito.

Y vuelven a sus cosas, hablando por lo bajo entre ellas.

No escucho lo que dicen, pero puedo adivinar.

Todas fueron testigos hoy del perro faldero de Caldeo tras Junot, en el campo de rugby.

Que terminó de confirmar que él y yo, ya no somos nada.

Lo que fue un rumor de su rechazo a mí, desde la semana pasada, ahora era cierto.

Y una furia me invade, porque si fuera Junot Mon en esta situación.

Amigos vendrían, a consolarla.

La abrazarían, diciendo palabras bonitas.

*A mí, nadie.*

Y trago una lágrima, al verme sola sentada en la banqueta.

Ni siquiera mis amigas de siempre, que como si nada, charlan animadas entre ellas y apoyadas en los lavados de mármol, que se van a poner el sábado a la noche para ir al bar y festejar el campeonato de básquet.

No se percatan, de mi tristeza.

Y si lo hacen, no les interesa.

Solo les importa estar conmigo, lucirse y caminar a mi lado exudando popularidad y por ende, suspiros y la atención de todos los estudiantes.

*Y más bronca.*

Porque, nadie rechaza a Constanza Goti.

*Nadie, Caldeo.*

Yo decido si me amas, si sigues o te vas de mi lado.

Nadie, se ríe de mí.

Y ese mensaje que leí de su celular, me va ayudar y que el idiota de Caleb, sacó de mis manos.

Sonrío.

Pero, tarde lo hizo.

Y aún, está grabado en mi cada palabra que leí.

*" 10:44h*

*Caldeo, deja de ignorarme y ese tal Salvador te niega.*

*¿Acaso, sabe quién soy?*

*Tuve que recurrir a sayida Lorna y me contó todo, porque tengo derecho a saber de ti.*

*Si no contestas mis putas llamadas o mensajes, me obligas a viajar en el próximo vuelo a tu país de África y romper, el juramento que te hice.*

*No es un pedido, ya es una orden.*

*Constantine."*

Y de golpe, el buen humor vuelve a mí.

Porque, esto es muy interesante del enigmático y mío, solo mío Caldeo.

Seco mi pelo con otra toalla, cantando bajito las letras de una de sus canciones, sentada y cruzando una pierna sobre la otra, de forma tranquila...

**CONSTANTINE**

***EN ALGÚN LUGAR, DE LA COSTA DEL OCEANO ÍNDICO...***

—Shayj...

La voz de Cabul, me interrumpe.

Dejo de mirar la vista panorámica del océano, semi inclinado y apoyado con ambas manos, sobre la baranda del imponente balcón principal.

Mis manos aprietan con fuerza este en sus curvilíneos diseños, logrando que mis nudillos se tornen blancos, por la impotencia y bronca.

Otra vez Caldeo, rechazó mis llamadas y ahora el último mensaje con mi advertencia.

El viejo se inclina a la gran mesa baja, bajo el reparo del fuerte sol Africano por el dociel que lo protege en gamuza y sedas con almohadones en diferentes tamaños y cuelga de este, con calidad en telas y diseños abstractos en su telas marruecas, para dejar la bandeja con el juego de té en porcelana milenaria de nuestra *Aila* y dinastía.

— *Sokran...* —Solo murmuro, por la taza que me ofrece de infusión caliente.

Pero, no la bebo.

Solo mi mirada gris y fría, sobre ella entre mis manos.

Sus ojos oscuros y curiosos bajo su turbante en rojo y oro, caen a mi celular apoyado en el balcón, para luego en mí, que no dejo de remover la taza con la pequeña cuchara de plata.

Sin beber, el *shai*.

Y suspira, porque ya sabe otra vez la respuesta.

— *Eanid alshshabad...* —Murmura negando y con una reverencia, se retira para dejarme solo nuevamente.

Me sonrío por su comentario, bajo la suave brisa que se levanta haciendo que cortinas de arena se arremolinen y que rodean la gigantesca propiedad, dancen a su ritmo.

Pero no debo y vuelvo a endurecer mi rostro.

*Porque, soy el Shayj...*

## Capítulo 20



El sonido de carpetas y libros cayendo de golpe por Hope y sobre la mesa al aire libre del campus en el que estoy, levantan mi vista de mi hoja de dibujo de un proyecto de clases al igual que mi hermana Tatúm, sentada a mi lado.

Por fin coincidimos las tres, en un horario de almuerzo temprano.

Miro a Tatúm interrogante y ella a mi acomodando sus lindos lentes de armazón negros en el puente de su nariz, para luego a nuestra hermana.

Le arqueo una ceja a Hope y dejo de morder mi lápiz, para señalarlo con el.

—¿Qué onda, tu ropa?

Tatúm apoya de forma casual la barbilla en su mano relajada en la mesa, inclina levemente su cabeza curiosa.

—¿Llevas puesto la remera de Juno de *One Direction* y mis jeans pre lavados, con parches de todos los días. — Y mira por abajo de la mesa a sus pies. —Y zapatillas, de deporte. —Suelta una risita. —¿Te abdujeron anoche? —Toma mi regla de 40cm de la mesa y tipo espada, la empuña hacia ella. —¡Extraterrestre! ¡Devuelve a nuestra elegante y hermana gemela, de tacón y trajes!

Río a carcajadas, mientras Hope golpea en el hombro con la misma regla a Tatúm, también riendo y tomando asiento a su lado.

—Idiota... —Le gruñe entre risa, abriendo su sándwich como almuerzo, pero no dice más nada.

Y ambas la miramos aún, sorprendida.

Hope, es la sofisticada de las tres.

Siempre, vestida pulcra y de forma elegante y con sus mejores amigas, su colección de zapatos de suela roja, de *Christian Louboutin*.

Aunque, debo reconocer que mi hermana se ve hermosa tan simple y sin sus rigurosos peinados tensos y con solo su pelo suelto, sostenido por una hebilla a un lado en forma de.

*¿Corazoncito?*

—¿Jódeme, que vamos a almorzar con ellos? —Exclama Hope, casi escupiendo su comida.

—¿Qué? —Solo digo, girando mi cabeza de unos lindos dibujos de una carpeta, que me enseña Tatúm hecho por los niños del Hospital Infantil de papá.

—No... —Digo, yo.

—Puede... —Dice, Tatúm.

—Ser... —Finaliza Hope, seguido de una maldición muy poco propia de una dama.

*Sip.*

Caminando, por el campus.

*Me corrijo.*

Caminando por el sendero del campus a nuestra dirección y con bandejas en mano llevando sus almuerzos y hasta juraría, que hasta tipo en cámara lenta lo hacen de lo lindos que se ve,

iluminados bajo el sol y con sus ropas, moviéndose al compás de la brisa.

Porque, hay chicos que cuando caminan solos o en este caso en grupo, son difíciles e imposibles de ignorar.

*Dios querido...*

Un festín para los cinco sentidos de toda chica, verlos caminar juntos.

Y cada uno, con su belleza única.

*Los 4 jinetes, del Apocalipsis.*

Ok.

*Los 4 jinetes del Apocalipsis*, en una erótica versión juvenil y sexi.

*Muy sexi.*

En realidad 3, porque el dulce, lindo y gótico Demian, es el ángel Gabriel entre ellos.

Arrugo mi nariz, sospechosamente.

*¿O cupido?*

A su lado camina a la par, Caldeo con su vestimenta siempre oscuras de jeans gastados con cinturón a medio cruzar, botas desacordonadas y con la camiseta de su banda en letras blancas y chaqueta negra y cubriendo su capucha, casi la totalidad de su rostro como siempre con pelos desprolijos.

A Cristiano, vestido con su uniforme de seguridad, ya que después de la U, va al Hospital de papá a cumplir su horario de trabajo.

Es el más fornido de todos por su alto entrenamiento en la fuerza policial y donde apenas las mangas de su camisa, pueden contener tanta masa muscular con cada movimiento que hace al caminar.

Su pelo de un rubio oscuro, ahora está corto por el trabajo y sus ojos tan verdes, que me recuerdan al bosque de casa con sus árboles de tupidas hojas.

Al lado de él y tapo mi boca con una mano, para no reír a carcajadas.

El lindo, despreocupado pero sexi *latin lover* y primo nuestro, Caleb.

*¿De traje y corbata?*

Creo que la boca de Hope se desencaja, porque la tiene tan abierta mirándolo, que tengo miedo de llevarla al hospital por sufrir, algún tipo de desplazamiento de hueso facial.

*Porque, Caleb está...hermoso.*

Sip.

Hermoso y ejecutivamente, sexi y caliente con ese traje de tres piezas en gris, camisa blanca y corbata a tono, que dice a gritos arránquenme con los dientes.

Su raro pelo de corte semi largo, está sostenido por una media coleta y dejando al descubierto, su atractivo rostro anguloso, labios carnosos, hoyuelos y mirada de chocolate.

Que sin poder evitarlo, con su sonrisa registrada y con ayuda de un dedo, se inclina y le cierra la boca a Hope con un movimiento hacia arriba, cuando llega hasta ella y antes de tomar asiento a su lado ganándose un manotazo de ella.

Todos reímos.

—Te ves lindo, primo... —Exclama Tatúm sonriente a Caleb, para luego sin sonrisa a Cristiano, que tomó asiento frente suyo.

Se fulminan, con la mirada.

Caleb se sonríe abriendo su lata de gaseosa, seguido de morder su porción de pizza con ayuda de un cuchillo y tenedor.

—Lo sé... —Le guiña un ojo a Hope. —Muchas chicas, me lo han dicho. —Mastica divertido.

—Cerdo... —Grüñe Hope, abriendo su servilleta sobre su regazo de forma elegante.

Y Caleb, tose hacia ella y mi hermana lo mira, para luego mirar su servilleta sobre sus piernas.

Con otro gruñido lo hace un bollo delante de sus ojos y toma su comida con las manos, de forma despreocupada a mancharse sus dedos.

Eso fue raro y con Tatúm, nos miramos sin entender.

*¿Hope, comiendo con las manos?*

Y Caleb ríe a carcajadas, limpiándose con la suya, la boca como un caballero inglés lleno de satisfacción.

No entiendo, nada.

*¿Caleb?*

*¿La versión adolescente, de tío Rodo?*

*¿Qué mastica, engulle todo y su filosofía de vida es comer las patas de pollo con las manos, porque dice que le da mejor sabor?*

Mis ojos van a Caldeo aún de pie, porque ya no hay lugar vacío para sentarse.

Se encoje de hombros restándole importancia a mi mirada, pero sus ojos grises brillan de complicidad por su amigo.

Y le entrecierro, los míos.

Sonríe para luego tomarme de la cintura, levantarme con sus brazos y tomar asiento él, estirando su brazo para sujetarme y ponerme junto a sus piernas.

*¿Eh?*

Y besa mi hombro, abriendo su almuerzo de lo más natural.

*¿Dos veces, eh?*

Corre su pelo negro azabache a un lado y me eleva sus cejas de forma divertida, con una sonrisa completa sobre mí y con ese piercing en los labios.

*Maldición, casi me noquea con ella.*

Muerdo mi manzana, mirando a Fresita.

Este ríe, sentado frente mío y comiendo una cucharada de su comida.

—Me los crucé en la fila del comedor por comida y los invité a almorzar con nosotras... — Nos mira a las tres. —...quería un almuerzo interesante y en 3D. —Nos guiña un ojo.

—¿Interesante? —Dice Tatúm, mirando sin disimulo.

Para ser precisa, con ira a Cristiano frente suyo apuñalando con su tenedor descartable, el pobre tomate de su ensalada.

—Es como una versión de la última cena, pero en vez del dulce Jesús... —Señala a Cristiano. —...el *Grinch*...

Cristiano lleva su mano, a su fuerte pecho triste y de forma teatral por su dicho.

Y sonrío, porque mi hermana babea por ello, pero lo disimula muy bien.

—El *Grinch*, no ofrece su pañuelo para secar lágrimas con un abrazo como consuelo, en el Hospital a una niñita caprichosa...

Y Tatúm, lo mira con odio.

—¡No soy, caprichosa! ¡Me superó, una triste situación de ese bebé!

Estamos todos en silencio y mirando como ambos, están a punto de saltarse en el cuello del otro.

—¡Entonces señorita *Yo.Puedo.Con.Todo.Sola.* y no necesita de mí, devuélvemelo! —Grita él.

—¿Que te de devuelva, qué cosa?

—Mi pañuelo, nena. —Responde Cristiano con una sonrisa, abriendo su caja de leche.

Se sonrío más.

—...lo tienes, hace una semana...

Tatúm cruza sus brazos y mira para otro lado.

—Lo traje para lavar, idiota... —Murmura, para luego hacer con un ademán al aire sin importancia. —...debe estar por ahí, mezclado en el canasto de la ropa sucia...

—Mentira. —Bebe su leche y deja descansar su mejilla, en una mano de forma tranquila.

Le arquea una ceja.

—Lo debes llevar a todos lados, para llevarme contigo... —Murmura suave, del otro lado de la mesa. —...dormir con ella bajo tu almohada y olerla para sentir mi perfume cuando te tocas, porque me extrañas en las noches... —Niega divertido. —...y créeme, eso no es sano Tate... —Acota.

Y las mejillas de mi hermana, se suben dos tonos de rojo.

—¡Imbécil! Ya, quisieras... —Dice Tatúm, recogiendo sus cosas, seguido a mirarlo con desprecio, para poner una mano en su cadera.

—Y nop... —Dice luego de pensar por un segundo, para morder su labio inferior de forma sugerente. —...si, me toqué... —Tatúm de pie, recorre con su mano su silueta lentamente, provocando que Cristiano la siga con los ojos y trague duro saliva. —...en las noches... —Prosigue, cerrando sus ojos como recordando, para luego abrirlos hacia él de forma odiosa. —...pero, jamás por ti! —Ahora sonrío ella. —Pero sí, por el lindo y guapo enfermero Ben...

Y me entró la risa, seguida por todos.

Fresita se hace aire con un cuaderno.

—Guau, esto fue intenso...

Y todos, reímos más.

Y sin más, Tatúm se despide por su turno próximo al Hospital.

Cristiano la mira irse por el sendero, poniendo ambas manos detrás de su cabeza.

—No puede ser más hermosa y la odio, por lo jodida... —Al fin, exclama.

Se sonrío, pero con cierta tristeza guardada.

—Todavía no me perdona, que le gané siempre a las escondidas y que me comiera sus galletas rellenas de chico...

Se pone de pie, también.

—¿Y tú, a dónde vas? —Dice Caleb, leyendo y contestando mensajes que no dejan de sonar en su celular.

—A trabajar.

—Oh.. —Dice Caleb con su sonrisa es páfida y dejando, su celular a un lado para mirarlo. —¿Tu turno en el Hospital, no es más tarde?

Y se gana un golpe de puño, en su pecho por de Cristiano.

—Horas extras, cabrón... —Dice como despedida y caminando, casualmente en dirección por donde se fue Tatúm con su bolso en hombro.

—Romántico... —Suspira Fresita, con sus dedos apoyados en los labios.

Hoy, sus uñas pintadas de violeta.

—Hola damitas...chicos...

Parpadeo por el sol frente a un chico que aparece en nuestra mesa de pie y que nos saluda.

Su pelo de un azul fuerte y con corte mohicano, que brilla en pleno día.

Y su figura me es familiar, al tomar asiento en uno de los lugares desocupados, mientras saluda con un golpe de puños a los chicos, para luego mirarnos con Hope.

Me remuevo en mi lugar algo incomoda, por su mirada profunda que viaja de mi hermana a mi otra vez.

—Muy bonitas y muy gotas de agua. —Murmura, para focalizar en mi persona. —Pero tú, eres sin duda... —Me señala en el regazo todavía, de Caldeo. —Junot Mon.

Parpadeo confundida.

¿Cómo, sabe mi nombre?

No quise ser grosera y asentí levemente.

—Genial. —Dice.

—¿Y tú, quién eres? —Pregunta lo que yo no me animé, Hope.

—Soy Francisco, pero me dicen Cisco, lindura... —Señala a Caldeo.

—Ahh...entiendo. —Y la sonrisa de mi hermana, aparece. —Amigo del rarito...— Y Caleb ríe a carcajadas con Demian.

Caldeo la mira con odio, para luego ponerse los auriculares y subir el volumen de su *Ipod*, ignorándola definitivamente.

Y Hope, sacudió su larga caballera castaña, muy complacida.

—Bruja... —Susurra muy bajo Caldeo, abrazándome más contra él y cerrar sus ojos para concentrarse en la música.

—Come mierda... —Respondió ella.

Cisco se sonrió entredientes, por sus ataques.

—¿Escuchando, lo que te pasé ayer? —Pregunta a Caldeo y él siente en silencio.

—Lo grabamos, con Bruno ¿Y bien? ¿Te agrada para la letra de tu nueva canción?

Y mis ojos, se abren por comprender.

Cisco es parte de la banda de Caldeo "*Way to Heaven*" y no puedo evitar mirarlo más.

Definitivamente, es atractivo.

Alto, delgado y de presencia fuerte.

Es el chico de la guitarra, que acompaña a Caldeo en el escenario.

Estaba muy oscuro, pero su pelo azul y los piercing en su rostro, llegan a mi memoria de ese viernes en el bar.

Viste unos ceñidos pantalones en negro con una camiseta mangas largas en gris que ahora no permiten ver, todos los tatuajes que lo tapizan como a Caldeo en su cuerpo a excepción de sus dedos.

Pero todo él, luce como debería lucir, una estrella de Rock.

Caldeo se saca los auriculares volviendo a colgarlo en su cuello, satisfecho y sonríe.

—¿Practicar esta tarde con la banda, en tu garaje entonces? —Dice Cisco y Caldeo asiente, mirando la hora de su reloj.

El término de horario de almuerzo llega a su fin, para nuevas clases.

Me pongo de pie para guardar mis cosas en mi mochila, ante mi última clase y Cisco saluda a todos y a la espera de Caldeo.

Por lo que cuenta, estudia música con él y son compañeros de clases desde el primer año.

Caldeo toma mi rostro, antes de irse.

—Ven a casa, cachorra... —Me murmura, bajo.

Miro a todos y luego a él sorprendida.

—¿A verte tocar?

Asiente con una suave sonrisa, corriendo su pelo detrás de su oreja.

Me encojo de hombros.

—Ok...

Hope se despide de todos y con un beso sobreprotector en mí, mira a su némesis.

—La cuidas y le cantas bonito, porque te dejaré de a cuadritos si la haces llorar otra vez... —

Lo amenaza y Caldeo le arquea una ceja como si nada, ante su amenaza mientras mi hermana se va.

Cuando se pierde entre los árboles su figura, Caleb hace una señal de agradecimiento al cielo y afloja su corbata con un resoplido.

—¡Cristo Redentor! ¡Al fin, se fue! —Jala esta y la mete en el bolsillo de su saco, aflojando los primeros botones de su camisa. —Como aguantan estas mierdas, papá y el tío... —Masculla caminando y hablando solo en dirección a los baños.

Los cuatro lo miramos irse y diciendo cosas, como "*mujer dura*," "*jodidos jeans que le quedaban gloriosos*," "*Dormiré con la corbata, si es necesario*" y algo así como "*unos días más y gano, la jodida apuesta...*"

Y Caldeo, se sonrío negando.

## CONSTANTINE *COSTAS DEL ÍNDICO...*

El viento por el galope de *hasani al'aswad*, hace volar mi capa negra bordada en oro a mis espaldas.

El sendero es largo y con el ancho, para dos autos.

Son kilómetros, hasta la entrada principal de la propiedad.

Resguardadas en sus lados, por filas de altas arboledas de tupidas hojas que permiten apenas, el ingreso de los rayos del sol.

El insipiente estrepitar de sus cascos golpeando la calle de tierra y el jadeo constante de mi alazán sobre la arena dura, es lo único que siente por la carrera.

Mi mano aprieta fuerte sus correas para frenarlo a la entrada, provocando que eleve sus patas delanteras al aire y a la espera de que mis guardias terminen de abrir las dos grandes puertas en madera y hierro ante mi llegada, con una reverencia respetuosa con sus *Tobhes* largas y anchas que llegan hasta sus tobillos y de algodón en blanco.

Me dan paso y la bienvenida a mi hogar.

Una media sonrisa con cierta melancolía, se dibuja en mis labios.

*Mi hogar...*

Su trote se hace suave, ingresando al interior y pese al bioma y calor Africano.

Todo es vergel dentro con los altos muros, palmeras y la belleza en el follaje de las exóticas flores del país.

Como las Goxinias azules que contrastan el verde de las suculentas Cyanotis con sus espinas y con el rojo sangre de los pétalos de otras.

Nuestra filosofía de vida, dice que las plantas son sinónimas de vivir, crecimiento y abundancia.

Todo el jardín interior es detalle, lujo y ostentación en sus blancos con dorados, en diseño arquitectónico.

Más servidumbre corre a mi ante mi llegada y por ende, más reverencias para atender de forma pronta a mi corcel, cuando bajo y llevarlo a los establos donde descansa mi caballeriza personal de puras sangres.

Con mi *Kafiyeh* aún en la cabeza que cubre mi rostro y solo dejando a la vista mis ojos, en negro y oro como mi capa, la hago a un lado para despejar mi rostro, pasando mi mano por la mandíbula con barba de tres días, pensativo mientras bebo el vaso de agua helada que me ofrece

Cabul, cuando entro a la gran mansión.

La melodía suave y delicada, con unos acordes de *Racks el Assaya* inundan el interior de los grandes y espaciosos ambientes, casi sin paredes y diferenciado los amplios ambientes ricos en mi cultura, con texturas y color en telas, mobiliarios y decoración, solo por desniveles.

Camino en dirección a mi oficina despojándome en el trayecto, de mi capa y *Kafiyeeh* para pasar con ambas manos por mi rostro con aire cansado y mi pelo negro algo desprolijo, tirándolo para atrás y fuera de mis ojos.

Me lo recibe una linda muchacha con sus túnicas en género en azul y naranjas con bordados en los bordes, de excelente calidad que es parte de la servidumbre.

No me mira a los ojos, pero toda ella demuestra su devoción hacia mí, con su inclinación de respeto.

Y quiero rodar mis ojos, pero no lo hago, aunque me gustaría que me vean como alguien normal.

Un par de consejeros y mandatarios, me reciben poniéndose de pie de sus sillas frente a mi enorme escritorio y junto a la gran ventana con vista al océano, cuando entro.

Y los saludo con una reverencia, al igual que ellos a mí.

Rodeo mi escritorio para empezar la dichosa reunión que es de suma importancia y que vengo postergando por semanas.

Ya no tengo excusas, que inventar.

— *Sharmota...*(Mierda) —Murmuro de mala gana, bajo la mirada atónita de los *excelentísimos* por mi vocabulario y a mi espera.

Sentado en mi sillón en gamuza mora y plata frente a ellos, entrecruzo mis manos sobre mis labios para empezar.

Pero mis ojos de esa forma helada y glacial que miran siempre, se tornan cálidos al reposar en la foto que está ubicada en un lado de mi gran escritorio.

En un niño.

Casi, un bebé.

Tal vez dos años y con el color de su piel como la mía.

Fruto, de la unión de dos razas.

Un dorado oscuro.

Y los ojos, de un frío cristalino.

Un gris hielo.

Al igual, que yo.

*Y sonrío levemente...*

## Capítulo 21



*<< Lála me abraza fuerte y contra su pecho.*

*Sigo con fiebre y estoy muy débil. Apenas me di cuenta que salimos del pequeño y precario departamento nuestro.*

*Solo el caminar de ella conmigo entre sus brazos y por las calles desiertas de la zona, envuelto en una frazada por el frío de la noche, me hizo notarlo.*

*Daremos un paseo mi pequeño Caldeo, me dijo suave y besando mi frente afiebrada, mientras bajaba las escaleras del edificio.*

*Llevo mi monito de peluche roto y sucio más contra mí como siempre y me quejo de dolor por ello. Me acuna más, contra ella con cariño y mientras cruza avenidas con semáforos y camina más calles.*

*— Pronto ese dolor pasará, mi pequeño Caldeo... —Susurra agitada, por la caminata. — Ángeles de blanco cuidaran de ti y sanaran tu dolor...*

*Mira para ambos lados, en una esquina como si se sintiera perseguida o huyendo de alguien.*

*Está indecisa, con su rumbo.*

*Vuelve hablar, en otro idioma.*

*Otra vez mi Lála está triste y con miedo, porque siempre habla en ese otro idioma que no entiendo, cuando lo está.*

*Pregunta algo a un señor, en una oscura calle con poca iluminación y donde todas las tiendas están con sus persianas bajas ya.*

*Ese hombre le gruñe despectivamente y asustada, conmigo aún entre sus brazos.*

*Gimo de dolor.*

*Vuelve a intentarlo, con dos mujeres jóvenes como Lála charlando entre ellas en la acera.*

*Pero ellas no están vestidas con su túnica larga hasta sus pies, amplia y cubriendo su cabeza como mi Lála.*

*Ellas tienen faldas muy cortas, carteras brillantes que cuelgan de sus hombros y chaquetas que me recuerdan a la piel de animales que creo, que una vez vi y toqué de más niño.*

*Ellas son mujeres felices, porque sonríen y hablan con cada coche que se detiene, para hablar con ellas desde la ventanilla baja de sus autos y en la esquina oscura.*

*Una, sube a uno.*

*— No hables, Caldeo... —Me susurra Lála. —No hables...*

*Me cubre más con la frazadita y le ruega ayuda a la que quedó, mostrándole un pedazo de papel en su mano ya algo roto y arrugado, de tanto apretarlo en su mano y contra mí.*

*La mujer feliz deja de sonreír, cuando la ve, pero se apiada de ella y escucha.*

*Con las manos en los bolsillos de su chaqueta con piel de animal y comiendo chicle, se acerca más y lee el papel que le da Lála, mientras saluda con un beso al aire a otro coche que le toca bocina al pasar.*

*Ella vuelve, a ser feliz.*

*Hace un globo, con su chicle.*

*— No es lejos querida... —Dice, sin dejar de masticar. — Pero, no llegarás a pie. —Eleva una mano para correr mi frazada, de mi rostro semi cubierto.*

*Pero Lála retrocede un paso abrazándome más. —No lo toques, por favor... —Ruega.*

*La chica feliz y de rostro muy maquillado, la mira. —¿Por qué? ¿Es contagioso?*

*Lála niega besando mi frente. —Es puro... —Solo dice, con ternura.*

*La chica feliz y de tacones altos, mastica dos veces su chicle para luego reír a carcajadas.*

*— Ok, no lo haré. —Dice al fin.*

*Me mira e inclina su cabeza de pelo muy rojo, como el atardecer de un lugar que viene a mi memoria, pero no recuerdo donde. —Santo Dios...es un niño hermoso... —Dice. —Pero está muy enfermo...*

*Lála asiente.*

*— ¿Tienes dinero?*

*Lála niega.*

*Busca algo, de su carterita brillante que cuelga de un hombro y le entrega unas monedas. — Toma, mujer del turbante. —Murmura y sonríe.*

*Y su sonrisa es más linda, como verdadera y señala una esquina siguiente. — Es la parada y te llevará donde dice el papel.*

*Lála agradece con una reverencia y camina, pero sobre sus pasos se vuelve a la chica feliz y de pelo rojo fuego de vuelta y saca, algo del bolsillo de su túnica.*

*Una pequeña piedrita, de cristal.*

*— Si la vendía, nos encontrarían. —Le susurra, depositándolo en su mano. —Tu sabrás que hacer con el. Tu corazón es bueno y de color rojo. Estudia. Huye de esto, para ser una excelente madre y esposa, fatatan... —Dice lo último, en ese idioma.*

*La chica feliz, lagrimea con la piedrita de cristal en su mano abierta sorprendida y Lála, se aleja conmigo entre sus brazos por las oscuras calles y sin esperar respuesta.*

*El movimiento después del bus en el que subió me duerme en los brazos de Lála, sentada en los últimos asientos de este y casi vacío de gente, por la hora de la noche...*

*Suspira, mirando por la ventanilla. —Ángeles de blanco te cuidarán, solo aguanta mi pequeño Caldeo... —Escucho su suave voz, que me repite y acunándome más con ternura, mientras me duermo. —Pero recuerda, nunca hables mi Caldeo...no hables... >>*

*Mis ojos se abren de golpe, con mis manos como puños contra las sábanas de mi cama, por la fuerza.*

*Jesús...*

*¿Hasta cuándo, estas pesadillas?*

*Me incorporo jadeante y elevo una rodilla, para apoyar mi brazo y pasar mi mano por mi cara aún asustado.*

*Miro a donde estoy.*

*Mi cama.*

*Mi habitación.*

*Mi casa.*

*Si.*

Mi hogar.

*Mi verdadero hogar.*

Pero el temor propio de las pesadillas sigue en mí y enciendo, la luz del velador por eso.

Respiro profundo.

Aire.

Paz.

*Quiero paz, para dormir de vuelta.*

Sin pensarlo dos veces, me incorporo buscando mis pantalones de gimnasia de la silla y me los pongo con una vieja chamarra de la misma tela pero en negro.

No pierdo tiempo por una camiseta, me limito a subir su cremallera hasta mi cuello y cubrir mi cabeza con su capucha, corriendo mi desordenado pelo a un lado.

Salgo de mi habitación en silencio.

Bajar las escaleras descalzos, ayuda a no despertar a mis padres y preocuparlos como siempre con mis demonios.

Son míos.

No, de ellos.

Y corro por el jardín de casa y cruzo la calle, en dirección al bosque en la noche.

*Nuestro bosque...*

Las hojas secas de muchos otoños crujen con cada pisada mía y en mi carrera, esquivando los altos árboles y arbustos.

Está oscuro, mi visión es casi nula.

Pero lo podría hacer, con mis ojos vendados.

Como cachorra.

Crecimos en el y es nuestro.

*Solo nuestro.*

Sonrío haciendo a un lado mi pelo de mis ojos, cuando diviso la casona.

El jardín está a medio iluminar con sus farolas estratégicamente puestas, por el inmenso vergel.

Rodeo silencioso la casa, mirando el gran ventanal del tercer piso y la puerta trasera con anexo para salida de mascotas de la cocina, hace un ruido estrepitoso.

Y sonrío, al ver al viejo Rata, luchar contra su salida afuera.

Me inclino, cuando lo logra y se acerca a mí, moviendo su siempre cola alegre, pero ahora más lento propio de su edad avanzada.

—Shuu... —Le susurro, mientras acaricio su enorme cabeza.

Beso su hocico caminando en dirección a las enredaderas de grandes hojas verdes y redondas, que abrazan una parte de la casa y me aferro a su gruesas ramas y con ayuda de mis pies descalzos, comienzo a trepar en medio de la oscuridad y en silencio.

## JUNO

Calor.

Me acomodo más, en mi almohada.

Calor y un fuerte brazo rodeando mi cintura y empujando mi espalda contra algo duro, siento entredormida y me despierta.

Y mis ojos, se abren de golpe.

Siento su respiración tibia y suave, sobre mi cuello y nuca.

Como el perfume masculino, que toda la vida usó.

No hace falta, que me gire.

Sé, quien es.

Y sonrío en silencio.

Volvió a trepar y abrir una de las puertas francesas.

—¿No podías, dormir? —Digo bajito.

Y niega y me aprieta más contra su pecho, enredando sus piernas con las mías, por abajo de las cobijas.

Mi corazón se oprime de forma dulce por ello y a la vez, amargo por saber la causa.

Es la de siempre.

Y desde que éramos, niños.

*¿Todavía, lo siguen?*

—¿Tus pesadillas de infancia, Caldeo?

Asiente besando mi nuca y me abraza más.

*Dios...*

Acaricio sus manos entrelazadas a mi cintura, para darle tranquilidad y me acomodo más mi espalda a su pecho.

—Entonces, duerme Caldeo, yo cuido de ti... —Susurro.

Y aunque no lo veo, siento que se sonrío.

Cubre más su rostro con la capucha, porque se acostó vestido y con un suspiro de paz profundo, se duerme.

A la tarde escuché a Caldeo practicar y tocar por primera vez, con su banda en el garaje de los tíos.

Amely me acompañó y como apasionada de lo que estudia, sacó fotos de su cámara profesional a ellos.

Sentada en uno de los viejos sillones, observé admirada y quieta sobre mi lugar, como la batería sonaba con estruendo y a ritmo tocada por las manos maestras de Bruno que me presentaron después.

Cisco al lado de Caldeo y con movimientos de cabeza, iba al compás de su bajo y la canción.

Y él.

Santo Dios, él con ambas manos sobre el micrófono de pie cantaba como nunca y con su guitarra eléctrica colgada a su pecho, que cada tanto acompañaba con notas en alguna canción.

Uno de sus pies, siempre iba suave al ritmo de todas contra el piso y bajo su bota tipo combate.

Sus ojos se cerraban por el sentimiento de cada letra, para luego abrirlos y depositar su mirada gris y cristalina sobre mí, corriendo el pelo de sus ojos.

Esa tarde descubrí, que Caldeo es feliz con sus amigos, haciendo pruebas de sonidos.

Que Caldeo es feliz, tachando y haciendo correcciones en un viejo cuaderno, por nuevas notas musicales sentado sobre su ecualizador concentrado y probando después, con su guitarra al lado.

Que Caldeo es feliz, cuando aparece tío Pulgarcito a saludar en un break de descanso y los alienta a seguir, dejando limonada fresca para todos nosotros.

Es feliz, cuando bromean entre ellos y hablan de otras bandas de rock.

Es feliz, cuando tía Lorna aparece con galletas rellenas dulces y mira con esos ojos hielo profundo, al abrazar con cariño su madre por estar ahí y le da la bienvenida a Amely, que no para de sacar fotos.

Y Caldeo es feliz, cuando canta.

*Muy feliz.*

La respiración de su pecho se ralentiza y me dice, que ya se durmió profundamente.

Estiro suave con una mano mi cobija, para no despertarlo y taparnos más.

Cierro mis ojos y con un acto involuntario dormido, Caldeo me atrae más a él.

Sonríó sobre mi almohada y porque, se siente lindo.

*Hasta a la mañana, cuando despierto...*

—Lo cuelgo del balcón, así aprende... —Alguien, gruñe bajito.

La risita, de mamá.

Y un golpe.

Para ser precisa, un golpe a un hombro tipo reproche.

—Auch... —Se queja papá.

Entreabro mis ojos y bostezo.

Caldeo sigue profundamente dormido y sus brazos, me aprietan posesivamente aún.

Me giro sobre mi almohada, para encontrar a los pies de mi cama a mis padres.

A papá sobándose su hombro con cara de pocos amigos y a mamá con sus manos en su pecho, sonriente y emocionada.

Es de día.

Y las puertas de la ventana francesa, están abierta de par en par dando paso al sol que ilumina toda la habitación, moviendo suavemente las cortinas blancas.

—Buenos días... —Murmuro, incorporándome y provocando, que Calde, se mueva.

Gruñe dormido, negándose a despertar y abrir los ojos y me atrae otra vez a él y a la cama, con una mano en mi cintura de forma cariñosa y más posesiva.

Papá se lleva una mano al pecho al ver eso y mira a mamá suplicante, haciendo ademanes con su otro brazo para no hacer ruido, pero que nos separe.

Yo suelto una risita y mamá, ríe a carcajadas.

Le rueda los ojos.

—Herónimo, solo están durmiendo... —Murmura acercándose al ventanal, para correr más las cortinas.

Papá gime y cruza sus brazos sobre su pecho.

—Lo mismo dije yo la primer noche que pasé contigo, en tu departamento melocotón rayo. — Farfulla. — Que solo, iba a dormir... —Me mira, para luego susurrarle bajito y que yo *supuestamente* no escuche, porque soy una bebida. —...déjame recordarte, que lo que menos hicimos, es dormir nena...

Mamá sonrío y le acomoda la corbata que se la aflojó al vernos a Caldeo y a mi durmiendo juntos.

—Porque tú, eres Herónimo Mon, mi pervertido... —Le susurra y se pone en punta de pie, para besar sus labios. —...tranquilo *Iron Man*, él solo vino a dormir...

Caldeo despierta al sentirlos hablar y pasando una mano por sus ojos me mira, para luego a mis padres.

—Tuvo, una pesadilla... —Digo, ante sus miradas curiosas.

—¿Las de tu infancia, Caldeo? —Pregunta papá tomando asiento en mi cama, olvidando su angina y mirarlo preocupado.

Caldeo asiente.

—Oh...mi pequeño mío... —Murmura mamá, para abrazarlo y besar su cabeza, con ternura. —...por eso viniste? —Acaricia su pelo.

Vuelve a asentir.

Mamá sonrío.

—Ya pasó, cariño. —Suspira. —Diré que les preparen el desayuno, porque llegaran tarde a clases y avisaré a tu madre que estás aquí Caldeo.

Papá, mira su reloj.

—Es temprano. Desayunen tranquilos. —Mira a Caldeo. —Yo te llevo a tu casa de camino a *TINERCA*, para que te alistes y llegues a tiempo a la Universidad. —Luego mira a mamá. —  
¿Nena?

Mamá se gira sobre la puerta.

—¿Si?

—Llama a la tienda de muebles y encarga otra cama para la habitación de las bebitas. —Eleva un dedo, a nosotros dos. —Puedes quedarte la veces que quieras, pequeño Caldeo... —Nos señala. —Pero, distancia... —Finaliza.

Caldeo sonríe, rascando su nuca y asintiendo.

Y para sorpresa mía, papá también lo hace acomodando sus lentes mientras se va.

Observo, las camas vacías de mis hermanas.

—¿Ellas, te avisaron de Caldeo? —Pregunto a papá ya en la puerta.

Se gira.

—No bebita. Ninguna de tus hermanas, dijo nada. —Se sonríe, con orgullo. —Tu demora y el que Hope no pusiera música con volumen alto, me alertó y subí con tu madre...

Bajo mi mirada a mis manos, sobre las sábanas de mi cama.

Hope sabe como yo, de las pesadillas de Caldeo.

Y no quiso despertarlo con su música mañaneras, para que descanse y por más que dicen odiarse.

Sonríe.

*Gracias, hermana...*

## CONSTANTINE

Hago a un lado las sábanas de seda negra, para incorporarme sobre mi cama y la suave tela oscura, se desliza sobre mi cuerpo desnudo al ponerme de pie en busca de mi bata.

—¿No puedes dormir, Constantine? —La voz de Latifa, suena entre ellas y en medio de mi enorme cama.

Me la pongo y la cierro atando su correa con una vuelta en mi cintura y la miro sobre mi hombro.

Su largo y lacio pelo de un negro que parece azul, cubre casi la totalidad de sus pechos desnudos.

Es una hermosa vista, para la masculina, que con mi habitación de noche y solo, iluminada por la gran luna llena en el horizonte que atraviesa los ventanales y ella entre las sábanas como la seda.

Es perfección, echa mujer.

Pero, no siento amor por ella.

—*Aimra'rat alnawm...* —Le ordeno, caminando a mi balcón.

Corro mi pelo de mis ojos, aspirando el aire tropical y mediterráneo *Quibli*, originario de los desiertos del Sáhara.

Mis ojos se elevan a Sirio, del can mayor.

La estrella más brillante, del firmamento de mi tierra.

Seguido a la constelación, de Orion.

El cazador mayor, en sus viajes diarios por el universo cuenta la leyenda.

La marea alta provoca que las costa del océano, choquen con fiereza contra las rocas del acantilado y llegue su bramido de guerra hasta donde estoy.

Ya está todo hablado y con mi respuesta, satisfechos los consejeros y mandatarios, después de la cumbre en mi oficina que duró horas.

Mi decisión como *Shayj* estaba hecha, con Caldeo a meses de cumplir 21 años.

Su mayoría de edad.

*Y como él, la mía también.*

## Capítulo 22



Despertar con alguna chica al lado, después de coger.

Nada nuevo, para mí.

Despertar envuelto a un cuerpo femenino en una cama después de la salida del bar, por algo de diversión sexual, menos vainilla.

Casi siempre.

Tampoco, nada para mí.

Despertar hasta con dos cuerpos calientes de chicas en un colchón, después de una noche de sexo.

Igual.

Y linda, experiencia.

Pero, despertar de un cuerpo caliente con el que quería estar acurrucado toda mi vida, perderme una y otra vez y no dejarla nunca.

Bueno, eso es otra cosa y mi primera vez.

Y digo perderme del verbo solo, en su cama y estar abrazados.

Su cuerpo en contacto, con mi cuerpo.

Piel con piel.

Su calor y mi calor.

Y no, sexo.

Porque, mi cachorra es virgen.

He iba a esperar.

Porque, cuando sucediera, será perfecto.

Pero.

Despertar con la chica de tu vida, entrando infraganti a su habitación y meterte en su cama a mitad de media noche, siendo encontrados por sus padres al otro día.

Es, otro tema.

Más, cuando el padre es mi tío.

*Y ese tío, es Herónimo Mon.*

Sonrío para mis adentros, ya en su coche con él y en dirección a casa.

Porque, pese a que aprieta el volante de su auto conduciendo, como su fuera mi cuello.

Lo respeto, quiero como a un padre y es, una de las pocas personas como los chicos de la banda o mis propios padres, que puedo conversar.

*Que el hablar, no me duele.*

Porque, ellas demuestran emoción y me cuesta, procesarlas o tratar de entenderlas.

Porque, las palabras duelen y eso no te protege.

*Me decía, Lála...*

Detiene su coche en la acera de casa y apaga el motor.

Y con eso, el dispositivo de su cierre centralizado avisa las puertas abiertas.

Lo miro interrogante y apoya su brazo en su ventanilla, para poner su mano en la sien.

—Ve a cambiarte y buscar tus cosas. Yo te llevaré o llegarás tarde a clases. —Se sonríe, acomodando sus lentes.

Bajo mi mirada.

—Voy más tarde, tío. — Digo y por su mirada curiosa, prosigo. —Es jueves... —Y tío Herónimo, abre sus ojos al entender.

Se saca los lentes, para masajear el puente de su nariz y pasar la mano de forma cansada por su rostro.

Suspira.

—Lo lamento Caldeo, lo olvidé... —Se disculpa.

Y me encojo de hombros, sonriendo.

—Lo prefiero así, tío.

*Realmente, lo prefiero así y también suspiro como él.*

Palmea mi hombro, con cariño.

—Ve muchacho...

Y Asiento, abriendo la puerta.

—¿Caldeo?

Me giro, pero no lo miro.

Me limito a cubrirme más con mi capucha y mis manos en los bolsillos de mi campera, porque sé jodidamente, lo que me va a preguntar.

Aclara su garganta.

—Lo hablamos esa noche, en el gimnasio... —Frota sus labios, pensativo. —¿Junot, ya lo sabe?

Juego con el aro de mi labio y niego.

Mira mi brazo, bajo mi chamarra.

—Debería, hijo...

Vuelvo a afirmar y no digo más que, un ademán de agradecimiento por el aventón.

## JUNO

El repiqueteo de mi lápiz entre mis dedos, jugando de forma nerviosa sobre mi pupitre me pierde lejos.

Como mi mirada, por la ventana del segundo piso, de mi clase al campus y acomodo mi puño, bajo mi barbilla de forma aburrida con un suspiro.

—Ya van 8.

Me giro a Demian, sentado al lado mío.

—¿Qué? —Digo bajito para no molestar, al profesor dando su clase.

Y agradezco a ver elegido los últimos asientos, al final del aula.

—Tu octavo suspiro desgarrador, cariño... —Susurra inclinado a mí y al mismo tiempo, escribiendo lo de la pizarra. — Juro, que si sigues mirando por la ventana de esa manera el campus, derribarás los árboles o mucho peor, la fuerza de tu mirada incendiará a los estudiantes que caminan por el y tumbará los coches del estacionamiento tipo "Carrie" pero sin la sangre y todo eso.

Lo empujo con mi hombro, con cariño.

Pero, me vuelvo a desinflar.

—Caldeo, volvió a faltar a clases. —Mis ojos van otra vez al estacionamiento, donde el lugar para el capitán del campus, está vacío. —Y no entiendo, por qué...

—¿Pero acaso, Caldeo no durmió contigo? —Dice, corrigiendo una anotación de su carpeta y me ruborizo, porque compañeros se dan vuelta al escuchar a Fresita decir eso.

Cubro mi rostro con mi cuaderno oficio, de los demás.

—¡Quieres, parar! —Susurro, histérica.

Me arquea una ceja y se ríe.

—¿Es la verdad o no? —Juega con su lápiz, en el aire.

Asiento terminando de escribir, lo que el profe dejó en la pizarra.

—Pero, no de la manera que ellos piensan... —Murmuro, con mis ojos en el papel.  
—...dormir...solo dormir... —Titubeo. —...dos personas, simplemente vestidas y solo *D.U.R.M.I.E.N.D.O* —Recalco.

Y me rueda los ojos, divertido.

—Cariño la abstinencia de ambos, es digna de admiración. Yo a esta altura y con semejante bombón tatuado, ya hubiera hecho hasta el salto del tigre...

Y quiero reír, pero realmente no sé por qué, ya que no entiendo.

Supongo, alguna postura sexual.

*Supongo, dije.*

Cuando el timbre anuncia mi última hora de clases, saludo con un abrazo rápido a Demian y Amely en los pasillos y corro, hasta mi bicicleta estacionada.

No quiero perder tiempo y con el corazón agitado, saco su cadena y me monto en ella.

Destino.

*La casa, de Caldeo.*

Llego algo jadeante por la velocidad, cuando estoy frente a ella.

Bajo y trotando, hago mi camino hasta el costado y la apoyo, contra una pared en el patio y donde su vieja *Ford* está estacionada bajo un árbol.

Él está.

La radio de tía Lorna no suena, como tampoco el volumen alto de la televisión de tío Pulgarcito.

La puerta mosquitera, vuelve a crujir terroríficamente, cuando la abro con cuidado.

*Malditas bisagras...*

## CONSTANTINE

Observo desde mi oficina principal de mi edificio del piso 80, toda la vista que me regala sus ventanales de vidrio de la ciudad Abiyán.

La ciudad principal de Costa de Marfil y centro comercial como financiero de África.

Mis ojos reposan, gracias a la elevada altura de mi rascacielo en el puerto.

*Mi puerto.*

Conectado a la costa, al golfo de Guinea.

Junto al Casablanca.

Puerto líder, de Marruecos y el principal de la región.

Y es el nodo clave para mis negociaciones sociales, industriales y económicas Africana—Europea desde ahí y al mundo con mi país.

— *Sayyid Constantine*, está de acuerdo con el cargamento del puerto a Asia?

Me giro sobre mis hombros, aún con mis manos entrelazadas en mi espalda.

Mis mandatarios rodeando la gran mesa ovalada con planos y papeles de por medio, cumplen

al pie de la letra mis órdenes.

Conseguir una producción económica avanzada, sostenible y diversificada de mi país.

Y sonrío, por ello.

Pero, dejo de hacerlo y al sentir como me llaman.

Vuelvo mi vista, a la ciudad metropolitana.

—No me nombres, así Saúl. —Gruño a uno.

Hace una reverencia, como disculpas.

—Lo siento, *Shayj*...

Y las acepto, sin voltearme.

Suspiro, mientras ellos siguen con el debate económico de exportación.

Aunque, es un título que heredé por ser descendiente y pertenecer a la dinastía de la tribu *Qurash* por parte materna y tener un linaje que remonta al profeta Ismael, hijo del profeta Abraham.

*No me pertenece.*

Y por más, que haya derrocado a mi padre en un golpe de estado pacífico y me convirtió en ello.

Solo, me encargo de los asuntos de mi país día a día y en una monarquía absoluta.

Pero leal, bajo mis convicciones de la paz en el medio oriente y el mundo.

*Y lo que nuestro padre, nunca quiso y se hizo mi enemigo.*

Como otros, agazapados en algún rincón del continente.

Por el nacimiento, del nuevo *Sayyid*...

*Mi hermano.*

## Capítulo 23



La cocina está vacía, al igual que la sala de estar como sus luces apagadas.

Todo está, solo iluminado por la luz del mediodía que se filtra por las cortinas floreadas y claras de la casa.

Un par de platos y vasos con restos de comida, que fueron utilizados para almorzar y quedaron sobre la mesa sin levantar, me señalan que hubo movimiento.

Mi mano reposa en la baranda de madera de las escaleras y con un pie en el primer escalón, cuando elevo mi vista al segundo nivel de la casa, con la disyuntiva entre mi cerebro y corazón si debería subir o no.

Porque, solo hay silencio.

Tal vez Caldeo, se quedó dormido y está en su habitación.

¿O tal vez mi padre, le dijo algo de camino acá y se molestó?

Muerdo mi labio.

Y niego.

Caldeo no siente emociones como la culpa, vergüenza o remordimiento.

Y esa es la respuesta que necesito, para que me de coraje subiendo el segundo escalón como resto.

Las tres únicas habitaciones que ocupan la planta alta, se encuentran con sus puertas abiertas y también sin luz.

Solo la de Caldeo con la suave y tenue de su velador en la mesilla y junto a su cama, ilumina el lugar.

Aunque, denota que estaba armada, está abierta sus frazadas y sábanas.

Como si alguien, solo se hubiera recostado en ella por un rato.

La ropa que llevaba puesta anoche y durmió conmigo, está en el piso junto a un jeans y sus botas oscuras, que usa casi siempre.

Y entre ellas, de un bolsillo trasero sobresale una foto.

De los dos, cuando éramos niños.

La levanto.

Es una de las que estaban sobre el refrigerador, como las otras puestas con imanes.

La de nosotros juntos y sentados en el escalón de la entrada principal de su casa, sonriendo a la cámara de foto, tal vez con 11 años yo y 14 él.

Y sonrío, acariciando la imagen entre mis manos, pero un murmullo jadeante del baño del pasillo llama mi atención.

Salgo de su habitación y apoyo mi mano y mejilla en la fría puerta de madera, que está cerrada.

Y no puedo escuchar bien, por el sonido de una canilla abierta de agua que corre.

Pero sí, distingo que las personas que están en el interior, son tía Lorna y Caldeo.

—Soporta, mi niño querido... —Capto en un susurro, de mi tía decir con dulzura.

*¿Qué?*

Más sonidos, jadeantes.

Y una maldición, de Caldeo.

Más ruido de agua, corriendo.

Y otro, sonido.

¿Como, el de vómitos?

*¿Eh?*

Seguido, al agua que corre por el inodoro.

Y otra maldición, de Caldeo.

Mi mano aprieta el picaporte de la puerta y la giro decidida a abrirla.

Y mis ojos se abren, al encontrar a Caldeo espaldas a mí, solo en ropa interior y con ambas manos en el lavamanos y a tía Lorna con un vaso de agua en mano y la otra, acariciando el hombro de su hijo como consuelo.

En su otro brazo cuelga una pequeña toallita de rostro, manchada con desechos de vómitos.

*¿Y sangre?*

—Hija... —Murmura, mi tía al verme.

Y yo, no puedo hablar.

Solo con mis ojos abiertos y con mis manos en cada extremo del marco de la puerta, que la sostengo con tanta fuerza y como si esta, fuera a caerse.

Porque mis piernas intentan desfallecer, por no entender que pasa y si no lo hago siento, que voy a caer derrumbada entre el piso de cerámicos celestes del baño y la de madera, del pasillo.

Mi mirada va a la espalda temblorosa de Caldeo que sube y baja por el esfuerzo de su respiración agitada, al vomitar en exceso y a la toalla.

Y mi cerebro repite, una y otra vez.

*Manchas de sangre y vómito con su cuerpo temblando.*

Caldeo.

*Manchas de sangre y vómito, con su cuerpo, temblando.*

Y Caldeo, otra vez.

Nuestros ojos se encuentran, cuando eleva su mirada a través de la imagen del espejo junto al lavamanos.

Están más claros y cristales que nunca, como también inyectados de rojos y casi todo su pelo cubriéndolo.

*Y hay, bronca.*

—¡Vete! —Susurra jadeante y limpiando su bonita boca, con la pequeña toalla que le roba a su madre.

Mis ojos bajan a su otra mano, que con fuerza aprieta el borde de la pileta, hasta poner sus nudillos blancos.

—¡Caldeo! —Reprocha tía Lorna con dolor, por su mirada y voz inexpresiva, de calidez hacia mí.

Pero, no hago caso y doy un paso a él.

Y sus ojos con huella de cansancio, se cierran.

—¡Vete, cachorra! —Grita, otra vez

Y mis pies, se detienen.

No, por la orden.

Si no.

Porque, es la primera vez que escucho, gritar a Caldeo.

Su voz es fuerte, atronadora y potente.

*Es...imperiosa.*

Aunque después de su viaje de África, sufrí sus desplantes, burlas y ese odio que nunca entendí a mí.

Jamás, me miró como lo está haciendo ahora.

Y jamás, me gritó y menos con ira.

*Jamás.*

—¡Vete, maldita sea! —Vocifera con otro grito, que hasta juraría que se oyó desde la calle.

—¡Hijo, por Dios! —Gime tía Lorna por su ataque. —¡Es Junot, mi niño! —Gime.

Y retrocedo, pero mis ojos lo recorren y se abren con sorpresa, ante su brazo cuando levemente se gira a mi dirección.

El hematoma del otro día, ahora es más grande y oscuro, cubriendo ahora más parte de su brazo.

Y debe doler, como la mierda.

Quiero preguntar, que está pasando.

Quiero, curar esa herida.

Y quiero abrazarlo.

Pero mis ojos se llenan de lágrimas y solo, logro que mis labios tiemblen.

Las palabras, no me salen.

*Ahogan mi garganta.*

Solo, un llanto de mí, por su mirada de furia.

Y huyo.

*Corro.*

Lo hago escaleras abajo, asustada sin saber por qué, y agarrando fuerte las barandas de las escaleras para no caer de los escalones, por mi ojos nublados del llanto.

Y bajo, un gran gemido lastimero, derrumbado y lleno de dolor de Caldeo, seguido del sonido de cosas siendo tiradas con furia, al piso por él.

Ni siquiera voy por mi bicicleta y mi mochila.

Sigo corriendo.

Hacia el bosque.

*Nuestro bosque.*

Y limpiando mi llanto con mi brazo, mientras esquivo los tupidos árboles con sus ramas, las rocas y los arbustos.

Trastabillo en mi carrera a ciegas, pero logro reponerme antes de terminar con mis rodillas en el piso.

Llegando a casa, veo a mamá con nana Marcello arreglando unas plantas del jardín con tijeras y guantes puesto de jardinería.

—¿Cariño? —La siento decir, preocupada al pasar cerca de ellos.

Pero, sigo corriendo y no le contesto como no entro a casa.

Voy al único lugar, donde me siento segura.

*La casita del árbol.*

Trepo su escalera con ayuda de la soga, que siempre cuelga de ella y me meto en su interior.

Busco mi rincón favorito, donde está la mantita de Hello Kitty.

Y contra la pared me siento en el piso y me tapo con ella, echa un ovillo y con las rodillas sobre mi pecho, hago la segunda mejor cosa que se hacer después de correr, gracias a Caldeo.

Llorar.  
*Llorar mucho.*

## CONSTANTINE

El rugido de las hélices de mi helicóptero personal desde el aire, se siente más en su pronto aterrizaje al helipuerto de la azotea del palacio.

Los cientos de kilómetros, se convierten en minutos el traslado de una ciudad a otra, cuando requieren de mi presencia en ambos sitios.

De su cabina, mi piloto con su pulgar arriba me hace señal de un próximo y óptimo aterrizaje en breve.

Desde mi altura puedo apreciar, como el viento *Lebeche*, proveniente del Sur Oeste, acude con arena y polvo es suspensión, por del desierto del Sáhara.

Arrugo mi ceño.

Este viento es el anticipo del *Calima*, la neblina provocada por el gran polvo africano que acarrea hacia el sur.

Ruego que se convierta en un cálido *Ostro* que es húmedo y a veces trae lluvia, que tanto le hace falta a mi pueblo y no se identifique con el gran *Siroco*, que causa condiciones secas en nuestras costas, tormentas en el mediterráneo y humedad con frío en Europa, llegando a la velocidad de un huracán.

La voz y sus coordenadas se escucha en el habitáculo interior, bajo el comando y la voz de mi piloto, anunciando por su casco con micrófono incorporado, nuestra llegada.

La respuesta no se hace esperar y es positiva, sonando en su intercomunicador.

El helicóptero se pone en suspensión sobre la plataforma, para aterrizar y puedo divisar al incondicional Cabul con otros sirvientes, a mi espera y desafiando el viento en la altura, sosteniendo sus turbantes con las manos.

Bajo de este, sin esperar que detenga el motor cuando aterriza y camino a ellos, inclinando mi cuerpo por mi altura y por la fuerza de las hélices aún en movimiento y el ensordecedor ruido de ellas a la par del viento.

La mirada de Cabul de muchas vidas por a ver visto demasiado y sobre mí, es de forma preocupante y llama mi atención.

Saludo con una mano en alto a los demás sirvientes y niego sus servicios, mientras sostengo mi *Kafiyyeh* de mi cabeza que vuela en mis lados por el aire fuerte.

— *¿Yahduth dhlk?* (¿Sucede algo?)— Grito por sobre el sonido del helicóptero, con su motor apagándose en descenso y el viento, mientras caminamos hacia el ascensor.

Cabul se inclina a mí, sin dejar de caminar a mi lado y con aire preocupado.

— *Shaqiqih...* (hermano) —Murmura.

Me detengo en seco y me importa una mierda la tormenta, que nos desafía en la altura.

*¿Mi hermano?*

—Qué pasa, con él? —Lo miro de forma dura y deshaciéndome, de mi saco de vestir y se lo lanzo a un sirviente, que nos sigue paso atrás.

—Llamó *maddam* Lorna. Quiere hablar con usted *Shayj...*

Loraine Marie Nápole como su marido Ángel, son personas honorables.

Fueron, grandes padres para mi hermano.

Y lo siguen siendo.

Lo que jamás, fue nuestro padre.

Y no pudo, llegar a ser nuestra *ámi alhulwa* fallecida.

Por protegerlo, con su amor de madre.

*Y con su muerte, yo prometí hacerlo hasta el final de mis días...*

Porque, es mi hermano.

Mi sangre.

*Mi mellizo.*

Y me duele, ya que solo puede ser, algo muy grave.

Llego a mi oficina desabotonando los primeros botones de mi camisa de vestir y el *Kafiyyeh* de mi cabeza y por ello, mi pelo negro cae sobre mis ojos.

Los hago a un lado para despejar mi vista, apoyando mis manos en el borde mi escritorio que se cierran como puño por impotencia, dejando caer mi cuerpo adelante y mi cabeza de forma cansada para abajo.

*Allah, im tasmah...ruego.*

## JUNO

—¿Bebita?

Entreabro mis ojos y lo levanto de mis rodillas con frazada de Hello Kitty, que me cubre toda.

La cabeza de papá, asoma por la puerta de la casita del árbol mientras sube.

Me tapo más con la mantita, pero no contesto.

Mi rostro lo siento tenso, de lágrimas secas y mis ojos muy hinchados.

Creo que me quedé dormida, de tanto llorar.

No sé si pasaron minutos o horas y papá, tampoco me lo dice.

Se limita a tomar asiento en la entrada de la casita, casi a espaldas mío.

Tira su pelo ondulado hacia atrás con sus manos y con un suspiro, mira la extensión del jardín de casa.

—Tu madre me llamó preocupada, al verte así. Pero cuando llegué a casa, ya estaba en el teléfono con Lorna, cielo... —Sigue sin mirarme. —...tu tía llamó triste, por lo que viste y el comportamiento de Caldeo.

Niego.

Y mis ojos pican, por nuevas lágrimas.

—No entiendo nada, papá... —Lagrimo. —...con su llegada de África, su rechazo fue inmediato. Nunca más, quiso mi compañía...ni mi amistad...

Ahora papá niega, sonriendo.

Pero su sonrisa es triste y no llega a sus ojos.

Y sigue, sin mirarme, pese a que lo veo de perfil.

Su vista, prosigue en el paisaje.

—... y cuando creí que las cosas se iban recomponiendo entre nosotros, me hecha de su vida otra vez... —Prosigo, limpiando mi nariz con el dorso de mi mano y mis lágrimas, con la mantita.

Papá resopla.

—¿Sabes la historia de Caldeo y como, llegó a nosotros? —Se sonríe. —¿Y después a Lorna y Pulgarcito?

Asiento.

—Por el Hospital Infantil...

—Con dos cosas nos encontramos, con la llegada de Caldeo a nuestras vidas nena. —Acomoda sus lentes. —Un niño de unos 3 años, sin pasado. Que con el tiempo descubrimos que a través de papeles falsos ingresó a nuestro país, proveniente de África y donde lo único que

sabíamos era su nombre verdadero, ya que era lo único que pronunciaba. Y lo segundo, que padecía una enfermedad.

—Papá... —Gimo.

Me interrumpo, con una mano en alto.

—Una enfermedad... —Su cabeza, baja a sus piernas. —...que se pudo detener a tiempo, en su multiplicación desordenada de células y controlar su formación de masas y la invasión, a sus tejidos y que se extendiera, porque ellas eran malignas, gracias a un tratamiento invasivo a Caldeo. Pudiendo con la quimioterapia atacar la causa de su cáncer y por ende, arreglar ese ADN dañado que provoca esa división de ellas, sin control con ese mal... —Se gira a mí. —...hija, su tratamiento fue un éxito. Pero en células cancerígenas malignas, siempre puede ocurrir que vuelvan a crecer algunas veces y Caldeo, lo viene luchando desde los 17 años hija, cuando volvieron a despertar...

*¡Qué!*

—Papá, yo no...

—Nadie lo sabía. Caldeo mismo, nos lo prohibió decirlo. —Se arrastra hasta mí. —Solo lo sabemos tu madre, Lorna, Pulgarcito y yo. Ni siquiera el tío Rodo y Mel o sus amigos...

—¿Por...qué? —Susurro.

Me trae a sus brazos y no me niego, porque el cariño y los abrazos de papá, son únicos.

—Porque, no quería ver a nadie sufrir de sus seres queridos, por su mal... —Toca la punta de mi nariz con un dedo, con cariño. —...en especial, tu...y se lo respetamos. Era su decisión como ya un adulto. —Suspira. —Fue una época de muchos cambios para él. Se estaba convirtiendo en todo un hombre, su enfermedad, su amor por ti... —¿Qué? — ...y en ese tiempo, el descubrimiento de que tenía un hermano... —Me giro a él, de golpe.

*¿Caldeo tiene, un hermano?*

—Un hermano que siendo un adolescente también, hizo lo imposible para ubicar su paradero y cuando lo encontró, logró contactarse con él.

—¿No fue, su padre? —Pregunto recostada en su pecho, pero elevo mis ojos para mirarlo.

Y su mirada se oscurece, por algo.

—No, bebita. —Dice duro. —Su padre no. Su hermano. —Vuelven, a ser cálidos. —Un hermano que le pidió que se reencontrara con sus raíces y familia de sangre. Que cuando se enteró de la enfermedad de su hermano, puso un país y toda Europa con sus mejores médicos Oncológicos a su disposición y Caldeo, aceptó.

*Dios...*

Por eso, un año de tiempo.

*Ya que, fue un año de tratamiento.*

Un año él solo y por más familia de sangre que fuera, estaba sin la contención de su familia de verdad.

Sin Lorna y Pulgarcito.

Sin nosotros.

*Y sin, mi...*

—¿Su tratamiento no funcionó, papá? —Me acurruco, más contra él.

—Solo detener su ataque, cielo... —Corre mi pelo, de mi frente. —Pero la enfermedad, está...

—Y lo que vi yo, en su baño...

—Es tal, nena... —Me señala. —...se les llama vulgarmente, acostumbramiento de drogas. —Suspira. —Las células cancerígenas se acostumbran a las drogas propinadas, por su extenso periodo de tratamiento y ya su efecto, va perdiendo poder y no es lo mismo.

No.

NO.

Me siento sobre mis talones.

—¿Y otra, quimio?

Papá niega.

—Caldeo ya no quiere someterse a nada, nena...muchos años sometidos a exámenes, remedios de sabor desagradables, ver cómo te infiltran a máquinas, jeringas en tu piel de grueso grosor. Y no olvidemos lo que fuiste testigo hoy, la secuela y contraindicaciones de los medicamentos, como los vómitos, dolores musculares, náuseas, cansancio... —Sus ojos están húmedos, como los míos. —...procuré convencerlo esa noche del gimnasio. Le dije que la fortaleza a más años de lucha, la encontrara en ti...pero, no quiere meterte en esto. Caldeo no quiere que lo veas en esa lucha y ver por ti misma, su cuerpo deteriorarse...

Empiezo a negar, porque sé lo que me quiere decir.

Pero yo, no lo quiero entender.

Mi papá intenta abrazarme, pero me levanto rechazándolo.

—¡No! ¡No! ¡No! —Grito.

—Junot, escucha...

—¡No! —Chillo otra vez, caminando a la puerta.

—¿Hija, a dónde vas? —Se pone de pie.

Y me doy vuelta, llorando con rabia.

—No le voy a permitir que me saque de su vida, otra vez papá... —Niego, limpiando mis lágrimas. —Ya, no más...

Se saca sus lentes para limpiar las suyas y sonríe.

—Carajo...como se parecen a su madre, de obstinadas.

Río entre lágrimas y corro a él, para abrazarlo.

*Fuerte.*

Me recibe y me estrecha contra él acunándome en sus enormes brazos, como cuando era una niña.

—Te quiero, papá... —Lloro con mis emociones encontradas mezcla de tristeza, dolor y felicidad.

—Yo también, bebita...yo también... —Pasa su pulgar por mis ojos, para limpiarlas de mi lágrimas. —Ahora ve y busca a ese muchacho. Y juntos a la par, dejen que los encuentre el milagro. —Me susurra, suave. —Porque, al milagro no se busca ni se pide desde abajo, mirando al cielo. Él desde arriba, te observa y viene a tu encuentro, créeme...

Asiento y lo abrazo de vuelta, para luego tirar mis hombros hacia atrás y con un resoplido por fuerza, bajar las escaleras.

Me detengo a medio bajar, en la escalera del árbol.

—¡Dile a mamá, que no vengo a dormir! —Grito.

Me mira de lado, apoyado con un hombro en la puerta y cruzando sus brazos en su pecho. — Llamaré a Lorna, para que ponga un colchón extra. —Me guiña un ojo y se sonríe. —Distancia... —Me recuerda.

Río saltando al piso y volviendo a correr, en dirección y otra vez.

Al bosque.

Pero, decidida.

*Muy decidida...*

## Capítulo 24



—¿Cómo, que no está? —Es lo que me sale de adentro, en casa de tía Lorna cuando llego y en su cocina.

Mi tía se sonríe y dejando el último plato sucio en el lavavajillas, lo cierra y me mira.

—Es un niño terco...

—Como una mula... —Agrega tío Pulgarcito con un puro en su boca y viniendo del garaje trayendo un colchón.

Quiero reír.

—¿Papá, ya te llamó?

*Dios.*

Sorprendente mi padre.

Y mi tío suelta una carcajada, dejando el colchón en una pared para exhalar una linda bocanada de humo y en forma de aro por su cigarro Cubano.

Me mira.

—Princesita, control es el segundo nombre de tu padre...

Sonrío.

*Sip.*

Eso, era verdad.

Me apoyo en la encimera de la cocina y elevo mis brazos al aire.

—¿Y qué? ¿Solo tomó su camioneta y se fue? —Los dejo caer, de forma cansada. —Eso no es bueno tía, Caldeo se sentía mal por los efectos de los medicamentos...

Y suspira, secándose las manos con un repasador.

—Caldeo no entiende razones y más cuando se trata de su enfermedad y con tu aparición se volvió loco, ahora que te enteraste... —Baja su mirada. —..él jamás quiso, que lo vieras así. Se vistió, tomó las llaves de su camioneta y se fue como alma que lo llevaba el diablo.

Cruzo mi brazo.

—Que se acostumbre. —Digo, de forma dura.

Y los ojos de mi tía se abren y Pulgarcito, suelta una risita.

—Búscame mis lentes de sol, mujer. —Dice.

Mi tía, lo mira raro.

—¿Y eso, Ángel?

Su blanca dentadura aparece con la sonrisa y entre ellas, ese diente de oro de toda la vida del tío.

—Porque, estamos por revivir viejas épocas y en ella, yo usaba mis lentes de sol oscuros... — Me señala con el puro, entre sus dedos. —...a mi muchachita Vangelis cabeza, cuando se le metía algo y no había vuelta atrás, contra el jodido HRNM.

Sonríó más y mi tía también, para luego mirarme con preocupación con una mano en la

cadera.

—¿Mi niña, estás segura de esto?

Asiento, robándole un pedacito de apio que está por cortar, para la cena.

—Tía, sé que Caldeo me va hacer guerra. —Me encojo de hombros. —Nada nuevo, para mí...

—Mastico. —...pero, no me voy más...

—Una Vangelis, pura sangre. —Acota mi tío, subiendo con el colchón por las escaleras.

*Tú, lo dijiste tío.*

De golpe, tía Lorna me lanza y atrapo en el aire, las llaves de su *Mustang '60* rojo fuego.

Rostro que a mi tío se le desencaja, porque jamás lo pudo manejar, ya que no lo presta.

La miro.

—¿Estás segura, tía? —Digo con ellas, entre mis manos. —Ese coche, es tu bebé...

Eleva una mano como si nada, cortando las verduras.

—Vas a salir a buscarlo y está, por oscurecer. No puedes manejarte en bicicleta a estas horas mi niña, úsalo cuando lo necesites. Tengo el coche de tu tío, para moverme.

Y la beso y abrazo como agradecimiento, con un chillido de alegría.

*Woah...*

Iba conducir, un envidiable y clásico *Mustang*.

No me hago rogar y vuelo, al estacionamiento de la entrada de la casa donde está.

Cuando subo a el, abrocho mi cinturón de seguridad e introduzco la llave al contacto.

Y el motor, ruge al encenderlo.

Sonrí, apretando el volante y poniendo marcha atrás.

*Puedo apostar, donde estás jodido Caldeo...*

## CALDEO

Un fino acorde, sale de mi guitarra sentado en la barra, mientras Salvador atiende los pedidos de tragos.

El bar, no está muy lleno.

Pero siendo jueves a la noche y casi pisando fin de semana, en breve se colmará de estudiantes por algo de buena música y cervezas.

—Muchacho, tienes una ojeras que te llegan al piso... —Me dice detrás de la barra y dejando frente a mí, un gran vaso de mi gaseosa.

Mi favorita, con rodajas de limón.

—...estás seguro, que te sientes bien?

Miento y afrimo, con una sonrisa.

*Carajo.*

Hasta sonreír, duele.

Como cada jodido y puto centímetro de mi cuerpo.

Pidiéndome a gritos una cama.

Le doy un sorbo al vaso y lo miro a través de el.

Salvador es el único, de mi círculo de amigos que sabe de mi enfermedad.

*Y mis dedos, se deslizan por las cuerdas de mi guitarra sobre mi regazo, haciendo sonar unas notas.*

Ni siquiera Caleb o Cristiano, lo saben.

No quiero miradas de lástima.

*Otra nota de mi guitarra, que se mezcla con la música de moda del bar.*

Y no quiero que sufran por mi culpa, tampoco.  
Las náuseas siguen, pero el limón ayuda y suspiro cerrando los ojos en derrota.  
Cachorra, me vio.

*Mierda. Mierda y re mierda.*

Su rostro.

Su mirada, en mí.

Toda ella, era sorpresa.

Una súplica.

Tristeza.

Y al mismo tiempo, fortaleza y ganas de estar conmigo.

Por un momento, tan solo un momento.

Me sentí feliz, de verla ahí.

Porque, la idea de ella a mi lado en toda esta mierda, me reconfortaba.

Y jodidamente eso, me cabreó después.

Y le grité.

Mis manos cubren mi cara y las bajo, pesadamente por mis mejillas.

*Santa Mierda.*

Yo, le grité.

A mi bebida.

Y me debe odiar.

Muerdo mi aro de acero del labio, abriendo mis ojos.

Es lo mejor, Caldeo.

*¿Era lo que siempre quisiste, no?*

Que te odie, así se alejaba de ti.

Llevo mi mano a mi corazón y me lo acaricio, por sobre mi camiseta.

Jodida mierda, ahora me duele más todavía, en solo pensar Junot odiándome.

Y me pongo de pie y me encamino con mi guitarra al escenario.

Salvador me mira raro, secando los vasos.

Le guiño un ojo.

*Si lo sé, amigo.*

Solo canto, los fines de semana.

Pero le hago señas a los chicos sentados en nuestra mesa junto al escenario y Cisco como Bruno, cual haciendo girar sus palillos de batería entre sus dedos al aire y sonriendo, me dan el okey.

Están conmigo.

Si.

*Necesito cantar.*

Gracias chicos, por acompañarme.

## JUNO

Empujo la puerta de vidrio, de la entrada del bar.

Automáticamente me golpea la música, con los instrumentos en vivo tocados por Bruno y Cisco.

*Y oh Dios...*

La hermosa voz de Caldeo, arriba del escenario acompañado de su guitarra.

Mi cuerpo vuelve, a detenerse por ella.

Pero esta vez, no por escuchar su grito.

*Si no, por el tono de ella.*

¿Puede una suave voz llena de sentimientos dulces, ser poderosa y fuerte al mismo tiempo?

*<< Esta atrapado, por su pasado.*

*Él, ya no es el mismo.*

*Pero, me pertenece...>>*

Dice la letra, de su canción.

Y es suficiente para mí y no tengo idea del por qué, de esa emoción.

Personas me empujan al querer entrar, porque estoy interrumpiendo el paso de la entrada.

De a poco, se está llenando el bar.

Un trío de chicas agrupadas en un rincón, gimen su nombre desde abajo del escenario y moviéndose entre ellas abrazadas, al ritmo de su canción.

Caldeo les sonrío, mientras continua cantando en esa actitud sexi de dios del Rock, que todo él irradia.

Vuelvo a mirar, a las chicas.

Piernas kilométricas y hermosas.

Rubias y morenas con ropa informal, pero de la cabeza a los pies con sus jeans y faldas, con miradas lobunas.

La mano de Caldeo empezó a acariciar el micrófono y sus dedos se deslizaron por el pie de este, como si fuera el cuerpo de una mujer bajo esa canción romántica, mientras su otra mano reposaba en sus pantalones negros y a un golpe constante y suave del ritmo.

Más gemidos, de ellas.

Y yo inmóvil, con mi corazón latiendo con fuerza dentro mío, observando los movimientos de su boca con cada palabra que cantaba.

*Gesticulación perfecta, en labios perfectos y en una canción perfecta.*

Movimientos sincronizados, al compás del bajo de Cisco y la batería de Bruno.

Y esos ojos color hielo, que parecen más cristales, claros y felinos, en la semi oscuridad del local.

La canción está llegando a su fin y las tres, se susurran entre ellas.

Sus objetivos.

*Los chicos, de la banda.*

Y mi sangre, hierve.

Pero, que perras.

La morena del trío focaliza en Caldeo y se acerca a él, cuando finaliza la canción.

De forma predecible se inclina a él, para decirle algo y exponer con ese escote "*sutilmente*" sus tetas talla 100.

Ruedo mis ojos y no puedo evitar, sentir mi estómago que se retuerce locamente por los celos y en señal de saber, que él es solo mío.

Me detengo y abro mis ojos, con una mano en el pecho.

*Santo Dios.*

¿Acabo de decir que tengo celos y Caldeo es mío, en la misma oración?

Sorprendentemente, mi cerebro y corazón, me responden que sí.

Y me vuelvo a encaminar al escenario decidida, pidiendo permiso a la gente de pie con tragos en mano y esquivando las mesas, cuando veo que Caldeo se agacha desde el escenario, para escuchar lo que ella le quiere decir al oído.

Él le responde y ella se sonrío, jugando con un mechón de su pelo enroscado entre sus dedos

feliz, por su atención.

Ruedo otra vez mis ojos.

*¿Cómo no?*

Si Caldeo es un maldito hombre hermoso, tatuado y caliente.

Me acerco a ellos.

Lo siento, zorra.

Pero, él es mío.

—¡Fuera! —Sale de mí, llegando y la morena me mira sorprendida.

*Corrección.*

Ambos me miran sorprendidos por mi aparición y créanme, que yo también lo estoy por mi tono, determinación y fuerza.

La chica sube, una mano a su pecho.

Para ser exacta, a su escotado pechos que desbordan bajo ese ceñido top azul.

—¿Perdón? —Murmura, escaneándome de arriba abajo.

*Mierda.*

Debo dar asco y seguro una imagen de cualquier cosa menos sexi, con mis holgados jeans claros, zapatillas blancas y mi camiseta rosa con el diseño de una tabla de surf algo infantil.

Lo mira a Caldeo y me señala.

—¿Es tu hermanita? —Su tono es dulce y hasta diría maternal.

¿Qué?

¡QUÉ!

La mirada mezcla de asombro y enojo por mi intromisión de Caldeo, cambia a cálida hasta de humor.

Sus labios hacen una mueca, mordiendo el piercing de su labio para tratar de contener la risa en auge, que le está naciendo al escuchar a la morena.

Aún, inclinado sobre nosotras con su rodilla flexionada y con su guitarra al lado, aclara su garganta ahogando esa carcajada y con una postura seria, dice que sí.

Y le entrecierro los ojos.

*Que hijo de\*\*\**

—Awww...es tan chiquita y dulce... —Susurra y sus amigas la siguen.

Me miro.

¿Acaso, parezco de 15?

*Ok.*

Con mis hermanas no somos de contextura grande y curvilíneas, demás decir que mi forma de vestir no me ayuda mucho.

Pero, tenemos lo nuestro.

Mis manos se hacen puño a mis lados, bajo la risita de Cisco que se acerca con Bruno al grupo de chicas.

*Puto Caldeo.*

Respira, Junot.

Busca, una respuesta rápida.

Pestaño de forma tierna y ganándome otra demostración de cariño maternal por parte del trío de tetas sexis y otra risa de Caldeo.

Le divierte, toda esta mierda.

—Nuestra madre, me pidió que viniera por ti... —Digo algo tímida, para luego mirar a la morena muy para mi gusto, cerca de él e invadiendo su espacio personal. —...pero, veo que estás

muy bien acompañado, *hermanito*... — Deja de sonreír y me arquea una ceja sospechosamente, por mi teatro. —...voy a estar allá. —Señalo la barra ocupada por un grupo de chicos apuestos y lindos, con botellas de cerveza en mano y tipo buitres, follando con sus miradas a toda mujer que camina en el bar.

Y Caldeo frunce su ceño, al notarlo también.

Me inclino, a la morena.

—Asegúrate que use condón. La última chica que estuvo con mi hermano, se quejó de una fuerte urticaria vaginal... —Susurro y sin más, me encamino a la barra con las carcajadas de Bruno y Cisco por mi dicho y bajo la mirada atónita de la chica y un Caldeo haciéndose a fuego lento.

El hombre de barba tupida y entrecana, se apoya en el barra y me mira.

—¿Qué te puedo servir, amiga?

Frunzo mi nariz sentándome en una de las banquetas altas, algo cabizbaja pensando en Caldeo y esa chica juntos.

—¿Un whisky? —Digo indecisa.

*En las películas, todo beben esa mierda, cuando están tristes.*

Y una sonrisa aparece en su rostro barbudo, negando con su cabeza divertido.

—Marchando, un vaso de gaseosa.

*Rayos.*

Ni el hombre de fisonomía temible, me cree adulta.

Y una mano fuerte, rodea mi cintura por atrás.

—Por qué viniste, cachorra... —Su grave y baja voz con su cálido aliento en mi oreja me atrapa, haciendo erizar los bellos de mi nuca.

—Ya te lo dije... —Baluceo sin mirarlo y con mis ojos en el vaso de gaseosa, que me ofrece el viejo, que nos mira curioso y con poco disimulo. —...para ir a casa...

Sus labios tibios, reposan en mi nuca.

—¿Por qué? —Siempre con su voz baja y sobre mi piel.

Y cierro mis ojos, por ese dulce contacto.

—Porque, voy a cuidarte Caldeo... —Digo, con el mismo tono de voz.

Y por mi respuesta, un jadeo triste y cansado sale de él, apoyando su frente en la parte trasera de mi cabeza.

El hombre de la barra lo escucha y sus ojos brillan de satisfacción.

*¿Y de agradecimiento?*

Uno de los buitres en ese momento, se gira con su trago en mano y saluda a Caldeo, para luego mirarme.

—Muy linda, castaña... —Dice con su voz babosa, algo borracha y sus ojos, se depositan en mis pechitos. —...lo tuyo, son las morenas y rubias con escandalosas curvas, Caldeo. —Le reclama. — Déjame, esta muñequita a mi...

Una mano rápida de Caldeo sostiene la garganta del chico, provocando que tire parte del contenido de su vaso con líquido en color ámbar, por su movimiento brusco y de sorpresa al piso como parte de su ropa.

Corre su pelo negro de sus ojos a un lado, que aunque tienen señal de agotamiento por lo de hoy a la tarde, se estrechan amenazante.

—Ella, es intocable... —Dice entredientes y bajo, mirando al resto del grupo al lado de este, desafiante. —...y mía...

*Oh Dios.*

¿Escuché bien?

El chico eleva ambas manos al aire, al sentir que su mano que aprieta más su cuello.

—Tranquilo, rey... —Intenta, tragar aire. —...entendimos. Ella, es intocable... —Jadea ahogado, por la presión.

Caldeo lo suelta con un gruñido y con una seña que el hombre detrás de la barra entiende, toma su chaqueta de cuero negra que le alcanza.

Agarra mi mano y me jala para que me vaya con él en dirección a la salida, saludando con una mano en alto a los chicos de la banda y yo lo imito.

Otras chicas se lo intentan detener con saludos sugerentes, pero Caldeo las ignora y sigue caminando.

Y me atrae contra él, cuando un grupo de muchachos entre risas y bebidas, obstaculizan el paso por el bar ya lleno.

Mis ojos, se abren.

*¿Acaso no quiere, que me rocen?*

Su brazo se cruza sobre mi espalda y con su mano en mi nuca de forma protectora y sus dedos, por sobre mi pelo suelto me acarician con suavidad.

Mi rostro se pega a su pecho por ese movimiento protector y cierro mis ojos, porque la respiración de su pecho duro, es suave y pausada ante mi piel.

Y su perfume masculino y amaderado sobre la tela de su camiseta, me colma con cada respiración que doy sobre la tela.

Ellos se corren ante la fría mirada de él, dejando un espacio para que pasemos.

Y Caldeo sin dejar de abrazarme, me saca del bar.

Me lleva hasta donde está, su camioneta negra estacionada y me detengo.

—Vine en coche. —Suelto y me gano, una mirada rara de él y saco del bolsillo trasero de mis jeans, las llaves de *Mustang*.

Y las mira sorprendido.

Su madre nunca, presta el coche.

Le arqueo una ceja, con suficiencia.

*Pero a mí, resulta que sí.*

Me rueda los ojos y me las saca de mis manos, volviendo por donde vinimos.

Busca el *Mustang*, por sobre los autos estacionados.

Caminando a su lado, me inclino para mirarlo.

—¿Qué? —Mis ojos van a su camioneta que vamos dejando atrás. —¿La dejarás toda la noche, acá?

Se encoje de hombros, sin detenerse y me paro en seco y extendiendo una mano, por las llaves que me quitó.

—Si te vuelves conmigo, yo manejo.

Y se le escapa una risa en el medio y la oscuridad del estacionamiento, sin dejar de caminar.

Pongo mis manos, en las caderas.

—¡Tía Lorna me prestó su bebé, a mí! ¡Caldeo dame las llaves! —Chillo. —¡Le voy acusar!

Si, lo sé.

*Re pendeja.*

Sus hombros se sacuden por la risa de su linda espalda que veo, con cada paso que da en dirección al *Mustang*, cuando lo divisa entre dos coches.

Rabia.

Odio.

Y ganas de arrancarle su sexi y caliente pelo desordenado, invade mi mente.

Grito de frustración, dando un pisotón en el piso y corro a él.

Y antes que se dé cuenta, me lanzo sobre su espalda y le hago mi famoso torniquete de lucha con mis piernas en su cintura, que muchas veces utilicé contra Hope en la sala de casa, por la posesión del control remoto de la televisión.

Otra risa sale de él, por mi ataque infantil mientras intento inútilmente, robar las llaves de su mano.

Y como si nada, camina en dirección al coche conmigo encima de su espalda, sin el menor esfuerzo ante mi lucha.

Seguido a como si nada, abrir la puerta del acompañante.

Como si nada, saludar a unos chicos que gritan su nombre con una mano en alto, mientras lo hace.

Como si nada y de un movimiento ágil y rápido de él, ya me encuentro sentada y con el cinturón de seguridad abrochado en el interior del auto.

Como si nada, rodea el coche y abre la del conductor.

Y como si nada, lo arranca y conduce por las casi desiertas calles, bajo la noche estrellada en su silencio perpetuo, pero con una media sonrisita de lado y yo, con mi nariz arrugada y de brazos cruzados mirando el frente.

## CALDEO

*Santo Dios.*

Quiero, matarla.

Pero también, besarla.

Tal vez, besarla hasta el cansancio y después matarla.

O mejor aún besar cada parte de ella, acariciarla, volver a besarla hasta que crea soy su jodido mundo, acariciarla más y tal vez matarla.

No puedo evitar sonreír, mientras manejo por su obstinación por querer conducir ella.

*Jesús.*

A las luchitas jugábamos, cuando teníamos diez años con cachorra.

*Pero, que pendeja.*

Me obligo a mantener mi mirada al frente, mientras giro en una calle.

Porque, si la miro reiré a carcajadas.

*Y recuerda, que estás cabreado Caldeo.*

Cierto.

Enojado.

Dudo.

*¿Por qué, era?*

Maldita sea.

Por la forma en que me mira, con sus bonitos brazos cruzados sobre su pecho y provocando, que ellos resalten.

Y el calor de su cuerpo, cuando se lanzó sobre mí y el olor de su piel, me estaba volviendo loco.

Mi dulce droga, que me hace olvidar todo.

Y la de mi pene, también.

*Carajo.*

Me reacomodo sobre el asiento con disimulo, por la jodida erección que tengo gracias a

cachorra y aprieto con fuerza el volante con mis manos, para contener las ganas locas de tomarla aquí en el auto.

—No voy, a casa... —Susurra, cuando pido giro para doblar otra vez y en dirección a su casa.

¿Qué?

La miro raro.

*¿A dónde, cree que va?*

Es tarde, jodidamente a la casa de nadie.

Ella me mira, pero se sonrío.

—Voy a tu casa, Caldeo.

Ahora sonrío, yo.

*¿No me jodas?*

Pero, su mirada me lo confirma.

*Mierda.*

No, no y no.

Nadie me cuida.

—¡No! —Digo, decidido.

Y me arquea una ceja, desde su asiento.

## JUNO

No, dice Caldeo.

No, sigue diciendo cuando se vuelve.

No dice, apagando el coche en el estacionamiento de su casa.

No le dice a su madre una vez dentro y señalándome, para luego subir las escaleras de su habitación, con nosotras detrás.

Abre la puerta, de su habitación.

—Sí. —Dice automáticamente y me mira de lado y con él, una sonrisa pervertida.

*¿Eh?*

Miro por sobre el hombro, de mi tía.

El colchón extra que tío Pulgarcito subió por las escaleras, está al lado de la cama de Caldeo.

¿Qué?

Caldeo entra y yo me quedo en la puerta.

—¿Voy a dormir, con él? —Mis mejillas arden al escucharme y sacudo mi cabeza. —¿Quiero decir...en su habitación, con él? ¿No en la de huéspedes?

Caldeo se sienta en su cama y me arquea una ceja sugerente.

*Cabrón.*

Tía Lorna, niega.

—La tercera habitación, no tiene calefacción hija. —Nos mira, sonriente. —¿Como cuando eran niños! —Exclama nostálgica.

Miro mis pies.

*Sip.*

De niña, muchas veces me quedé a dormir.

*Pero ahora resulta, que no somos niños...*

La tía, se gira hacia Caldeo.

—¿Cariño, podrías traer el bolso que trajo mi niña Vangelis con ropa de dormir para Junot, que quedó en la sala?

Caldeo asiente y nos deja solas.

—Tu madre, trajo tu ropa de cama. —Me susurra. —Está muy emocionada, con todo esto... —  
Saca unas frazadas y una almohada extra de un closet. —Todos, lo estamos. —Se corrige. —  
Contigo al lado de Caldeo y su enfermedad... —Me sonrío triste y la abrazo.

Aunque la cena casera de mi tía estuvo deliciosa, Caldeo apenas tocó lo de su plato.

Ayudando con el lavado de platos y limpieza de la cocina, mi tía me tranquilizó diciendo que era normal la falta de apetito de Caldeo en un día de hospital y después de su control, con suministro de fuertes medicamentos, vía oral e intravenosa.

Aunque a una nueva quimio se había negado, aceptaba los calmantes contra el dolor y soportar su aplicación cada jueves de semana, con el tormento de secuelas que acarrearía después.

Saludé con un beso de las buenas noches a mis tíos y con un profundo respiro, subí las escaleras en dirección al cuarto de Caldeo, que ya estaba ahí.

Di unos suaves golpes a la puerta, antes de entrar y su cuerpo recostado boca arriba, aún vestido y con un brazo cubriendo sus ojos, me da la bienvenida.

Y silencio.

La respiración de su pecho, baja y sube de forma suave.

Está dormido.

Camino despacito a mi bolso que está en una silla por mi pijama, para luego en dirección a su baño personal.

Cuando salgo ya vestido con él, Caldeo sigue en la misma postura.

Me dejo caer sobre el colchón del piso y me siento sobre mis talones, para de forma cuidadosa aflojar más los cordones negros de las botas que tiene puestas y para sacárselas de a una y dejarlas en el piso.

Me incorporo y también con cuidado, acomodo una de sus piernas, que cuelga de un lado para subirla.

Hago a un lado, su frazada para tapanlo vestido y por encima de ella.

Y en el momento que me alejo, la mano que descansa sobre sus ojos, me toma por mi nuca.

Y aunque, es demandante y fuerte, no es de forma dura.

Nuestros rostros están a centímetro y su pulgar acaricia mi cuello de forma tierna y con su mirada de cristal puro en mí.

Transparente y cálida, pese al color gris hielo que tiene como color.

Y con su pelo totalmente sobre ellos, haciéndolos poco visibles, pero hermosos.

—¿Estás segura, cachorra? —Dice suave y con su mano aún, en mi nuca sosteniéndome.

El recostado y yo casi encima suyo con ambas manos mías por sus lados, para no caer sobre él.

—¿Esta segura, de querer hacer esto? —Prosigue de forma apagada y sus ojos tristes, vagan por mi rostro, pero aunque ellos y su voz, denotan eso.

En su pregunta, hay cierta luz.

Una luz de emoción, por estar ahí para él.

*Una luz, de esperanza.*

—¿Estas segura, de poder soportar mis recaídas... —Susurra bajito. —...de mis enojos y crisis, por toda esta mierda. —Prosigue. —¿Acompañarme en las cosas difíciles que nos esperan juntos, con mi visita semanal al Hospital? Soportar que ya un día, no pueda hacer cosas como cualquier chico de mi edad, como seguir en la liga de básquet, salir o... —Su mirada, cae. —...volver, a cantar? —Para luego mirarme, duramente. —¿Y los cambios que recibirá mi cuerpo en mi apariencia, por lo que vendrá? —Y su voz se apaga, cuando finaliza. —Hasta que llegue, ese día...

*Dios.*

*Que no diga, eso...*

Elevo una mano despacio, para acunar su mejilla y acariciarla e interrumpirlo.

Y sus ojos, se cierran por mi contacto.

—Jamás estuve tan segura por algo en toda mi vida, Caldeo. —Sonrío. —Me alejaste de tu vida una vez... —Murmuro y niego. —...pero, eso nunca más... —Vuelvo a sonreír. —...voy a recuperar cada jodido día, que me hiciste perder de estar a tu lado, estos casi dos años...

Suspira y me trae a su pecho de forma tosca y de golpe.

*¿Existe, lo dulcemente bruto?*

Sonrío sobre su pecho, mientras me abraza lleno de necesidad recostado.

Porque, Caldeo lo inventó.

Se gira conmigo de lado sobre su cama y en silencio, acomoda las frazadas para taparnos.

Obedezco a su orden silenciosa y me acurruco más contra su pecho y su abrazo, cerrando los dos nuestros ojos.

A veces, las palabras sobran.

Con Caldeo, es así.

No hace falta, de ellas.

Porque él, las trasmite sin hablarlas.

Las dice, con el sentimiento de cada una de sus miradas.

De sus emociones, en cada acción de su cuerpo.

*Emociones y sentimientos, que dice que no sabe que son y no entiende.*

## CALDEO

*<< La mano de Lála acaricia, mi mejilla ardida por la fiebre.*

*Acunado en su regazo y envuelto todavía con mi frazadita con mi monito roto y sucio, bajamos de ese bus y tras caminar unas cuadras y en un callejón, se sentó a descansar en un rincón.*

*Por sus mejillas, recorren lágrimas.*

*Una tras otra, mientras me mira con dulzura y me abraza más contra su pecho, mientras gimo de dolor.*

*— Pronto ángeles de blanco, cuidarán de ti, mi pequeño Caldeo... —Hace a un lado mi pelo negro con dos de sus dedos, de mi frente. —...y sanarás. Serás protegido y criado por una familia que te ame como a un hijo, al'amir baladi... —Sus ojos se elevan al cielo negro y algo nublado. —...'akhuk Constantine te encontrará y cuidará... —Se sonríe. —...y asegurará tu bienestar, por el de vuestro padre...*

*Su mano temblorosa, saca del bolsillo de su túnica de lindos colores, un celular.*

*— Ya cumplí, mi pequeño Caldeo... —Besa mi frente, sintiendo la humedad de sus lágrimas por ello.*

*Te clea tres números y vuelve a mirarme.*

*— Recuerda las palabras de tu Lála mi príncipe. No hables, Caldeo...porque, si él te encuentra antes que tu hermano y por hablar, habrá dolor... —Seca su llanto.*

*Y una voz femenina, suena del otro lado del teléfono.*

*— 911 Emergencias... —Dice.*

*Lála, cierra sus ojos.*

*— Pueden mandar una patrulla...hay un niño abandonado en un callejón, que necesita hospitalización, urgente... —Murmura, abrazándome más contra ella. >>*

## JUNO

Se retuerce.

Gime.

Se queja con dolor, en sus sueños.

Me despierto aún entre sus brazos, por esa lucha interna en su pesadilla.

Aunque todo está a oscuras, puedo ver por la luz tenue de la calle, que atraviesa por la ventana con sus cortinas corridas.

Su rostro está lleno de sudor y dormido, que con fuerza batalla contra lo que sea que está soñando.

Me incorporo.

—¡Caldeo! —Grito, tomando sus hombros. —¡Caldeo, despierta! ¡Es una pesadilla!

No reacciona.

Ese guerro sueño, lo tiene atrapado.

Y un escalofrío me recorre de tristeza, por su dolor.

Me subo a horcajadas de él y lo abrazo contra mí, con todas mis fuerzas.

Trato de acunarlo, pero su lucha y él, son más fuerte que yo.

Apoyo su cabeza en mi pecho, intentando contenerlo.

—Caldeo, despierta. —Susurro en su oído y antes de que pueda asimilar mi acción, ya lo hice.

Lo besé.

En los labios.

*Fuerte.*

Sin dejar de abrazarlo y acunarlo, en la oscuridad de su habitación y un gemido, sale de su boca unida a la mía.

Su hombros se relajan y sus labios, se entreabren.

—Bebita... —Susurra, con otro beso.

Lágrimas de felicidad al verlo despertar y ya fuera de sus pesadillas, emergen de mis ojos.

Y sonrío entre ellas y su boca.

—Tenías, una pesadilla... —Logro decir, tras el beso y se incorpora, conmigo encima.

Sus manos, despejan mi pelo de mi rostro con su frente, apoyada en la mía.

Y su respiración aún agitada por el mal sueño, se intensifica cuando una de sus manos en mi cara, recorre el contorno de mi cuello, hombro y cintura.

Para abrirse y acariciar, la curvatura de ella de forma tierna.

Y algo, me sacude.

Como una descarga eléctrica.

Una dulce descarga eléctrica, que nace de mi bajo vientre, para colmar todo mi cuerpo.

Mis manos apoyadas sobre su duro pecho, se deslizan hacia abajo con mis dedos acariciando de forma lenta su vientre, hasta el borde de su camiseta.

Levanto mis ojos y los nivelo con los suyos, insegura a su reacción.

—Jun... — Caldeo, susurra dudoso.

Me inclino a él antes que dijeras algo más y beso al chico de mis sueños y de mi vida.

Y gime ante el contacto de mi beso y su respuesta, es rápida deslizando su lengua dentro de mis labios, apenas entreabiertos.

Con lentitud elevo la tela y él se inclina hacia adelante, para darme acceso y ayudarme para sacarle por su cabeza jalándolo y cayendo, sobre el colchón del piso su camiseta.

Mi dedo dibujó su tatuaje del dios *Maori* de todo su torso desnudo, para luego recorrer hacia arriba y a mi favorito.

El de su garganta.

Y sonriendo, hecha su cabeza detrás, para que tenga acceso.

Como siempre lo hicimos de chicos y tirados sobre el colchón de hojas y a orillas del estanque para que explorara su piel tatuada.

La yema de mi dedo se detiene en la flor de Loto, color rojo fuego y la beso y un suspiro profundo sale de él, cuando lo siento y de forma ingenua, hago un camino de besitos desde su cuello, clavícula y hombro.

Entonces me estrecha con fuerza, aspirando el aroma de mi pelo y me abandono en ese abrazo.

Ambos de esa necesidad de sentirnos y borrar ese largo tiempo distanciados, pero nunca separados.

*Porque, nunca lo estuvimos en realidad.*

Lo que nos une es más fuerte que ese alejamiento y la distancia.

Que su pasado y mucho más fuerte, que su enfermedad.

—No me dejes, bebita... —Me abraza, con más fuerza.

Aún a horcajadas de él, sonrío sobre su cabeza y le correspondo con la misma intensidad su abrazo.

—Nunca, me fui... —Digo.

Y toda las razones que teníamos, para no estar juntos.

*Desaparecieron.*

Se esfumaron.

Su abrazo se afloja en mi espalda y tomando con suavidad mi remera de pijamas a cuadros, me despoja de ella, terminando arriba de su camiseta sobre el colchón del piso.

Su dedo dibujo mi sujetador blanco y un suspiro sale de mí, ante el contacto de su mano por sobre la tela de ellos y acariciando mis pechos.

Sin dejar de mirarme, los desabrochó haciéndolo correr por mis brazos, para dejarlos sobre la cama.

Caldeo observó con lentitud, cada centímetro de mis pechos desnudos frente a él.

Y nuestros ojos, se encuentran.

Él lee, mis nervios.

Pero yo también, leo los suyos.

Es, mi primera vez.

*Nuestra primera vez...*

Pasa muy lentamente sus labios, por mis senos y el frío del acero de su piercing, eriza mis pezones de una forma dulce, cuando lame uno, seguido del otro.

Y vuelve a abrazarme con fuerza, cuando con un de ellos en su boca lo chupa profundo.

Succionando fuerte y provocando, que yo gimiera de placer tirando mi cabeza hacia atrás, ante esa sensación nueva para mí.

Y mi cuerpo convulsiona, cuando Caldeo lo abandona, para seguir con el otro amamantándose.

Toma mis caderas, me gira sobre él y me acomoda de espaldas al colchón con suavidad, soltando con un dulce pop mi pezón.

Y sentado sobre sus talones en la cama e introduciendo ambos índices en la cintura de mi pantalón pijama, me mira a través de sus pestañas oscuras, esperando mi confirmación.

Muerdo mi labio y mi respuesta, es elevar mis caderas para mejor acceso a sacarlas.

Y sus manos en el trayecto de mis piernas sacándolo, acariciaron mi piel.

Seguido después, de mis braguitas.

Y cierto rubor me invade, al sentirme expuesta y mi mano desciende con vergüenza, para taparme.

Niega, tomando mi mano y la besa sonriendo.

—No. —Me dice con ternura, para luego conducir esa misma mano entre la suya, al cinturón de sus jeans.

Lo miro.

Y asiente, sonriendo más.

Lo hago tímida como algo indecisa y sin práctica, abriendo la hebilla de su cinturón de cuero, para luego desabotonar su jeans oscuros.

Mis manos empujan su pantalón por su baja cintura e introduciendo parte de mis dedos teniendo contacto en el interior, con la suave tela de sus bóxers y su trasero.

Un jadeo sale de Caldeo besando mi hombro, mientras con su ayuda me deshago de el y su ropa interior.

Y ambos, jadeamos al sentirnos.

Abrazados.

Él, sobre mí.

*Y desnudos.*

El calor, de nuestros cuerpos.

*Y piel con piel.*

Su boca acaricia mi boca, para luego chupar y morder mis labios, profundizando el beso.

Su lengua entrelaza la mía y como el movimiento suave de ellas, su cuerpo se frota desnudo en el mío, sintiendo su duro pene en mi centro.

Gemí sobre su boca y con una sonrisa, la ahogó con otro beso volviendo a frotarse sobre mí.

Calor.

*Dulce calor.*

Volvió a adueñarse de mis pechos, mientras sus manos dibujaban pequeños círculo en mi vientre, hasta llegar a mi entrepierna.

Su caricia fue suave sobre mis pliegues y eso hizo, retorcerme bajo él.

Caldeo me mira y con la punta de su nariz acaricia la mía, cuando introduce en mi interior un dedo.

Y otro gemido sale de mí, al sentirlo y de él, un jadeo de satisfacción.

—Mía... —Susurra profundizando dentro mío, para luego sacarlo y volver a introducir. — Santo Dios... —Me besa. —Estás estrecha y húmeda... —Murmura, jugando más en mi interior de forma suave, hasta sentir el obstáculo.

Mi tarjeta V.

Acaricia mi mejilla deteniéndose, pero con su dedo dentro mío y yo me quejo, por ese abandono.

Me mira con ternura, por ello.

—Cachorra, algo va a doler. —Me susurra. —¿Estás, segura?

Acuno su rostro con mis manos, corriendo su pelo de el y asiento.

Sonríe él.

— *M.Í.A.* —Repite, besando mi pecho.

Para ser precisa, donde está mi corazón.

Con suavidad saca su dedo de mi interior, con otra queja mía y muerde su labio sonriéndose, al sentirme.

Y extiende su brazo para sacar algo, del cajón de su mesilla.

Un condón.

Se sienta sobre sus talones frente mío regalándome la vista, de la gloria de su desnudez tatuada bajo la luz que atraviesa por la ventana, rompiendo el envoltorio con sus dientes para luego escupir con sus labios el sobrante y deslizarlo por duro y largo pene.

Hermoso y sexi, verlo.

Una de sus rodillas, separa más mis piernas al acostarse sobre mi nuevamente.

Y puedo sentir, el calor de su pene en mi entrada.

Entrelazando nuestras manos por sobre mi cabeza y apoyando su frente en la mía.

Posicionando mejor sus caderas y con un suspiro, me penetra con suavidad y se detiene.

Ambos gemimos y no pude soportar el calor que tira de mí y como algo natural mis piernas, abrazan su cintura provocando, que se profundice más en mi interior.

—¿Duele? —Susurra con su respiración entrecortada, besando mi nariz.

Miré sus labios.

Eran llenos y perfectos con ese piercing, entre ellos.

Negué.

Sujetó mi cuerpo y se empujó, más dentro mío.

Volvimos a gemir y otra vez, se detuvo.

—¿Duele, bebita? —Acaricia mi pelo, bajo todas las sensaciones nuevas, que me abrumaban.

Todas y con ese dulce ardor.

Calor, embargándome.

Y todas pidiendo a gritos, una sola cosa.

Que Caldeo se haga cargo y me saciara.

Y donde mi corazón, colapsado.

Pedía también y reclamaba, su posesión en mí.

Mi cabeza se sacudió negando y mis caderas como con vida propia se empujaron a su eje, provocando que tocara lo que marcaba mi virginidad.

Mi himen.

—Cachorra... —Jadeó al sentirlo, conteniendo su fuerza de tomarme y empujarse más.

Todo Caldeo era una batalla de freno, contra su dominio por poseerme a su ritmo.

Como él me dijo, una vez.

*Duro.*

Y una oleada de calor, me invadió al pensar en ello.

Porque, jodidamente quería y me sentí más excitada, pensando en eso.

Relajé mi cuerpo y mis dedos se enredaron en su pelo respondiendo que continúe y Caldeo hizo lo peor y más lindo, que posiblemente podía hacer.

Esbozar una sonrisa sincera y de amor, mientras se deslizó fuera de mí, para entrar otra vez.

*Con más fuerza.*

Y un ardor.

Un doloroso ardor, llenó mi interior con él dentro mío.

Gemí por ese daño que sentí, echando mi cabeza para atrás, arqueando mi espalda y diciendo su nombre.

Caldeo me abrazo contra él para apaciguarlo, inmóvil pero sin perder ese dulce contacto.

Y algo se rompió en mí, pero eso le dio un dulce acceso de consuelo a mi dolor.

*El sentirlo, plenamente.*

Cada centímetro de Caldeo, en mi interior.

Volvió a deslizarse hacía fuera, para entrar otra vez.

Y para mi sorpresa, ya no dolió tanto y en cambio, esa sensación de placer y querer más, me llenó.

Besé sus labios a medida que se empujaba, dentro mío.

Y gimió de placer al enroscar más mis piernas en su cintura, provocando que su embestida sea más fuerte en mi interior.

Grité su nombre por la fuerza, pero sin ser duro.

Lo hice de satisfacción y calló mi grito con un beso posesivo y demandante.

Succionó, mordió y lamió mis labios entrando y saliendo de mí.

Su otra mano se aferró más a mi cadera y acunó mi trasero, para profundizar con otro empujón, haciéndome ahogar otro grito.

Se quedó inmóvil por tan solo unos segundos acariciando con el dorso de su manos mi rostro para que nuestras miradas se encontraran y con todo su pene latiendo en mi interior, tan profundo que me hizo temblar.

Poco a poco, lo sentí sacarlo a afuera muy despacio.

Y mordió su piercing, sin dejar de acariciarme.

Porque quería, que lo sintiera cada centímetro de su longitud abandonándome, para luego penetrarme de vuelta.

—Tuyo... —Susurró bajito y empujándose, más dentro mío.

Rodeé su nuca, con mis manos.

—Tuya... —Susurré yo y empecé a sentir el acercamiento de algo hermoso ante el placer, obligándome a pedir más y arquearme más a él.

Mis piernas ante eso, comenzaron a temblar por ello y Caldeo con un gruñido de satisfacción, se entregó más a mí y por poseerme.

Algo líquido recorrió mi interior, el resultado de la llegada de mi orgasmo y envolvió a Caldeo en mi interior, dando más intensidad a nuestros cuerpos unidos y escurriéndose en nuestras piernas.

Cuando no pude más, cerré mis ojos y exploté en un dulce equilibrio entre el cielo, la tierra y en millones de pedacitos de mi éxtasis.

Sus brazos me sostuvieron con ternura, mientras me corría, para que no colapsara por mis piernas desfallecidas y con mis gemidos de placer, provocando el llamando del suyo y empujándose una y otra vez en mi interior, por la búsqueda de su clímax.

Y su cuerpo se tensa y estremece al llegar, con su corazón latiendo fuerte y con mi nombre en sus labios, con su última embestida ya de forma lenta, para sacar los últimos restos de su orgasmo.

Varios segundos pasan, con nuestros pechos todavía moviéndose de forma agitada e intentando recuperar el aire.

Me envuelve más bajo él, con cariño y pulsados aún por nuestra unión.

Abro mis ojos y me encuentro con los de Caldeo mirándome sudoroso y de forma tierna.

Corre mechones de mi pelo transpirado, de mi rostro y yo lo imito.

—Te amo, Junot... —Me susurra, bajito.

## Capítulo 25



Bostezo.

—Tía Lorna, se va dar cuenta... —Susurro, a su lado.

Caldeo, solo con unos viejos pantalones de gimnasia y descalzo, rasca su barbilla.

Su pelo está todo alborotado y disparado sin contar la cara de sueño aún, en su lindo rostro de piel café con leche.

Ambos a los pies de su cama, miramos sus sábanas con las pequeñas huellas rojas, de mi virginidad entregada.

—Papá, va a matarte... —Digo.

Asiente, totalmente convencido.

—Ordenará a Grands, para que lo haga... —Prosigo.

Asiente otra vez, sin dudar.

—Y no te salvará el hecho de que su hijo, sea tu mejor amigo... —Murmuro.

Hace una mueca seria, pero afirmando con su rostro.

Nos miramos.

Y rompemos, en risa.

Envuelta como estoy en una frazada y desnuda, me abraza y con un movimiento me alza, caminando en dirección a su baño y conmigo encima.

Se lleva puesto el colchón del piso por comerme a beso, lo que lo hace rebotar contra su armario y que caigan unos libros de un estante sobre su hombro, provocando que riámos más y a carcajadas.

Nos duchamos juntos y la esponja llena de jabón líquido y espuma en mis manos, recorre el cuerpo desnudo de Caldeo.

Me detengo en su brazo que tapizado en tatuajes con diseños tribales, flores de cerezos y algunas maravillas del mundo.

Que con sus colores de tinta en ocres, gama de los rojos y azules con sus sombreados y que ocultan en cierta manera, el color con el hematoma de tantas inyecciones y catéter.

Me inclino y su mirada me dice que sabe, lo que voy hacer.

No me lo niega.

Pero cierra sus ojos con un suave suspiro, cuando lo hago con la lluvia de la ducha sobre nosotros, mientras beso la zona varias veces y de forma lenta.

Para luego, ese brazo después se flexione, para rodearme y abrazarme.

Su otra mano desciende hasta mi baja espalda y me jala más a él, para volver a alzarme y llevarme contra la pared.

No lo impido y correspondo con mis piernas, abrazando su cintura.

Su mano vagan a una pequeña repisa en busca de otro condón y lo abre con los dientes, mientras corro a un lado su pelo y el mío que por el agua, estorba y cae sobre nuestros ojos.

Escupo agua.  
Se sonríe mientras se lo pone y con suavidad, comienza a introducirse en mi interior.  
Y los dos, gemimos por nuestro dulce contacto.  
Caldeo empujando contra mí y yo me dejo llevar, contra la húmeda pared de cerámicos de su baño.  
Suave.  
Espacio.  
Profundo.  
Disfrutándonos.  
*Y sintiéndonos.*  
Siendo dos personas, convirtiéndose en una.  
*Para siempre...*



Cambiados después y con ropa de semana cómodas, ya que decidimos no ir a clases, bajamos las escaleras con las sábanas hechas un bollo en un brazo, que contienen la prueba del delito.

Corremos al lavadero de su casa y con un programa avanzado, dejamos que el lavarropa haga su trabajo.

Y una vez hecho eso, en dirección al bosque con un beso fugaz a tía Lorna de los dos, que en el jardín riega algunas plantas bajo una canción de *Elvis Presley* sonando en su vieja radio y nos encaminamos a él.

Nos saluda, sonriendo.

Lo atravesamos corriendo y Caldeo toma mi mano, mientras va haciendo a un lado las ramas de algunos de los árboles, en nuestro camino con su otro brazo.

A orillas del estanque, el viejo Rata viene a nuestro encuentro y entre los dos, intentamos tumbar a Caldeo al eterno colchón de hojas del piso, por causa de muchos Otoños.

Trastabilla, pero con mirada divertida me lleva con él al suelo rodando en ellas, mientras Rata salta entre nosotros.

Y como en el pasado, Caldeo me deja encima suyo recostado.

Sopla un mechón de su pelo, que cubre sus ojos grises y que vuela a un lado para mirarme desde abajo mío.

Una de sus manos va y viene sobre mi espalda, mientras el otro brazo la flexiona bajo su cabeza.

Y por ese acto, el puño de su camiseta blanca se corre exponiendo su muñeca interna.

Y como en el pasado.

Sin sutileza y poco femenino de mi parte, me abalanzo para ver cada tatuaje nuevo.

Chillo, emocionada.

—¡Tienes un tatuaje, que no vi ahí!

Sus ojos siguen los míos y se abren por ello e intenta ocultarlo.

Arrugo mi ceño.

Aunque es muy pequeño, quiero verlo.

Como toda la vida lo hice, con cada uno de ellos.

Procuró, con otra maniobra.

Pero se niega y lo oculta, más bajo su cabeza.

Se sonríe.

*¿Eh?*

Me siento a horcajadas suyo y me cruzo de brazos.

—Quiero verlo, Caldeo...

Niega.

Le frunzo, mi ceño.

Se sonríe, más.

—¿Sabes, que no me daré por vencida verdad? ¿Y que, insistiré en ello? — Digo y afirmo totalmente convencido, acomodando más su brazo debajo de su cabeza.

—¿Tengo, que esperar? —Sigo, curiosa.

Me dice, que sí.

*Y maldición, porque no me gusta esperar.*

Toma mi nuca y me atrae a él, para besarme.

Suave y acariciando mis labios, para luego profundo con otra sonrisa, mientras nos ponemos de pie.

Porque gracias a Dios, siente algo de hambre.

Y almorzamos, en casa algo ligero.

Caldeo aunque no es mucho su apetito, prefirió solo unos sándwich de jamón, que nana Marcello nos preparó.

Con el subimos a mi habitación y mientras yo preparaba en otra mochila con más muda de ropa, Caldeo se tiró en la cuarta cama que papá mandó a poner, por sus visitas nocturnas a mirar la colección de los CD de música de Hope.

Quería presentarte a alguien me dijo, tomando mi mano y la mochila por sobre su hombro después y mientras bajamos las escaleras.

Y una tosecita, nos hace mirar los dos a la sala.

Papá sentado en su sillón en pantalón pijama, descalzo y camiseta, lee el periódico.

Me acerco, con un beso.

—¿No fuiste a trabajar, papá?

No contesta.

Baja el diario y nos mira a ambos.

*Mucho.*

Arquea una ceja.

—¿Por qué no están en clases, pequeños? —Nos pregunta.

—Y tú, en el trabajo? —Respondo.

—Dolor de garganta. Rayo dijo, que lo mejor era que descanse. — Hace, una mueca triste.

Me inclino a papá para abrazarlo, por su carita triste.

—¿Y mamá?

—Se fue y me dejó, solito... —Nos acusa.

Con Caldeo nos miramos y sonreímos.

Porque, mamá sería incapaz.

—Te escuché, Herónimo. —La voz de mamá aparece con unas bolsas de compras, que apoya sobre la mesada con las llaves del coche.

Nos besa a ambos sonriente, para luego mirar seria a papá.

*Sin sonrisa, para él.*

—Fui por tus remedios y unas revistas, para que no te aburras en tu reposo.

Papá frunce su ceño y acomoda sus lentes.

—Me dejaste enfermo y con un extraño. —Gruñe, señalando a nana Marcello.

Que desde la cocina lo oye y lo mira amenazante, con una mano en la cadera y la otra con la seria posibilidad, de tirarle un sartén.

Mamá, le rueda los ojos.

—Ya te dije una vez, que Marcello es como un padre, para ti.

—Cierto... —Farfulla, por lo bajo papá.

Con Caldeo los saludamos, para que se sigan matando con esos insultos sexis, que ellos se dan de toda la vida, para luego matarse a besos, abrazos y vaya a saber que más como siempre.

Nada nuevo, para mí, y mis hermanas.

Papá y mamá, se aman con locura.

No entiendo todavía, como no tuvimos más hermanos.

Tendríamos que ser, como cien.

## CONSTANTINE

Levanto mi fina copa de champagne, ante el brindis que todos quieren hacer por las negociaciones cerradas del Emirato Árabe por su petróleo al exterior, después de la cena.

Miro mi reloj con disimulo, dando un sorbo a mi copa.

Cinco minutos más y me largo.

*Jodidas, ajtímaeat aleamal.*

Latifa a mi lado y por abajo de la mesa, acaricia mi pierna interna para luego más arriba, sin dejar de sonreír o hablar con los demás integrantes de la mesa, en el finísimo restaurant en el que estamos.

Le elevo, una ceja.

Ya sus caricias, no me producen ninguna erección.

Lejos estoy, de ello.

Pero es hermosa, fina y educada.

Y muy buena, en la cama también.

Por eso me acompaña, en esta cena de negocios.

Sus ojos negros como la noche, me dicen que me aman.

*Alqaraf...*

¿Cómo se hace para negarla y no quedar, como un idiota?

Porque, sabe que no la amo y no se merece esto.

Pero ella aún, sigue a mi lado.

Hago seña a Cabul con mis dedos en alto, que está desde su rincón y unos metros detrás mío.

Le digo bajo en el oído, que vaya por el coche y me espere en la entrada.

Se que voy a quedar descortés, yéndome en plena cena de negocios.

*Me importa, una mierda.*

Vine por una cuestión de protocolo como mi deber de *Shayj* y porque firmando este acuerdo con mi bendición en ello, será más manos de obra y por lo tanto, más trabajo para mi pueblo.

Pero, solo escuché la cuarta parte de lo que decían.

Porque mi cabeza estaba con mi hermano y en las palabras de Lornaine, su madre cuando hablamos por teléfono.

<<— ...*Sus recaídas aumentan Constantine. Ya lo medicamentos, no hacen el efecto de antes y estoy preocupada hijo, porque Caldeo se niega a la quimioterapia. Es terco como una mula...y los médicos, aseguran que su hígado está más débil...*>>

Mi mano relajada sobre la mesa, se hace un puño.

*A la mierda los 5 minutos, de espera.*

Me voy.

Todos se ponen de pie, al ver que corro mi silla y dejo a un lado mi servilleta.

—*Sadati, wa'ana 'aetadhir...* —Digo.

Y sin más, me retiro con la reverencia de ellos por su respeto hacia mí.

Ayudo con su abrigo a Latifa, para luego de mi brazo caminemos en dirección a la salida.

Una vez fuera, beso su frente como despedida y se sorprende.

—¿No voy contigo al palacio, Constantine?

Niego abriendo la puerta trasera, de la *limosine* blanca para ella.

—No Latifa. Me voy ausentar, por unos días.

Sus ojos brillan, de tristeza.

—¿Viajarás?

Asiento.

—América. Visitaré, a mi hermano.

Sus manos se entrelazan delante suyo y baja la vista al piso.

Por respeto, a mí.

*Al Shayj.*

—¿Puedo, acompañarte? —Susurra.

Hago a un lado mi pelo de mis ojos, que se escapó de mi *Kafiyyeh*.

—No, Latifa.

Asiente obediente, para luego entrar al coche.

—Hablaemos, en mi regreso. —Digo cerrando la puerta y una vez dentro, toco el techo como orden a mi chófer, que la lleve a su casa.

Cabul a mi lado, me sigue al otro *parking vip*, mientras aflojo la pajarilla negra de mi smoking y el botón de mi cuello, mirando a adelante.

Le entrego mi *Kafiyyeh* acomodando mi pelo desordenado a un lado, para montarme en mi moto y ponerme el casco.

—¿Entonces está decidido, viajará *Shayj*? —Pregunta.

—Caldeo es muy terco, Cabul... —Digo encendiendo la moto y esta ruge, haciendo eco en el interior del estacionamiento.

El viejo se sonríe, negando y yo también lo hago, bajo el casco.

—*Faman mmithllik Shayj...* —Dice, sonriendo respetuosamente.

Y palmeo su hombro, con cariño.

—¿Somos hermanos, no? —Es mi respuesta.

Y hace una reverencia, de felicidad.

Con Cabul, es el único que me permito, ser un poco yo.

Un muchacho de 20 años y no, un hombre con tantas obligaciones.

—¿*Syd* Leon, sabe de su viaje por visita, al *Sayyid*?

Frunzo mi ceño, al sentir su nombre y niego.

—Se lo diré, personalmente...

Y hace, otra reverencia.

Con una seña de mi mano sobre mi casco, me despido de Cabul y con un chirriante acelerada de mi gran moto, desaparezco por la rampa con acceso a la salida del estacionamiento, seguido por algunos hombres que son parte de mi seguridad, en su coche negro.

Y acelero más, sonriendo para mis adentros, esquivando los coches a gran velocidad.

Los perderé, en la próxima esquina.

## Capítulo 26



Las puertas del bar *WaySky*, están sin llave.

Caldeo entra sin llamar y sin hacer caso, al cartelito que cuelga de la puerta con *cerrado* y conmigo detrás.

El sonido de alguien barriendo y la música de un viejo Country Blue, suena de alguna parte e invade el bar vacío.

Observo asombrada y muy a gusto con mis manos en los bolsillos traseros de mis jeans, que sin la oscuridad de la noche, el humo, las luces estratégicas y los láser, el lugar se transforma a un bar cálido, acogedor, diurno, en pisos de madera y con la temática de los '80 en decoración y música.

El hombre de tupida barba entrecana y fisonomía temible barriendo, hace seña a unos de los empleados que tomen la escoba por él y se acerca a nosotros.

Palmea con cariño el hombro de Caldeo, para luego mirarme de forma curiosa y sin preámbulos.

Estrecha mi mano.

—La muchacha, del whisky. —Dice con su voz atronadora, recordándome de anoche.

Caldeo me frunce el ceño y yo, le ruedo los ojos.

El hombre suelta, una carcajada.

—Tranquilo Caldeo, solo tomó una Coca Cola doble. —Me mira. —Soy Salvador, dueño del bar y amigo del muchacho. —Se sonrío.

Una sonrisa cálida aparece, bajo ese semblante agreste y temerario.

—Junot... —Digo, algo tímida.

Al sentir mi nombre, el hombre abre sus ojos.

Y se sonrío, más.

—No podías ser otra. Ya, era hora de conocerte...

Miro a Caldeo.

Solo se sonrío como Salvador, pero no me dice nada.

Tomando mi mano, me lleva en dirección a la barra donde nos sentamos.

Pero capto, que este hombre es muy importante para Caldeo y la persona, cual quería presentarme.

Tras disfrutar de una jarra de zumo de frutas de estación y rodajas de budín de vainilla casero, me cuentan cómo se conocieron y se hicieron amigos.

Por una noche que Caldeo, cayó al bar a ahogar sus penas.

Para ser exactos, un par de días después de su llegada a África.

Las intenciones de Caldeo era emborracharse, pero no llegó a buen puerto por dos razones.

La primera.

Jamás tomó alcohol, lo detesta y de eso soy testigo, porque de chica en reuniones familiares,

mientras todo lo hacíamos con algún brindis, él se limitaba al vaso de gaseosa.

La segunda.

Medicamento fuertes por su enfermedad en combinación con alcohol, bomba estomacal y a la primer medida de vodka con limón, Caldeo se descompuso y se desmayó.

*Sip.*

Muy macho.

Cuando despertó se encontró en una cama estilo turca, cómoda, limpia y a Salvador en una silla cuidando de él.

Desde ese episodio, casi dos años de amistad entre el exótico y lindo Caldeo y el temible hombre de barba entrecana.

Que en una de sus tantas visitas a su amigo en sus tardes en el bar y después de clases descubrió que Salvador, fue en su juventud parte de una banda y como tal, excelente guitarrista y como ex soldado de escuadrón de tierra y amigo, con ella animaba a sus compañeros de batallón en plena guerra.

Donde sus notas musicales y canciones cantadas por él era la paz y fortaleza para ellos, desde sus trincheras en las noches, bajo la cortina de fondo de bombas cayendo por aviones enemigas a pocos kilómetros de distancia o el silbido perdido, de alguna metralleta.

Y enseñó a Caldeo, a descubrir su pasión.

Cantar y a tocar la guitarra.

Canalizar sus alegrías y tristezas, a través de ambas y no en un vaso de alcohol.

En el poder, de una canción.

En el poder su majestad, la música.

Y en el poder, de una voz.

*Su linda voz.*

Entre risas de los tres, la pantalla del celular de Caldeo se ilumina sobre la barra, por la entrada de un mensaje de texto.

Su expresión alegre al levantarla y chequearla, cambia a enojo al leerla y sin más, se levanta de su banqueta con el en manos y en dirección a la puerta de la salida, mientras teclea algo y la sube a su oreja corriendo su pelo a un lado.

Miro a Salvador, sin entender.

¿Va llamar, al que le mandó el mensaje de texto?

Y Salvador, acaricia su barba pateada del otro lado de la barra, sentado frente mío.

—Solo una persona, saca su temperamento de tranquilo a furia a Caldeo...

Sin dejar de mirar la puerta por donde salió y quedó entre abierta, murmuro.

—¿Constanza?

Suelta una risita, silenciosa.

Niega.

—No, chica. Un tal Constantine, que Caldeo le niega su atención.

Y me giro a él, de golpe.

*¿Así no se llama, su hermano?*

¿Y por qué, Caldeo hace eso contra él?

Me bajo de mi banqueta y con una seña de mi pulgar en dirección a la puerta, le digo a Salvador que sigo a Caldeo.

Él asiente, limpiando la barra con un trapo.

Y no necesito salir afuera, porque ya desde la puerta abierta, se escucha la voz de Caldeo.

Discutiendo.

Elevada.

*Sip.*

Elevada.

Y en otro idioma.

Mis ojos se abren, apoyada en la puerta.

*¿Caldeo sabe hablar, en otro dialecto?*

Es una lengua extraña.

Tal vez árabe.

O turco.

*Sinceramente, no lo sé...*

Pero lo que sí y es certero, es que ese idioma bajo la voz de Caldeo es poderosa, demandante y autoritaria.

Lo miro al salir de la puerta, en dirección a él y algo me sorprende.

Está a espaldas mía y con una de sus manos en la cintura.

Aunque lleva puesto sus sencillos jeans negros, con una simple camiseta mangas cortas oscura y con el logo de Greenpeace en verde.

Caldeo transmite una gallardía diferente y poder, sobre sus hombros como porte.

Que irradia con esa lengua extraña, en voz y postura.

*Algo imperioso.*

—Caldeo... —Susurro.

Se aparta un poco y se gira.

Sus ojos chocan con los míos e inmediatamente deja de hablar y se siente del otro lado, que alguien lo llama.

Muerde el aro de acero, que perfora su labio inferior.

Y cuelga.

## CONSTANTINE

— *Al 'ahmaq sakhif...(pendejo de mierda)* —Gruño una maldición desde el asiento trasero de la *Hammer* triple cabina blanca, conducida por Cabul sobre la gran avenida.

*Me cortó.*

Gruño más fuerte, ganándome una risita de Cabul, por el espejo retrovisor.

Se detiene en un semáforo en detención, mientras intento llamarlo.

Me manda al buzón.

Perfecto.

Mi hermanito bonito, ahora no me quiere atender.

Después de casi quince minutos escuchar sus mandatos imperialista y sus mierdas de hermano mayor por tres minutos, de obediencia al *Sayyid* y de que no viaje a verlo, me corta en plena discusión.

Mi garganta se cierra, no puedo tragar y hasta siento, que me cuesta respirar.

Quiero estrellar mi teléfono contra la puerta de mi lado y destrozarlo en un millón de pedazos.

*Mierda contigo, Caldeo.*

Y voy hacer ese puto viaje, lo mismo.

El coche se detiene en el gran portón de seguridad y de acero crudo, que abren automáticamente, ante la presencia de este.

Los guardias uniformados y con armas colgando de sus hombros, hacen una reverencia ante mi llegada por más que no ven, por los vidrios polarizados de oscuro.

Pero saben, que estoy.

Una vez dentro, el director del *Jazzayiy* (penal) ya está a la espera para recibirme, en el patio interno del presidio.

Abre mi puerta con un saludo de reverencia, mientras a Cabul le hago seña con un dedo en el aire, que aguarde dentro del coche.

Asiente.

Lo imito al hombre y sin palabras verbales de por medio, lo sigo cruzando por la única puerta de acceso y con ese extenso pasillo.

Oscuro.

Y casi, sin luz.

*Como los condenados, que habitan en él.*

El director se despide al llegar a las doble puerta con barrotes de seguridad, donde dos guardias ya están a mi espera, como cada vez que vengo.

Suspiro.

El sonido de la alarma autorizando la abertura de la puerta y proveniente del piso de control, se siente de forma insipiente.

Y otro corredor, nos recibe.

Uno más amplio de color marfil y con puertas en material de aleación blindada, en ambos lados de sus paredes.

Ocupadas por prisioneros, cumpliendo su condena en absoluta soledad y máxima seguridad.

Casi al final, uno de los guardias pasa el código secreto por el tablero, contiguo a la puerta.

Esta se abre mecánicamente, con el bip de fuera cerrojo de seguridad.

Los custodias se hacen a un lado con respeto hacia mí para que ingrese, pero dejan la puerta abierta y se ponen en guardia y a ambos lados de esta con armas en manos.

Ingreso a la habitación y me detengo a mitad de ella.

Está iluminada por la ancha y enrejada ventana sin cortinas, donde la luz diurna dibuja sobre la pared frontal, la silueta de esta con sus sombras.

El sonido de una vieja mecedora estilo turca en madera ébano y gamuza, invade el lugar con su ir y venir, meciéndose por alguien.

Cruzo mis brazos, sobre mi pecho.

— *Hal wasalna 'iilaa ruyat abni... (viniste a verme, hijo mío)* —Dice con su voz despectiva y sin amor, pese a su oración.

Sin mirarme.

Solo, meciéndose una y otra vez.

Despacio.

*Lentamente.*

En otra época, esa actitud me hubiera dolido.

Pero, ya no.

Bajo, mi mirada a él.

—Leon... —Solo digo, como saludo.

## Capítulo 27



—¿Es tu idioma natal, Caldeo? —Pregunto, acercándome a él.

Sigue mordiendo el piercing de su labio, para luego de forma cansada asentir con su cabeza, mientras una llamada suena de su celular.

Se limita a guardarlo en el bolsillo trasero de su jeans, sin atender.

Aún sigue estático, sin movimiento y no sé por qué, siento que descubrir esa parte de su pasado le molesta.

*¿Por qué?*

—¿Hablabas, con tu hermano Constantine? —Pregunto.

Su cuerpo se contrae como si hubiera recibido un latigazo y sus ojos se abren ante la sorpresa, para luego estrecharse al mirarme de forma fija.

—¿Qué sabes, de Constantine? — Gruñe bajo.

Me encojo de hombros.

—Nada. Solo que lo conociste, en tu viaje a África...

No dice nada y su mirada baja a un punto fijo del piso, para luego encaminarse haciendo su pelo a un lado y a su camioneta estacionada de la noche anterior, en el estacionamiento del bar y con mis manos entrelazadas en mi pecho, lo sigo.

—¿Acaso, no lo amas? —Susurro, a sus espaldas.

Se detiene por mi pregunta, apoyando una mano en la cabina trasera de su vieja *Ford*.

Suspira y se gira a mí.

—Yo, amo a mi hermano cachorra... —Dice, con firmeza.

Me acerco.

—Pero, tu voz... —Digo. —...la forma en que te dirigías a él, en el teléfono...

—Lo protejo. No podemos, estar juntos... —Su voz es seca y apenas audible.

Abre la puerta del acompañante luego como si nada y dando como finalizada la conversación, para que suba.

Y yo, la cierro de una patada fuerte.

Estoy furiosa.

Me frunce sus cejas al ver la marca que dejé a la puerta por mi acción y me mira con odio, con esos ojos hermosos color hielo.

Sus manos se hacen puño frente a él de la impotencia y el tono de su rostro, se eleva a dos rojos.

Tal vez, tres.

Un bonito, rojo sangre.

Creo, que va a explotar.

Pero, solo silencio.

*Y más silencio.*

Con un ademán fuerte de su mano extendida me señala con un dedo, la puerta un poco abollada.

Volvió, a su eterna mudes.

—¡Qué! —Grito y me cruzo de brazos.

Sigo furiosa.

Vuelve a señalar, la puerta.

—¡Eres un maldito insensible, Caldeo! —Chillo. —¡Estamos hablando de algo importante y te preocupa más, por una jodida puerta de un coche!

Muerde su aro.

—¿Sabes cuánto meses de ahorro y horas de trabajo, me costó la restauración de mi camioneta? —Deja su silencio, para gritarme.

Me grita.

ME GRITA.

Y chillo de frustración, mirando el cielo.

*Dame paciencia, señor.*

Mira el cielo siguiendo mis ojos y me arquea una ceja, por eso.

Y quiero gritar más, por hacer esa mierda tan linda de elevar su ceja, que lo hace más sexi.

Gritar mucho y decirle que es un patán y un jodido de mierda.

Pero mis sentidos verbales se bloquean, por un nudo en mi garganta impidiendo que salgan la sarta de juramentos que quiero gritarle.

*¿Y por eso, mi mejor respuesta?*

Mostrarle el dedo del del medio, de forma infantil y girándome sobre mis talones, camino a la dirección contraria de él.

Pestañea focalizado, en mi dedito levantado hacia él.

Pone las manos en sus caderas.

—¿Dónde vas, cachorra?

No te pienso mirar, Caldeo.

—Me vuelvo sola. —Digo, sin dejar de caminar.

Siento su risita, a mi espalda.

—¿12km?

*Cabrón.*

—¡Jódete!

Resopla.

—Cachorra, ven...

*Ni una mierda.*

—No.

Otro resoplido, por parte de él.

—Junot ven aquí, ahora. —Su voz aunque es baja, es de mandato y se torna imperiosa, como en la llamada por teléfono, con su hermano.

*¿Pero qué se cree, un príncipe?*

Levanto mi mochila que quedó olvidada, en una pared.

Lo miro y hago a un lado mi pelo, sobre mi hombro.

—Vete a la mierda con tu orden y tu indiferencia de hermano. —Refuto.

Y quiero morder mi lengua.

Porque viene a mi, con pasos decididos y apurados al escucharme.

*Huy.*

¿Correr?

Imposible, demasiado cerca.

¿Un mochilazo?

¿Un rodillazo?

Y antes de que piense en una tercera opción, Caldeo me atrapa y su expresión es fría y dura, cuando me alza por la cintura y me carga en su hombro con una nalgada de castigo, mientras se vuelve sobre sus pasos a su camioneta.

Esto, se estaba convirtiendo en algo cotidiano y chillo, sobando mi trasero ardido.

Llegando a esta, en vez de abrir otra vez la puerta del acompañante, me baja apenas y aunque es con cuidado, me lleva contra ella.

Para luego besarme, hasta dejarme sin sentido.

Lo hace de forma dulce y profunda, pero demandante.

Y su cuerpo, se pega contra el mío.

Cuando finalmente me puso en el piso y dejó de besarme, estaba de peor humor que antes.

Su expresión me hizo, ocultar una risita.

No me suelta de su agarre y sus lindas manos tatuadas, acunan mi rostro.

—Yo no soy, insensible. Yo, adoro con mi alma a mi hermano Juno... —Me susurra. —...créeme... —La mirada de sus ojos, pese a la frialdad que pueden transmitir por su color, irradian calor al nombrar a su hermano y decir, lo que siente por él.

—Te creo, pero quiero saber más Caldeo. Me lo merezco... —Digo. —...devuélveme los días, que me robaste... —Prosigo. —...quiero, saber todo...

Su lindo rostro se endurece, porque todo lo que es África y su pasado, le duele.

Pero cerrando sus ojos, asiente.

Y lo abrazo fuerte, porque siento su tristeza.

Sus anchos hombros se empiezan aflojar por mi contacto y sus brazos, me rodean para abrazarme fuerte también.

Apoyados en su camioneta y únicamente nosotros, en ese inmenso estacionamiento.

## CONSTANTINE

—Muchas lunas, han pasado *abni alhabib*, (querido hijo) desde tu última visita... —Aunque eso, viniendo de un padre sonaría a reproche, en León no.

Más bien, es una apreciación.

Sigue, meciéndose.

De forma suave.

Tranquila.

Y sin levantar, su vista a mí.

*Sin mirarme.*

Y como si hablara consigo mismo, prosigue.

—¿Vas a buscar a *'akhuk* (*tu hermano*) no es cierto?

Y un jadeo sale de mí, tensando mi cuerpo por sus siempre aciertos y en la forma que lo dice.

*Esa forma seca, certera y fuera de signo, de vida y amor.*

Y aunque, la oscuridad de la fría habitación y mi distancia de él, me lo impide.

Siento su sonrisita silenciosa, que toda la vida lo acompañó, elevándose una de las comisuras de sus labios, cuando se sentía poderoso.

Una sonrisa, sin emoción.

Que más que simpatía, produce temor.

Mi postura, cambia a rígida y fuerte, ante él.

—Siempre admirable tus certezas, Leon. —Murmuro, caminando unos pasos a él. —Voy a buscar al *Sayyid* a que ocupe su lugar.

Sus manos viejas, aprietan con fuerza los apoyabrazos de la mecedora.

La rabia.

*Su rabia, de siempre.*

Por mi hermano.

*Dios...*

¿Si es, su hijo también?

Hace un chasquido con su lengua y por fin, se digna a mirarme con esos ojos grises y cristalinos que heredamos con Caldeo y con ese desprecio con poco disimulo, que toda la vida se manejó.

Cuando era joven.

Cuando fue, mal esposo.

Mal padre.

*Y mal rey.*

—¡El *Sayyid*, eres tú! —Vocifera y se pone de pie, caminando hacia mí.

—¡Por qué, te derroqué! —Respondo.

Los guardias se alertan ante su grito y se posicionan ante él con sus armas.

Pero, elevo una mano como orden en ellos, negando.

Provocando que el inmenso anillo de generaciones dada y antigüedad en mi dedo anular, al primogénito varón de la princesa *Baru Hashim* de las *tribus Qurash*, destelle en su oro blanco y la piedra púrpura, del profeta Abraham.

Esa actitud amenazante de venir a uno, años atrás me hubiera hecho dar miedo.

Mucho temor.

*Hasta temblar.*

Como lo hice incontables veces, siendo niño y agazapado desde un rincón, con mis brazos cruzados sobre mí, para protegerme en alguna parte del palacio.

A la espera, de sus castigos.

Ahora, ya no vacilo.

Ni siquiera, le temo.

Es un pobre viejo.

Los excelentísimos y mi pueblo una vez me preguntaron, porque no lo pené a muerte por sus culpas.

Simple.

*No soy, un asesino como él.*

Y su amenaza a golpearme, queda a mitad de camino de mi mano tomando su garganta.

Soy mucho más fuerte y lejos está su altura, de mi 1,90m.

*Y más poderoso.*

Por mis años de entrenamiento en la real academia militar, de *Sandhurst* del Reino Unido y mi blasón.

—No te atrevas, a levantar tu mano hacia mí, León... —Gruño.

Lejos estoy de lastimarlo, pero con la mirada de sus ojos ante mi presión sobre su cuello, está enterado que conmigo ya, no se jode.

— *¡Nakir liljamil w ghyr mjzy!* (desagradecido e ingrato) —Jadea y se suelta de mí.

Le hago una reverencia como respuesta, porque no soy eso.

Pero lo miro de forma dura a través de mis pestañas oscuras.

—Por mucho tiempo, no entendí tu desprecio *a'khi* (a mi hermano). Pero el único y verdadero *Sayyid* del pueblo, es Caldeo Kosamé primogénito de la descendencia, del patriarca Abraham... —Elevo, mi anillo. —...de la ciudad de los *Ur Kásdim* o ciudad *Ur de los Caldeos* y su piedra púrpura. —Finalizo con fervor, por amor a mi pueblo y hermano.

Me giro y con una seña, le doy órdenes a los guardias, que se retiren conmigo.

Doy por finalizada mi visita, pero su voz rasposa me detiene y se congela la sangre, al escucharlo.

Está a espaldas de mí y con ambas manos apoyadas en la mesa que es parte del mobiliario de la habitación.

—La naturaleza, es sabia. Ella lo demuestra con cada ser vivo, Constantine Kosamé... —Me mira, por sobre su hombro. —...en un *qatie*, (manada) la cría más débil, debe morir y ser sacrificada para no arriesgar el crecimiento de los hermanos sanos. Deberías agradecerme...

Río, con asco.

—Hablas como si tus hijos, fueran animales. —Niego. — Pero, aunque si esa fuera tu verdad, nunca fue la cierta, León. —Mi mano es un puño, en la puerta apoyada. —Nunca fue por ser mi hermano mayor, un niño enfermizo. Ese hijo, que nunca te conmovió. Fue por el poder...por ser *Malik shaebina'ilaa al'abad* (el rey siempre de nuestro pueblo). —Y con esas últimas palabras, me retiro.

No espero que un guardia a mi salida y llegando al coche, me abra la puerta trasera.

Lo hago por mí mismo y me derrumbo en el interior.

Me deshago de mi *Kafiyyeh* dejándolo a un lado de mi asiento y desabotono, el cuello de mi túnica.

Despejo el pelo de mis ojos, haciéndolo a un lado.

Cabul me mira a través de su hombro, pero no dice nada y en silencio vuelve su mirada al frente, mientras enciende el coche.

Conoce mi estado de ánimo, después de cada visita a León.

Dejo descansar mi espalda en la totalidad del asiento, mirando el techo y luego a un lado.

—¿Cuándo estará listo el avión privado, para mi viaje Cabul? —Pregunto, mirando a través de mi ventanilla.

—El avión ya está en la pista, aguardando *Shayj*. — Dice, internándose en las calles. —Solo resta esperar, que en horas recibamos la autorización del aeropuerto del país Americano, por la autorización del plan de vuelo y aterrizaje autorizado.

*Algo bueno, en esta mierda de día.*

Apoyo mi brazo sobre la ventanilla y froto mis labios sonriendo, observando el paisaje que me da y pasa por ella.

Pronto, veré a mi hermano.

## Capítulo 28



Mis dedos juegan con el tallo de una gramilla, hasta arrancarla y llevarla a mi boca de forma pensativa.

Nos sentamos los dos sobre el césped en la cima de una colina y dejando mi camioneta, estacionada unos metros detrás nuestro.

Miramos desde su altura, la vista que nos regala de la linda zona semi poblada donde vivimos.

El campus Universitario se divisa en la lejanía, con sus grandes pabellones estudiantiles en color amarillo y las arboledas que lo rodean.

Y mis ojos, vagan más abajo.

A una pequeña canchita de fútbol hecha en un descampado, donde una docena de niños juegan a la pelota y sus gritos de festejo como de aliento propio del juego, se sienten de donde estamos.

Miro a mi cachorra.

Su mirada, también está en los niños y la pelota.

Y se sonríe, cuando marcan un gol y mi corazón salta.

Es tan bonita.

Tan chiquita.

Tan natural.

*Mi gran amor...*

Me recuesto sobre el césped, cubriendo más con la capucha de mi campera, mi cabeza corriendo mi pelo aún lado.

Y suspiro, mordiendo el piercing de mi labio.

Cachorra, no me obliga.

No insiste.

Se limita a mi lado a esperar y que empiece, con lo que lo único en mi vida, nunca deseo hablar.

*Mi origen.*

Mi pasado arrebatado de niño, para devolverlo sin mi permiso, de adolescente.

—Mi verdadera madre, se llamaba Fadila... —Suelto de la nada y sin dejar de mirar las nubes blancas, recostado y que llenan parte del cielo.

Una leve sonrisa me nace, al recordar el juego de encontrar formas a algo en ellas y de niños con cachorra.

Siempre ganaban, los conejos y tortugas.

Juno se gira a mí al escuchar mi voz, pero no dice nada ni me llena de preguntas por mi dicho.

Aunque la expresión de su bonito rostro, está llena de ellas.

Su mirada sigue la mía a las nubes y vuelve a mi sonriente.

Lo recuerda tan bien como yo, a nuestro juego de infancia.

Abro mi brazo y entiende.

Se recuesta sobre el césped y a mi lado.

Apoyando su mejilla en mi pecho y la rodeo con el, besando su frente.

Y suspiro nuevamente, mirando el cielo.

Por tener a mi bebita entre mis brazos y porque, por primera vez voy a hablar de esto con alguien.

—Hija única. —Prosigo. —De una rama de la tribu *Baru Hashim* proveniente, de un clan antiguo y de origen en *Adnan* que pertenecía a *Mahoma*. Un linaje que se remonta de la época A.C y del profeta Abraham. —Cuento. —Los *Qurash*.

—Muy antiguo... —Solo dice, con su vocecita en voz baja.

Asiento, apoyando mi barbilla sobre mi pecho, para mirarla, pero no veo sus ojos.

Solo su pelo suelto esparcido sobre mí y que brilla como el cobre por el sol.

—La confinaron desde su nacimiento, a un matrimonio arreglado y a conveniencia, con otra familia de alto poder y dinastía, los Kosamé. —Le relato. —Familia constituida por altos mercaderes y a su hijo mayor, León.

Sus ojos se elevan.

—¿Tu verdadero padre?

Vuelvo asentir.

—Fadila con 16 años, contrajo matrimonio con Leon de 28 y de esa unión, nacimos mi hermano Constantine y yo...

Los ojos de mi cachorra se abren grande, incorporándose de golpe de mi pecho.

*Santo Dios.*

Quiero besar, la unión de sus cejas elevadas, por la sorpresa.

—¿Son gemelos? —Exclama.

Cruzo mis brazos detrás de mi cabeza y la miro desde abajo.

—Mellizos. —Corrijo. —No somos idénticos como tú y tus hermanas, pero muy parecidos...

—Sonrío.

Su nariz, se arruga.

Sonrío, más.

Igual, que tía Vangelis.

Y sus ojos, reposan en una flor silvestre del suelo.

—No entiendo, Caldeo... —Murmura. —Adoras a tu hermano, te reencontraste con él y tu sangre...

Mi sonrisa cae y me reincorporo también, pero de mala gana.

Al lado de la flor silvestre que sigue reposando su vista Juno y acaricia con su mano, una piedra.

La tomo con mi mano y juego con ella para lanzarla luego, colina abajo.

Resoplo.

—El hijo primogénito varón de esa unión, por el linaje de sangre maternal *Baru Hashim*, se convierte en el *Sayyid* de su pueblo cachorra.

Me mira.

—¿Como un guía, espiritual?

Niego.

—¿Título honorífico? —Insiste.

Niego, otra vez.

Hace una mueca, pensativa.

—¿Un ilustre en algo, entonces?

Vuelvo a negar.

—Un cargo, más alto... —Digo.

—No sé mucho, de una monarquía. —Acaricia otra vez la flor y se encoje de hombros. —Solo algo así de mandatarios y consejeros, que ayudan al... — Y su mano, deja de tocar la flor de golpe y yo muerdo mi labio.

Me mira con sorpresa y abriendo su bonita boca.

—¡No jodas! —Chilla. —¡Tu hermano, es un príncipe!

Muerdo más el aro de mi labio, negando.

Frunce sus cejas y cruza sus brazos.

—No entiendo, entonces... —Murmura y me mira raro.

Y le inclino mi cabeza, con obviedad.

De golpe sus manos, suben a su boca.

—¡Oh Dios...oh Dios! —Me señala, dudosa.

Todavía no cae, mi bebita.

—¿Tú...eres el mayor? Entonces, el príncipe...

— *Sayyid*, del pueblo. —Finalizo, su oración.

Se sienta, sobre sus talones.

Y queda en silencio.

*Un gran silencio.*

Y tiesa, como una piedra.

Una hermosa piedra.

Y me entrecierra, los ojos.

*¿Eh?*

Para luego, golpear mi hombro de golpe con su puño y con mucha fuerza.

—¡Eres un puto príncipe, de un país entero en África y me armas una pelotera, por un rasguño de mierda de la puerta, de tu vieja camioneta! —Chilla enfurecida. —¡Cuando debes tener una flota de geniales y deportivos autos allá!

No me aguanto.

*Lo intento, pero no puedo.*

Mi carcajada suena en media montaña, sobando mi hombro dolido por su golpe, recostándome otra vez en el césped.

Pese a que entiende mi título, no le interesa.

No le importa quién soy en África, lo que conlleva y significa eso.

O si estoy bañado en oro y joyas legendarias, de mi pueblo.

*No le seduce.*

Porque cachorra, solo me sigue viendo como el jodido Caldeo que le reprochó la abolladura de la puerta, de mi camioneta.

Su mejor amigo.

Una persona simple y común.

## JUNO

Frunzo más mi nariz y aún con mi puño en alto.

¿Qué le causa, tanta risa?

Hasta que mi mano se va abriendo y bajando hasta mi regazo, como el razonamiento en mi cerebro.

Dulce Jesús.

*Caldeo.Es.Un.Príncipe.*

Un jodido, exótico, tatuado y rebelde, príncipe árabe.

*Re mierda.*

Pero...

Me siento cruzando mis piernas, tipo indio.

Todo parece malditamente como esas bonitas dentro de la tragedia, leyendas o historia de cuentos de hadas.

¿Por qué, su mirada de ese gris cristalino, son tristes igual?

Me reacomodo en mi lugar, empezando a entender.

—¿Es por tu padre, no es cierto? —Murmuro.

Suspira y se sienta como yo frente mío.

Y asiente.

—En la línea, de sucesión. Si el primer hijo varón no sube al trono por herencia de una jerarquía matriarcal, como príncipe. La sucesión le corresponde al padre, que se convierte en rey.

No entiendo.

—¿Y tu hermano?

Caldeo niega.

—Lo heredaría a la vejez del rey, por no ser el hijo varón primero.

Mi corazón golpea por la crueldad, en solo pensarlo.

—¿Tu padre te envió lejos, para desenterrarte y ser él, el rey?

Vuelve a negar, en silencio.

¿Qué?

—Mi madre, *Al —Amirah Fadila...* —Susurra.

Froto mi mano en mi frente, como si eso ayudara a aclarar toda esta confusión.

*¿Su madre, también era despiadada?*

—No. —Dice respondiendo, a mis pensamientos. —Ella era buena Junot. Solo me protegió, de mi padre...

¿Eh?

## CONSTANTINE

Saco mis auriculares de mis oídos escuchando música y abro mis ojos desde mi asiento, al sentir el roce suave de una mano en mi hombro.

El rostro de la aeromoza de mi avión privado con una sonrisa, me señala el pronto aterrizaje al aeropuerto de pie a mi lado.

Obedezco abrochando mi cinturón de seguridad, con un asentimiento.

Miro a través de la ventanilla la gran tierra Americana, bajo el avión.

Llevo una mano a mi pecho, porque algo me invade.

Una sensación.

*Te siento cerca, hermano...*

Veinte minutos después descendo de este, con un saludo de reverencia de respeto del capitán y su tripulación a mí.

Bajo de las escaleras, mientras me pongo mis lentes oscuros y de sol, haciendo mi pelo a un lado y que cubre parte de mis ojos.

El sol despejado de este gran cielo, me baña con el.

Sonrío.

Prohibí la espera de un coche por mí, en la plataforma de aterrizaje para que no llamara la atención.

Prohibí a agentes de seguridad a caminar a metros mío, como lo hacen en África y por suelo que piso.

Aunque sé, que lo estarán a una distancia prudente, bajo ropa civil en toda mi estadía.

Prohibí a mi fiel Cabul, a viajar conmigo bajo su rabieta por ser lo más cercano a un padre y protector, que es hacia mí.

Y adelanté este 36h antes por si se infiltraba mi llegada, así los paparazzis y periodistas de ambos países no dieran conmigo.

Nadie sabe, de este viaje.

Nadie sabe, que estoy aquí.

Está prohibido, por mi mandato.

El gran *Sayyid*.

Paso por la puerta de ingreso, acomodando mi camiseta blanca bajo mi chaqueta de cuero negra y a la espera de mis valijas por la cinta transportadora, como cualquier persona normal.

De mi mochila, saco una gorra de beisbol y me lo pongo, sobre mi pelo desordenado.

Me gusta.

Al girarme, me choco con un grupo de chicas cargadas con mochilas y bolsos que por su etnia nórdica, son extranjeras como yo.

Estudiantes de intercambio, tal vez.

*Bonitas.*

Curvilíneos cuerpos.

De labios llenos y sugerentes.

Ríen y hablan por lo bajo entre ellas al verme, desde su rincón.

Hago fila a la espera de presentar mis papeles y sacando mi pasaporte, del bolsillo trasero de mis jeans.

Les sonrío y recibo de ellas, más risitas.

Niego divertido con mi maleta a un lado volviendo a la espera, de la fila y poniéndome los auriculares que cuelgan de mi cuello, nuevamente en mis oídos por buena música.

*Sería interesante divertirme algo, además de buscar al descarriado de mi hermano...*

## CALDEO

—Mi padre, nunca me aceptó... —Susurro, entrelazando mis manos sobre mis rodillas elevadas. —...era, un bebé enfermizo. A ciencia cierta nadie sabía a este ese momento que tenía, ya que padecía de malestares, falencias y mi enfermedad, no estaba detectada. Y él no aceptaba un hijo suyo y de su sangre. —Relato. —Un Kosamé, enfermo. —Estiro mis piernas de forma cansada y cruzo una sobre la otra.

Mis ojos se humedecen y bajo mi vista, de mi cachorra.

—Y mi padre, quería ser el rey...mi madre solo intentó protegerme, Junot de un nefasto final con 2 años de vida y dando la orden, de llevarme lejos.... —Mi voz se quiebra y se pierde, con esas últimas palabras.

Porque y aunque fue mi padre biológico solamente, duele como la mierda saber que no te amó y quiso, deshacerse de ti.

Y callo, de golpe.

<< *No hables, Caldeo...* >> El recuerdo de Lála, me invade.

Ella, tenía razón.

Mis manos sobre mis lados, se hacen puño.

Porque, hablar duele.

Lastima.

*Y el silencio, protege.*

De golpe algo cálido, me envuelve.

Fuerte.

*Dulcemente, fuerte.*

Mi bebita me sorprende, con un abrazo.

Es de consuelo.

De protección.

*Y de amor...*

Un abrazo que por la fuerza, nos tumba al piso.

Y choca sus labios, con los míos.

*Paz.*

—Shuu... —Me silencia, entre mis labios. —...ya me devolviste, muchos de mis días robados.

—Me sonrío.

Y yo agradezco, que no quiera preguntar más.

Mis manos se aflojan, para envolverla y devolver ese beso.

Profundo.

*Pero...*

Mis ojos, se abren de golpe.

Algo, tensa mi cuerpo.

Y no es una erección palpitante, por tener a Juno encima.

Mi cachorra arriba mío, me mira raro.

—¿Qué? ¿Qué pasa, Caldeo? ¿Te duele, algo? —Murmura preocupada y mirando mi rostro, en busca de una señal de descompensación por mi enfermedad.

La tranquilizo negando y acariciando su mejilla.

No fue dolor.

Acaricio mi pecho, mirando el cielo donde atraviesa en su lejanía, un avión surcando el aire.

Pero es una sensación fuerte y como si fuera, parte de mí.

Cerca.

*Muy cerca....*

## Capítulo 29



El sábado por la noche, el interior del club deportivo Universitario está colmado.

Todas las gradas que rodean la cancha de básquet, están atestadas de público.

Sea los visitantes como estudiantes y familiares de los jugadores, con carteles y souvenirs que alientan a nuestro equipo local.

Fresita y Amely caminan detrás mío y entre la multitud, buscando nuestros lugares con vasos de gaseosas en mano.

Tío Pulgarcito y Lorna nos saludan con la mano en alto metros más adelante, señalando los tres lugares vacíos para nosotros y reservados al lado de ellos.

El rugido de la gente con aplausos se siente, cuando las porristas de nuestra U, dan inicio al campeonato nacional y previa del juego, en medio de la cancha con sus acrobacias y baile bajo una canción de moda.

Doy un sorbo con la pajilla a mi gaseosa, mientras tomamos asiento en nuestros lugares y saludamos a mis tíos.

Después de ayer en la colina, Caldeo me pidió regresar a su casa.

Sentada ya, me inclino apoyando mi barbilla en una mano observando como todos, el gran espectáculo de disciplina artística que dan Constanza y su gente bajo las ovaciones.

Caldeo, estaba agotado.

Física y emocionalmente.

Sin embargo, hoy juega.

Es el capitán.

Nunca, les falló.

No me lo mencionó ni tampoco le pregunté cuando, con la puerta semi abierta del baño, al entrar a su habitación luego de la cena y para dormir anoche.

Fui testigo de Caldeo abriendo el botiquín del espejo del baño luego de lavar su rostro y con un vaso de agua, de tres frascos naranjas de prescripción médica, tomar unas pastillas.

Se limitó después a mirarme, a través del espejo.

Secar su cara, con una toalla.

Venir a mí, besar mi frente y abriendo las cobijas de su cama, meternos en ella abrazándome fuerte.

Y solo, silencio.

Haciéndome la pregunta, si está en condiciones de semejante juego con la exigencia de este, por el comienzo de temporada del campeonato.

La mascota del campus, un chico disfrazado de rinoceronte con el escudo de la U, hace su presentación alentando a las masas a aplaudir con fuerza y bajo piruetas con volteretas graciosas, hacer reír a todos.

Para luego las porristas y él saludar en su trote a modo despedida de la cancha al finalizar, con los pompones en alto y colocarse en un extremo para dar pie entre más festejos de ellas a nuestros jugadores.

Miro mi la hora, en mi reloj.

En diez minutos, va a comenzar el juego.

—¿No es, hermoso? —Dice una chica, sentada una grada más abajo.

*¿Eh?*

Risitas.

—¿Dios...quién es? —Responde su compañera, de al lado.

Más risitas.

Con Fresita y Amely, nos miramos.

—Jesús...quiero ser, la pajilla de su gaseosa... —Gime una tercera.

—Carajo... —Exclama Amely al verlo, siguiendo las miradas de nuestra compañeras de Universidad, al otro lado de la cancha y casi, frente nuestro.

Con Demian levantamos las miradas curiosos y en búsqueda entre tanto público, al dueño de tantos suspiros.

—Joder, hombres calientes, si los hay... —Murmura, mi amigo.

Pone su manos en posición de rezo con sus uñas pintadas en turquesa, mirando el techo.

—Nunca te pido nada, pero que sea gay, por favor... —Ruega.

Y yo río confusa, porque no logro distinguirlo.

Fresita me rueda sus ojos y tomando mi rostro con ambas manos, me guía con un movimiento a su objetivo masculino sexi y de las chicas gradas, más abajo nuestro.

*Y mierda.*

Es hermoso.

*Sip.*

Las chicas, Amely y Demian, tenían razón.

Sentado como todo el público, un chico de la edad tal vez de Caldeo.

De jeans gastados claros, una simple camiseta oscura con chaqueta negra, gorra de beisbol que con su pelo de un negro ébano, cubre parte de su rostro y de forma sonriente mira atento bajo aplausos, la entrada de los jugadores visitantes.

Entrecierro, mis ojos.

Porque.

*¿Dónde vi, esa sonrisa antes?*

Le da un sorbo a su gaseosa a través de su pajilla y otro suspiro grupal, sale de las chicas ubicadas una grada más abajo y acoplándose, Amely y Demian que no dejan de mirarlo.

Deja su vaso a un lado de él, para ponerse de pie como todos para aplaudir el turno de entrada, de nuestro equipo.

Mis ojos se desvían de él, cuando el griterío y ovación aumenta.

Me focalizo en el capitán a la cabeza de este, que con sus compañeros de equipo, ingresan a la cancha.

En Caldeo.

Y mis piernitas, tiemblan.

Porque se ve hermoso y hasta juraría, que lo hace en cámara lenta a su trote y entrando a este, para el disfrute de la platea femenina, que solo gritan su nombre lobunamente.

Con movimientos suaves y acompasados.

Mostrando con la camiseta sin mangas de la U y de cuello holgado en gris, blanco y verde,

esos lindos brazos flexionados y tonificados con cada paso que da, con el detalle y esplendor de todos sus tatuajes en ellos y garganta.

Ambos equipos en sus respectivas bancas y a los lados de la cancha escuchan a su entrenador, mientras Caldeo y el capitán contrario, escuchan al árbitro y se saludan, estrechando ambas manos.

Se sonríen.

Caldeo mucho, haciendo su pelo de ese negro oscuro como el azabache a un lado.

Y estrecho mis ojos, otra vez.

*¿Su bonita sonrisa, a quién me recuerda?*

Y pestañeo, asombrada.

*Un momento.*

Y mis ojos se abren, más de golpe.

Jesús.

*No.Puede.Ser.*

Busco al chico roba suspiros, del otro lado de la cancha.

Y llevo una mano, a mi boca.

El chico.

*Mira a Caldeo.*

Sonriente.

*Y solo, observa a Caldeo.*

Feliz.

Deja de un momento de aplaudir, para llevar una mano a su cabeza y sacarse, la gorra que lleva puesta y con un movimiento, corre su pelo negro.

Lacio.

Disparado y con ese estilo de recién levantado como Caldeo, hacerlo a un lado para luego, ponerse la gorra otra vez.

Y mi mano, se agarra del brazo de tía Lorna de pie a mi lado, porque mi corazón golpea fuertemente.

Cuando con su rostro despejado se expone, bajo todas las luces del club deportivo y sin dejar de mirar a Caldeo.

Piel, café con leche.

*Como Caldeo.*

Y con los ojos, de mi color favorito y que tanto amo.

De un gris cristalino.

Y tan transparentes, que parecen de hielo.

*Igual, a lo de Caldeo.*

—Ángel... —Susurra mi tía al verlo y seguir mis ojos.

Y tío Pulgarcito, sigue la mirada de ambas.

—Constantine... —Solo, dice.

Me vuelvo a ellos y solo responden, asintiendo ante mi mirada interrogante.

*Santa mierda.*

¿El hermano?

¿Su hermano, mellizo?

*Mierda.*

¿Acá?

¡No lo puedo, creer!

Y mi tía, se lleva una mano al pecho.

—Gracias, Dios... —Murmura, sonriendo.

*¿Eh?*

No tengo tiempo de analizar su agradecimiento, porque el chico.

O sea.

Constantine no sé, si por la fuerza de nuestras miradas y súmenle, de las chicas más abajo.

Gira su rostro a nosotros.

*Y Dios...*

Es tan igual a Caldeo, pese a que no son idénticos.

Corte anguloso y marcado de rostro.

Mismos rasgos exóticos.

Misma altura.

Hasta igual postura y contextura física.

Tal vez el hermano de Caldeo, es más fornido, ya que denota algún tipo de disciplina de complemento físico extremo.

Sus ojos color hielo solo miran a mis tíos y los saluda, con una reverencia.

Pero, un fuerte silbato, rompe el contacto.

El referí, da comienzo al juego.

Caldeo y el otro del equipo contrario, saltan por el dominio de la pelota en el centro de la cancha, iniciando el partido.

Gana Caldeo y el público, estalla en festejo y aplausos.

Desde su posición rebotando una y otra vez la pelota naranja sobre el piso, mira a sus compañeros, bajo la marca de dos rivales.

Entrelazo mis manos a mi pecho nerviosa y tomando asiento como todos.

Caldeo con dos movimientos, los esquiva para luego de un rebote, lanzarlo a un compañero, que corre con ella picando a otro y este tercero, a mi primo Caleb que en el aire la atrapa y encesta.

Y al unísono, todos nos levantamos y victoreamos el doble con aplausos, mientras los chicos festejan entre ellos, con palmadas y golpes de puño entre sí.

Caldeo eleva su vista, hacia nuestros asientos.

No dice nada, solo se limita a elevar una de sus manos, girar su muñeca y besar el dorso de esta, mientras me mira.

*¿Eh?*

*¿Acaso besó el pequeño tatuaje, que no me deja ver, como festejo?*

No tengo idea que es, pero sin saber por qué, sonrío.

Y Caldeo, me sonrío también.

Otro silbato, indica la continuación del partido y en mano del rival la pelota.

Fresita se inclina hacia mi lado y me codea.

—Interesante actitud, la del chico tatuaje...

Amely me mira, por sobre él.

—¿Qué fue, eso? ¿Una promesa de amor?

Me encojo de hombros sin dejar de sonreír y viendo como el equipo oponente encesta.

—No tengo, idea... —Grito para que me escuchen, por sobre el griterío.

Mis ojos van al hermano de Caldeo, en un break.

Sigue sobre su asiento, mirando de forma concentrada el juego y solo a su hermano.

Muerdo mi pulgar asesinando mi ña, pensando en la reacción de Caldeo cuando se enfrenten.

Y sonrío.

*Lo adora.*

Su furia no llegará lejos, cuando lo vea.

Otro silbatazo, me saca de mis pensamientos.

Otra vez Caldeo es dueño de la pelota y la lanza a otro, mientras corre a su posición.

Caleb recibe el balón, se mueve rebotando con ella y bajo la marca insistente de un jugador contrario.

Al verse tapado, lo lanza gritando a un compañero y éste con una corrida avanzando, al capitán.

Caldeo toma carrera y con un giro de su cuerpo, logra evadir al primer oponente y se posiciona.

Sus ojos vagan a la multitud, que no para de gritar el nombre de nuestra Universidad.

Está por encestar, un triple.

Y mis ojos van a Constantine que de pie como el público, alienta a su hermano y el equipo, con sus manos como puño por la tensión.

Mi corazón se relaja y sonrío más.

*Porque él, también lo adora.*

Y como si fuera en visión lenta, muy lenta con mis ojos, volviendo a Caldeo.

Me encuentro con los suyos fijos en mí, para luego en dirección a las gradas y donde yo miraba antes y está.

*Su hermano.*

Lo que estaba, mirando antes.

Y su carrera, se detiene.

Solo observa a su hermano, en las gradas.

De forma profunda.

Ambos.

Y yo, ya no escucho.

Nada.

Por lo que sucede, después.

Me invade un silencio, pese a que puedo ver que el entrenador y sus compañeros de equipo gritan.

De que todo la gente, que moviendo sus brazos al ritmo de sus bocas victoreando.

Como también a Constantine, gritar su nombre.

Fuerte.

Pese a que no escucho nada, leo sus labios gesticulando.

Alertándole, detrás suyo.

*Cámara lenta.*

Así, sucede.

Cuando dos del equipo rival y con la adrenalina propia del juego, tan peleado.

Altos y de textura física más grande que Caldeo, van hacia él y lo colisionan, de forma cruda.

*Bestial.*

Y como dos trenes de carga, entre sí.

Una exclamación de angustia y asombro, sale de la boca de todos y al ver como los tres cuerpos que por la embestida del choque se separan, siendo Caldeo el que se desmorona, en el piso.

Grito su nombre con mis tíos, cuando vemos salir a borbotones sangre de su nariz, desmayado e inconsciente en el piso.

No le doy a nadie tiempo a nada y empujando con mis brazos a Fresita y Amely pidiendo paso, bajo corriendo de las gradas.

Mucha gente, lo rodea.

El entrenador y compañeros de ambos equipo, pidiendo a gritos la ambulancia por atención de Caldeo.

Me desplomo a su lado, haciéndome lugar.

Con mis manos temblorosas busco mi pañuelo del bolsillo de mis jeans y limpio su sangre, con cuidado de su rostro.

El sonido de una sirena, colma el lugar al abrirse las grandes puertas, para dar acceso a la ambulancia a la cancha.

—Caldeo... —Exclama alguien su nombre de forma angustiada, grave y con cierto acento extraño.

Frente mío, lo tengo a Constantine.

Él se inclina de rodillas como yo y levanta a su hermano contra su pecho, manchando su camiseta de sangre.

Lo abraza contra él, de forma protectora.

— *Al'akh aleaziz mustayqizann...*(querido hermano, despierta). — Susurra, contra él.

Los paramédicos, le piden que deje cargarlo a la camilla en el momento que mis tíos, llegan jadeando.

Nadie podía ver su rostro por su pelo negro y gorra sobre él y con su barbilla baja, contra el rostro de Caldeo.

Cuando las eleva, están llenos de lágrimas mientras a regañadientes deja, que carguen a Caldeo a la camilla.

Agua con más agua, por su color de ojos y lágrimas.

Mi tío se agacha a él y descansa su gran mano en su hombro, de forma cariñosa.

—Constantine hijo, vamos al hospital... —Murmura, mientras me abrazo a Fresita y Amely, que llegan hasta donde estoy.

La ambulancia se retira con Caldeo, mi tía y Constantine dentro y bajo su sirena, que se hace eco en el interior del club, para luego en el campus y calles.

Y con mi tío, corro hacia su coche...

## Capítulo 30



El gran pasillo de espera del Hospital, está casi lleno.  
De enfermeras yendo y viniendo, con carritos o carpetas en manos.  
Pasantes de medicina, caminando por el y hablando entre ellos.  
Doctores con personas, tal vez de familiares internados.  
Y nosotros.

Sentada en una de las tantas sillas de plástico en color rojas, que en fila y una al lado de otra contra la pared, me envuelvo más con la campera negra que llevaba puesta tío Pulgacito y me dio, por la forma en que empecé a temblar mezcla de nervios y el frío de la noche.

Callada.

Así estoy con mis manos que, como puños agarran y tiritan a los lados del abrigo sobre mis hombros, mientras observo todo con Amely y Fresita sentados a mi lado, también en silencio a la espera como yo.

Que un digno médico salga e informe algo, de la situación de Caldeo después de casi una hora de espera y llevarlo puertas adentro.

Mis ojos van a tía Lorna en las sillas de en frente, que bajito y con sus ojos cerrados con su mano en el pecho, reza alguna plegaria a Dios.

En tío Pulgarcito que camina de forma pausada por el amplio y extenso pasillo, con ese corpulento y monumental cuerpo temible para muchos y pasando cada tanto de forma nerviosa, su gran mano con joyería en oro por su calva cabeza.

Y por último, en Constantine.

Un casi Caldeo, que de pie y ahora con un hombro apoyado en una pared, no deja de hablar por teléfono dando directivas, y escuchar.

Para luego, seguir dando órdenes.

Aunque lo hace en otro idioma, denota en todo Constantine mandamiento, poder y voluntad imperiosa con su voz grave, pero tranquila.

Segundos después, uno de los ascensores se abre y saliendo del interior, mis padres con mis hermanas.

Mamá corre a mi tía para abrazarla y sentarse a su lado, sin antes mirarme con cariño.

Papá en cambio se queda a mitad de camino, donde está tío Pulgarcito que habla con él y en ese rincón, mientras mis hermanas vienen hacia mí.

Las lágrimas que contenía, estallan al sentir sus abrazos y apoyo incondicional, derrumbándome sobre los cuerpos de ambas inclinadas.

Hope acomoda mejor su hombro para que descansa mi mejilla, mientras Tatúm acaricia mi espalda, de forma tranquilizadora.

De golpe, veo blanco ante mis ojos.

*Un blanco marfil.*

Por un delicado pañuelo, en seda marrueca frente a mí.

— *La tabak, malikat alqlyl min...*(No llores princesa de mi hermano). —Constantine frente mío pronuncia, con una mano extendida sosteniendo el pañuelo de forma suave.

¿Eh?

Su mirada clara, fría y gris como el hielo e iguales a Caldeo, casi tapada en su totalidad por mechones de su pelo negro que bajan de su frente y bajo su gorra, es cálida dentro de su seriedad.

No entendí nada lo que dijo, pero intento sonreír entre mis lágrimas en agradecimiento y recibiendo su pañuelo.

Hace solo una reverencia como respuesta, para volver a su rincón del otro lado del pasillo, en silencio otra vez.

Y su celular interrumpe de vuelta desde el bolsillo trasero de sus pantalones, volviendo a hablar en árabe y enfrascarse en la comunicación telefónica.

Las agujas de un gran reloj de pared, con la imagen de una enfermera pidiendo silencio con su índice en alto, marca para mi gusto lentamente sus minutos.

Y suspiro, apoyada en el hombro de Fresita sentado a mi lado, que acaricia mi mano como respuesta.

Media hora después por una puerta de doble acceso, sale un médico y nos mira a todos volteando una hoja, mientras acomoda sus lentes para leer lo que dice la planilla entre sus manos.

—¿Familiares, de Nápole Caldeo? —Pronuncia, mirando a todos y mis tíos, se acercan a él como todos.

—¿Padres? —Formula mirando y éstos, asienten.

Acomoda nuevamente sus lentes y mira a todos.

—El muchacho, ya recobró el conocimiento... —Dice y un gran suspiro de alivio, sale de todos.

—¿Mi hijo, está bien? —Susurra mi tía, abrazada de mamá.

El doctor ojeando las hojas de la planilla demora unos segundos, antes de contestar.

—Según el historial clínico del paciente, sufre de *LMC*.

*Leucemia Mieloide Crónica.*

Mis tíos vuelven asentir, seguido de las miradas de sorpresa de mis hermanas, Fresita y Amely, ya que ellos no estaban al tanto ni enterado de ello.

—Su enfermedad linfocítica en estas características, que frecuentan los pacientes de temprana edad cuando se les detecta y con incidencias años posteriores después y pese a un tratamiento exitoso a la Leucemia nuevamente. —Comenta. —Fue afectando de forma lenta, por la producción en gran cantidad de glóbulos blancos y estos, se acumularon en su médula e inundaron su flujo sanguíneo, cosa que impide proteger el cuerpo del muchacho... —Se interrumpe para leer, otras hojas.

Parecen análisis.

—...los resultados confirman una fuerte anemia, ya que el cáncer que padece interfiere en su producción de otras células sanguíneas como los glóbulos rojo y plaquetas. —Prosigue y levanta su vista de los papeles, para mirarnos de forma general a todos, otra vez. —Causante de la hemorragia excesiva del paciente, ante el impacto en el partido. Al tener bajo el recuento de los glóbulos rojos, que son los transportadores del oxígeno a todo nuestro cuerpo y por la falta de ello, su cerebro colapsó y sufrió el desmayo...

Y un bufido aburrido, detrás de nosotros.

*Papá.*

El doctor lo mira extrañado y papá, le arquea su ceja.

Para ser precisa, la que le atraviesa una cicatriz por una pelea en el ring, de hace muchos años.

—Viejo... —Gruñe, cruzando sus poderosos brazos. —...esa mierda, ya la sabemos. — Chasquea sus dedos en señal de apuro, por información. —...data actual, hombre ¿El pequeño Caldeo, está bien ahora? —Exclama serio.

El médico carraspea su garganta, ante mi impaciente papá.

—En este momento, el paciente está estable...

Y otro gran suspiro de alivio y todos nosotros, lo interrumpo.

Mis hermanas me abrazan felices y puedo ver que Constantine, se sonríe con mi tía.

—...bajo un examen físico. Parte de el, dio que su hígado y vaso, no sufrieron agrandamiento de tamaño lo que es buena señal. —Continúa el médico. —Pero con el resultado de su análisis de sangre y sus recuentos bajos, permanecerá internado hasta que se cumpla una biopsia de médula espinal, ganglios linfáticos y una punción lumbar...

Mi padre, frunce su ceño.

—¿Punción?

El doctor asiente, objetivo.

—Su Leucemia está presente, señor Mon. Necesitamos muestras de su líquido raquídeo, para saber si la enfermedad, no ha alcanzado el sistema nervioso...

Mamá se lleva ambas manos a su boca y papá la abraza.

Y mi tío hace lo mismo, al sentir el llanto bajo de mi tía.

Miro, a mis hermanas.

No entiendo, nada.

*¿No acaba de decir que Caldeo, estaba estable de su enfermedad?*

—Sería buen momento, que hablen con su hijo... —Prosigue, mirando a mis tíos. —...por la decisión de una quimioterapia Intratecal, para reducir la posibilidades de un ataque al sistema nervioso, con medicación estricta en ciclos y evitar el crecimiento de las células cancerígenas y lograr, la remisión de Leucemia...

—Nuestro hijo, se ha negado a ello doctor... —Murmura triste, mi tía.

— *¡Dhik!* (¡Qué!) —La voz alta de Constantine, suena entre nosotros.

Y todos nos volteamos a él, sorprendidos por su exclamación.

— *¡Al'ahmaq sakhif. Wasawf yastamie!* (¡Pendejo de mierda, me va a escuchar!)— Exclama enfadado, frotando su frente con una mano y caminando sobre su lugar, de forma impaciente.

Mi padre, lo mira.

*Mucho.*

Tose, para aclarar su garganta.

Y lo mira más, fijo y acomodando sus lentes.

— *¿Wamin'ant?* (¿Y tú, quién eres?) —Dice, como si nada.

Con mis hermanas, nos miramos.

*¿Papá, habla Árabe?*

Y nuestros ojos van a mamá, que con una sonrisa se encoje de hombros, a nuestro lado.

—No tenía idea, bebidas... —Susurra bajito. Y su mirada lo recorre, de arriba abajo. —...pero que sexi, lo hace... —Dice divertida y mordiendo su labio inferior.

Con mis hermanas le rodamos los ojos, ante su risita.

Constantine hace unos pasos hacia papá y con una reverencia, se presenta.

— *Aismi Constantine Kosamé. Caldeo al'akh al'asghar w shaykh baladi.* (Mi nombre es Constantine. Hermano de Caldeo y Sahyji en mi país).

Otro silencio, por parte de papá.

— *Mumattae...*(Interesante) —Responde al fin frotándose la barbilla serio, para luego hacer también una reverencia de respeto, al casi Caldeo de jeans, zapatillas y gorra de beisbol.

Constantine, se gira al doctor.

—¿Puedo entrar, a ver a mi hermano? —Dice con seriedad y en nuestro idioma de forma perfecta, pero con ese extraño acento de cultura milenaria.

El médico lo mira raro todavía, sin entender toda la ceremonia que presencié de mi padre y él como parte de la sala y pasillo de espera, por otras personas ajenas a nosotros e incluyendo mis hermanas con Amely y Demian.

Recobra su compostura y asiente.

—Solo, parientes. —Responde. —Y breve, ya que el paciente debe descansar... —Finaliza, haciendo seña con una mano en alto, a una enfermera que pasa por ahí para que acompañe.

—La jefa, de enfermera. —La presenta, cuando se asoma.

Una mujer de edad avanzada y muy bajita.

Su rojizo y ondulado pelo entrecano propio de la edad, está recogido bajo la gorrita de enfermera.

Acomoda sus pequeños lentes rectangulares de sus ojos, sostenidos de una cadenita para sonreírnos con dulzura, mientras el médico se despide de nosotros para seguir con sus rondas.

Pero su sonrisa cae, al presentarse y recorrerlos con la mirada, cuando la deposita en papá.

Y este.

Como si hubiera recibido una descarga eléctrica en su gigante cuerpo, salta sobre su lugar y le estrecha los ojos.

—¡Tu! —Le dice, de forma agria. — *Miss Simpatía...* —Gruñe.

¿Eh?

Y todos miramos curiosos, como papá y la enfermera, se taladran con la mirada de forma rabiosa.

La dulce nurse no se inmuta ante mi padre y como si nada, saca sus lentes del puente de su nariz, para limpiarlos con un lado de su casaca de enfermera de color celeste.

—¿Viene por una inyección, señor Mon? —Dice, para luego elevar su mirada a él, enarcando su ceja.

Creo, entre divertida y desafiante.

Papá, hace un paso.

Para ser exacta, detrás de mamá.

¿Busca protección?

¿El rey de acero y señor oscuro?

Y mamá, suelta una risita.

Le estrecha, más los ojos.

—En tus sueños, *Cruella...* —Le dice, desde la espalda de mamá.

Todos sin entender y con nuestros ojos yendo y viniendo de uno al otro, solo observamos la escena en silencio.

Hasta que la risa de mamá interrumpe, acercándose a ella para saludarla.

¿Acaso, se conocen?

Y la sonrisa dulce de la enfermera, vuelve y lo hace más, cuando mamá nos presenta a las tres con orgullo.

La enfermera acaricia la mejilla de cada una de nosotras con cariño, mientras nos cuenta que ella estuvo en nuestro nacimiento y cuidó de papá como nuestra madre, cuando por accidentes,

estuvieron internados.

—Que linda, coincidencia... —Susurra Tatúm, de forma romántica con sus manos entrelazadas sobre su pecho.

—Putá, coincidencia. —Responde y sin un gramo de romanticismo papá, mientras miramos como la agradable enfermera, acompaña a mis tíos a ver a Caldeo.

Me vuelvo sobre mis pasos y caigo sobre la primer silla a mi paso, a la espera de la salida de mis tíos.

Y cierro mis ojos, dejando descansar todo el peso de mi espalda y cabeza de forma agotada, contra su respaldo y la pared.

—Caldeo... —Susurro, para mis adentros.

Minutos después o tal vez horas, porque es así como siento al tiempo ahora.

Lento.

*Muy lento.*

Pero, una mano toca mi hombro con cuidado.

Abro mis ojos con lentitud y elevando mi rostro, me encuentro a Constantine frente mío y su gran altura.

Su mirada profunda y gris como la de Caldeo, pero tristes y con seña de cansancio, me miran entre sus cabellos disparados y sobre él.

—¿Quieres, entrar primero? —Murmura, con esa gravedad suave y exótico acento.

Giro mi rostro para ver a mis tíos regresar y se detienen a hablar con mis padres.

Aprieto el gran abrigo de mi tío contra mí, y me acomodo sobre mi silla de forma descontenta, al ver a la enfermera por la espera del siguiente.

—No soy, familiar directo. —Le susurro y niego. —No creo, que me dejen..

Constantine sigue mi mirada que está aún, en la nurse.

Me hace una reverencia dentro de su semblante serio y sin esperar mi reacción, camina en dirección a ella.

Inclino mi cabeza curiosa, al verlo conversar con ella.

No puedo escuchar que le dice o lo que ella, le responde.

Pero segundo después, una risita sale de la anciana mujer y con una de sus manos a su mejilla, ruborizada asiente.

Y Constantine, eleva las comisuras de sus labios.

Creo que es una media sonrisa y haciendo otra reverencia hacia ella a modo saludo, con sus manos juntas frente a él, se despide.

Fresita sentado a mi lado, se inclina de lado a mí.

—Juro que si hace esa cosa otra vez del saludo, tendré un puto orgasmo... —Susurra, mientras vemos a Constantine, volver a mi dirección.

Mis hermanas y Amely, ríen y yo suelto una risita, por abajo de mi abrigo para ocultarlo.

—Puedes pasar, *al'amirat 'akhi...* (princesa de mi hermano). —Me dice.

Se sonrío.

Y yo sonrío, más.

Miro feliz a todos poniéndome de pie y no me aguanto, chillo de felicidad sobre mi lugar con saltitos y con el festejo de los chicos y mis hermanas.

—¡Gracias, Constantine! —Exclamo feliz y lo abrazo de forma rápida, para correr al encuentro de la enfermera a la espera mía.

No dice nada, pero tampoco me abraza.

Solo sonrío más, dejando que lo haga.

Sigo a la enfermera por el extenso pasillo, que continúa sobre una pequeña curva hasta tres puertas después y abriendo con cuidado la cuarta.

*La habitación, de Caldeo.*

—Cinco minutos, cariño... —Me susurra y asiento con mi cabeza, entrando a ella.

Porque, no quiero perder tiempo.

Está, toda iluminada.

Es blanca y estéril en mobiliario, paredes y sábanas, con dos camas a sus lados.

Y solo una, ocupada.

Por el jodido y lindo, Caldeo.

Una intravenosa de una muñeca, con un tipo de suero colgado de un pie de hierro lo acompaña.

Está semi recostado y con su torso desnudo tapizado con sus tatuajes, cubierto solo por una sábana.

Sus ojos están en un punto fijo en la pared, pero gira su rostro al sentir abrir la puerta.

Y su mirada cristalina, se encuentra con la mía y sonrío, porque mi corazón golpea de amor.

Caldeo...

## Capítulo 31



Sus manos no se mueven de estar entrelazadas sobre la sábanas y sus ojos, vuelven al mismo punto de la pared.

—No hagas eso, Caldeo... —Murmuro, acercándome a su cama.

Sus ojos bajan a sus manos, provocando que su pelo caiga y tape parte de su rostro.

—¿Qué? —Lo dice tan bajo, que apenas lo escucho pese al gran silencio de la habitación.

Aprieto más el abrigo, contra mí.

—Rechazarme... —Digo.

No me responde.

Tampoco, se mueve.

Doy otro paso a él y tampoco, reacciona por ello.

Lo que me da pie de forma tímida y midiendo su reacción con cada movimiento que doy, a llegar a un lado de su cama.

—La primera... —Dice luego de unos segundos, con la mirada aún baja.

Lo miro, interrogante y no me da tiempo a preguntar, porque prosigue.

—La primera de muchos ataques, cachorra... —Sus ojos al fin, se elevan a mí y con la mano que lleva la intravenosa, hace un lado su pelo para despejar su rostro detrás de su oreja.

Provocando, que una parte de su sangre se mezcle con el líquido en tono ambarino del suero, por la posición.

No le preocupa, ello.

—Deberías, irte... —Finaliza, acomodando su espalda sobre la almohada y su brazo, vuelve a bajar sobre la cama.

Y yo suspiro de alivio, al ver como de a poco regresa la normalidad, el color de la intravenosa.

—No, Caldeo. —Respondo tranquila y tomando asiento a los pies de su cama.

Sus ojos color hielo, me taladran con la mirada.

Y yo, solo quiero abrazarlo con toda mi alma.

Porque una luz muy blanca de una pared lateral, ilumina de forma completa su rostro.

Mostrando, su palidez en él.

Su piel lejos está, de ese bonito color café con leche y con suaves vestigios de indicio, de su enfermedad marcando con huellas de cansancio o tal vez agotamiento, bajo sus ojos y lindas facciones.

—Vete, Junot...

Sacudo mi cabeza negando y prohibiéndome llorar.

—Me debes, dos años... —Le recuerdo, su promesa.

Se sonrío.

Pero, es una sonrisa triste.  
No me gusta, su sonrisa.  
Y su rostro, se vuelve serio.  
—No voy a poder devolvarte, ni la mitad de ellos... —Susurra. —...lo entiendes, a eso?  
Su mirada, me duele.  
Su postura glacial, me duele.  
Sus palabras, me duelen.  
*Y la forma en que lo dice, más.*  
Fuera de sentimientos y de toda emoción.  
—Mentira... —Susurro.  
Y una media sonrisa, aparece en sus labios.  
—Me estoy muriendo, Junot.  
Mis ojos, pican.  
No llores, Juno.  
—Mentira. —Elevo mi voz.  
—Me estoy muriendo, cachorra. —Repito, él.  
Y niego, lentamente y sin bajar mi mirada de él.  
—Mentira. —Repito, yo.  
Ya no habla, pero asiente su afirmación despacio y con sus ojos fijos en mí.  
Y mis manos que reposan sobre las sábanas blancas, se hacen un puño en mis lados arrugando estas, por la fuerza.  
Algo caliente, invade mi cuerpo.  
Lo llena.  
Y mis labios, tiemblan.  
Pero no, ya de frío o temor.  
Es.  
*Es...*  
De bronca.  
—¡Mentira! —Vuelvo a gritar y por mi reacción, vuela el abrigo de mis hombros. —¡Mentira Caldeo! ¡Mentira! —Sigo gritando, sobre su cama y golpeando esta, con mis puños. —¡Tú, no quieres luchar! ¡Te niegas a una quimio, que te puede salvar!  
—¡Luchar? —Exclama. —¡Luchar! —Vuelve a decir, elevando más su voz e inclinado a mí.  
—¡Dieciocho años de mi vida, que estoy luchando contra ella! ¡Y siempre vuelve, cada vez más fuerte y aferrada a mí, cachorra! —Su cuerpo, se sacude por su grito.  
Sus hombros bajan y suben, bajo su torso desnudo y por su respiración agitada.  
Y se deja caer contra la almohada pesadamente y con su mano sana y abierta, cubre su pecho.  
Su mirada, vuelve a la pared.  
—La quimioterapia no me garantiza, una curación...solo la probabilidad, de que pueda... —  
Muerde el piercing de su labio y el silencio vuelve entre nosotros.  
Quiero hablar.  
Decir tantas cosas, pero las tengo ahogadas en mi garganta, porque son una mezcla de emociones.  
Decirle que lo amo y abrazarlo, para contenerlo.  
Como también.  
Tomarlo del cuello y sacudirlo, para que reaccione y abofetearlo, por débil.  
—Un tratamiento de quimioterapia lleva ciclos de meses...y si sale exitosa, hasta periodos de

años, con el mantenimiento... —Murmura al fin, sacándome de mis pensamientos y de la rabia que tengo. —...y no quiero pasar lo que me queda de vida, con sus ciclos... —Sus ojos, vuelven a mirarme.

Y son tristes y apagados.

—...no quiero vivir lo que me resta, hospitalizado la mayor parte de ella, bebita... —Susurra. —...ver solo rostros de doctores y gente de blanco, invadiendo mi privacidad y hablar con ellos, mientras me acuestan dentro de máquinas desagradables. Que me quiten horas de mis días...que no me sobran... —Su mano libre de la intravenosa, recorre las sábanas hasta donde está una de las mías y nuestros dedos se encuentran y se entrelazan, suavemente. —...con pinchazos de diferentes líquidos o pastillas de duro sabor y tan fuertes que la tolerancia de mi cuerpo no lo resiste y que los días no me alcancen, para tener uno normal ya que los síntomas son extenuantes con vómitos, náuseas y que te obligan a un reposo de cama por más horas, por dolores abdominales que nunca seden con los analgésicos... —Suspira. —...cachorra... —Los dedos de su mano, acarician la mías unidos a él. —...si me queda poco tiempo, no quiero esa situación viviendo así...y con mis padres con esa última imagen mía, mi hermano siendo testigo... —Su mirada vuelve a bajar. —...y la tuya que sea lo último, que veas en esos meses...

Ahora soy yo, la que miro un punto fijo, a una parte de su sábana.

Y lo veo nublado, porque mis primeras lágrimas, se asoman.

No es, un llanto.

Como tampoco caen, para recorrer mis mejillas por dolor y tristeza.

Silencio.

Son de fuerza.

Las que se quedan e inundan tus ojos, pero no bajan.

No salen.

*Más silencio.*

Son las que te fortalece.

Las luchadoras.

—Di algo, por favor... —Ruega bajito.

Levanto mi vista a Caldeo y pese a mi visión confusa, por esas lágrimas que se agolpan sobre mis ojos negándose a salir, veo las suyas bajando silenciosamente por sus mejillas.

—Te amo, Caldeo. —Digo, con firmeza y por primera vez.

Y no espero, su reacción al escucharlo.

Sin soltar su mano entrelazada a la mía, me incorporo y con cuidado a su intravenosa, me acomodo sobre sus pies sentándome a horcajadas de él.

Tomo su otra mano y las llevo a ambas y con las mías, a mi pechito.

Porque con toda mi alma, necesito que sienta lo que voy a decir.

*Y porque, es con toda la fuerza de mi corazón.*

Su rostro me dice, que no entiende mi acto.

Y su mirada desconcertada de ese gris plata y transparente, con sus mejillas húmedas por sus lágrimas con mechoncitos de su pelo desprolijo en parte de ella, me hacen amarlo más.

—Te amo, Caldeo Nápole... —Murmuro otra vez y apretando sus manos contra mí.

Fuerte.

—...y no me importa pasar esos días a tu lado, solo viendo rostros de doctores y personas de blanco, invadiendo tu privacidad. —Mis ojos, se pierden en los de él. —...quiero estar contigo, cuando te introduzcan a esas máquinas que causan temor, como también cuando sea el turno de los pinchazos de jeringas dolorosas o pastillas de sabor desagradable. Estar solo a tu lado, cuando la

tolerancia de tu cuerpo ya no resista, los síntomas de ellos y te obligan a reposo continuo... —Y una emoción me invade y sostengo más, sus manos por eso. —...porque, si no te tengo a mi lado Caldeo...yo, muero despacito también. —Susurro, bajito.

—Jun... —Dice, mi nombre.

Pero lo interrumpo y sin dejar de mirarlo, prosigo.

—¿Quieres casarte conmigo, Caldeo Nápole? —Formulo y tragando, una fuerte respiración. —¿Y dejar, que me entregue a ti? Para estar juntos como de niños, en las alegrías y tristezas? ¿Amarnos en la salud como en la enfermedad, todos los días de nuestras vidas? ¿Y hasta que la muerte, nos separe? —Y con esas palabras, la primer lágrima cae de mis ojos.

*De felicidad.*

Porque, no me importa el final de todo esto.

Solo.

Estar con Caldeo siempre y para siempre, hasta que llegue...

—Cachorra... —Solo sale eso de Caldeo con ternura y tristeza con una lucha interna en él, asimilando mis palabras y declaración.

Para luego, más lágrimas de sus mejillas y sonrío, al notar color en ellas.

Un rubor, pese al cansancio de su rostro.

Seguido de una sonrisa, dibujar sus labios.

—Acepto. —Dice y se sonríe más, soltando mis manos para tomar mis rostro con ellas y traerme hacia él.

Y me besa.

Me besa fuerte y me entrego, recibiendo sus labios.

Es profundo, necesitado y lleno amor.

Su lengua acaricia la mía buscando más, para luego morder mis labios con suavidad.

Jadea por emoción y miedo.

—¿Estas segura, bebita? —Susurra, entre mis labios y acaricio su nariz con la mía, enredando mis dedos en su pelo.

—Jamás lo estuve tanto, en mi vida... —Respondo, feliz.

— *Alhib w aleunsur alkhamis. 'Aezam quwwat fi alkawn...* (El amor, el quinto elemento. El poder más grande del universo...). —La voz de Constantine, nos hace girar.

Que apoyado en el marco de la puerta semi abierta, nos mira con una sonrisa llena de sabiduría, pese a que no entiendo sus palabras y de brazos cruzados.

— *...hu alladhi jimye, wayueti quwwatan... waeilaj...* (el que todo lo perdona, da fuerza...y sana...). —Finaliza, con esa seriedad tan cálida y de voz reconfortante.

## Capítulo 32



Silencio.

Todos en la habitación.

La habitación de Caldeo, para ser exactos del hospital.

Por mis padres con mis hermanas.

Amely, Demian, mis tíos y Constantine.

Más silencio.

*Otra magia, hecha por Constantine.*

Que se permita por un momento, el ingreso de todos a ella.

Sigue el silencio.

*¿Por qué, preguntan?*

Sonríó, sentada sobre la cama y al lado de Caldeo, con nuestras manos entrelazadas.

Es por anunciar nuestro casamiento, a todos nuestros seres queridos.

*¿Dije, mucho silencio?*

*¿El motivo?*

Lo adivinaron.

Como todos, esperando la reacción de mi padre ante la noticia que de soslayo lo observan, con su mirada interrogantes.

*La de Herónimo Mon.*

Y éste, sentado en una de las dos únicas sillas, que hay en el recinto nos observa serio.

Cruzado de una pierna y con los dedos de una mano, frotando sus labios.

De forma lenta.

*Muy lenta.*

Lo que nos indica, que aún respira y que no cayó en un coma vertical o algún tipo de angina.

—¿Casamiento? —Dice al fin, con su voz como su semblante.

*Una piedra.*

Y los dos, asentimos.

Más silencio.

Sus dedos que antes se paseaban por su boca, ahora golpean de forma suave sus labios pensativos y se acomoda sobre la silla, cambiando de postura.

Cruza, la otra pierna.

Papá entró a modo analítico, diría mamá.

Mira de forma dura a Caldeo, pero sin gesticular movimientos.

—¿Me hiciste, abuelo?

Muerdo una risa, cuando Caldeo niega.

Nos frunce el ceño.

—¿Pero, tocaste a mi bebita? —Prosigue.

Caldeo asiente sin dudar y sin bajar la mirada de papá, mientras entrelazamos más, nuestras manos unidas.

Y esperando una erupción de color rojo tirando a púrpura, por furia de parte de papá al confirmar sus dudas.

Pero, solo se limita a acomodar mejor sus lentes, del puente de su nariz.

—¿Y no hay, nieto? —Insiste.

*¿Decepción?*

Caldeo mira mi vientre para luego a mi interrogante y yo niego, rodando mis ojos.

Se vuelve a papá y niega, también.

Y una risita baja, se siente.

Mamá.

Papá glacial en su postura y mirada profunda en nosotros, suspira.

—¿Es por qué, se aman?

—Con mi alma, tío. —Dice Caldeo sin dudar y mirándome con ternura.

Y yo, veo nublado de vuelta.

Otro silencio.

—Rayo de sol. —Dice después de una pausa y con calma, extendiendo un brazo y sin dejar de mirarnos con seriedad.

Mamá suelta otra risita entendiendo y busca algo, en el interior de su cartera.

Cuando lo encuentra, lo deposita en la mano aún extendida de papá.

Un pañuelo.

—Mis nenes, se casan... —Suelta al fin lleno de emoción, con lágrimas en los ojos y sonriendo, con el pañuelo en sus ojos y haciendo a un lado sus lentes.

Mamá lo envuelve con sus brazos con amor y riendo como todos, mientras papá se deja abrazar conmovido.

Mis hermanas son las primeras en felicitarnos con sus abrazos fuertes, seguido de mis amigos, mientras nuestros padres se felicitan entre ellos, para luego seguir con nosotros.

Constantine, se acerca a nosotros y nos hace una reverencia a ambos.

— *Malik wamalakat qulub almustaqbal* (Futuros rey y reina de corazones). —Y una sonrisa plena, se dibuja en sus labios casi Caldeo.

Miro a éste curiosa, por traducción.

Caldeo me niega divertido y le blanquea los ojos a su hermano e ignorando su reverencia, toma su mano y de un movimiento, lo trae a él para abrazarlo contra su pecho.

Y Constantine, lo estrecha con sus brazos también.

Con fuerza.

— *'Ana 'uhibb lak 'akhi* (Te amo hermano). —Murmura, Caldeo.

Constantine, sonríe.

—*Dayimaan...*(Siempre). —Responde.

Creo que es conmovedor, porque otro llanto de emoción se siente en la habitación al escucharlo.

De papá, con su pañuelo en mano.

Y el único, que entendió.

LEÓN

Pasillos del ala Este y Sud Oeste en mi sector del bloque presidiario, están en la oscuridad total.

Sin suministro, de iluminación eléctrica por un corte.

Solo alumbrada por la luces rojas ubicadas en cada extremo de estas en lo alto, que se activan bajo la alarma de seguridad alertando con su sirena.

Que suena, como ahora.

Gritos de condenados desde su exilio entre cuatros paredes, por lo que sucede en habitaciones contiguas y de otro sector.

Y pasos rápidos de guardias, en carrera por estos.

Órdenes, entre ellos.

Sonidos de armas, disparando.

Revuelo.

Gemidos, de dolor.

Y ruido de cuerpos cayendo y desplomándose, contra el piso.

No me perturbo.

En la oscuridad, me sonrío meciéndome de forma tranquila sobre mi vieja mecedora.

*Esperando.*

Un gran reflector de afuera situados en las torres altas de cada esquina, pasa por mi ventana sin cortinas, iluminando con su potente luz circular por unos segundos mi habitación, hasta que prosigue con su monitoreo de búsqueda en el patio interior de afuera, bajo más gritos y disparos.

Pasos en aumento, en mi pasillo por pisadas fuertes.

Una descarga de arma, de potente calibre.

Más cuerpos, cayendo.

*Y sonrío más.*

Al sentir segundos después, abrirse mi puerta por hombres.

— *Milki...*(Mi rey). —Dice uno de los cuatros, que se adelanta dos pasos a mí con una reverencia.

Vestidos todos de túnicas, casacas negras y solo a la vista sus ojos por el *Kafhiyye* oscuro que cubre su cabeza y rostro.

Me pongo de pie, saliendo y pasando por los pasillos y corredores, esquivando cuerpos de guardias y algunos, de mis hombres tirados sin vida.

Me detengo en una puerta abierta, para mirar en su interior.

La oficina del director de la prisión y él, sobre su silla muerto y tendido su cuerpo sobre el escritorio.

Un charco de sangre fluye por abajo de su pecho, inundando esta y tiñendo de rojo los papeles como documentos de la mesa, cayendo como hilo rojo y de forma espesa por el borde de esta, hasta el piso.

Goteando.

Y escupo, sobre el cadáver.

— *Shaghal 'ay shay'ealaa himaya...*(De nada, te sirvió protegerlos). —Susurro con odio para girarme sobre mis pies, caminando en dirección a la salida de forma tranquila.

Miro sobre el lugar, una vez fuera.

Más muertos y más destrozos del establecimiento.

Y un incendio intencionado, se desata en un sector.

El comando de mi fuga por mis leales, fue una carnicería.

Y sonrío, más.

— *¿Hayth milki? (¿A dónde, mi rey?)*. —Dice mi *harb aleisabat* (guerrillero), abriendo la puerta trasera del todo terreno rodeado y con otros coche detrás de mis hombres encapuchados, con metralletas apuntando y en alerta.

Y me detengo a medio subir de él.

— *'Aetaqid 'annani sa'azur 'amrika...* (Creo, que voy a visitar América). —Respondo, entrando al interior de este, para que me lleven a nuestro escondite.

Y una sonrisa perversa se dibuja bajo su reverencia, por mi respuesta en mi leal, sosteniendo la puerta por mí...

## CALDEO

Después de nuestra noticia de casamiento a toda nuestra familia, ese domingo por la madrugada.

Acepté el tratamiento de la quimioterapia contra mi Leucemia, bajo el festejo de todos.

Mi tía Vangelis llena de emoción, saltaba sobre su lugar y con mamá se dispusieron a organizar la boda.

No me opuse, ni me bebita tampoco.

Nuestra única condición.

Que no pasara del mes.

Y ambas, dieron una exclamación de sorpresa con mi risa y la de mi cachorra sentada a mi lado, en una de las bancas del gran jardín del hospital bajo el sol, al lunes siguiente con la llegada ambas de visita.

Ya que, estábamos a mitad de este.

—Algo simple y familiar... —Dijo Juno. —...suficiente para llevarla a cabo, en poco más de una semana.

Estaba de acuerdo con ella y asentí, sosteniendo el pie de hierro con mi suero.

Porque solo y jodidamente, queríamos estar juntos.

Y con eso, comenzó nuestra estadía en el Hospital...

—¡Qué! —Pegué el grito en el cielo una mañana temprano y a solas con mi chica.

Al enterarme que dejó por el momento, su asistencia a clases de la Universidad.

Sonrió a mis espaldas, empujando la silla de ruedas que me llevaba por los pasillos del hospital y en dirección a mi estudio de análisis de sangre completo, para después un examen de microscopio.

Y su pelo de un castaño rojizo cayó a un lado, sostenido por una prensa al inclinar, su rostro para que la vea.

—No te preocupes, Caldeo. —Besa mi mejilla. —Fresita me traerá las tareas para adelantar y que rendir libre, no me cueste. —Me murmuró dando un empujón con más fuerza esta, para subir con ambos pies arriba de un caño que la atraviesa y recorrer el extenso pasillo deslizándonos tipo auto, bajo la risita de algunas enfermeras y doctores.

A casi una semana de estar hospitalizado, todo el cuerpo médico nos conocía.

Se referían a nosotros, como "*Los jóvenes espositos*" ya que mi cumpleaños número 21 era en pocos meses y mi cachorra por cumplir sus 18 en dos días y nuestro casamiento, otros días después.

La silla de ruedas se había convertido, en la parte favorita de mi bebita en nuestros días viviendo en hospital, con ese juego infantil.

Y debo reconocer, que la mía también.

Los días de internación se hicieron amenas para mí, gracias a la ayuda incondicional de mi familia y amigos.

Estos últimos, siempre bajo la riguroso horario de visita.

Caleb y Cristiano con regalos como revistas de deportes y CDs con pelis, para ver por mi laptop en mis ratos de ocio con Juno.

Salvador en varias tardes con los chicos de la banda y con la sorpresa de mi guitarra, mi cuaderno de letras y notas, en su primera visita cargando en sus manos.

Disfrutando algunas tardes en la compañía de ellos y los suave acordes de mi guitarra tocada por mí, desde mi cama con alguna canción.

La de mis padres y mis tíos.

Como las hermanas de cachorra, también.

Y para mi asombro de la mano de Hope, un paquete de mis galletas de chocolate favoritas con relleno, en contrabando y fuera de la mirada de algún enfermero, por mi dieta estricta.

—De verdad, estas tienen el relleno de crema... —Me dijo con un guiño de ojo y por lo bajo las escondió, para que las deguste más tarde con la risa de sus hermanas.

Y la, no menos importante.

La de mi hermano, Constantine.

Que luego de la primera impresión de desconcierto y exclamaciones de todos mis amigos, por no tener idea de su existencia, le dieron la bienvenida y fue integrándose de a poco.

Armando un equipo para mi cuidado y compañerismo, con mi cachorra incondicional.

Y compartiendo, muchas de nuestras horas diarias con nosotros y en noches también.

Ayudando a Juno en mi ingesta de dosis y en la combinación de medicamentos con drogas en horario.

A la espera ante cualquier imprevisto y sobre la puerta del baño, mientras mis náuseas y vómitos post medicamentos, por la poca tolerancia de mi cuerpo y que me hacían poner de rodillas al inodoro junto a cachorra a mi lado, en la mayoría de las noches.

Para luego, dormir después mi hermano sobre una silla.

Ayudando a la enfermera y el médico en las muestras de mi médula espinal, manteniendo mi cuerpo contra él, ya que ella se extrae de la parte posterior de mi cadera.

Como también, sosteniendo una parte de mi cuerpo con sus brazos, que bajo sedantes y anestesia local extrajeron un poco de líquido raquídeo, de la parte inferior de mi espalda.

Y con la mirada siempre de mi bebida, tomando mi mano y dándome fuerza, por ser un procedimiento doloroso para mí.

Suspiro, profundamente y elevando mi rostro al sol, en mi banca de madera en color blanco de siempre, frente a la rosaleda del extenso parque hospitalario y con mi silla de ruedas a mi lado.

Cruzo más sobre mí, la bata blanca de hospital que llevo puesta, mientras devuelvo el saludo de algunos pacientes que en compañía de algún enfermero o pariente del brazo, caminan por los senderos de este.

Y cierro mis ojos, volviendo mi rostro al sol.

Una risita de fondo, se siente proveniente de la galería abierta del edificio.

Y sonrío, abriéndolos.

Para observar a Juno cargando en sus manos la bandeja con mi merienda y viniendo hacia mi dirección, por la senda de circulación y con su siempre, sonrisa entre sus labios.

Porque me prometí, nunca perderme más un momento.

El de ver a mi bebida.

Mi futura esposa, como la llaman con cariño entre el grupo médico.

*Y luchar, por vivir.*

## Capítulo 33



Después de poco más de una semana y media de internación, el cuerpo médico al fin dio el alta a Caldeo con la condición de un tratamiento ambulatorio, pero bajo un riguroso seguimiento y control semanal.

Y el cumpleaños número 18 mío y de mis hermanas, pasó con él.

Ya que, me había negado totalmente a salir ese día y dejar solo a Caldeo en el Hospital.

Tomando la decisión mis hermanas y padres, de festejarlo conmigo, Caldeo y Constantine en el hospital.

Convirtiéndose la habitación en horario de visitas, en una linda reunión de familiares y amigos con globos, serpentinatas y nuestro pastel de cumpleaños, hecho por nana Marcello.

Su medicación y quimioterapia para redimir su Leucemia, lo dejaban a medida que pasaron los días, con apenas fuerza haciendo un bonito estrago colateral, en su cuerpo en su lucha contra el cáncer.

Había bajado de peso y aunque, se mantenía por su determinación fuerte de voluntad, las señales del tratamiento invasivo y su enfermedad, estaban vigentes en su semblante y cuerpo.

Ese agotamiento diario, con sus molestias físicas y dolores propios de ellos, crecían con cada día.

Bajo el canto de todos del feliz cumpleaños a la hora de soplar las velas fue acompañado por palmas y sonrisas, frente al pastel de cumpleaños con mis hermanas.

Cerré mis ojos, por mis tres deseos.

Mi última imagen al hacerlo, el rostro de Caldeo.

Semi sentado como siempre, en su cama.

Cantando, como todos.

Con su lindo rostro exótico y esos ojos color de un hielo gris cristal que resaltaban más, con la palidez de piel ahora y esas pequeñas ojeras sombreadas bajo ellos, producto de todo.

Y pese a todo, sonriendo.

Mirándome.

*Feliz.*

Por mi décimo octavo, cumpleaños.

Cerré con fuerzas, mis ojos.

Y con esa misma fuerza, pedí mis deseos al soplar las velas al mismo tiempo, con mis hermanas.

Que se resumía a uno.

*Solo uno y que lo pedí, con todo mi corazón...*



A días de nuestra boda, instalados ya en casa de mis tíos, Caldeo tuvo pequeñas recaídas. Pero con ayuda de ellos y la visita diaria de mamá en las tardes, pudimos con ellas.

Ya que, Constantine tras una llamada importante de un tal Cabul, a regañadientes y maldiciendo en árabe.

Creo.

Por separarse de su hermano, se disculpó obligado a hacer un viaje relámpago a su país.

Pero prometiendo estar de vuelta, para el día de nuestro casamiento.

Caldeo lo miró extrañado por ello, pero cuando quiso preguntar, Constantine se limitó a cambiar la conversación, con la llegada de Amely y Fresita al visitarnos y traer mis tareas de la Universidad para no retrasarme.

Y con su reverencia de siempre, se despidió de nosotros de forma apurada.

Pero no pude, no dejar de notar la mirada de decepción con poco disimulo, de Amely por la partida del casi Caldeo.

Y éste, de mirarla de forma profunda y prolongada, pero fría sobre la persona entera de mi mejor amiga, antes de abrir la puerta.

Seguido a sin un atisbo emocional de su parte, marcharse cerrando esta.

Haciendo una nota mental, que luego en un espacio a solas con Amely, preguntar por ella y el lindo como misterioso Constantine.

Subiendo las escaleras con una canasta en mano con ropa recién lavada y limpia, el sonido de frascos y cosas cayéndose del baño de la habitación de Caldeo, llama mi atención.

Y mi corazón se detiene y la sangre, se me hiela ante esos ruidos.

Corro y trastabillando el último escalón de ella, en mi apuro y por miedo, lanzando la canasta, desparramándose la prendas dobladas, en todas partes del piso.

Al abrir la puerta del baño, el vapor inunda mi rostro y parte de la habitación, por el agua caliente que aún corre, por la ducha abierta.

—¡Caldeo! —Lo llamo abriendo en su totalidad esta, para que neblina húmeda salga y sacudiendo con la otra mano, al aire mientras entro.

Para encontrarlo desnudo y con la tapa baja del inodoro, sentado sobre ella.

En silencio.

Su mirada está baja y en sus manos, donde reposan en su regazo y no puedo ver sus ojos por ello, ya que su pelo totalmente mojado cae sobre él.

Mis ojos van al piso, donde botellas de productos de higiene de ducha, están esparcidas por el suelo.

—¿Estás, bien? —Murmuro, acercándome y cerrando la llave de agua.

Asiente despacio con sus ojos fijos en sus manos, mientras descuelgo su bata de baño y lo rodeo con ella su cuerpo mojado y con otra toalla más pequeña, envuelvo su cabeza con cuidado.

No me detiene cuando lo abrazo y obligo, a caminar a la habitación con pasos lentos para sentarlo en su cama.

Trepando a esta y de espalda a él, lo ayudo a secarse.

—¿Qué es, Caldeo? — Le susurro, pasando la pequeña toalla por parte de su cabeza y hombros.

No me responde.

Y la exhalación de su espalada elevando y bajando de forma cansada, pero fuerte por una

respiración, lo hace.

Para luego, mirarme sobre su hombro mientras eleva una de sus manos que sigue con su puño cerrado como la otra sobre sus rodillas.

Que al abrirla de forma lenta, una gran cantidad de su lindo pelo negro, hay en ella.

Y con eso, su mirada de tristeza por ello y cansado de todo esto.

Mis ojos, se abren.

*La quimio.*

Lo vi muchas veces en los niñitos, del Pabellón de las *Disney Princesas y Caballeros del Zodiaco*, del Hospital Infantil de papá.

Uno de las reacciones del cuerpo, bajo este tipo de tratamiento invasivo, es la pérdida de pelo.

Y por eso, su frustración en el baño.

Mi lengua trabaja en mí, mordisqueando la parte interior de mi mejilla, pensando.

Y la imagen de ellos viene a mi mente, cuando atraviesas la puerta doble en madera blanca, al visitarlos.

Corriendo hacia ti, con sus pijamitas infantiles.

Sonrientes, sin pelito y hasta algunos con barbijos en su rostros, pero que sus ojos dicen todo.

De alegría.

*Felicidad.*

Porque, compartes un momento con ellos y le regalas, lo que tanto necesitan.

*Amor, apoyo y contención en su lucha.*

Y mi pecho se expande por ello, ya que esa es mi respuesta.

Sonríó y lo abrazo por atrás besando su mejilla, para luego salir de la cama.

Frente a él y de pie, elevo un dedo.

—Vuelvo, en un momento. —Señalo.

Y río por su ceño arrugado sin entender, pero sin perder tiempo corro escaleras abajo.

Pregunto a tía Lorna en la cocina, en pleno trabajo haciendo la cena.

Lleva un dedo a la boca, de forma pensativa y con sus uñas de siempre, pintadas de ese rojo pasión.

—Debe haber uno, en el cajón del mueble de mi habitación, que era de Ángel. —Lo mira a mi tío Pulgarcito que sobre su sillón, mira el partido. —En sus mejores época, claro... —Me guiña un ojo, por su calvicie.

Suelto una risita y no pierdo tiempo, retomando las escaleras y en dirección a la habitación de mis tíos.

Una vez que lo encuentro, sonríó más.

—¿Listo? —Digo con el en mano a Caldeo minutos después, que sigue sentado en su cama y con la bata puesta.

Sin vestigio, de querer cambiarse.

Como su ánimo.

Me frunce más, su lindo ceño.

Pongo una vieja silla delante de él y la señalo decidida.

Y me arquea una ceja con cara de pocos amigos, al verlo entre mis manos y la silla de madera.

Me hace reír.

Rodando mis ojos, tomo su mano y lo obligo a ponerse de pie y sentarse en ella, con otro beso.

Pero esta vez, en esa ceja elevada y descontenta.

Mamá siempre nos decía a mis hermanas y a mí, que frente a una ceja en alto de la persona que amas, nada mejor que un beso en ella.

Eso, hace reír a ambas personas y se olvidan los pleitos y el corazón caprichoso del otro.

Y mamá sabe de eso, por estar casada con señor *Ceño.Fruncido.Por.Todo*.

Y sonrío, porque tiene razón.

Ya que con lentitud, las comisuras de los labios de Caldeo se expanden hacia arriba, dibujando una sonrisa y que me noquea de lo linda que es, al dejarse llevar y tomar asiento en ella.

Y saber, lo que le voy hacer.

Con la toalla pequeña cubro su cuello y hombros con delicadeza.

Sus ojos con signos de cansancio, se cierran ante el contacto de mis manos en su piel y con un suave movimiento, inclina su cuello a un lado para que tenga un mayor acceso mientras la acomodo.

Con mis dedos peino su pelo, mientras enciendo la maquinita de cortar cabello.

Pero, al elevar esta y sobre nosotros.

Él sentado y yo detrás.

Caldeo toma mi brazo con una de sus manos y la detiene.

*¿Eh?*

Negando con su rostro y mirándome de forma profunda con esos ojos grises, raros y rasgados por la mezcla de dos razas que tiene.

Me jala, para ponerme delante de él y me obliga a sentarme a horcajadas y con nuestros pechos enfrentados y sentada sobre él.

Su sonrisa, vuelve.

Acaricio su mejilla.

—¿Quieres mirarme, mientras lo hago Caldeo? —Pregunto.

Y asiente, mordiendo el aro de acero de sus labios y con ambas manos suyas sobre mi espalda, las abre para acariciarme de forma suave y atraerme más a él.

*Oh.Dulce.Jesús.*

Su contacto, después de mucho tiempo.

*Su piel...*

Mi cuerpo se tensa en un dulce dolor de querer más, de reclamarlo al sentirlo y recordando, que solo lleva una bata puesta y eso solo, me separa de él.

Su calor.

Desnudo.

Todo tatuado.

Y el aroma de su piel, con jabón de ducha.

El chico, que amo.

*Santa.Mierda.*

Sacudo mi cabeza, lanzando mis pensamientos impuros en rincón lejano y sin uso de mi mente.

Y con cuidado, reposo la maquinita sobre un lado de su cabeza y comienzo.

El movimiento de ella rapando su pelo por completo, va al ritmo de sus manos acariciando mi espalda y el contorno de mi silueta con sus caricias.

Suave.

Con ternura.

*Y suspiramos, los dos...*

Bajo el único sonido de ella, entre nuestras respiraciones y la habitación.

Mi mano limpia parte de su pelo, que cae sobre sus hombros, mientras las suyas dibujan con sus dedos tatuados, pequeños círculos con ternura en mi pecho y por sobre mi remera rosa con la imagen de un osito panda.

Su contacto, hace endurecerlos y jadeo, pero con una fuerte exhalación continuo, bajo su siempre sonrisa.

Su cabeza se inclina por delante, para poder finalizar lo que me queda.

Su nuca.

Y en el trayecto, envuelve uno de mis pechos con su boca, mientras sigue su acaricia con su mano la otra.

Mordiéndolo de una forma dulce y tierna mi pezón por sobre la tela y mi sujetador, mojándolo.

—Te amo, Juno... —Me susurra, bajito.

Muy bajito.

Y lo envuelvo con mis brazos y la maquina, cae al piso alfombrado al finalizar.

Nos abrazamos fuerte y rogando, que el tiempo nunca termine y se detenga.

—Te amo, Caldeo... —Digo yo, con un beso en sus labios y acunando su cabeza con cariño, ya sin rastro de pelo alguno.

## CONSTANTINE

Lanzo con toda mi ira, un antiquísimo jarrón de antigüedad de la familia y que por generaciones en un rincón y sobre un pedestal, decoró una sala del palacio.

El sonido de él, estrellándose y haciéndose añicos en pedazos contra el piso, retumba en la serenidad del palacio.

Sonrí y niego, con asco.

*Serenidad...*

Apoyado con mis manos a los lados y sobre el borde de una mesa, dejo caer de forma cansada mi cabeza con un resoplido.

Cierro mis ojos.

León, escapó.

Se fugó.

*Dios del cielo, no...*

El ruido de un papel siendo extendido frente a mí y sobre la mesa que estoy, me hace abrirlos.

Cabul delante de mí, me presenta un gran plano.

Para ser exactos, un mapa de la parte norte de África.

Mientras con una seña de su mano al aire, despide a la servidumbre de la gran habitación negando a que limpien ahora lo que rompí y con otra, a los guardias que esperen sobre la puerta vigilando, pero tras esta cerrada.

Su dedo diestro y magistral como viejo caballo de guerra que es, reposa en un punto fijo del mapa.

En el desierto, de Nuria.

Entre el Mar rojo y el Nilo.

— *Wamin huna mawqie mukhba 'ahum syd Leon, Shayj...* (Ahí, la ubicación de su escondite del señor León, Shayj). —Me dice de forma seria y concentrada.

Mi mano, se hace un puño.

La noche que se escapó mi padre, Cabul me notificó.

No podía hacer nada, desde América.

Solo mantener mi semblante tranquilo y fuera de sospechas de Caldeo.

Mi hermano, sentimiento de miedo o temor a nuestro padre no le tiene, pero si esa tristeza de ser despojado, para protegerlo de él.

*De su propio, padre.*

Por no ser querido y aceptado por él desde su nacimiento, por ser un bebé enfermizo y heredar el trono, al ser el *Sayyid* del pueblo de Abraham.

Debí alejarme con este viaje y volver a mi tierra, para poder enfrentar a Leon.

Y protegerlo.

*Al príncipe.*

A Caldeo.

Y elevo mis ojos al cielo y hago una oración.

Por abandonarlo en pleno tratamiento y que en mi ausencia de pocos días, no le suceda nada y la honorable Juno, *al'amirat 'akhi* (princesa de mi hermano) y su familia, lo contengan en mi ausencia.

Mis ojos se vuelven de forma dura a el mapa desplegado por Cabul en la mesa.

León, posee un séquito bajo su orden y de lealtad hacia él.

Un centenar.

De gente de mala calaña y subordinados a mi gobierno, cuando derroqué a mi padre.

Desapareciendo y logrando, huir del poder de mi milicia y escondiéndose gran parte de ellos, en el gran desierto Libio y en los grupos mercenarios invocados en la zona de Sierra Leona, protegiéndose fuera de mi jurisdicción por la guerra civil entre ellos y al amparo de la guerrilla.

A la espera, del momento.

El llamado, de él.

*Su rey.*

Como lo llaman, todavía.

Tomo asiento en una silla, descansando mis codos en la mesa y entrelazando mis dedos en mi barbilla, pensativo.

Mirando, el mapa.

Cabul y sus hombres, nunca lo perdieron de vista.

Siempre, vigilando.

Como sombras, en las que fueron entrenados.

Como a mi hermano.

A pocos días de su huida, están escondidos pero alistándose.

Solo restarían poco más de 12h más, para que lleguen a Egipto y cruzar a Arabia Saudita y llegar a Siria.

Lugar estratégico para conseguir la mierda que sea, en sus zonas bajas y famosas por lo bajos escrúpulos.

Y al hacerse anunciar quién es por su fama de antaño ruin, retomar viejos contactos y mostrar el oro.

Le sería fácil, la documentación.

Papeles, de legalidad falsa.

Un avión.

Y el no menos, importante.

Contrabando de armamento.

*Para que su venganza, se lleve a cabo.*

Corro mi silla y de pie camino en dirección por la enorme sala y a una puerta apartada de

todas.

La más grande en tamaño, grosor, antigüedad y tallada de forma artesanal por manos santas con sus diseños en relieve y formas, en ambas hojas que la componen.

Y unidas, forman el escudo con el blasón, de nuestra tribu milenaria.

Al igual, que el anillo que llevo en mi dedo con la piedra roja de *Los Ur de Caldeos*.

La ciudad origen de nuestros ancestros y por ello, el nombre de mi hermano.

La brisa marina del Índico llega a mí, provocando que mi pelo vuela sobre mis ojos por los enormes ventanales abiertos, que regalan la vista de las costas del océano y el sonido de ellas, chocando contra los acantilados de forma furiosa.

Señal, de que hoy habrá luna llena.

Sonríó haciendo mi pelo a un lado y sacando la llave maestra, del bolsillo de mi túnica.

Antigua y con el mismo diseño de la puerta.

Con Cabul a mi lado, la introduzco en su cerradura y los cerrojos con viejos engranajes de esta, suenan al girar la llave y se acoplan, con el sonido del océano y nuestro silencio.

Abro sus puertas, de par en par.

Y exhalo un fuerte aire de mis pulmones y con una reverencia de ambos llena de respeto, entramos en su interior.

Cada paso decisivo que doy, suena en el viejo piso milenario de esta otra habitación, con poca iluminación y no, de mucho tamaño.

Como tantos antepasados míos y de Caldeo lo hicieron.

*Generaciones, de generaciones.*

Enciendo las velas que lo rodean por sus lados, con otra oración.

Solo, hijos varones.

Los *Sayyid* de sangre, de la tribu Qurash.

Descendientes, del profeta Mahoma.

*Los guerreros qalb alnnar*, (corazón de fuego) del pueblo...

Abro la enorme vitrina de vidrio y madera ébano que ocupa una gran parte de la pared principal y acaricio la suave tela negra intacta, que completa con el *Kafhiyye* y lista descansa.

Siendo protegida por esta y se exhibe en su interior, con dos sables de gruesas hojas filosas y lustradas en su acero, que se cruzan sobre ella formando una X.

Giro mi cabeza sobre mi hombro, para mirar a mi viejo y fiel amigo.

—¿Estás listo, Cabul?

Una reverencia con sus manos entrelazadas frente suyo y una sonrisa aliada y de amistad consolidada hacia mí, en esos ojos sabios de haber visto y saber mucho, es su respuesta.

Y yo, cierro mis ojos a él.

*A mi maestro...*

## Capítulo 34



Apoyando un brazo sobre mi pierna flexionada e inclinado sobre el piso enarenado y lleno de vegetación reseca, que nos sirve de camuflaje desde un alto.

Con mi docena de hombres Qurash y Cabul, agachados como yo y en posiciones estratégicas desde un alto, observamos en la oscuridad de la noche la zona baja.

La guarida de León, a una distancia prudente.

En un sector del desierto Libio y a orillas del Mar Rojo.

Arriba, el paisaje es desértico.

Y abajo de la costa, en su mayoría irregular ondulante y salvaje dentro de su aridez.

Pero tan grande, que hace sentir a uno pequeño.

Elevo mi mano a mi boca pensativo y aún, agazapado entre mi escondite y el suelo.

Utilizó una vieja construcción casi en ruinas, que en décadas pasadas y mejores épocas, fue un mina de extracción de piedras preciosas con un puerto embarcadero con salida al mar y a un ciento de metros de ella, una vieja represa para alimentación eléctrica.

Cabul a mi lado e inclinado como yo, me codea en silencio y señalando un punto fijo con su mano en alto, del lugar entregándome los binoculares de visión nocturna.

Está rodeada por unos camiones estilo militar y mercenario, con esqueletos en ruinas por abandono y años acumulados en un sector de barcasas y maquinarias, con tanques de 200 litros utilizados en su momento para la carga de combustible de los barcos transportadores.

Ahora es como amparo, escudo y protección.

Un par de ellos, atizado con fuego, para dar calor y contrarrestar la fría noche, desértica e iluminación.

Y ahí, en ese rincón.

Movimiento humano.

Gruño, reajustando sobre mis ojos el binocular para una mayor visión desde mi altura.

Muchos hombres, de León.

Tal vez, un par de docenas.

Sin contar, los que están dentro del edificio medio en ruina.

Hago *zoom*, con el.

Para buscar entre ellos, el que me importa aparte de mi padre.

Su mano derecha.

*A Jael.*

Un hombre sin escrúpulos, que acompañó como otros anteriores, toda la vida entre las sombras y bajo las órdenes, de los Kosamé.

Familia de mi padre.

Un esclavo de ellos, de niño.

Un *alkalb alqital* (perro de pelea).

Amaestrado y criado desde su nacimiento, solo y para servir a la familia.

Un antiguo ritual de los clanes adinerados y con linaje, pero de oscuro pasado y ya no utilizados supuestamente en estos tiempos, pero vigente y escondido, tras el perfil de una familia contemporánea de este siglo.

Un puto carnicero, para ejecutar las órdenes de mi padre.

Sin escrúpulos.

Ávido en defensa y en lo que se alimenta más, en ataque.

Aunque, no es mucho mayor que yo, de niño Jael siempre me dio temor.

Fue traído al palacio por orden de mi abuelo paterno a la edad de 4 años y como regalo a mi padre, cuando se hizo rey al casarse con mi madre.

Como si fuera un animal salvaje, hecho mascota.

Una mascota come hombres, asesina y con sed siempre de lucha.

Y si es necesario, dar con su propia vida a su amo.

León.

Quién a esa corta edad lo adiestró, enseñó a pelear como un gladiador y a recibir lealtad y obediencia absoluta a él, a base de latigazos si era necesario en su infancia.

Un sicario, agreste y de naturaleza asesina, pero con la educación de un niño normal.

Ya que Jael, mientras era adiestrado para ser un magnicida en su adultez.

Recibió los mejores maestros desde su mazmorra para ser una persona culta, educada y de mirada inteligente como de mundo.

Una fachada.

Para desenvolverse y pasar inadvertido, si la ocasión o misión que tiene que cumplir, lo requiere.

Resoplo ante la negativa, de mi búsqueda.

Es extraño.

*Ivien charmuta*, maldigo para mis adentros.

No está entre ellos, que con arma de grueso calibre y metralletas que cuelgan de sus brazos, escuchan a otro en su lugar, para luego separarse en bandos.

Sea, vigilar y distribuirse por el lugar.

Le devuelvo el binocular a Cabul y con señas, le hago entender que nos dividamos con el puñado de nuestros hombres.

Asiente.

Y con la imitación de un graznido de una lechuza nocturna, los demás Qurash obedecen y saben, que hacer.

Como espectros con movimientos sigilosos, se esparcen y descienden de las dunas de arena entre los matorrales y la gruesa oscuridad de la noche, con sus vestimentas oscuras y rostros ocultos por sus *Kafhiyye*.

Años de entrenamiento, ante una disciplina especial inculcada por un maestro y que solo unos pocos son los elegidos.

Y el mismo, que tuve yo.

Cabul.

Siendo aún, un guerrero *qalb alnnar* (guerrero de fuego) al servicio de los *Qurash*.

Y el encargado de convertir en uno de ellos desde su nacimiento, al *Sayyid*.

Con pasos cautelosos y en silencio, me despliego por lado contrario solitario y sobre las siluetas de las dunas.

Esta es suave y de pisar sigiloso, hace deslizarme de forma fácil y corrediza mientras

desciendo.

Con un salto, llego a la parte rocosa.

Y voy de una en una con saltos, de forma reservada y agazapada.

Tranquilo.

Silencioso.

Como un gato, sobre un tejado.

Hago rodar mi espalda en la más grande, para cubrirme y descansando mi cabeza en ella, para no ser visto a pocos metros de una pared lateral de la guarida de León y notar, dos de sus guardias caminar y hablar entre ellos encendiéndose unos cigarrillos.

Exhalo una dura respiración, para mis adentros.

Puedo escuchar como uno ríe, ante la conversación del otro tomando posición ambos, en una esquina con sus armas.

Elevo, mis ojos al cielo.

La noche está completamente negra y casi no hay estrellas.

La clase de noche, donde un hombre puede desaparecer en la oscuridad.

Sonrío.

*Mi tipo, de noche.*

Ladeando mi rostro a un lado y contra la gran roca, puedo ver como la luna está llena y cuelga justo en el borde del horizonte.

Exactamente donde el agua del mar, se encuentra con el cielo.

Tiene un tinte rojizo.

Algo, que no vemos muy a menudo.

Los marineros la saben llamar, la luna de sangre.

*Y sonrío, irónicamente.*

Vuelvo mi vista a mi frente y cierro mis ojos, con esa ira creciendo en mí.

Por justicia.

Del traje bélico que llevo puesto de mis ancestros guerreros, tan oscura y negra como el crepúsculo.

Cubro mi rostro con el lado de mi *Kafhiyye* y solo, dejando a la vista mis ojos.

Y con mis manos, extendiendo su cuello de la tela de cada lado en alto, diseñada para protección ante una pelea.

Tomo una bocanada de aire fresco y vigorizante, proveniente del mar.

Llevo ambas manos a mis espalda por sobre mi hombro y con un movimiento, saco los dos sables de filosas y gruesas hojas cruzadas sobre mí.

Que en su letargo, cuidan y protegen mi traje en su santuario.

Su acero, brilla en la noche.

Había jurado no ser como él y perdoné su vida ante un jurado de excelentísimos, reclamando su muerte por asesinato a la reina y entre otros a lo largo de su vida.

Mi pecho se ahoga, recordando a mi dulce madre y la de mi hermano.

Abro mis ojos.

Pero ya, no voy a permitir que siga haciendo más daño, León.

*Llegó tu hora...*

## CALDEO

Le digo que la amo, mientras deshago de cada prenda que lleva puesta, sentado aún sobre la

vieja silla de madera y con mi cachorra encima mío y a horcajadas.

De su remera infantil, con motivo de un osito panda y su sujetador claro.

Beso con suavidad y lamo sus pechos, profundo y tomándome mi tiempo, con cada uno.

Un suave gemido sale de ella y ese dulce sonido repercute en mi pene, endureciéndose más.

Su bonito cuerpo tiembla sobre mí y en su lucha interna de si es correcto o no hacerlo, por mi agotamiento físico.

Culpa, de mi enfermedad.

Muerde ese labio indecisa, que acaricio con mi pulgar.

Y sonrío besándolo, para luego morderlo con ternura.

Mi bebita, me cuida.

*Mi futura, mujer...*

Acuno mi mano en su mejilla y besando, cada centímetro de su rostro.

—Estoy bien... —Susurro bajo, pero con confianza mientras con mi otra mano, elevo cada una de sus piernas alrededor mío, bajo su risita para luego tomar su espalda.

—Caldeo, tus padres pueden entrar... —Exclama, al sentir esta y descender a su trasero para levantar a su cintura su falda de jeans y mirando en dirección a la puerta, sin llave de mi habitación.

Muerdo su hombro.

—A la mierda, mis padres. —Suelto, sonriendo y atacando uno de sus pezones.

Suaves, rosas y con el aroma de su perfume.

El puto cielo.

Continúo con el otro y gime más, echando su cabeza para atrás y entrelazando sus manos, por detrás de mi nuca.

Acaricia con sus dedos mi cabeza ahora calva, de forma tierna y la aprieto más contra mi pene duro.

No puedo dejarla ir, porque quiero que sienta todo lo que significa para mí.

Y siempre, lo fue.

Desde el momento que mi cachorra nació y la miré a los ojos, siendo apenas una bebé.

Mi bebita.

*Mi gran amor...*

Con mi pulgar envuelvo la tira de su braguita y de un jalón, la corto dejando un punzante escozor en mi dedo y sobre su piel, una pequeña ardida en tono rojo.

No nos, importa.

Repito la operación del otro lado, ganándome su mirada de asombro.

—¡Me costaron, una fortuna! —Me dice, entre risas.

Y le arqueo una ceja, mordiendo la mía como respuesta y llevando el retazo de tela blanca y encaje a mis labios, para besarla y dejarla colgando del respaldo de la silla.

Abro, mi bata de baño.

Y sonrío más, ante sus bonitos ojos muy abiertos del asombro.

—¿Aquí, Caldeo? —Pregunta al observar, mi prominente erección dura y reposando erecto sobre mi bajo vientre y ombligo.

*Santo Dios.*

Amo, su ingenuidad.

¿Lo más, lindo?

Que es, toda mío.

Asiento girando el piercing de mi labio y con suavidad, elevando su trasero para tomar mi

pene y acomodarla en su entrada con mi mano guiándolo.

Ni siquiera hace falta un jodido condón, por culpa de la quimio.

Una de cal y otra de arena.

Porque ahora, nos podemos sentir completamente y por eso, ambos jadeamos y suspiramos fuerte, al sentir nuestro calor.

*Nuestra piel, en contacto.*

Cachorra al no soportar más contra la atracción de ese fuego, ese ardor demandando y pidiendo más.

Tiró de mí, empujándome a ella y con su cuerpo hacia abajo, me entierra en su interior.

Ahogo mi grito de satisfacción en su piel y nuestro mundos, se inclinaron a nuestro eje.

Nos abrazamos.

Fuerte.

Pecho desnudo, contra pecho desnudo.

*Y piel con piel.*

Para ver el jodido cielo con sus labios jugosos, carnosos y con esa bonita forma de corazón, cerrarse en mi pecho con cada beso que me deja, a medida que con un ritmo lento y pausado se mueve y yo lo hago, saliendo y entrando de ella.

Levanto mi cabeza de golpe y reposo, mi frente en su hombro.

Y un jadeo sale de mí, de placer apretando su espalda más hacia mí, para mayor profundidad.

—No llevo condón, bebita... — Susurro y sin dejar de moverme en su interior. —...con la quimio, no creo...

Sus manos por abajo de mis brazos, me abrazaron más fuerte, deslizándose por mi sudor y esfuerzo, con pequeñas caricias de sus dedos.

También levanta, su vista a mí.

Me besa y chupa mi piercing con una sonrisita, diciéndome que todo estaba bien frente a eso.

—Empecé con la píldora igual, Caldeo... —Me murmura. —...no te detengas...no te detengas —Me ordena suavemente y jadeando mucho, siguiendo mi ritmo.

*Oh Dios.*

Y eso, fue suficiente para mí.

Enredando mi mano en su pelo para mayor acceso y la otra en su espalda, embisto contra cachorra.

Duro.

*Fuerte.*

Pero, con amor.

Porque, sentirla sin barreras.

Cada jodido centímetro mío, en su interior.

Envolviéndome.

Apretando.

Mojándome.

Y latiendo a mi alrededor, saliendo y entrando de ella.

Me hace sentir, que no estoy solo aquí.

*Juno, está conmigo como siempre.*

Y con cada caricia, que nos damos.

Con cada respiración jadeante y al unísono mío al enterrarme una y otra vez en ella.

Y con su rubor en las mejillas propio de la excitación, mientras la beso y tirando su mechones sudado de su pelo detrás, para ver su rostro.

Ya nunca más, tratar de hacer esta vida mía por mi cuenta y cumplir ese objetivo de alejarla de mí, como en un principio.

Porque, cachorra mantiene mi corazón latiendo.

Porque cachorra, es mi fuerza para seguir luchando contra la muerte.

*Y porque, yo sigo respirando.*

Me empujo más dentro de ella y ahogo su grito con mis labios y sonriendo entre los suyos ya hinchados y rojos, de tanto besos míos.

Mi vientre se tensa y como respuesta, sus piernas rodeándome comienzan a debilitarse y temblar, anunciando nuestros orgasmos.

La beso suavemente y pincelando su boca.

Su humedad, me recorre hasta nuestra unión, mojándonos más.

Me muevo más dentro de Juno con nuestros brazos a nuestro alrededor uno del otro, tocándonos nuestros rostros con suavidad y empujando más fuerte.

Y perdiéndonos, el uno por el otro.

—Caldeo... —Dice bajito mi nombre, mordiendo su labio y apretándome en su interior, anunciando su clímax que se acerca.

Mi cuerpo vibra y sus piernas abrazándome, comienzan a temblar más.

—Conmigo, cachorra... —Susurro bajo y tomo sus labios, con los míos, cuando grita y mi orgasmo me consume, corriéndome en su interior.

Junot jadea fuerte y me sigue al sentirme, gimiendo con agitado pecho húmedo y abrazándome, más fuerte contra ella.

La envuelvo contra mí con ternura y sin permitir que nuestro preciado contacto se rompa, acunando su cuerpo, su orgasmo y con suaves embestidas más, recibir todo de el y a ella misma.

Nuestras manos se entrelazan, mientras apoya su mejilla en mi hombro intentando controlar su respiración que agitada como la mía, es el único sonido de la habitación.

Eleva algo mi mano y gira la parte interna de mi muñeca, para luego con lentitud llevarla a sus labios y besarla, mientras con uno de sus dedos acariciar el tatuaje.

Como toda la vida hizo, con cada uno.

Y sonrío con mis ojos cerrados, solo para sentir su caricia.

Me agarró con la guardia baja y descubrió mi tatuaje pequeño, pero favorito.

Solo ella, podía descubrirlo y adivinar.

Porque, en su complejidad de tamaño y mezclado entre otros diseños tribales, con mirada objetiva solo su dueña podía percibirlo.

Ya que, es una frase metafórica de su nombre con un mes del año, sacada de un libro inglés que Juno me leyó de chicos, como tantas veces lo hizo para mí.

—Mío... —Dice, en voz baja.

Suelto una risita.

—¿Cómo, lo sabías? —Murmuro, luego de un suspiro y sin dejar de acariciarla.

Sentados.

Húmedos.

Y desnudos.

Me besa con suavidad, en la unión de mi cuello y nuca.

—Porque sin ti, yo tampoco podría respirar Caldeo... —Me responde, bajito.

— << *Los vientos de Jun, prevalecen en mí. Manteniendo mi corazón latiendo y recordándome con su aire cálido, que sigo respirando...* >> Cito con un susurro, la leyenda.

—Por siempre... —Acota suave y abrazándome más.

—Por siempre... —Juro, yo.

## CONSTANTINE

Trepo por la pared, con ayuda de mis pies.

Me lanzo desde el techo y caigo, frente a ellos.

Sin darle tiempo a nada, inclinando apenas mi cuerpo con una rodilla flexionada y de un giro, con ambos sables en mis manos y de un movimiento diestro, el filo de estas, corta sus cuerpos en un golpe en seco.

Derrumbándose ambos y muertos al instante, cayendo contra la pared.

El sonido de metralletas, rompiendo el silencio de la noche, suena en el lugar.

— *Hara...* (mierda). —Gruño maldiciendo y elevando mi vista por arriba de los muros y respirando fuerte, por abajo de mi máscara.

*Ya fuimos descubiertos.*

No pierdo tiempo.

Con impulso corriendo y con la ayuda de cúmulo de desechos de hierro, me lanzo sobre ellos para tomar impulso con un salto y con el rebote de una pared lateral y un pie, volver al techo.

Aterrizando en este, hago mi carrera en la oscuridad bajo gritos, disparos y lamentos humanos, cayendo al piso.

Esquivo ruinas sobre el, en mi carrera saltando obstáculos y escuchando mi propio jadeo, guardando mis sables cruzados, otra vez en mi espalda.

Puertas abriendo y cerrándose de forma dura con más blasfemias por los hombres de León, se sienten en la superficie y saliendo del interior del edificio.

Seguido por una balacera de armas, enfrentándose.

Salto a un pasillo angosto, en busca de su encuentro.

Ellos son muchos y mis hombres, un puñado.

Pueden estar en peligro.

Pasos de botas de fuerte pisadas corriendo, vienen hacia mí y uno grita mi presencia al notarme, alertando a los otros.

En la intersección de tres corredores formados por escombros de pesca con viejos tanques oxidados de combustible, hacen aparecen más de sus compañeros.

En posición y con mis ojos, grabo sus ubicaciones al rodearme y el primer tiro, suena como un silbido, invocando la muerte sobre el aire.

Logro esquivarlo rodando por el suelo arenoso y cuatro pequeñas dagas de mis laterales saco, que entre mis dedos, lanzo.

El primero con velocidad, acertando en la garganta del primero.

Me giro sobre mi lugar y las dos siguientes, se clavan en los pechos de otros que al sentir el filoso impacto, con gritos desgarradores se tambalean entre sus pasos, bajo el desangre de su cuerpo y la fuerza de su ametralladora que cargan, cual siendo apretada por acto reflejo y por sus dedos, retumban en el piso provocando que la lluvia de balas, salpique para todos lados como contra las paredes y a ellos mismos.

Me cubro en un rincón de no ser herido por ellas, hasta que cesan por sus muertes.

Y aprovechando el desconcierto del par de compañeros que también refugiados de ellas se guarecen, salgo de mi escondite, cuando uno de ellos me apunta con una.

Veloz, mi última daga va a su mano, clavándose en medio de esta y atravesando su hueso y carne.

Provocando, que suelte el arma y con ella clavada, grita ante el dolor tomando su muñeca.

Esquivo el ataque de su compañero con su sable empuñando, con un giro de mi cuerpo.

Pero me lleva contra la pared y la punta de esta, con uno de sus movimientos de lucha rechina de forma filosa, al incrustarse en el concreto y a centímetro de mi rostro, por su arremetida y cortando con el filo de su hoja un sonido en el aire.

Sin perder tiempo, me desplazo por abajo de mi oponente y girando sobre mis talones, con un movimiento marcial, desenfundo mi cuchillo que llevo con su arnés en uno de mis pies y lo clavo en su espalda.

Brota sangre de su boca y ahogado por ella, jadea deslizándose por la pared manchando esta de rojo y haciendo un camino de ella, hasta quedar inerte tirado contra el piso los metros que caminé convaleciente cerca de donde estoy.

Y me giro sobre mi hombro con ira, a el último que quedó.

Que sobre el piso, intenta arrastrarse para huir y aún, sosteniendo su mano atravesada por mi daga.

Camino hacia él con pasos fuerte y decidido.

Pero la agudeza de mi oído, detecta otro atacante desde un lateral y entre la oscuridad, apareciendo de la nada.

Mis ojos, se afilan.

No quiero, perder tiempo.

Sacando el arma de su cintura y pronosticando su ubicación.

Y sin mirar.

Disparo, mientras sigo caminando.

El sonido de su cuerpo cayendo de forma pesada y contra el suelo, me confirma que acerté.

*Bien.*

El mercenario abre sus ojos, al ver mi determinación.

Y procura escapar de mí, aligerando su arrastre.

Sonrí bajo mi máscara, guardando el arma.

Pobre infeliz.

Lo detengo con mi pie encima de su espalda, para luego inclinarme y sin oscilación de mi parte y bajo un grito de dolor por parte de él, sacar mi daga clavada en su mano y guardarla otra vez en el interior de mi casaca guerrera.

Y con su sangre, en ella.

*Porque, no me interesa.*

— *Min fadlik...Shafiq...*(por favor...piedad). —Me ruega escupiendo tierra y saliva espumosa de su boca, presionada por la fuerza de mi bota sobre él y contra el suelo arenoso.

El sonido de mis sables al sacarla de mi espalda y por el roce de sus filos, se siente entre los dos.

Y cruzando ambos formo una X con su cabeza, entre ellas.

Eso, lo hace gritar de temor.

Y una mancha de agua creciendo y esparciéndose por sobre su entrepierna y pantalones de tono caqui, sale de él mojándolo.

Ruedo mis ojos bajo mi máscara y otro jadeo lastimero de su parte, al sentir que aprieto más mis sables, contra su garganta.

— *¿'Ayn hu Leon?* (Dónde, esta León?). —Solo digo, bajo el sonido de disparos y contienda, de mis hombres con los suyos, en otros sectores del antiguo puerto.

Escupe saliva rojiza, por la mezcla de sangre.

— *'Ana la 'aerif...* (No lo sé). —Responde.

Ruedo otra vez mis ojos y con un movimiento preciso y certero, corto con un roce su cuello por mis sables, pero no lo suficiente para desangrarlo y que llegue a su yugular.

Solo será una linda cicatriz gruesa y de por vida como un collar, de 10 cm sobre el.

Chilla de dolor y ahogo su grito para no llamar la atención de otros, con mi bota sobre su boca presionando.

Forcejea para hablar y lo suelto.

— *¡Dakhil! ¡Dakhil!* (¡Dentro! ¡Dentro!). —Exclama, tosiendo tierra que comió.

El lugar es grande.

—*¿Kama?* (¿Cómo?). —Prosigo.

— *Alma'sadd alttaqat alkahrabayiya...* (Por la represa de agua de energía). —Susurra y con su mano sana, la eleva con esfuerzo y señalando bajo su uña llena de mugre.

Sigo con mi vista, ella.

A un kilómetro de distancia y entre la oscuridad de la noche, solo iluminado por la luna de sangre llena, la vieja construcción de una pequeña represa para la asistencia en su época, de energía hidráulica por electricidad.

Y a metros de ella, una entrada clausurada por maderas cruzadas entre sí y clavada a ella, al acceso al interior de la vieja mina.

— *Hnak malak* (Ahí, está el rey). — Tose más y sus ojos lleno de pasado oscuro, me miran implorantes.

—*Biadad...* (Piedad). —Me repite, desde abajo.

Entre cierro mis ojos.

—Tu mirada está llena de pecados genocidios *rajul bila rrawh allah* (hombre sin alma de Dios). —Murmuro. —Solo veo en ellos *tadmir ddid alshshaebayn alshshaqiqayn...* (destrucción, contra pueblos hermanos). — Formulo. — *Wafiat al'atfal...Aightisab aljism mi'ummahatuhum...* (muerte de niños y violación de los cuerpos de sus madres). —Sus ojos llorosos e inyectados, me miran asombrados y llenos de culpa, por lo que digo. — *Yatlub alshshafqat ealaa 'asudruhk.* (*Pide perdón, por tu alma negra*). —Ordeno y lo cumple, bajando su mirada con ese rezo.

Y el sonido de mis sables cerrándose entre sí, se siente en el silencio.

Haciendo justicia.

Y yo, cierro mis ojos.

—Que Dios perdone tus pecados hombre de alma negra y a mí, por mi sed de justicia... —Murmuro, para luego girar sobre mis talones y volviendo a guardarlas detrás de mi espalda, mientras retomo mi carrera saltando por las paredes y hasta el techo nuevamente.

Desde abajo, veo a mis hombres luchar a la par con Cabul y contra los de León.

Cabul eleva su vista a mí, con sus espadas en mano.

Le hago una reverencia bajo la brisa nocturna, que hace flamear mi capa, pero no pierdo tiempo y salto por los demás techos para ganar tiempo, mientras esquivo disparos y me dirijo a la represa...

## Capítulo 35



Amely aprieta más mi brazo que llevo con el suyo abrazada, mientras caminamos al hacerle la pregunta.

Si le atrae, Constantine.

Y juro, que hasta veo que se le forman estrellitas en los ojos de mi amiga Amely, al nombrarlo.

—¿Gustarme? —Suspira, pateando una piedrita con un pie, del camino. —Es poco Jun, es más que eso... —Y me roba un suspiro romántico, llevando mi mano a mi pecho.

Y hace una mueca con sus labios, al verme.

—...y no entiendo el por qué, ya que no registra mi existencia... —Resopla, de forma decepcionante.

Río acariciando su mano con la mía, mientras nos detenemos a orillas del lindo lago.

A un día y medio de nuestra boda con Caldeo, mamá organizó con tía Lorna hacerlo en una linda campiña alquilada, a unos kilómetros de la ciudad.

Aunque respetaron que sea algo íntimo y familiar, la suma de toda la familia y de amigos, superó la cantidad para albergar a los invitados en la casona de mis padres, donde en un principio se iba a llevar a cabo nuestras nupcias.

Tomando la decisión mis padres de alquilar, un complejo vacacional a las afueras.

Un lindo lugar para descansar de la frivolidad de la gran ciudad con espacios verdes, un bello lago cristalino que refleja como un espejo todo este vergel natural, espacios de juegos y deporte con un poco más de media docena de cabañas en madera estilo su construcción, tipo Suizo.

Me giro a ella.

—Es así con todos, Amm. —Miro, el bonito lago. —Constantine es una persona reservada e introvertida. —Me encojo de hombros. —Algo tímido. No olvides que fue criado bajo una cultura, muy diferente a la nuestra...

—¿Tímido? —Repite, haciendo una cola de caballo con su pelo que le empieza a molestar, por la brisa al llevarlo suelto y de forma nerviosa. —Jun querida, Constantine no es tímido ni reservado... —Se voltea a mí, aflojando sus hombros. —...es, tenebroso... —Abro mis ojos y creo que de asombro y miedo, porque empieza a reír por la cara que puse.

Golpea mi hombro, con cariño.

—No te asustes, tontita... —Ríe más. —...a lo que me refiero, es que Constantine bajo esa fachada reservada, es una persona misteriosamente y poderosa...

Inclino mi cabeza, con obviedad.

—Es un príncipe, Amm...tiene un país bajo su mando y con la edad de Caldeo.

Niega, cruzando sus brazos en su pecho.

—No me refiero, a eso. —Su mirada, se pierde en el lago. —...para mí, hay más que eso... — Se vuelve a mí de golpe y por algo, que se le cruza en su cabeza tomando mis hombros. —¿Y si es

un mercenario asesino, tipo justiciero?

Río.

Corrección.

*Río, a carcajadas.*

Mucho.

Tanto, que tengo que limpiar mis lágrimas de risa, y que brotan de mis ojos con mis dedos.

Y el eco de ella, suena en el gran espacio verde que estamos, de la campiña.

Palmeo su hombro y tomando aire, porque mi carcajada me dejó sin ello.

—Amely estás viendo mucho Anime o pelis, de Liam Neason... —Suspiro, con una última bocanada de aire. —...Constantine tiene un personalidad pasiva, en su país promulga la paz y el orden entre su pueblo, según me contó Caldeo... — Y mis ojos, vagan a las pocas personas que ocupan un par de cabañas, fuera de nosotros.

Un muchacho que sentado a orillas del lago y a unos ciento de metros de nosotros, escribe sobre un cuaderno escuchando música de sus auriculares y una señora de edad que con dos niños en la lejanía, que aminan en la orilla y dibujan sobre la arena con ramas.

Supongo, que sus nietos.

—Constantine en su vida debe haber cargado algún tipo de arma Amely, no lo imagino dentro de su timidez con una entre sus manos... —Niego. —...sería incapaz de matar a una mosca. — Finalizo, totalmente convencida.

Y el chasqueo de la lengua de mi mejor amiga negando, me hace mirarla.

—Te digo que se guarda algo el chico, de mis sueños más húmedos... —Eleva un dedo. —...mi sentido observador, me lo dice y lo voy averiguar chica...

Sonrío.

*Ok.*

Qué más, puedo decir.

Conozco a Amely desde niñas y sería en vano, oponerme.

Cuando algo se le mete en la cabeza, su espíritu investigador y reportero le puede.

Y con otro suspiro para mis adentros, niego.

Lo gracioso para decirlo de alguna manera, es que siempre acierta ante sus dudas.

Y un silbido amistoso nos llama, dando por terminada la conversación del guapo y enigmático Constantine.

Es Fresita, que en compañía de Caldeo ayudándolo a caminar ofreciendo su brazo, viene a nuestro encuentro.

Sonrío y no pierdo tiempo.

Corro a ellos, con Amely a mi lado.

—¿Charla, de mujeres? —Dice Demian, mientras abrazo a Caldeo y cierro más su abrigo, por la fresca brisa de la tarde.

Me rueda los ojos por ello y yo, le guiño uno mío bajando más su gorra de lana también y que cubre su cabeza.

—Tienes las defensas bajas, no te quejes...

Sonríe pasando su brazo por sobre mi hombro y besar mi frente, mientras con la otra busca el celular de un bolsillo.

Y lo mira, frunciendo su ceño.

—¿Todavía, no sabes nada de tu hermano? —Pregunto preocupada, al ver su rostro.

Niega, guardándolo otra vez.

## CONSTANTINE

Atravesando la represa y llegando a la entrada de la vieja mina, el filo de una espada me detiene.

Me giro, desenfundando el arma de la cintura que me dejé y apuntando a esa persona.

Y un jadeo sale de mí y a un nano segundo, de dispararle y retener el impulso.

—Viejo, no hagas eso... —Exclamo con un hilo de voz y una mano en la rodilla.

*Dios.*

Casi le vuelo, la cabeza a Cabul que lo tengo en frente.

Las comisuras de sus ojos oscuros arrugándose a los lados, me señalan su sonrisa pese a estar cubierto la totalidad de su rostro, por el *Kafhiyye* negro.

— *¿Kunt 'aetaqid ínannidhahib 'iilaa tarak wahdah fi kl hdha Shayj?* (¿Pensabas, que te iba a dejar solo, en esto?).

Y sonrío, bajo mi máscara.

Nunca lo hiciste mi fiel amigo y maestro.

Y con una reverencia suya bajo mi asentimiento, nos internamos en el interior de la caverna.

Es extensa, pedregosa y solo, iluminada por viejos faros de aceite que cuelgan a distancia de estas.

La humedad de ella, es fría en su semi oscuridad.

Provocando que parte de mi respiración en mi carrera con Cabul a mi lado y pese a tener cubierto mi rostro, emane ese vapor de mi boca propio del fresco y con cada exhalación.

Tres hombres de León, vienen a nuestro encuentro y antes de que puedan apuntar con sus armas sobre nosotros, tomando impulso, salto sobre ellos sacando mis sables en el aire y caigo sobre ellos.

El filo de una atraviesa el primero, cayendo al piso herido.

Y el segundo se abalanza sobre mí, al reducir su arma rodando en el suelo por una patada mía, intentando llegar a mi garganta con su cuchilla de mano, mientras veo como Cabul pelea bajo espadas, con el tercer oponente.

Con su pecho pegado a mi espalda lo llevo contra la pared con fuerza, logrando que el ceñimiento de su brazo sobre mi garganta forcejeando por liberarme, afloje ante el impacto de la pared rocosa.

Y tomando su brazo y de un movimiento, me giro a él y con otra maniobra, lo hago caer al piso, sacando mi daga para terminar en su pecho incrustada.

Con su último respiro se lo saco, para luego guardarlo en mi chaqueta interior otra vez.

Flexionado con un pie en el piso y contra el cuerpo, elevo mis ojos a Cabul y aún, jadeando por la lucha.

El filo de su espada en ese instante, es atravesado al hombre de León y cayendo sobre sus rodillas y frente a él, muestra el final del último.

Lo guarda en su funda, para señalar el final del túnel, con su dedo y sigo con mi vista la dirección.

— *Nahn qaribun, lays hunak alkthyr...walwusul Leon.* (Estamos cerca, ya no quedan muchos de león). —Murmura.

Y un par más, salen a enfrentarnos, pero logramos reducirlos de forma rápida.

Nos detenemos final del túnel y ver que se divide en dos entradas.

Lo miro y Cabul y me entiende.

Y sin perder tiempo, toma el camino izquierdo, mientras yo el derecho.

Luces tenue y voces en el fondo, mientras sorteo la senda de los rieles de esta, que en épocas

pasadas era utilizado para deslizar carros de carga mineral.

Y cierro mis ojos por fuerza, al sentir la voz de Leon, llegando al final de esta.

Y no, pierdo tiempo.

Con mis sables en mano, empiezo mi enfrentamiento contra sus hombres que embisten contra mí, al verme llegar.

¿Tres?

¿Cuatro?

No tengo la más puta idea, cuanto son.

Solo ataco.

De forma ligera.

Con movimientos, precisos y certeros.

Y como, una sombra.

Al terminar y de espalda a ellos, siento como sus cuerpos caen derrumbados contra el piso, mientras con ambos sables en mis manos intento controlar mi respiración agitada, por la lucha.

—Has mejorado bastante tus doctrinas de pelea desde la última vez, mi pequeño hijo... —Sus ojos color agua y cristalina igual a los míos y de mi hermano, me recorren. —Debo reconocer que el viejo Cabul, hizo bien su trabajo.

Elevo mis ojos.

Para encontrarme a mi padre, salir detrás de unas cajas en madera acumuladas de cargamento.

¿Armas?

Lleva puesta una vestimenta parecida a la mía, pero con el escudo de los Kosamé sobre su pecho y el sable de su familia, cuelga de un lado.

Los dos únicos hombres que quedan, viene contra mí.

Y elevo mis sables contra ellos y en posición, pero la voz de León los detiene.

— ¡La! (¡No!). —Grita. — *Hasalat ealatyh...*(Yo, me encargo). —Exclama, con esa media sonrisa que toda la vida lo identificó.

Los hombres retroceden con una reverencia al escucharlo y hacen espacio entre nosotros, pero alertas en un extremo.

—Podrías, haber sido el mejor... —Me mira fijo y a través de su pestañas, rodeando unos tablones que son utilizados, a modo mesa. —...el único, Constantine... —Niega y se sonríe más. —...después de mí. —Aclara.

Desenfunda su sable y me posiciono más frente a él con las mías apretándolas tan fuerte, que puedo sentir bajo los guantes de mi traje, los nudillos de mis manos blancos.

—Caldeo no lo merecía y tú tampoco... —Se acerca a mí y me reacomodo, sobre mi lugar. —...la descendencia que me dio *Al— Almirah Fadila, wamin alkharab...*(*La princesa Fadila, es ruina*). uno enfermizo y el otro un débil... —Ríe, con asco.

— *Ásma'la walidatuna...*(No nombres a nuestra madre). —Gruño.

—¡No merecen, ser parte de los Kosamé! —Grita. —No merecen, llamarse mis hijos...

Y sonrío, bajo mi máscara.

—Nunca lo fuimos, León... —Acoto. —...en la sangre de Caldeo y mía, solo corre la *Qurash*. — Prosigo. — Profetizar la paz y justicia del pueblo, como lo hizo el profeta Abraham.

Y con mis palabras, su sangre vengativa nace.

La de odio, a los *Qurash*.

Y la de los Kosamé que fluye, con su grito de desdén que se lanza sobre mí, empuñando su sable.

Aunque está viejo, es un gran gladiador de lucha.

Siempre, lo fue.

Por su espada corrió la sangre de muchos, para conseguir sus metas.

Entre ellos, la de nuestra madre.

Nuestros sables, retumban en su acero ante el impacto de ambas, chocando en el aire al enfrentarnos.

Y con otro golpe de ellas nos separamos, midiendo uno la reacción del otro.

No subestimo a León, ya que no tendrá piedad de mí.

*No lo tiene, ni tuvo con nadie jamás.*

El segundo encuentro, es peor.

Ambos somos rápidos y con movimientos experimentados, no nos damos tregua el uno al otro enfrentándonos.

Dios...

*Padre, contra hijo.*

Un golpe de él, me lleva contra las cajas.

Y estas.

Tambalean encimadas una arriba de la otra, por el impacto de mi cuerpo contra ellas y cayendo algunas sobre mí.

El grito gutural de ataque de León a mí nuevamente, hace que patee estas y rueda sobre el suelo, intentando esquivarlo.

Y su espada, se clava en el piso sin piedad a centímetro de dónde estaba.

Lo que podría haber sido mi corazón, si no me hubiera movido rápido.

Pateando su torso me separo de él, en el momento que la saca del suelo y yendo directo a mi cabeza.

Inclinado y con mis sables cruzados sobre y frente mío, detengo la suya, retumbando el impacto de sus aceros en la habitación.

Mi furia crece y con un giro de mis pies, barro los suyos y con un gruñido de fuerza, empujo su sable para arriba.

Provocando que vuele, a metros de él y su cuerpo, que caiga de forma dura y con su espalda al piso.

Jadea al verme rodar sobre él y a horcajadas, empuñar mis sables en el aire.

Y contra el pecho de mi padre a punto de apuñalarlo, con ambos sobre él.

—¡No Shayj! — El grito de Cabul corriendo hacia nosotros y con parte de nuestros hombres reduciendo a los dos restantes con armas apuntándolos, suena en la caverna.

Jadeo, sobre León.

Mi pecho baja y sube de forma estrepitosa sin perder mi postura de ataque, por la adrenalina.

Y venganza, con su sangre.

Oh Dios.

— *Tadeun alddam min aleadalat la alaintiqqam...* (Tú, reclamas sangre de justicia, no de venganza). —Dice sobre su lugar y a metro de nosotros.

Y mis puños aprietan mi sable, por sus palabras, pero sin dejar de apuntarlo.

— *Lays hdhaan ma kunt taghrrus fi taelim baladi...* (Esto, no es lo que te inculqué, con mis enseñanzas). —Finaliza con pasos lentos a donde estoy y guardando su arma. —Deja que los excelentísimos esta vez y la voz del pueblo, decidan por ti.

Mis ojos se encuentran con lo de León, que respira tan fuerte como yo, bajo mío.

Escupe saliva y odio.

—Siempre lo dije...un débil. —Entrecierra sus ojos fríos y claros, sin dejar de mirarme de

forma desafiante. —No mereces, la corona...

La frialdad paternal de sus palabras y el dolor de ellas, sin dejo de cariño, llega a mí.

Empuño más mis sables, contra él.

— *Shayj*... — Frena con suavidad mi impulso Cabul, rodeando con su mano unos de mis sables.

Niega con esa paz que siempre, lo identificó.

Cierro mis ojos.

—No voy a permitir que lastimes a Caldeo... —Murmuro, entredientes y sin dejar de mirar a Leon. —O al pueblo...

Y una carcajada despectiva y ahogada, sale de mi padre al escuchar el nombre de mi hermano.

—¿Lastimar? —Repite. —Yo no lastimo lo que estorba *eaziz* Constantine...(Querido Constantine) yo lo destruyo...

¿Qué?

*Oh Dios...*

Y giro, mi cabeza a Cabul.

Su mirada, entiende mi mayor temor.

Y vuelvo a él presionando mis sables cruzados, contra su cuello.

—¿Jael? ¿Dónde, está Jael!? —Grito, contra él.

Su sonrisa se dibuja a un lado de su rostro sudado y lleno de tierra.

—Paseando y cumpliendo un encargo... —Solo dice.

No.

NO.

*Caldeo...*

—¡Viaja. Tienes que volver a América, Constantine! —Grita Cabul, ordenando a nuestros hombres, que se hagan cargo de León, al levantarme sobre él.

Asiento, guardando mis sables.

Y corro en dirección a la salida, pero me giro a León.

—Si algo le sucede al *Sayyid*, correrá tu sangre León y no tendré, piedad de ti... —Amenazo.

Y volviendo sobre mis pasos, vuelvo a correr sin esperar su respuesta.

Como si se me fuera, la vida en ello.

*Y bajo su risa enferma, que retumba en la maldita caverna....*

## Capítulo 36



—¡Marcia! ¡Que nadie me moleste, hasta nuevo aviso! —Digo con mi mejor cara de mierda, pasando por la recepción de mi piso 30 y caminando en dirección a mi oficina.

*Sip.*

Las estoy escuchando.

Mi carácter jodido, no aflojó con los años.

Creo que solo, más sensible me he puesto.

*Creo dije.*

No se emocionen.

¿Soy el chico rudo, lo recuerdan, no?

*Bien.*

Y culpo a mi rayo, por ese gramo de sensibilidad.

¿Cómo, no?

¿Si me dio mis tres bebidas y una familia?

Porque llora, cuando ve un perro abandonado en la calle, haciéndome estacionar para recogerlo y llevarlo a una protectora canina.

Se conmueve con los abuelitos que cuida Marleane y Collins al escuchar sus historias, después de visitar *Terra Nostra*.

Y no hablemos de su emoción y esa postura mezcla de tía jodidamente casamentera y estilo cupido que tomó ahora, irradiando corazoncitos de todos los colores sobre ella, ante sus objetivos.

Nuestro par de tríos.

Mi Hope y el pequeño Caleb, con mi Tatúm y el pequeño Cristiano.

Y el ya, consumado.

Mi Junot, con el pequeño Caldeo.

*¿Consumado, Mon?*

Paso mi mano por mi rostro, de forma pesada.

*Oh Dios...*

Aflojo, mi corbata.

*No vayas por ese lado, Mon.*

Antes de abrir mi puerta miro como siempre, que todo esté en el puto orden que me gusta.

¿Activos, trabajando?

*Bien.*

¿Potenciales clientes atendidos como se debe, a la espera con café en mano?

*Bien.*

¿Cara de espanto y boca caída, queriendo decir algo pero solo balbuceo de Marcia, detrás de la mesa de recepción hacia mí?

*Mal.*

¿Eh?

¿Pero, qué mierda?

Y la miro interrogante, por palabras.

Titubea, con miedo.

—¿Esta mi nena, dentro? —Pregunto y mordiendo mi labio superior, para atajar la risa.

Ese rostro temeroso, solo puede ser cortesía de Vangelis.

*Sip.*

Todavía le teme a rayo de sol cuando la ve, después de mucho tiempo y por esa vieja amenaza, de arrancar sus extensiones rubias y arañar su cara.

Niega, acercándose a mí.

*Pero, que decepción.*

Pensé que mi nena vino, hacerme una visita.

Me vuelvo a ella, de forma aburrida.

Y chasqueo, mis dedos.

*Lo que sea chica, rápido que no tengo tiempo para estas mierdas, de jugar a las mímicas.*

Solo vine por unos putos papeles y volver a la campiña que alquilamos.

La boda de mi bebida número dos es mañana.

—Lo esperan, señor Mon... —Susurra bajo y señalando mi oficina.

Frunzo mi ceño.

—Dije que estos días, no citas Mar...

Me interrumpe bajando su cabeza.

—Lo sé señor Mon, pero Grands lo aprobó y está dentro con ellos. Dicen que es importante...

*Mierda.*

## CALDEO

Sentado en una de las reposeras del balcón de mi habitación del segundo piso de la cabaña, miro el extenso paisaje verde que me regala la vista de la campiña, mientras cuelgo la llamada con mi médico de cabecera, del tratamiento contra mi Leucemia.

Quiere, una respuesta.

Sonrí triste.

*Ni yo, la sé.*

Dejo a un lado mi celular, flexionando y ejercitando los dedos de mi mano por ese hormigueo constante, que siento a causa de los daños a mis nervios por mi enfermedad.

No me quejo.

Es más soportable, que las náuseas y vómitos que padezco.

Me envuelvo más en la cobija liviana y que cachorra me dio para enfrentar el fresco de la tarde, antes de irse con mamá, hermanas y tía Vangelis a la prueba final, de su vestido de novia.

Sonrí, pensando verla mañana a la tarde, puesta con el.

Pero un suspiro roba mi alegría, al recordar el papel que llevo entre mis manos ya arrugado de tanto releerlo y esconderlo por días.

Cierro mis ojos, echando mi cabeza a atrás y contra el respaldo de mi silla.

La quimioterapia, está dando su efecto favorecedor en el tratamiento.

Solo con un trasplante alogénico a través de un donante compatible de médula y en una intervención quirúrgica para la recolección de células madres de esta, sería suficiente para un resultado positivo contra mi Leucemia. Y bajo muchos ciclos de este alternando periodos de

descanso, debido a los efectos secundarios que me producen.

Y otro suspiro agotador, sale de mi pecho.

Como últimamente, digo.

*Es una de cal y otra de arena.*

Ya que la quimio a su vez, con los fármacos que la componen con sus toxinas invasivas, pueden producir mucho daños colaterales.

Incluyendo lo que me detalla el parte médico último, que llegó a mis manos hace tres días y nadie lo sabe.

Ni siquiera mis padres o mi bebita.

La falencia, de mi hígado.

Función vital en mi cuerpo y la más importante, en filtrar las sustancias tóxicas de mi sangre.

Pero el exceso de ellas por la quimioterapia, provocó daños graves.

Y no existe tratamiento, contra eso.

Solo en retirar las sustancias que han producido ese daño y trabajar, para controlar los síntomas con ayuda, de prescripciones de diuréticos.

Y suspender la medicación, que lo afecta.

En una palabra.

La quimio.

*Retirar, la quimio.*

Lo que me está salvando a su vez, me está matando por otro lado.

*Irónico.*

Otra solución más adversa, sería un trasplante de ese órgano.

La última frase, de mi médico.

*¿Entrar, en la lista de espera?*

Tal vez meses.

O años, a la espera de uno.

*Un tiempo, que no tengo...*

Abro mis ojos y vagan directo a la pequeña mesa a mi lado, donde descansa mi taza de té con un par de galletas dulces, ya fría porque no la bebí como tampoco comí.

Mi pérdida de apetito, continúa.

## HERÓNIMO

Elevo mi ceja, apretando de forma fuerte mis manos contra el apoyabrazos de mi sillón y ya, en el escritorio de mi oficina.

Y hasta que creo que me palpita un ojo, por escuchar lo que me dicen estos extraños hombres de negro a juego con sus lentes puestos oscuros, pero versión Árabe por los *Kafhiyye* que llevan sobre su cabezas.

Elevo un dedo.

—¿Qué el pequeño Caldeo, está en peligro? —Repito después de darme, sus argumentos.

—El *Sayyid*. —Son tres.

Pero me corrige, el Will Smith versión Pakistani.

Le ruedo los ojos.

—La mierda que sea, viejo. —Digo entrelazando mis dedos sobre mi barbilla y cambiando mi postura.

*Piensa Mon, piensa.*

Pertenecen al equipo de seguridad y protección de la realeza, del pueblo de Caldeo y

Constantine.

Y bajo sus órdenes viniendo este último en camino de África, para detener a un supuesto asesino.

Y digo supuesto, ya que no sabe a ciencia cierta, su paradero.

Tantos días a favor y a posteriori después de la fuga del padre de los chicos, le dio tiempo suficiente con documentación falsa, como para partir hacia acá desde cualquier parte del continente Africano, como Asiático.

*Carajo.*

¿Cancelar, la boda?

¿Encerrar a todos dentro de un bunker, hasta que se encuentre el dichoso sicario?

Froto mi sien preocupado con mis manos y mirando a Grands de pie a mi lado, interrogante por la solución correcta.

Sería asustar a los niños y a rayo, con toda la familia como Caldeo con su enfermedad.

Y saber de esto, no sería bueno en lo emocional, por sus ya muy defensas bajas.

Infundiría, solo más pánico.

El segundo hombre de negro, me confirma la llegada de Constantine por la mañana, desde su avión privado.

*Mierda.*

¿Qué hago?

—Los señores han estado vigilando desde las sombras, el bienestar del *Sayyid*, Herónimo... —Responde a mis dudas, Grands. —...puedo aumentar la seguridad con el equipo nuestro, de forma reservada y civil, por los alrededores de la campiña hasta el final de la estada en la campiña. Que no pasaría del día siguiente después de las boda, ya que el pequeño Caldeo debe continuar con su tratamiento...

*Cierto.*

No hay luna de miel para mis muchachitos hasta una cierta mejora de él y durante su ciclo de descanso, para que lo disfruten.

Vivirían con nosotros, aumentando la seguridad en la casona, mientras el equipo nuestro y el de Constantine a la par, localizan a este demente.

Solo serían avisados, Ángel y Lorna.

Otro problema viene a mi cabeza y tapo mi rostro, con ambas manos.

Jadeo.

*Oh jodida, mierda.*

No sé, si reír o llorar.

*¿Cómo carajo hago, para que rayo se quede quieta con todo esto, cuando se entere?*

Tiene hormigas en el trasero mi mujer, cuando la acción llama.

*A la mierda.*

Elevo mi vista, a mi primero al mando.

—Vangelis, no debe saber nada Grands. —Digo serio y acomodando mis lentes.

Lo decidí.

*Punto.*

Y asiente, con una sonrisa.

Él mejor que nadie sabe, que mi nena es pésima tomando decisiones y lo muy mala que resulta ser como heroína, la cabezona en situaciones como estas.

CONSTANTINE

Devuelvo el teléfono inalámbrico a la aeromoza personal de mi avión privado, en pleno vuelo después de terminar mi conversación, con el médico personal de Caldeo.

Agradeciendo la molestia, por siempre mantenerme al tanto, bajo mi pedido.

El equipo de seguridad que quedó en América para la protección de mi hermano, ya me confirmó el estado de alerta y custodia del lugar en conjunto con la del señor Mon, ante la imprevista presencia de Jael.

Y un suspiro de alivio sale de mí, acomodándome más sobre mi butaca y mirando a través de la ventanilla el vuelo nocturno.

Un par de horas más y ya pisaré suelo Americano, para estar de regreso junto a mi hermano.

Las voces del cuerpo médico que viaja conmigo y traje de África, sentados lugares más adelante, siento que agradecen la cena que otra aeromoza les ofrece.

Para ser preciso, prestigiosos cirujanos y doctores Oncológicos que se hicieron cargo de la enfermedad de Caldeo, ese año que vivió en nuestro país y ahora nuevamente, los necesito.

Esto, no fue un imprevisto de planes a última hora y con mi regreso.

Ya lo tenía confirmado con la internación repentina de Caldeo, luego del partido de básquet.

Y con ayuda de Cabul di vuelta mi país con llamados desde el hospital esa madrugada, dando la orden de la ubicación de todos, para un viaje a este continente y que en equipo con los otros médicos, resolver la situación de mi hermano.

Mis ojos van a Cabul, que esta vez viaja conmigo.

Mi fiel, amigo.

*Mi maestro.*

Y lo más cercano a un padre, que tuve.

Sonrí.

Porque, lo va ser para Caldeo también, en su momento.

*Y eso, va ser pronto...*

Con León, bajo el exilio de una mazmorra del penal de máxima seguridad, para indeseables en el penal de una isla desierta del Golfo donde fue llevado.

Encadenado y a la espera, de la fecha de su sentencia de muerte declarada por los excelentísimos, solo dos preocupaciones taladran mi mente.

La ubicación, de Jael.

Y el duplicado del último parte médico que llevo entre mis manos, que me llegó vía fax de Caldeo desde su hospital.

— *Ghabi...*(Pendejo). —Gruño por lo bajo, negando la bandeja con cena que me ofrece también la aeromoza, con un ademán de mano.

¿Caldeo creía, que no me iba a enterar?

*Si tengo que amenazar o comprar a medio hospital, para estar un paso adelante de ti hermano para poder protegerte, lo voy hacer.*

Mi vista desciende a los últimos renglones, de la hoja oficio.

Quimioterapia, con resultados positivo superando el primer ciclo del tratamiento, contra la Leucemia.

Y subrayo la parte final de la oración, con mi pluma de bolsillo.

Posible trasplante de hígado a conformidad y consentimiento del paciente.

El exceso de toxinas invasivas por la quimio, están haciendo estragos a ese órgano de Caldeo.

Dos situaciones que son salvación, lo condenan a la muerte.

*Alqaraf...*(mierda).

## Capítulo 37



Hago a un lado la puerta corrediza de vidrio de mi habitación que da al balcón, mientras me desperezo con sueño todavía.

Es muy temprano.

Bostezo mirando sobre mi hombro a Caldeo en la cama, profundamente dormido aún.

Está exhausto.

Pese a mi negativa y oposición de los tíos, quedó a la espera del regreso de Constantine en la sala de juegos del complejo en compañía mía y de los chicos, hasta muy tarde en la noche sin querer descansar e ir a la cama y a pesar, de su aviso con demora su llegada.

Su avión tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en un aeropuerto internacional de otro estado, por la eventual aparición que se produce en esta época del año de ciclones tropicales, en las costas del Atlántico.

Siendo, contra producente la continuación de su vuelo y por ende, con un retraso en su horario de llegada a nuestro país de horas.

Hago un ruego bajito, para que llegue a tiempo para nuestra boda.

Pese a la frialdad con que se tratan tanto Caldeo como Constantine, siendo hermanos.

Tanto el uno como el otro, se adoran incondicionalmente a pesar de haber vivido y crecido sus vidas en continentes diferentes y por solo su contacto en muchas oportunidades, vía telefónica por la historia que les tocó vivir al nacer y ser separados el uno del otro.

Pasando una mano sobre mis ojos dormidos, chequeo la hora de mi reloj pulsera.

Todavía falta casi una hora, para el horario del desayuno en el comedor de la campiña.

Y apoyada en la baranda de este, cierro mis ojos para dejarme llevar y disfrutar más del aire cálido de la mañana, con sus aromas a flores silvestres y césped recién cortado de campo.

Tan parecido a casa.

Pero algo, me envuelve por detrás y parte de mis hombros.

Calor.

*Un dulce calor.*

Sonrí dejándome cubrir por Caldeo que con frazada de cama sobre él, me abraza detrás mío y me cubre con ella, apoyando su barbilla en uno de mis hombros luego de besarlo.

Mirando como yo, el paisaje del verde jardín.

### CALDEO

Entredormido estiro mi brazo en su búsqueda, para solo encontrar el vacío a mi lado en la cama.

Parpadeo, focalizando en la media luz de la mañana, mirando el techo de nuestra habitación.

Junot ya despertó, para verla apoyada sobre el balcón al voltear mi rostro, hacia la doble puerta de vidrio semi abierta de la cabaña.

Me incorporo dando un sorbo a mi vaso de agua junto a mi mesita de cama, al sentir mi boca reseca para luego de forma silenciosa y envuelto en una de las frazadas, caminar a ella.

Su perfume dulce y floral de toda la vida llega, a mí por la brisa mañanera.

Y lo aspiro hasta donde mis débiles pulmones dan, sin hacer sonido y poder grabar su aroma.

Como tantas veces lo hice de pequeños y como de adultos, que bajo mi idiotez de alejarla de mí, mediante rechazos, burlas y denigrándola, lo hacía cuando pasaba por mi lado.

Y conformándome, con solo eso.

*Sentir, su perfume.*

En otro momento, saltaría sobre ella por detrás como siempre lo hice tomándola desprevenida, en nuestros encuentros por la tarde en el estanque en el pasado.

Para luego, tumbarnos sobre el piso y a ese colchón formado por hojas, de muchos otoños.

Pero mis fuerzas, no me acompañan.

Y me limito hacer, otras de las cosas que amo también.

Abrazar a mi cachorra.

*Mucho.*

Y sobre nosotros, la frazada.

Su cuerpecito se estremece, al sentir el contacto del mío.

Y sonrío, besando con suavidad y en silencio, entre sus cuello y hombro.

A veces, la piel habla más que las palabras.

A veces un simple contacto, dice más que cien de ellas.

Con cachorra, es así.

Siempre, lo fue.

No necesitaba de forma verbal expresarme, para que sienta mis emociones.

Solo bastaba, un roce.

Una caricia.

O una mirada.

*Para entenderme...*

A mi mente viene, el jodido papel médico.

Y la abrazo más contra mí por eso, provocando que ría.

Jodida mierda.

*Es tan linda.*

Y sentimientos de culpa me embargan, porque no le mencioné a la imperiosa necesidad de que necesite un trasplante y siento que la engaño.

A mi hermano, también.

Nadie, debe saberlo por ahora.

Sería abandonar el tratamiento con su quimio.

*Sacudo mi cabeza en mi interior, negando.*

Esperar.

Solo esperar, que todo esto pase.

*Aguanta amigo, pido por lo bajo a mi hígado.*

Solo aguanta, un poco más.

No quiero preocupaciones o miradas de tristeza, bajo la alegría y felicidad de nuestra boda por parte de nuestros familiares y amigos al enterarse.

—Más gente disfrutando, de este hermoso lugar... —Murmura mi chica, dejándose abrazar más

por mi e interrumpiendo mis pensamientos.

Beso su mejilla, siguiendo su mirada.

Si.

Es verdad.

El gran jardín campestre y en la lejanía a orillas del lago, hay personas caminando por su alrededores.

Solo lograría reconocer al muchacho, que hospedado de antes en la campiña ya estaba a nuestra llegada y solo se limitaba a leer a orillas de este.

Un estudiante tal vez en sus vacaciones y descansando.

Pero lo busco con mi vista y no lo divisó.

Aún es temprano, debe estar durmiendo como los dos nietos de la señora que también se hospedan, que ahora y sin ellos, mantiene una conversación con el jardinero del lugar a unos metros bajo nuestro.

En realidad, son todos hombres.

Un par, pescando.

Otros, en la mini cancha de golf.

Y otro tanto, solo caminando por los alrededores.

—¿Una posible convención, de hombres? —Dice curiosa, Junot.

Encojo mis hombros, como respuesta.

Extraño, pienso estrechando mis ojos y haciendo girar, el aro de acero de mi labio.

Se suponía que tío Herónimo, había ocupado todas las plazas de la campiña restantes.

## CONSTANTINE

A la mierda, mi *Kafhiyye*.

Lo dejo sobre una de las tantas sillas, que en fila y una al lado de otra con su blanco tapizado, por pertenecer a la sala de espera vip del aeropuerto y solo ocupada por el equipo médico que traje y parte de mi tripulación, con unos hombres de mi seguridad y Cabul.

Necesito, tirar de mis pelos.

El gran vidrio que forma el frente, con vista a la pista principal de despegue y aterrizaje de este aeropuerto, retumba al apoyar mis ambas manos cerradas como puños y de forma fuerte contra el.

Paso una y otra vez mis manos, sobre mi pelo de forma nerviosa.

¿Seis horas, de demora?

Y mi resoplido frustrado, empaña este.

En la lejanía se divisa el estado de la tormenta que se avecinó horas antes y ahora, cediendo se dirige con toda su furia tropical al sur.

Grandes nubes en la gama de los grises oscuros, densas y cargadas de truenos se dibujan, completan y componen el cielo refucilando entre sí y amenazando como dioses de las alturas a todo ser vivo, que se atreva a pasar por ellas.

— '*Ant bijahat 'iilaa tahdia...*(Necesitas calmarte). —Murmura Cabul, con sus pasos a donde estoy.

Sonrío.

*Viejo, esto es tranquilidad.*

De lo contrario, estaría piloteando solo una avioneta alquilada e importándome una mierda la tormenta.

Miro a toda mi gente, en la sala desde mi rincón.

—¿Está todo, ya hablado y preparado? —Digo, con otra exhalación profunda.

Cabul entiende, lo que digo.

—Si, *Shayj*... —Me lo confirma, con una reverencia.

*Perfecto...*

## JUNO

Mi carcajada alegre, se siente al dejar en una de las grandes habitaciones aparte y que solicité mi madre a los dueños de la campiña con el pedido exclusivo de "*distancia*" entre ellas y con el motivo de ser para ambos novios, el lugar de cambio y ajuar hasta la hora de la boda.

Entre risas y empujada por mis hermanas con Amely, me dejó llevar dejando solo a Caldeo con mala cara por la idea de separarnos, en compañía de Caleb, Demian, Cristiano y tío Hollywood para que lo ayuden, con sus preparativos de novio.

*Sip.*

Mi tío, en Europa.

Para ser exactos de Francia, en unos de sus tantos viajes de control por sus sofisticadas tiendas de alta costura, pegó un grito en el cielo en aquel continente al enterarse de mi pronta boda.

Acelerando su regreso, ya que vive en nuestra ciudad con nana Marcello, en una linda casa que compraron.

Y de forma amenazante y en tres idiomas, dijo por teléfono que no nos atreviéramos hacer nada sin su consentimiento hasta su llegada.

Que fue esta madrugada, gracias a que papá le mandó su avión, el *Impala I* a su búsqueda.

Arribando cargado de cosas envueltas y protegidas con bonitas fundas, para nuestro día.

Y sin dormir, él y parte del equipo de ayudantes que se trajo.

Y se dispuso de temprano a decorar el salón de fiestas de la campiña, donde se llevará a cabo nuestra fiesta, con ayuda de mamá y tía Lorna.

Para luego más tarde, su objetivo principal.

Preparar, los novios.

—Te aguantas, pendejo. —Respondió como si nada, ante la cara de Caldeo de no vernos hasta la boda, con un dedo en alto y uña perfectamente limada y pintada en tono celeste cielo, haciendo a un lado su extravagante pero lindo con corte y en su rubio pelo entrecano con un movimiento.

Y estrechando esas cejas finamente cuidadas, prosiguió.

—Y agradece, que no llegué ayer... —Nos señala a ambos. —...porque hubiera dormido entre ustedes. Soy una tía, muy tradicionalista...pregúntale a tu padre. —Me mira.

Para los que no saben.

Tío Gabriel o como se lo conoce en el mundo de la alta costura y pasarelas Hollywood, es primo directo de papá por parte materna y una versión, casi clon físicamente de él.

*Sip.*

Jodidamente, idénticos entre sí.

Con la diferencia, de que uno es moreno y hetero.

Mi padre.

Y el otro.

Su versión rubia, delicada y eróticamente gay.

Casado con mi nana Marcello, desde hace un poco más de una década.

Su fama como diseñador de zapatos de alta costura, es de renombre mundial.

Los calzados, *L'Arou Hod*.

Provocando que muchos diseñadores como *Prada*, *Michael Khors*, *Carolina Herrera* entre otros, se disputen por sus lanzamientos de temporadas en zapatos femeninos, arriba de sus pasarelas.

Besando mi frente de forma tierna en el gran pasillo y sosteniendo la puerta, para que no huya el novio detrás de mí, me mira con cariño mi tío.

—Ve corazón... —Señala emocionado con su pañuelo en seda y puntillas, al otro extremo. —...mi estilista junto con tu madre, están a tu espera, para que te dejen *wonderfull*... — Exclama, para luego mirar a mis hermanas e inclusive a Amely, a mis lado. —...y para la próxima que siga en la lista. Quiero una anticipación de boda, de por lo menos tres meses... —Las mira profundo con ese color de ojos intenso, como los de papá. —...para programarla como se debe y merecen *my princesses*...

Tatúm y Amely dan pequeños saltitos sobre sus lugares y palmorean felices, ante la idea de que él, se haga cargo de sus futuros *wedding planner*.

Hope le rueda los ojos, sonriendo.

—Lo que sea, tío... —Dice empujando mi hombro y mirando su hora de forma exasperante. —...estamos retrasadas, Jun... —Me dice preocupada, por su siempre y obsesa puntualidad, para todo.

Y una risita sale de nuestro tío apoyado aún, sobre la puerta al vernos caminar, en dirección a la habitación designada para mí.

Mira específicamente a Hope y otra sonrisa, se le dibuja en los labios.

La sabia y llena de inteligencia.

—Tú, serás la siguiente mi pequeña Herónimo, versión femenina...

Las tres, miramos a Hope.

Que pálida y con sus ojos muy abiertos de asombro por los dichos de tío Hollywood, parecen más azules.

Para luego, encogerse de hombros de forma relajada y como recobrando la compostura.

—Nunca. —Solo dice. —Mis objetivos y metas son otros tío. Gracias... —Agradece. —Pero, nop...

Este mira sus uñas pintadas, como si nada.

—Tu padre, decía lo mismo... —Susurra, elevando su vista de ellas, para focalizar en mi hermana. —...y el pequeño Caleb, está hecho un papi caliente... —Finaliza, con voz sexi.

Los colores de mi hermana, suben a sus mejillas al escuchar el nombre de nuestro primo, bajo nuestras carcajadas.

Hope eleva, ambos brazos al cielo.

—¡Dios! ¡Cuando algo se les mete en la cabeza, son un dolor de trasero! —Y farfullando por lo bajo, toma mi mano y me jala con pasos decididos por el pasillo, dando por finalizada la conversación celestina de tío Hollywood, con la risita de nosotras.

—Algo azul, algo prestado, algo usado y por último, algo viejo... —Media hora después, dice Amely leyendo de su celular parte de las tradiciones de una novia, sentada sobre un gran sillón mientras alisa su lindo vestido rosa largo y delicado.

Peinada y ya lista.

Hago una mueca sentada frente al espejo, donde el estilista termina de alistar mi pelo y envolverlo en una especie de cofia, hasta la hora de la boda.

Que será, en poco más de una hora.

Miro a mamá.

Que con su lindo vestido de gala ya puesto en negro y estilo sirena sin breteles, me abraza por

atrás con amor y sin importarle en arrugar este, bajo las exclamaciones en francés de otro ayudante, del equipo de tío Hollywood al verla hacerlo.

—¿No tienes todo, bebita? —Me dice, suave.

Niego. —Me falta, lo viejo... —Miro mis manos entrelazadas en mi regazo, pensativa.

Pero sonrío, poniéndome de pie.

—¡Regreso en breve! —Digo emocionada.

—¿A dónde, vas? —A coro exclaman mis hermanas desde sus lugares, terminando de vestirse con su vestido de fiesta.

Una en lila, largo y sexi.

Y la otra en azul, brillante y ceñido.

Me envuelvo más sobre mi bata, que llevo puesta.

—Hasta mi habitación... —Saco la cadenita, que cubre mi cuello y cuelga de ella una pequeña llave. —A buscar, lo viejo...

Mamá duda por unos momentos, pero al ver mi morrito sede.

—No te demores, nena... —Sus ojos van al tocado y mi vestido de novia, colgado. —...sigue lo especial... —Me mira, llena de emoción.

Asiento sonriendo, mientras abro la puerta y corro como puedo con las pantuflas de cama, otra vez por los pasillos.

Y ya dentro de mi habitación, busco en una de mis maletines de viaje.

Sonrío al encontrar mi viejo diario íntimo, que aunque ya no lo escribo.

Me acompaña, de siempre.

Con la llave que cuelga de mi cuello lo abro y de forma cuidadosa, busco entre sus páginas, mi tesoro preferido.

El pequeño pedacito de papel, ya amarillo y algo ajado por los años, escrito y dibujado por Caldeo como regalo a mi cumpleaños número siete, que me dio en la casita del árbol esa tarde.

Mis dedos acarician con amor, su letra infantil y algo desprolija con ese dibujo de un cachorrito y corazoncito.

Siempre su cachorra y siempre, en su corazón.

*Como él, en el mío...*

Murmullos del exterior, hacen elevar mis ojos del pedacito de hoja y hacia el balcón de nuestra habitación.

Deslizo solo algo la puerta, para mirar esa parte del jardín.

Papá yendo y viniendo sobre su lugar, vestido con su smoking negro ya, no deja de mirar todo el predio rural y junto a Grands dar directivas, que no llegan a mis oídos para escuchar, pero lo son por su eternas posturas de orden y mandamiento que toda su vida mostró, mientras acomoda sus lentes.

*¿Eh?*

Y este último.

Con radio en mano, las ejecuta.

*¿Pero a quienes?*

Siempre fue un obseso del control, más en el tema de la seguridad personal de la familia.

Y me encojo de hombros, colgando mi cadenita nuevamente sobre mi cuello para volver.

Caminando por el pasillo y bajando unas escaleras, se escucha el sonido de una suave música dando la bienvenida a los primeros invitados provenientes del salón, donde se hará la fiesta.

Muerdo mi labio sonriendo de felicidad, apretando más y contra mi pecho, mi tesoro de papel que llevo en mi mano.

Girando en una esquina, un golpe suena por llevarme alguien puesto, que me hace tambalear y pisando mal por mis pantuflas, pero una mano fuerte me toma de la cintura, evitando que al trastabillar no termine en el suelo.

El muchacho.

El chico estudiante y que ya se hospedaba en la campiña antes que nosotros, que con una sonrisa en el rostro, me ayuda a incorporarme.

—Lo lamento... —Digo ruborizada y arreglando, mi bata frente a él.

—La culpa fue mía, señorita. —Me dice flexionando una rodilla, para levantar del suelo lo que se me cayó por el impacto.

El pequeño pedazo de papel, dibujado por Caldeo.

Lo alisa con sus dedos al mirarlo y un cierto rubor, sube a sus mejillas.

Niega de forma avergonzada y pasando una mano, por su pelo color arena.

—Lo lamento, no debí...pero al levantarlo no pude evitar...

Río.

—No se preocupe. —Yo también lo miro, cuando me lo entrega. —No es, nada secreto... —  
Acaricio el dibujo.

Asiente.

—Pido disculpas, igual. —Solo dice, volviendo a sonreír.

Mira de forma simpática el ir y venir de meseros con bandejas de copas y mantelería.

—¿Su boda?

Sonrí más, asintiendo.

—¿Caldeo? —Repite y sus ojos castaños van al papel que ahora, atesoro entre mis manos otra vez. —¿El novio? —Dice al recordar el nombre, en el viejo papelito.

Vuelvo a afirmar, pero el sonido de unos finos tacos y voz femenina de alguien, nos interrumpe.

Constanza, llamándome.

Su figura despampanante con un largo y fino vestido en rojo y su pelo rubio peinado con un recogido alto, se hace presente.

¿Está invitada, a nuestra boda?

Sinceramente, no tenía idea.

Ya que, mi focalización estaba en cuidar de Caldeo en el hospital, mientras todos la organizaban.

Mamá y tía Lorna se encargaron de casi todo y quiera o no, Constanza Goti fue parte de nuestra infancia y pese a nuestra enemistad.

*Siendo mamá, como es.*

Que para todo ella, tiene solución y donde siempre hay buenas situaciones, para reconstruir sobre lo pisado.

Más, si se trata de consolidar, lazos de amistad.

—Yo, debo retirarme... —Se despide el muchacho, elevando el grueso libro que lleva en una de sus manos, justificando estudio con el título en su tapa de "*La Historia de América.*"

—Gracias. —Vuelvo a agradecer.

Se limita a asentir como saludo a ambas con su cabeza, mientras sube las escaleras.

Y suspiro, girando a Constanza.

Sinceramente.

Muchas ganas de entablar conversación con ella, no me seduce.

Menos el día de mi boda con la persona, que se dedicó toda la vida a separarme más de él y

teniéndolo a su lado en su momento, me lo refregó mientras pudo.

—Fui al hospital, muchas veces... —Sale de ella, cuando hago dos pasos para retomar la escaleras nuevamente, ignorando su presencia.

*¿Eh?*

—No sabía que Caldeo, estaba enfermo... —Acota.

—Nadie lo sabía, Constanza. —Digo natural y sin voltearme, ya sobre el segundo escalón pisado.

—¿Es contagioso? —Pregunta.

Mi cabeza cae a atrás, mirando el techo de forma agotada.

*Dios...*

*¿Por qué, es tan ignorante la gente?*

*¿Porque ante la palabra "enfermedad" basta y sobra, para que las personas exuden el rechazo y alejamiento?*

*La ignorancia, mata.*

La miro por sobre mi hombro.

—El desconocimiento es lo único contagioso, querida Constanza. —Respondo.

Sus ojos verdes bajan a sus lindos zapatos de tacón alto.

—Siempre, te envidié Junot... —Suelta.

*¿Qué?*

Me vuelvo hacia ella, interrogante.

*¿Envidiarme?*

*¿Santo Dios, de qué?*

—Siempre querida con tus hermanas, por todos y con una linda familia, conformada por padres geniales... —Me mira. —...pero lo que más enviaba era, ese lazo especial. Ese cariño y amor que toda la vida se profetizaron con Caldeo, desde niños... —Su mirada va a un cuadro de girasoles, de un lado de la pared. —...y yo, quería lo mismo. —Sonríe incrédula. —Y hasta en un momento me lo creí...que en algo, te había superado. —Comenta. —Pero, cuando volvieron a estar juntos y sentir a Caldeo, alejarse más de mí con tu presencia nuevamente. Y confirmándome que estaban juntos y que él, nunca había dejado de amarte... —Exhala, un fuerte aire. —...la ira me consumió. Y solo quería vengarme...

—Constanza... —Exclamo, al sentir su voz como su rostro.

Llena de odio.

Creo.

Me interrumpo, con su mano en alto.

—...pero durante mis visitas, al hospital... —Resopla negando. —...conocí a la persona, que cuyo nombre leí una vez en el celular de Caldeo y lo tomé como un propósito, para utilizarlo con esa venganza.

Solo puede, ser alguien.

—¿Constantine? —Digo y asiente.

—Nunca supiste de mis visitas, porque lo hice siempre fuera del horario de hacerlo Junot. —No entiendo nada y creo que mi cara lo trasmite, porque se sonrío. —Yo...no puedo contra eso. Lo lamento...

Pone cierta mueca de asco y me contengo, para arañarla.

Dios querido.

*¿Por lo que padece, Caldeo?*

Aunque de alguna manera, mi corazón se alivia por su sinceridad y saber que no desea más

nada con él.

Aprieto de forma fuerte la baranda de madera de la escalera, rogando control para no darle la buena paliza que se merece y con la ayuda de esa maceta de frondosa planta de hojas verdes, ubicada en un rincón.

*¿Dónde quedó, su supuesto y devoto amor por él de años?*

Se fue a la mierda, al enterarse que el lindo y jodido Caldeo.

El rey del campus.

¿El chico bonito y líder de la banda del momento del bar *WaySky*, padece una enfermedad mortal, apagándolo de a poquito?

¿Y Constantine?

*¿Qué tiene que ver él y las visitas de ella, al hospital entonces?*

Mi boca cae.

*No.Puede.Ser.*

¿Acaso, Constanza?

Sus mejillas se vuelven más rosa y responden a mi pregunta.

—No te preocupes. No llegaré a ser jamás, parte de la familia... —Sonríe triste.

*Jesús.*

¡Está enamorada, de verdad!

Y de Constantine.

—El hermano de Caldeo, me negó completamente y ya aprendí a mi lección, Junot... —Cubre más sus hombros, con su fino chal blanco. —...al hospital todas las veces que fui, solo era por él, pero me rechazó sin siquiera dudar... —Prosigue. —...y decidí marcharme y alejarme de todo esto, gracias a que gané un *master*, que concursé por mi carrera. —Explica. —Una beca completa de estudio por dos años de prácticas directas, en mi materia. —Por fin, su rostro se ilumina. —Viajo en días y solo vine a despedirme de todos, con la oportunidad de la invitación de ustedes a su boda... —Sonríe más.

Muerdo mi labio y elevo mis ojos al piso de arriba, al sentir mi nombre por la llamada de mi madre.

Me demoré, más de lo debido.

La vida de Constanza Goti, siempre fue noticia de todos en el campus.

Hija de padre banquero y madre especializada, en venta de artes.

En una palabra.

Padres inexistentes por sucesivos viajes al exterior y solo criada.

*Corrección.*

Malcriada, bajo el ala de alguna nana o servidumbre.

Capitana, de las porrista.

Líder en la U del grupo las populares.

Y excelente estudiante, en su carrera.

Antropología.

La presencia de mamá aparece por sobre las escaleras y escalones más arriba.

Nos mira a ambas, saludando con su mano a Constanza.

—¡Nena! ¿Quieres que tu tío Hollywood, sufra un paro? —Extiende su brazo a mí, riendo. — Con tu demora, estás provocando que mutile todo el esmalte de sus uñas, al llegar y ver que la novia había desaparecido.

Le sonrío, para luego mirar a Constanza con un suspiro pensativa.

*A la mierda.*

El rencor no es bueno.

—Gracias por venir y hablar conmigo, Constanza. —Le sonrío sincera. —Y suerte, en tu nueva vida. —Le digo. —Sé lo que amas, tu carrera...

Mamá aprieta con cariño, su mano entrelazada con la mía.

*Está orgullosa, de mí.*

—Gracias, Juno... —Murmura agradecida y encaminándose, nuevamente al salón.

Subo con mi madre las escaleras, de forma apurada.

*Ok.*

No nos íbamos a abrazar y jurarnos ser mejores amigas para siempre, intercambiando pulseritas de amistad eternas.

Pero, era un progreso.

*Un progreso, sincero...*

## CONSTANTINE

Casi tres horas.

Tres horas más, de vuelo.

No respondo el saludo registrado de la aeromoza como despedida, abriendo el compartimento de la puerta de mi avión, cuando arribamos por fin y a modo despedida a todos nosotros y con una reverencia a mí.

Bajo las escaleras de este, corriendo y seguido de mis hombres con el cuerpo médico con Cabul.

*Debo llegar a tiempo.*

Las primeras gotas gruesas caen del cielo al piso, pintando en el pavimento en tonos más oscuros con su uniforme redondez húmeda.

Lluvia amenaza también aquí, con el cielo teñido de gris y de un azul oscuro por la tormenta que se avecina y la llegada de la noche, dando final a la tarde.

Dos autos negros y una ambulancia estacionados a unos metros y en la misma pista de aterrizaje, nos esperan.

Con una seña de mando, Cabul entiende mis directivas y asintiendo con ayuda de unos de mis hombres, señala al equipo médico el primer coche a subir como ambulancia, para que los lleve a destino.

No pierdo tiempo y rodeo el segundo coche con un trote, para abrir la puerta del conductor.

—Fuera. —Ordeno ante la mirada de mi hombre, que obedece saliendo. —Yo conduzco. —Solo digo girando la llave del contacto y encendiendo el motor, mientras Cabul toma lugar a mi lado en el asiento del acompañante y mis otros dos hombres detrás.

Miro la hora.

*Maldición.*

La boda, ya está por comenzar.

Acelero rechinando las ruedas del coche por mi giro de 180 grados sobre la pista, para dirigirme a toda velocidad, al acceso de la ruta nacional que me lleva directo a la campiña.

## JUNO

—Prometí...no llorar... —Suspira Amely al verme ya vestida de novia y enjugando sus lágrimas con un pañuelo, que le alcanza Hope también emocionada.

Que a su vez, abraza y consuela a Tatúm, que intenta corregir su maquillaje por la humedad de sus ojos, con un espejito de mano.

La puerta se abre con unos golpecitos previos, para aparecer tía Mel toda de un amarillo pastel y dorado, en un espectacular vestido largo ajustado.

—¡Oh, mierda! —Exclama con sus manos al pecho, al verme cerrando la puerta. —¡Pero mira, que bonitas estás Jun! — Dice, con mezcla de emoción y buscando de su bolsito a juego con el vestido, su celular.

—¿Qué haces? —Pregunta curiosa mamá, dando los últimos retoques a mi tocado de novia.

—Verificando que Rodo haya cargado mi celular, cuando se lo pedí. —Se sonrío de forma maliciosa. — Será mundial, la entrada de mi chiquita del brazo de Herónimo. —Eleva su celular. —No me doy por vencida. Uno más y tendré la trilogía completa de los desmayos del padre de ustedes. —Nos señala. —Del gran jefe de los jefes. ¡El señor oscuro, desfalleciendo por la emoción de entregar, una de sus bebidas al altar! —Finaliza, triunfante.

Mamá y tía Mel se miran, de forma profunda.

Para luego, romper en risa, seguidas de nosotras.

Porque, aunque papá y tía Mel se adoran.

Mi pobre padre sufre sus bromas y burlas desde jóvenes, ante su "*supuesta*" coraza de macho alfa y hombre duro.

Mostrándonos en varias oportunidades unos vídeos y bajo nuestros suspiros tiernos y blasfemias por parte de él, la forma en que papá tan lindo y guapo como siempre, se desmayó en pleno hospital al enterarse que éramos tres en el vientre de mamá y luego otro, cuando recibió la noticia que esos "*tres*," éramos mujeres.

—Listo y a tiempo. —Dice mamá acomodando mi pelo con cuidado, cuando se escucha otra vez golpecitos en la puerta.

Esta vez, para ser abierta segundos después, por el señor coraza y hombre duro.

Sip.

*Mi papá querido...*

## HERÓNIMO

Algo, ahoga mi garganta.

Y mis ojos, se empañan.

Hasta siento, que mi corazón deja de latir.

Y ese último latido, es dedicado por la emoción a lo que mis ojos no pueden dejar, de no mirar.

A mi pequeña bebida de pie y girando su cuerpito al sentirme entrar.

Para que, entiendan.

Nosotros podemos admirar, muchos tipos de cosas.

Una banda de música.

Una marca de ropa.

Un personaje.

Y hasta una persona.

Pero, hay algo que para un hombre que es difícil e imposible de no admirar, del verbo emocionar.

Ese verbo emocionar que golpea tu pecho, cuando lo ves y que te sacude tan fuerte, que encuentras la puta justificación justo de por qué, estás vivo o fuiste creado.

Y lo puedes sentir unas veces, a lo largo de tu vida.

Pocas, pero la sientes.

Y yo fui, un jodido hijo de puta con suerte con ello.

Porque lo sentí, cuando rayo de sol caminó hacia mi con su bonito y único vestido de novia por el altar.

Otra, cuando el médico me entregó para recibir en mis brazos, por primera vez a cada una de mis hijas.

Y ahora..

*Al ver con su lindo vestido de novia, a una.*

Sencillo y blanco, pero delicado.

Largo y con su coronita de flores adornando su pelo con ese suave velo cubriendo su larga cabellera con ondas y mirándome con sus ojitos llorosos como los míos y con su pequeño ramo de flores naturales entre sus manos.

Y con esos finos y delicados zapatos blancos, estilo botitas muy parecidos a lo que llevó mi nena el día de nuestra boda.

*Obviamente, otro diseño exclusivo de Hollywood.*

Todo a tu alrededor, se mueve a su ritmo natural.

Pero mi hija querida, llena de esa emoción, no.

Mirándote con amor, sonriendo, hablándote y caminando hacia ti, que es como si lo hiciera en cámara lenta y hasta jodidamente podría jurar, con un arco iris detrás de ella.

Me quedé boquiabierto y como el idiota más feliz del mundo, mirándola.

El calor de su abrazo, me envuelve.

—Eres un hada, cariño... —Le susurro bajito y acunándola, entre mis brazos.

Como muchas veces lo hice, siendo tanto ella como sus hermanas, bebitas o pequeñitas para volverlas dormir a mitad de las noches, cuando despertaban, o al caer a mi piso 30 de visita importándome tres mierda si estoy de reunión o no.

O simplemente, cuando llegaba del trabajo y me recibían en la puerta junto a Rata.

—Te quiero, papá... —Murmura entre mis brazos y apretando su mejilla sobre mi pecho, con fuerza.

*Carajo.*

¿Cómo se hace para contener las lágrimas y no morir, en el intento?

*A la mierda.*

Me gusta ser, un puto sensible.

## JUNO

Lágrimas, de felicidad.

Y esa felicidad, abunda en la habitación en que estamos.

Papá, mamá, mis hermanas, Amely y hasta la dura tía Mel, lagrimean.

—¿Pero qué, diablos? —Dice tío Rodo masticando vaya a saber Dios, apareciendo tras abrir la puerta en compañía de mis abuelitos Collins y Marleane.

Nos mira a todos raros y de forma sospechosa al estilo *James Bond*.

—Ahora entiendo... —Señala a papá. —..empezó con su mierda sensible de nenita, que le agarró la menopausia?

Todos reímos entre más lágrimas, mientras me abrazan mis abuelos.

—Imbécil, eres más grande que yo. —Retruca papá, intentando no reír y besando la frente de mamá en agradecimiento, por el pañuelo descartable que le alcanza de una cajita que va de mano en mano de todas.

—¡Bien! Suficiente de llanto. —Interrumpe mi abuelita acomodando mi velo algo revuelto por tantos abrazos efusivos. — Vine a saludar a mi nieta, antes de su paso por el altar... —Abre más

la puerta que sostiene para todos mi abuelito. —...pero, el novio espera cariño... —Me guiña un ojo sonriendo y ajustando sus guantes de cabritilla de un bonito color salmón, como su vestido.

Y papá se pone a mi lado enmarcando, su poderoso brazo.

Me mira.

—Bebita... —Me dice suave, ofreciéndome este.

Con un beso de despedida de mamá, lo envuelvo con los míos.

Y suspiro feliz.

Porque, estoy super lista.

## CALDEO

Tío Hollywood por última vez sacude sobre mis hombros y con sus manos pero de forma delicada, algún tipo de pelusa imaginaria, de pie detrás mío y en su perfecto smoking.

Pero a diferencia de todos que lo llevan en negro, el de él, es de un color rosa.

Sonríó sin poder evitarlo, ya que solo a él, le puede quedar jodidamente bien ese color.

Intento regularizar mi respiración, desde donde estoy.

De pie y junto al pequeño altar diseñado por mamá y tía Lorna, con el párroco esperando como yo, desde el otro lado sonriente y con esa mirada paternal.

Todo el diseño para la ceremonia, es campestre y acogedor, en sus tonos en madera blanca y rodeado con decoración, con flores de campo silvestre.

Lo armaron en el jardín y a un lado del salón, donde será la fiesta.

Poco más de cincuenta sillas decoradas, son ocupadas por nuestros amigos y cercanos más allegados, como parte de nuestra familia.

Salvador, me eleva su pulgar con los chicos de la banda, desde sus lugares.

Y le sonrío algo nervioso y lleno de emociones encontradas.

Porque, al fin este día llegó.

Y por todavía notar, el asiento vacío de mi hermano.

La palmada de mi otro lado de Cristiano de forma tranquilizadora sobre mi hombro, me llega en el momento que una suave música, comienza en el momento en que todos los invitados se ponen de pie.

*Y oh Dios.*

Es la entrada, de mi cachorra...

Mis manos sudan y las paso por mi pantalón, mordiendo el piercing de mi labio inferior al abrirse unas puertas laterales, para ver la salida sonriente de sus hermanas y Amely, que con pequeñas canastitas de mimbre con pétalos de rosas en ellas, lanzan de forma suave sobre la alfombra roja y haciendo el camino que se hizo entre las sillas de los invitados.

Y la sonrisa, que se dibuja en mis labios.

Se amplía más, para luego ver del brazo al ser llevada por tío Herónimo.

*A mi bebida...*

Que con cada paso que da, sonriendo y tan emocionada como yo, viene a mí.

*Para convertirse, en mi mujer.*

Mis ojos la recorren y mi pecho se llena de algo, casi impidiendo mi respiración.

Y ese algo, está echo de una sofocante mezcla de felicidad y amor.

Porque mi Juno, está hermosa.

*Es un ángel.*

Un angelito con su vestido largo y de blanco.

Sencillo y delicado como ella, que cae dibujando su lindo cuerpo y solo como accesorio, la

corona multicolor de pequeñas flores naturales sobre su pelo suelto, sosteniendo su velo.

Se detienen al llegar a mí y con otra palmada de cariño, mi tío me la entrega.

—Cuida a mi bebita, mi pequeño Caldeo... —Me dice bajito y lleno de emoción, para luego tomar asiento junto a tía Vangelis que lo recibe, con una sonrisa y más lágrimas junto a mis padres.

## JUNO

No puedo, no evitar sonreír y llorar al mismo tiempo, del brazo de papá caminando hacia él.

A mi mejor amigo, para convertirse después en el amor de mi vida.

Y sonrío más, al verlo parado y a mi espera.

Porque, está hermoso con "*su traje de novio.*"

Aunque su postura y apariencia es más cansada y delgada, por su enfermedad.

Con su bonito y exótico rostro ahora pálido, bajo esos ojos grises y cristalinos como el hielo.

No deja de ser el silencioso y jodido Caldeo, integrante de una banda de rock.

Llevando puesto, su gorrita de lana en negro cubriendo su cabeza por la falta de pelo y el frío.

Y con solo unos lindos pantalones de vestir en negro pero ceñidos a sus piernas con cinto al tono y hebilla de metal, a juego con un saco de vestir.

Pero con una camiseta oscura debajo, con el logo de su banda.

*Way to Heaven.*

Y ahora entiendo el por qué, del nombre que eligió.

Besa mi mano antes de entrelazarla con la suya, mientras escuchamos al párroco.

Que desde su lugar, nos habla de este sacramento con ternura.

De como algo, que no se ve.

De como algo, compuesto en un idioma universal.

De como algo, que no tiene forma material con vida o abstracta.

De como algo, que no se sabe el origen de su color o textura.

Y que, no tiene nacionalidad, etnia ni razón social.

Es la fuerza más grande del mundo.

Lo que todo, perdona.

Lo que todo, sana.

Lo que todo, vence.

Y lo más importante, todo une.

*El amor.*

Haciendo de dos personas, con dos corazones.

Se conviertan, en una.

*Y para toda la vida.*

—Acepto... —Dice sonriendo Caldeo, tomando mi mano para deslizar con suavidad y sobre mi anular, la pequeña alianza de oro.

Y en ese momento sus ojos se dirigen a un lugar y los míos lo siguen.

Y sonrío tanto, como él.

Porque tomando asiento en su silla reservada, Constantine algo jadeante por su llegada retrasada, toma su lugar mirando a su alrededor y a algunos hombres que aparecen con él.

*Gracias Dios...*

El párroco, me habla.

—Acepto... —Respondo feliz.

Muy feliz, deslizando el anillo por el dedo de Caldeo, que me mira lleno de amor.

Un aplauso ensordecedor, explota entre los invitados y nuestros familiares, mezcla de ovación.

No escuchamos lo que dice el párroco, pero su sonrisa final no los confirma.

Ya somos, marido y mujer.

Y chillo de felicidad sobre mi lugar y bajo la risa de todos, mientras me dejo besar por mi esposo.

Por Caldeo.

Pero, algo interrumpe en ese momento.

Movimientos.

Jadeos.

Revuelo, por todos.

*¿Qué?*

Y nuestros nombres, por un grito angustiante de alguien...

## Capítulo 38



Estaciono el coche, sobre la entrada principal de la campiña.

La suave melodía del *Ave María* caminando con Cabul y mis hombres por el estrecho sendero, mientras abotono el saco de mi traje, llega a nuestros oídos.

Un cierto respiro de alivio exhalo, porque me indica que nada sucedió.

Mi mirada recorre el predio casi en su oscuridad total ya, y solo iluminada por farolas en diferentes partes del jardín campestre, por la llegada próxima de la noche agradeciendo pese a estar nublado, que la tormenta disipó con su amenaza de lluvia.

Al ver mi llegada, mis tres hombres que quedaron al cuidado y protección de mi hermano, salen desde sus rincones de vigilancia vestidos de civil y a mi encuentro, como si fueran personas más hospedadas en esta campiña.

Al igual, cuando diviso una media docena más perteneciente al señor Mon, en los alrededores y fingiendo, ser otros residentes vacacionando.

Trato de controlar mi respiración mezcla de adrenalina y nervios, señalando con un brazo en alto a Cabul a ellos y a los dos que se vinieron conmigo, de que encuentren e intenten localizar cualquier cosa, que llame su atención e indique la presencia de Jael en el lugar.

Aflojo el cuello de mi camisa pidiendo permiso y paso entre algunos meseros con educación, que de pie, observan la ceremonia en silencio.

Nadie, conoce a Jael.

Nadie, sabe cómo es.

Solo, Cabul y yo.

Y con solo el recuerdo vago, de años atrás.

Ya que, luego de derrocar a León con su gobierno, huyó exiliándose en países del Sur de África con otros hombres de mi padre.

Y puede ser cualquiera, ya que su mejor cualidad es pasar inadvertido y como uno más con su educación, presencia y forma de desenvolverse ante el público.

Hago una vista panorámica de mi alrededor al tomar asiento en mi lugar reservado, para tratar de localizarlo entre el gentío, mientras miro a mi hermano en altar.

Nada.

Y por solo un segundo.

*Tan solo, un segundo.*

Mi guardia se baja al encontrarme con la mirada de Caldeo, que ya feliz por el momento viviendo, me mira agradecido por llegar a tiempo y estar en este momento importante para él.

HERÓNIMO

Me giro sobre mi hombro, al notar un suave murmullo entre los invitados sentados como yo, filas detrás mío y ante la mirada de más felicidad, por parte de mis muchachitos en el altar.

Sonrí al ver el motivo, acomodando mis lentes.

Es la llegada de Constantine, tomando asiento del otro lado y en la primera hilera de invitados.

Puedo notar en su rostro tan parecido a Caldeo, huellas de agotamiento por el *jet lag*.

Desequilibrio de tantas horas de vuelo con diferencias horarias y la no menos importante.

La preocupación del fantasma y amenazante, de ese asesino.

*Mierda...*

Mis ojos, van a Grands.

Que desde un rincón y en un extremo no deja de mirar y observar todo.

Entre los movimientos de los invitados, gente del servicio y como en las afueras que rodea la ceremonia, sin dejar de hablar por radio con sus hombres.

*Bien.*

Mi ceño, se frunce.

No, tan bien.

Puedo percibir que algo, no le cierra a mi primero al mando.

Porque, algo susurra a través de su radio con la mirada bajo él por parte de Collins, sentado a metro de Grands y junto a mi madre.

El viejo no pierde sus mañas todavía y aún, después de su retiro.

Ambos se miran y se entienden.

*¿Pero qué, mierda?*

Con disimulo chequeo lo que sus miradas, no dejan de observar.

Y me giro, sobre mi asiento.

Al final de estas.

Entre los meseros, parte del servicio de catering para la fiesta y con la llegada de unos últimos amigos de los chicos de pie, observando la ceremonia.

Se encuentra entre ellos la ancianita, que se hospeda con su par de nietos en la campiña.

*Carajo.*

¿No jodan?

¿Sospechan de esa dulce mujer versión mamá Claus, como sicario?

Y vuelvo, mi vista a Grands.

Pero, ya no está.

Porque que empieza a caminar en dirección a ella, de forma tranquila y pidiendo permiso entre los invitados que quedaron de pie.

¿Eh?

Y un escalofrío recorre, mi espina dorsal.

Ya que eso significa, que algo no anda bien.

Y Collins también lo hace, excusándose para caminar y pasar, por la fila de sillas ocupadas con invitados.

Miro a mis pequeños en el altar, en el momento que los aplausos y gritos de festejo explotan ante las palabras del cura, declarándolos marido y mujer.

Y muchos se levantan de sus sillas, para aplaudir.

*Maldición.*

Tapando, mi vista.

Mi bebida sonrío y salta sobre su lugar feliz al escuchar al párroco, provocando que todos rían

mientras Caldeo la besa.

*A la mierda.*

Me pongo de pie, aprovechando que rayo se gira enfrascada en la conversación con Lorna, para encaminarme en dirección a mis hombres y maldigo, porque muchos me imitan, pero para saludar y felicitar a los novios, dificultando mis pasos.

Y es...

*Cuando todo, sucede rápido.*

Grands con pasos apurados como Collins, se llevan gente puesta haciendo señas a sus hombres.

Y fue mi error.

Su mirada no estaba en la anciana que de forma dulce, mira la boda consumada desde el final.

Si no, a quién está detrás.

*El muchacho, estudiante.*

El que ya estaba, aparte de la mujer con sus nietos hospedados en la campiña, cuando arribamos.

Y apuntando, con lo que saca del interior de un libro...

*Con un arma.*

—¡CALDEO, JUNOT! —Alguien grita sus nombres, seguido por el bramido de una orden, entre el festejo de la gente.

Y mi corazón, aprieta de pánico.

Al escuchar, que viene por parte, de Constantine...

## CONSTANTINE

Años de educación de artes marciales, de temprana edad.

Madrugadas bajo la aurora, con horas de meditación inculcadas por Cabul y mi escuela militar post adolescencia, hasta mi adultez y conllevando el entrenamiento Qurash.

Enseñaron, a educar mi cuerpo y mente.

Y con ello, a disciplinar mis sentidos.

Dicen, que estos son cinco.

Pero en realidad son seis y este último, es el no menos importante.

*El de percibir.*

El sexto sentido, para muchos.

Que como una ráfaga sensorial, azota mi rostro al sentirlo a mi espalda.

Los aplausos explotan al besar mi hermano a su ya, esposa.

Y como si todo, se comenzara a moverse de forma lenta.

Observo al padre de Junot de pie, caminar al final y por el espacio alfombrado, formado para el paso de los novios.

Empujando gente e intentando correr.

Mis ojos se adelantan a su intrincada carrera, para levemente girar mi vista y encontrarme en otro extremo a Cabul, también haciéndolo en la misma dirección y al igual que un par de hombres de seguridad del otro lado.

Todo, sucede en segundos y como en cámara lenta, pero leves segundos.

Al notar a Jael, de forma natural y como si fuera un invitado más, detrás de una anciana observando la boda al final de esta.

Un jodido *alkalb qatal* (perro asesino).

En otro país lo llamarían, kamikase.

Pero en mi lengua, intervendría ese amor enfermizo y devoto hacia su amo.  
A León.  
Al que lo crio.  
Y como ya, el final de este llegó.  
La misión final de su perro esclavo, también con este.  
Y por eso, a la vista de todos, porque su última misión, es suicida y jerárquica.  
Vestido de forma universitaria con un grueso libro que lleva en una de sus manos y abriendo su tapa, saca el arma.  
Un encubridor, de objetos.  
Su mirada y la mía se encuentran por una fracción de segundo, mientras eleva y apunta esta por sobre las personas de pie, en frente de él.  
No gesticula, movimientos.  
Solo, una leve reverencia a mi inclinando su cabeza, antes.  
*Maldito enfermo.*  
Me giro y corro gritando el nombre de mi hermano y Junot, al ver a donde apunta como objetivo.  
A mi hermano.  
Y con mi llamado me mira y deja de saludar a la gente que sobre él y su mujer, saludan sonrientes y dejándose felicitar, para darse cuenta de que algo pasa.  
Su mirada se clava en mí y viaja al tumulto que empieza a desatarse con la gente entrando en pánico, que empiezan a notarse a hombres de seguridad y a otro con un arma de fuego, para luego mirar a Junot.  
Y el horror, se desata.  
Gritos de terror inunda el jardín y entre los invitados.  
Y un disparo entre ellos, seguido de otro.  
El silbido de este primero, atraviesa el lugar en nombre de la muerte.  
*Y la venganza...*

## CALDEO

Un disparo potente, inundó el lugar.  
Seguido después, de otro.  
Pánico.  
Gente gritando y chocándose, entre sí.  
Otros, llorando desde un rincón y contra el piso.  
Muy pocos de pie.  
Solo unos hombres de seguridad con tío Herónimo y papá, corriendo hacia él.  
Y entre ellos.  
Grands que guardando el arma que detonó el segundo disparo, en su cintura y que se acerca con el abuelo de cachorra, a ver a la persona caída por él.  
El muchacho estudiante.  
Inerte y bajo un charco, de sangre.  
Mis ojos van a mi bebida que abrazada a tío Hollywood, está sobre el suelo por empujarla, al sentir el grito de mi hermano, seguido del disparo que venía a mi dirección.  
Y mis ojos se nublan, al volver mi vista a mis brazos.  
Mi cuerpo, que por los estragos de mi enfermedad lejos de fortaleza y salud, se empieza a tambalear y al retener.

El cuerpo entre mis manos, de Constantine.  
Mis labios tiemblan e intento, decir algo.  
No me salen palabras y solo caigo, sobre mis rodillas al piso sin permitirme soltarlo.  
Lo aprieto más contra mí, tomando su cintura y acunando su cabeza herida, contra mi pecho.  
Porque mi hermano, recibió el tiro por mí.  
Elevo mi rostro, al cielo negro.  
Y grito.  
Grito fuerte su nombre, girando con cuidado su cara para verlo y que me vea.  
—Constantine... —Repito y con mi mano temblando y manchada de sangre, toco su rostro.  
Hoy, no hay silencio en mí.  
*Porque, quiero que me escuche.*  
—¡Constantine! —Grito.  
*Quiero, hablar.*  
—¡Constantine! —Vuelvo a Exclamar fuerte.  
*Hablarle, mucho.*  
Sus ojos se entreabren y aunque quiere decir algo, solo sale algo ahogado de él, mezcla de sangre y saliva.  
—No te vayas...no te atrevas, a dejarme...  
Le digo.  
*Le impongo.*  
Le ordeno entre lágrimas, pero de forma dura.  
Sus ojos se humedecen y me sonrío, a través de ellos.  
Balbucea.  
—Herma...no... —Intentando hablar y elevando a duras penas, la mano que lleva el anillo con la piedra roja, del primogénito mayor de nuestro pueblo, para que lo vea.  
Y que siempre negué, cuando me la quiso dar.  
—El *Sayyid*... — Dice con un último suspiro, cerrando sus ojos.  
—¡No, Constantine! —Grito. —¡No! —Lloro.  
Lo abrazo más, mientras niego a quién sea que toca mi hombro a soltarlo.  
Quiero decirle, que lo amo y que despierte.  
Y algo tibio, nos une.  
La hemorragia de sangre de su cabeza por el disparo, que moja mi pecho.  
Ambulancias.  
Patrullas.  
Enfermeros empujando camillas y policías, bajando de estos.  
Sus luces amarillas y rojas yendo y viniendo, inundando el lugar.  
Más gritos.  
La voz rugiente de tío Herónimo con tío Rodo a su lado, intentando calmarlo.  
Y hombres de seguridad tratando lo mismo a todos, colaborando Cristiano y Caleb.  
Un par de enfermeros me piden cooperación, para poder revisar a mi hermano.  
No quiero, soltarlo.  
No siento, nada de mí.  
No puedo.  
Mis miembros no responden, pese a percibir todo.  
—¡Tiene, pulso! —Grita uno inclinado sobre nosotros, al chequear su cuello.  
—Caldeo... —La voz de Juno arrastrándose a mí por el piso, me despiertan de mi limbo.

El limbo de mi hermano y mío.

—Está vivo, deja que lo lleven... —Me susurra, suave.

El contacto de su mano sobre mi brazo, me hace reaccionar y a ceder, mientras veo como lo cargan a una camilla y en una ambulancia.

Y mi cuerpo, se derrumba contra ella y su abrazo, llorando con todo mi ser.

## JUNO

Aprieto fuerte y contra mí, las dos hojas que llevo en mi mano mientras cierro la puerta del consultorio del médico de cabecera de Caldeo, luego de hablar con él.

Que mediante la presentación de otros que vinieron de África, por orden de Constantine para que en conjunto, se hagan cargo de su tratamiento contra su Leucemia.

Una semana, pasó de nuestra boda.

Una semana, de todo lo sucedido.

Mi corazón late fuerte y debo parar sobre mi caminata en el pasillo y apoyar una mano en una de las paredes laterales, para exhalar fuertemente e intentar regularizar a normal mi respiración y por algo de fuerza.

Para intentar acomodar y asimilar en mi cabeza, todo lo que me dijeron los médicos en la reunión.

Caldeo necesita, un trasplante de hígado.

Al convertirme en su esposa, soy su familiar directo y tengo derechos en el paciente.

De información que se guardó y prohibió difundir, por ser un adulto mayor con poder de decisión propia.

El funcionamiento de ese órgano, está convaleciente a causa de su enfermedad.

Pero el mayor estrago lo hizo el tratamiento de su quimioterapia, por la toxicidad de medicamentos invasivos.

Y una luz de esperanza, hay en todo esto.

Porque con el trasplante de ese órgano, podría seguir a un plazo determinado con el tratamiento quiropráctico, que positivamente está dando resultados contra su enfermedad.

Mis ojos bajan, a la segunda hoja.

Constantine.

Que en el piso de cuidados intensivos aún sigue internado, desde la tragedia de nuestra boda por ese asesino.

Mi vista recorre, los últimos párrafos.

Hace poco más de 12h con el tiempo mínimo ya pasado y el máximo, exigido por la *Autoridad Médica Mundial* y bajo exámenes de *Electroencefalogramas* diarios midiendo su actividad cerebral, fue declarado paciente con muerte cerebral.

Me deslizo con mi espalda por la pared, cayendo al piso y sobre mis rodillas cubriendo mi rostro, para llorar en silencio.

Su traumatismo de cráneo por la bala, fue el tronco del encéfalo.

La parte baja de cerebro, donde está conectada a la médula espinal.

Un conjunto de tejidos nerviosos, esencial a la vida y fundamental para el intercambio de información de este, al resto del cuerpo como la conciencia, conocimiento y movilidad.

Constantine no se recuperó, desde que fue trasladado por la ambulancia hasta el hospital.

Su cuerpo, continúa funcionando a través de máquinas, que lo asisten en sus funciones vitales.

Sin ellas, su corazón y respiración, se detendría.

Paso mis manos, sobre mis lágrimas.

Constantine, está muerto en vida.

Por salvar a Caldeo.

Una mano cálida, se apoya en mi hombro.

Elevo mis ojos llorosos para ver a Cabul, que con su siempre mirada de paz, lo hace de forma tranquilizadora.

Desde la internación de Constantine y cuidando de este a la par con Caldeo, nuestros lazos de amistad se intensificaron.

En especial él y Caldeo.

Me ofrece su pañuelo.

Blanca y de seda Marroquí.

Sonríó entre lágrimas recordando, cuando Constantine tuvo la misma actitud.

—Gracias, Cabul... —Digo bajito y su respuesta, es una reverencia.

Elevo las hojas a él.

—¿Lo sabes, verdad?

Asiente.

Y más lágrimas, inundan mis ojos.

—¿Qué crees que debo hacer, al hablar de esto con Caldeo? ¿Qué sería, lo correcto Cabul?

Sus ojos oscuros, pero de mirada sabia con esa piel de tono café con leche, mezcla de dos razas tan parecida a la de Caldeo y Constantine, van a un mural de otra pared del hospital.

Entre carteles con fechas de vacunación, otra promulgando la lactancia infantil, ofrecimientos de trabajos y prevención contra enfermedades sanguíneas.

Está con ellas, el de donación de órganos y sangre.

Sus manos me dibujan en el aire, un círculo.

—El símbolo del *Yin* y el *Yan* de los hermanos orientales, *baladi malika...*(mi reina). —Con un dedo, dibuja sus centros. —Simboliza todas cosas, que nos refleja a lo largo de nuestras vidas. Y donde en todas las cosas buenas, hay algo malo. Como también en todas cosas malas...hay, algo bueno... —Me sonrío con ternura, señalando mi corazón. —...la pregunta es, ¿qué cree que querría el *Shayj* Constantine?

## CALDEO

Entro a su habitación del hospital con un enfermero a mi lado, bajo la presencia del guardia de mi hermano proveniente de nuestro país que vela esta, desde que permanece internado.

Pero al verme llegar, hace una reverencia a mi persona.

Me limito a asentir con mi barbilla acomodando más y sobre mí, mi gorra negra de lana.

Todavía no me acostumbro, a toda la formalidad protocolar que rige y proviene de mi pueblo, hacia su príncipe.

Amely en ella y al verme, se pone de pie de su silla, limpiando sus lágrimas.

Se limita con una sonrisa que no llega a sus ojos y por la tristeza, a dibujarme en su rostro.

Eleva el libro que tiene en sus manos cerrándolo.

—Solo le leía, un poco de las mariposas... —Murmura, mientras veo imágenes de ellas en su portada. —...mis favoritas... —Y con un abrazo hacia mí, se retira de la habitación para dejarme a solas con mi hermano.

Aparte de las visitas de los chicos como de Fresita, ofreciendo su ayuda constante.

De mis padres, Cabul, mi bebida con sus hermanas y con los tíos.

Amely, fue incesante con su presencia en el hospital, por mi hermano.

Solo haciéndole compañía por horas y todos los días de su internación.

Y aún, sabiendo que fue declarado, con muerte cerebral.

Cierro mis ojos.

*Gracias, Amely...*

Varias semanas pasaron, desde que cachorra habló conmigo.

Que se enteró de mi urgencia y la necesidad, de un trasplante de hígado para mí por parte del cuerpo médico Afro Americano y que me tienen, bajo su guarda.

Y desde que Constantine, fue declarado con su muerte cerebral.

Pese al único sonido del respirador, dando función vital a mi hermano en su habitación.

Solo, parece dormido.

Como tomando, una larga siesta.

*Mi ángel guardián...*

Hilos de lágrimas empiezan a correr por mis mejillas, mientras con ayuda del enfermero sosteniendo el pie de hierro que lleva mi intravenosa y por la poca fuerza que me queda, empuja este para que pueda correr la silla junto a su cama y tomar asiento en ella.

Porque, yo también lo estoy de hace días.

Haciendo un obligado segundo ciclo de descanso al tratamiento de la quimio por la disfuncionalidad de mi hígado.

Ya que, no trabaja.

Solo haciendo una parte de su función, mis riñones con ayuda de más medicamentos y diálisis.

Con una seña de agradecimiento, despido al enfermero que cierra de forma suave la puerta, para dejarme a solas con mi hermano.

Más lágrimas ahogan mi garganta, impidiendo las primeras palabras que le quiero decir.

Y respiro hondo, tomando su mano y acaricio con mis dedos donde una marca por no dar el sol quedó sobre su dedo pequeño, ante la falta del anillo del pueblo *Qurash*, la piedra roja de los descendientes de Abraham.

Porque, ahora lo llevo yo.

Lo que Constantine, quería.

Limpio mi llanto, con el dorso de mi mano.

—Ya no estas, aquí... —Estrecho más su mano. —...pero, estas acá... —Toco mi corazón. —...y sé que me estas escuchando, en alguna parte... —Sonrío, entre lágrimas. —...como el jodido hermano protector...que siempre fuiste, desde que me encontraste y nunca me abandonaste, aún desde África...

Mi mirada se eleva a su rostro, con parte de su cabeza vendada.

No hay gesticulación, en sus rasgos iguales a los míos.

Sus ojos cerrados, no hacen movimiento alguno.

Como tampoco, hay reflejos en sus manos.

*Nada.*

—No solamente, salvaste mi vida... —Lo miro. —...sino, que ahora me estás dando, para seguir viviendo. —Mi voz se quiebra y beso su mano, que tengo entre las mías. —Este solo es un hasta luego, hermano... —Porque, no es una despedida. —...ya que, mi corazón me dice, que voy a volver a verte...

Abrazo a mi hermano, con fuerza y lo estrecho fuerte contra mí, hasta sentir dolor en mis huesos.

*Por ser, nuestra despedida.*

Dos días después, fue declarado clínicamente fallecido, Constantine.

Y horas después.

Yo entré en cirugía, por mi trasplante de órgano.

Entrando al quirófano en camilla y con las manos de mi cachorra entre la mía, hasta donde se lo permitieron los médicos cirujanos provenientes de África, que fueron los encargados.

Lo último que vi antes de que la anestesia hicieran su efecto total en mí, fue la sonrisa de mi bebita y sus palabras de que todo iba a salir bien, desde la doble puertas en color verde del hospital cerrándose tras ella.

Y una lágrima bajó, por mi mascarilla de oxígeno.

Porque, Constantine quería esto.

*Y una parte de él, iba a estar conmigo para siempre...*

**Fin.**

## Epílogo 1

### *Tres años después, en algún lugar de la costa del Índico...*

—¡Papi! —La vocecita dulce e infantil de mi pequeña Sabanna, se siente desde mi oficina en el segundo piso del palacio.

Sonrío.

Deslizo mi silla para ponerme de pie y con un gesto de mi mano, detengo la conversación que mantengo por asuntos de estado, con los excelentísimos para dirigirme a los grandes ventanales.

Que abiertos y desde el gran balcón principal hacen llegar a mí, el sonido de las costas del Índico con sus fuertes olas golpeando en los acantilados.

Y río a carcajadas, al ver a mis dos bebitas.

Madre e hija, en los patios internos de este.

La primera, pintando con su caballete y pincel en mano bajo acrílicos, explayando sobre su lienzo a nuestra hija que bajo la sonrisa de algunos guardias que con suma vigilancia, cuidan y sostienen de una cuerda, como monta en su pony blanco.

El regaló para su cumpleaños anticipado número tres que será en días, por sus abuelos enviándolo a través de su avión privado.

Si.

Papá y tío Hero no se aguantaron a su próxima llegada a mi país, con familia y nuestros amigos, para vacacionar por unas semanas y pasar la navidad juntos como lo hacen todos, desde que subí al trono y con mi cachorra, decidimos vivir aquí.

*A África.*

Miro a Cabul, que se sonríe negando.

Nuestra hijita, es la luz de sus ojos.

Fue el maestro de mi hermano querido y el mío ahora.

Mi guía espiritual.

Mi mano derecha que a la par mía, me ayuda con los objetivos que empezó Constantine y yo quiero finalizar.

Inculcar la educación y conseguir una economía avanzada, sostenible y diversificada, fuera de necesidades para mi gente.

Y la no menos, importante.

La paz, en el pueblo de Abraham.

Mi pueblo.

— *Waintahaa alajitimaie alssada...* (La reunión, finalizó caballeros). —Digo, sonriendo.

— *Sayidd...* — Responden a coro y con una reverencia, estos.

No pierdo tiempo y me encamino escaleras abajo con Cabul, mientras desabotono mi túnica, para lanzarlo sobre un sofá quedando solo en camiseta.

Aunque me dejo el *Kafhiyye*, todavía no me acostumbro a los atuendos árabes.

La risita, de mi hijita.

Nuestro dulce milagro, pese a la quimioterapia invasiva que sufrí.

Inunda lo jardines y palmorea feliz, al vernos llegar mientras se deja llevar por un criado montada en su caballito.

Me abalanzo sobre mi cachorra, que a espalda de mí, ríe y observa a nuestra hijita sin dejar de pintar.

*'Amirat alshshaaeb.* (La princesa del pueblo).

Y mí jodida, princesa.

La envuelvo por la cintura y como en el pasado la giro conmigo, provocando que chille de alegría y a carcajadas.

Solo falta nuestro colchón de hojas, formada por muchos otoños.

La beso, sobre su pelo.

Ahora, las fuerzas me sobran.

Después de mi trasplante y bajo un periodo de cuidados intensivos con un tiempo prudente, recuperé mi fortaleza y retomando la quimioterapia, vencí a mi Leucemia.

Aunque llevo un mantenimiento de esta, por posible reaparición del cáncer bajo la mirada atenta de los médicos de siempre.

—¿Tienes noticias, de Amely? —Le digo, besando entre su cuello y nuca.

*Mi lugar favorito.*

Aplaude feliz, dejando sus pinceles.

—Estará en Marruecos, hasta mitad de semana... —Rueda los ojos, por el retraso de dos días de venir a visitarnos. —El periódico que la contrató como fotógrafa, la mantiene ocupada por ese miste... —Y el grito de nuestra nenita, nos interrumpe que al ver a Cabul, estira sus bracitos a él.

Y éste, bajo la risa mía y de Juno, no se hace esperar y la toma con cariño, besando su frente.

—¿A quién, saludas bebé? —Pregunta cachorra a nuestra hijita, que mira en la lejanía.

Entre los acantilados y el oasis natural entre ellos.

—A un ángel, mamita... —Dice con su vocecita, sin dejar de mover su manitos regordetas en el aire.

Cabul la imita.

—Su ángel de la guarda, mi reina... —Dice sonriendo con Sabanna en sus brazos, de forma dulce y cierta mirada, cómplice entre los dos.

Ambos siguen saludando a ese supuesto ángel, con sus manos al aire.

Y yo sonrío, porque les creo.

A mí, me salvó uno.

*Mi hermano...*

**Fin.**

## Epílogo 2

Observo desde mi rincón, flexionado de una pierna y con uno de mis brazos, apoyado en esta.  
Entre las alturas y rocas, el patio interno del palacio.

Sonrío.

*Feliz.*

Y no me arrepiento, de nada.

Tenía, que hacerlo.

Aunque, era un plan arriesgado y no premeditado, sin saber a ciencia cierta si iba a funcionar.

La mano de Dios me guio, para que saliera todo bien.

Caldeo, necesitaba un trasplante.

Necesitaba, ese órgano.

Para vivir.

Como diría, Cabul.

*Dentro de toda cosa mala, hay algo bueno.*

Y se la donó Jael, con su muerte.

Él sí, tuvo muerte cerebral y lo mantuvimos con vida esos días, en una clínica a las afueras y privada de la ciudad.

Fingí, darlo yo.

Para que sea, el rey de nuestro país.

Era el elegido.

Y el *Qurash*, nunca se equivoca.

Caldeo iba a recuperar su pasado, su pueblo y tener una familia.

Una familia honorable que como soberano que es y estaba destinado, que lo iba a lograr.

Lo miro con orgullo, desde mi alto.

Porque, nuestro pueblo está feliz con su soberanía.

Caldeo, es un rey querido y respetado e indulgente con su gente.

Como la reina.

Veo, como abraza a Junot.

Una dulce princesa, que ayuda a los necesitados, promoviendo la educación y el amor al prójimo, enseñando a dibujar en los orfanatos.

Ambos, ríen.

Mi hermano, ríe.

Feliz.

Y yo lo hago también, porque Caldeo perdonó su pretérita vida y aprendió a amar a su país.

*Los Ur de Caldeos.*

Nunca morí, ni estuve con muerte cerebral.

La bala de Jael nunca llegó a mi cabeza, pero si la rozó agradeciendo su falla.

Solo un estado vegetativo, inducido por los propios médicos.

Mis médicos.

Hasta el momento oportuno.

Y fue bajo mi orden, que lo decidí mientras era llevado en la ambulancia y terminando de planear todo, un par de días después hospitalizado en mi habitación.

Estaba inconsciente.

Pero mis sentidos, seguían en funcionamiento.  
Podía oler, oír y sentir, cuando me tocaban.  
Cada una.  
Cuando, los médicos lo hacían.  
Cuando Junot, amigos y parientes, me visitaban.  
Y cuando mi hermano, se despidió de mí.  
Escuché, cada una de sus palabras.  
Sentí su abrazo y la humedad, de sus lágrimas.  
Y yo también lo abrazaba para mis adentros y lo acariciaba, como consuelo.  
Suspiro, desdoblado un pedazo de página de libro, recortada que llevo entre mis dedos.  
Con la imagen, de una mariposa.  
La de una *Argema Mittrei*.  
Nativa de Madagascar.  
Su favorita, me dijo entre sus lecturas de tantas visitas por mí, al hospital.  
Como también, la escuché decir que me amaba y besando mis labios, se despidió de mí.  
Desde el momento en que la vi, mi corazón se expandió con su presencia.  
Con su mirada cálida y algo torpe para desenvolverse, sentí que todo mi eje se había inclinado hacia ella.  
Y que mi control y esa calma siempre en mí, se iba por la borda con solo sentirla.  
Lo que nunca, logró Latifa.  
Dándome cuenta, que esta muchacha Amely, había robado mi corazón solitario.  
Ella se había convertido, en mi *Argema Mittrei*.  
*Mi mariposa.*  
Pero, yo no debía.  
*Yo, no puedo.*  
Debía darle fin al viejo Constantine, para que surja el nuevo.  
El que, con sangre *Qurash* rige en mi interior.  
Las de los guerreros corazón de fuego.  
*Es mi destino.*  
Porque la represalia de nuestro padre es solo el inicio, en un continente con muchos países que están en crisis y guerra civiles, con el nuestro manteniéndose leal a nuestras convicciones y promulgando la paz en el Medio Oriente y el mundo.  
Habrá muchos Leones, queriendo corromperla.  
Más Jael, con armas en manos y violencia.  
Me incorporo, con un movimiento de mi escondite y con ayuda, de unos de mis sables clavados en el piso.  
Sonrío.  
Pero siempre estaré, para defenderte hermano.  
*Ya nuestro pueblo...*  
Elevo una mano para saludar a mi pequeña princesita de corazones, en los brazos de Cabul.  
Ella, es especial.  
*Porque me percibe, cuando estoy cerca.*  
Una *Qurash* pura sangre, pienso con orgullo mientras me encamino a mi caballo oscuro a mi espera, metros más atrás, guardando mis sables en mi espalda.  
Acaricio y palmeo con cariño su cuello.  
Para luego, con un salto montarlo y perderme en la llanura.

**Fin.**

## Capítulo extra y adelanto de Constantine.

AMELY

Hago equilibrio tratando de sostener entre mi oreja y el hombro mi celular, mientras hablo con Juno.

Y al mismo tiempo, en una de las tantas tienda árabes y turcas que como un gran mercado de pulgas, te brindan desde frutos propios de su continente, hasta venta de gallinas enjauladas vivas.

*Sip.*

Muy vivas y cacareando entre ellas y su plumerío.

Como, lo que adoro.

Todo lo que es accesorios y telas.

Con una seña pregunto a la anciana mujer árabe del puesto, si puedo tocar el género de una.

Asiente con una sonrisa e incitando con sus viejas manos con algunos dedos pintados estilo tatuaje, a que lo haga.

Y agradezco, con una reverencia y sonriendo también.

—Estaré en dos días, nena... —Le respondo, babeando por la textura de una, por lo linda que es.

Juno resopla del otro lado, haciendo que ría.

—Oye, no te puedes quejar. —Digo. —Estoy viviendo en el mismo país que tú. —Elevo una mano a mi pecho. —Mi público, me demanda... —Finalizo con postura ganadora por más que sé, que mi amiga querida no puede verme.

Pero logré lo que quería, que ría.

—Ok "*mi público te demanda*" — Dice del otro lado con burla. —Olvidé que ahora eres una fotógrafa prestigiosa...pero recuerda, que necesito la humildad de mi amiga, para que me ayude con los preparativos del cumpleaños de mi bebita y porque, te extraño mucho... —Aunque no la veo, sé que está haciendo un morrito.

Y yo hago otro, descolgando la tela de su percha y con otra seña, le digo a la anciana que me la llevo.

—Awww...yo también te extraño y a mi sobrinita hermosa... —Respondo, con cariño.

Luego de hablar otro tanto, nos despedimos con besos y la promesa de vernos pronto.

*Sip.*

Va ser tres meses, que me mudé aquí.

Llámenme tonta, si lo desean.

Pero extrañaba horrores a mi amiga y más, cuando me enteré de su embarazo y con la llegada de mi hermosa Sabanna.

Una preciosa combinación de mi mejor amiga, con la herencia de los ojos de Caldeo.

Suspiro.

*Y de, Constantine...*

En uno de mis últimos viajes de visita de verano a este país a mis amigos, bajo la alegría de mi amiga y mirada de satisfacción de su rey, acepté el trabajo que me ofrecieron en el periódico de la capital como fotógrafa.

No lo dudé.

Y meses después, ya era una residente Africana.

Feliz.

Ya que, adoro este país.

Su cultura.

Su gente.

Y amo, mi trabajo.

Fotógrafa, de investigaciones arqueológicas.

*¿Mi última misión?*

Con mi equipo de periodismo, el descubrimiento de un cuerpo humano arqueológico descubierto la semana pasada, desde su destierro y encontrado en su tumba.

Escalofriante, dirían algunos colegas y arqueólogos en ello.

Pero yo, lo llamo apasionante y misterioso.

Su edad es milenaria y aunque, no está confirmado aún, se dice que su edad data de A.C.

El esqueleto pertenece a un hombre, pero con el hallazgo de prolongaciones de extremidades en su espalda.

Un ángel.

Lo estudiosos dicen, que se trataría del arcángel caído Caín.

*El primer mensajero de amor de Dios...*

Aunque este hallazgo reciente, está revolucionando y siendo noticia en todo el mundo y las controversias existen.

Como la iglesia y sus eternas negaciones, contra los fervientes.

De los creyentes, contra los no.

Yo prefiero, lo primero.

Y mis fotografías profesionales, lo avalan.

Niños correteando y jugando entre sí de escasos recursos, al pasar sobre mi entre el tumulto de gente propia del pueblo y de turistas, me hacen reír mientras me detengo en un puesto por algo de especias.

Y no lo puedo evitar, elevo mi cámara fotográfica colgada sobre mi pecho para sacarles una foto, al detenerse sobre la fuente de agua central a refrescarse, por el arduo calor de la tarde Africana.

Sonríe sobre el visor y girando el zoom para una mejor captura de ellos, mientras chapotean con sus pies descalzos dentro de ella y juegan.

Cambio la postura de mi pie, para focalizar mejor, dando el primer disparo.

*Perfecto y hermoso.*

Y corro la cámara aún, mirando en ella por otra foto.

Esta vez, al mercado de pulgas.

A su gente y sus puestos.

Las mercaderías.

A los turistas, admirando estas.

Cada disparo de mi cámara, es una hermosa foto cultural.

Hasta que el dedo sobre el gatillo, deja de hacerlo y se alza sobre este.

Porque, mi corazón se congela.

Al igual, que los movimientos de mis pies.

Estoy estática, en mi lugar.

Y jadeo una exhalación y controlando el temblor de mis manos, bajando el visor de mis ojos lentamente a lo que está apuntando, para poder mirarlo con mis propios ojos.

Gente me empuja, al pedirme paso y trastabillo sobre mi lugar, pero no pierdo contacto de lo que veo.

Y muerdo mi labio, caminando hacia él y olvidando, mi compra de especias.

Un muchacho metros delante mío y en otro puesto, pero de frutas.

De jeans, zapatillas y con una gorra de beisbol sobre su cabeza, cubriendo parte de su rostro.

Habla con la señora del puesto y le sonrío, dando una mordida a su manzana de una bolsa que compró.

Camino, pidiendo permiso entre las personas, que dificultan mi paso.

Su altura.

Su postura.

La forma en que corre su parte del pelo negro como el azabache que escapa de sus lados, haciéndolo a un lado con el ademán de su mano libre.

Tan, igual a Caldeo.

*Tan...igual...a...*

—¿Constantine? —Mis pensamientos, me traicionan en voz alta.

El muchacho no se gira, ante mi llamado a la distancia de mí y siento, las lágrimas amenazar mis ojos de la decepción.

Si creo, fervientemente en el descubrimiento de ese ángel.

*¿Por qué no, en esta mínima esperanza?*

¿De que él no murió y que solo fue, mi agridulce sueño del hombre, que todavía no dejé de amar?

Pero algo, llama mi atención dentro de mi tristeza.

Al sentir ese nombre, el muchacho de espaldas a mí, dejó de hablar con la agradable vendedora y comienza a caminar en dirección contraria de donde me encuentro, llevando su bolsa de frutas, pero olvidando su manzana mordida sobre el puesto.

Camino detrás de él y abriéndome, entre la gente a codazos.

*¿Por qué?*

No tengo idea.

Pero si no lo hago, siento que moriré.

Nunca voltea, hacia mí.

Sabe, que lo sigo.

Lo siento.

Sin embargo, jamás se gira.

Baja por escaleras de diseño estrecho, uniformes y en su mayoría compuesta esta zona en piedra rosa natural y maldiciendo por lo bajo, por haber optado salir a la tarde con zapatos que aunque son de tacón bajo, dificultan esta estúpida persecución.

Lo sigo por callejones y más putas escaleras, perdiendo de vista al desconocido al doblar de forma precipitada sobre una lateral, de una pared de edificaciones altas.

Apuro mis pasos y mi pecho baja y sube, por la adrenalina y mi acelerada persecución.

Me detengo jadeante y con ambas manos en mi rodillas, intentando recuperar el aliento.

*Mierda.*

Desde la Universidad, fui malísima para las corridas.

Y elevo mi vista.

Nunca, estuve por aquí.

Pero se puede distinguir, que es un barrio de viejas edificaciones altas y donde, se pueden albergar a medio pueblo aquí.

Sogas con ropas colgadas de ellas cruzan de un frente interno de edificio al otro, de diseño idéntico y con sus respectivas escaleras de incendio a sus lados.

Su media oscuridad e iluminación, me asusta.

Como también, notar que el muchacho misterioso no está en ningún lado y este, es un callejón sin salida.

¿Acaso, trepó los casi diez pisos que se compone este viejo y precario, condominio hasta sus techos?

Y niego, divertida.

Estás loca Amely me digo para mí, tomando la última bocanada de aire para recuperar mis pulmones y volverme.

—Debo, haberme confundido... —Susurro bajito y girando sobre mis pies, con cierta decepción.

*Y tristeza...*

Acomodo mi bolsa de compra con la tela en mi brazo, para limpiar una lágrima perdida de mi ojo, que nace por lo que creí por un momento y no fue.

Pero, algo salta sobre mí, de golpe y me empuja, contra la pared.

El muchacho.

No puedo ver su rostro, porque su gorra muy baja sobre su rostro, no me lo permite.

Pero sus manos, sí.

Y me recorren, por el contorno de mi cuerpo.

Su aliento cálido a manzana, juega con la piel del escote de mi camisa, mientras su cuerpo se presiona más contra el mío y la pared, provocando que los jirones de arena gruesa del viejo revoque de esta, piquen mi espalda.

Una de sus manos acarician mi pecho por sobre mi camisa y hace a un lado, mi cámara profesional para tener más acceso a ellas y antes ese contacto, mis pezones reaccionan endureciéndose mientras la otra, acuna mi mejilla para luego subir a mis ojos y tapar mi vista con ella.

Otro jadeo, se escapa de mí.

Nunca me sentí tan excitada y llena de terror, al mismo tiempo.

Y aunque no lo puedo ver, porque su mano con una suave presión, impide mi visión.

Siento que eleva la suya y me observa.

—¿Qué, quieres de mí? —Dice bajito sobre mi oreja y sintiendo, el calor de sus labios en mi cuello.

*¿Dulce amenaza, existe?*

Abro mi boca para responder, pero mi respuesta es morder mis labios nerviosa y negando.

Mis palabras, están ahogadas en mi garganta.

Su dura erección, aprieta y juega por arriba de mi vientre, mientras su mano se abre en mi baja espalda para contenerme, porque siente que voy a desfallecer ante ese duro, dulce y caliente contacto.

Quiero gritar, pero algo me dice que no.

Quiero sacudir mi cabeza, para sacar su otra mano que me impide verlo.

Pero también algo, me dice que no.

*Dios, me estoy dejando manosear por un extraño y me gusta.*

—No debes caminar, por esta zona sola... —Puedo sentir sus labios casi sobre los míos, al decirlo. —...es peligroso...— Dice.

Y sus labios, rozan los míos y lo acarician.

La humedad de la punta de su lengua dibuja mi labio inferior, para luego de morderlo con suavidad...

*Y robarme, un beso.*

Quiero luchar.

Pero mi traicionero cuerpo y boca, se niegan.

Resoplo de frustración y eso basta, para que su lengua entre en mis labios abiertos.

Y la acaricien y busque la mía, para entrelazarla y profundizar el beso.

Mis manos se apoyan en su pecho duro y tonificado que ante mi contacto, sale un gemido de satisfacción en él, besándome más.

Su mano, siempre permanece sobre mis ojos.

Y me besa, más profundo y algo, se expande en mi corazón.

Dicen que el cuerpo, tiene memoria.

*¿Los labios, también?*

Porque, aunque fui besada un par de veces por chicos.

Todo mi ser despierta, ante el contacto de estos labios.

La textura y suavidad, de estos.

La unión, de los míos con los suyos.

Y mis latidos, se aceleran.

Yo nunca pude olvidar el beso robado y de despedida, que le di a Constantine, desde su cama del hospital.

*Y son, tan estos...*

—Constantine... —Gimo, sobre sus labios.

No puedo verlo, pero creo que se sonríe entre los míos.

—Nunca, sigas extraños... —Susurra muy bajito, abandonando el beso y odio eso. —...no podré estar siempre, para protegerte mariposa...

Y de un movimiento, se va.

—¡Espera! —Grito, intentando acomodar mi vista fregando mis dedos en ella, ya que veo borroso por la presión y tiempo de sus manos.

*Maldito, desgraciado.*

Sabía que se me dilatarían las pupilas y demoraría unos segundos, en normalizarse mi visión.

Tiempo suficiente, para su fuga.

Estrechando mis ojos hacia arriba y lo veo treparse entre piso y piso.

Sin arnés.

*Y sin, seguridad de nada.*

—Guau... —Sale de mi impresionada y no lo dudo dos veces.

Enfocando mi cámara a él, disparo de forma consecutiva varias fotografías, casi perdiéndose de mi vista.

Llevo, mis dedos a mis labios.

Aún están hinchados y tibios, por sus besos.

Me dijo, mariposa.

*¿Cómo supo, que es mi animal favorito?*

Sonrío.

A la única persona que le leí mi libro predilecto, fue a Constantine en mis días de compañía.

Sacudo mi cabeza.

*¿Es o no es?*

Sería, todo tan mágico.

Me giro para retomar mi camino de vuelta, tirando mis hombros hacia atrás.  
No importa.  
Elevo, una ceja.  
Voy averiguar de ti, chico misterioso, me juro.  
*Y no sé por qué, algo me dice, que nos vamos a encontrar muy seguido...*

**FIN.**

**Continuación de la saga Mon Parte 3.5 Constantine, pasión y guerra...**

# Agradecimientos

A toda la gente, que amo...